

SIN VALOR COMERCIAL



DEL
ORIGEN Y MILAGROS

DE

N. S. DE CANDELARIA

**QUE APARECIO EN LA ISLA DE TENERIFE, CON
LA DESCRIPCION DE ESTA ISLA.**

**Compuesto por el P. Fr. Alonso de Espi-
nosa de la órden de Predicadores, y
predicador de ella.**



IMPRESO EN SEVILLA—AÑO 1594.

**REIMPRESO EN SANTA CRUZ DE TENERIFE, IMPRENTA Y LIBRERIA
ISLEÑA—Reg. Miguel Miranda. Año 1848.**

ADVERTENCIA



a obrita á que damos lugar en nuestra Biblioteca isleña, escrita por el P. Fr. Alonso de Espinosa, con el título *De la aparicion y milagros de la Santa imágen de nuestra Señora de Candelaria*, é impresa en Sevilla el año de 1594; es uno de los documentos mas apreciables para la historia del pais, con relacion á las antiguas costumbres de sus primitivos habitantes.

Escrita cuando apenas acababa de extinguirse la generacion que presenci6 la conquista de Tenerife, y habitando su autor en el pais donde se agruparon casi todos los guanches restos de la poblacion indigena de la isla, pudo recoger las tradiciones que tan recientes debian conservarse entre los hijos de aquellos Guanches, trasladandolas á su obra, si bien de muy limitada estension, no por eso de escasa importancia, siendo ella la única fuente á donde acudieron todos los escritores, á tomar las pocas noticias que se han conservado sobre los antiguos isleños, y á las ~~que~~ ha dado, asi por nacionales como estrangeros, el mas completo crédito, tanto por la época en que se escribieron como por el caracter del respetable religioso que las reunió, trasmitiendolas en su pequeño libro á la posteridad.

Este libro, no sabemos porque causa, se habia hecho ya tan raro en tiempo que escribió su Historia Nuñez de la Peña, que segun este laborioso investigador de las cosas de islas, solo existia un ejemplar en la Laguna. De este ejemplar, sin duda, completó un fragmento impreso que poseia el esclarecido patricio, Marqués de Villanueva del Prado, haciendo copiar muy cuidadosamente las hojas que le faltaban, y este ejemplar hoy perteneciente al Dr. D. Francisco M.^a de Leon, que generosamente nos ha franqueado, con los demas preciosos códices que posee, es el que nos sirve de testo para la edicion que damos al público, habiendo suprimido, la calificacion y licencia por carecer de todo interes para la historia, y el capítulo último de la obra,

que contiene los milagros de la virgen, porque se halla íntegramente copiado en la obra de Nuñez de la Peña, publicada ya en la Biblioteca,

Hemos creído deber al público esta esplicacion, al dar lugar en nuestra Biblioteca, á la primera obra que fué impresa sobre la conquista de Tenerife y costumbres de sus primitivos habitantes, para que pueda juzgarse sobre su reconocido mérito.

LOS EDITORES.



CARTA

Dedicatoria del autor á la Magestad real de la reina de los cielos nuestra señora de Candelaria Maria, en la isla de Tenerife.



abiendo de dedicar (como es costumbre) aquesta obra que con particular auxilio de vuestra larga mano, del origen nuestro y milagros, Reyna suprema de gloria virgen de Candelaria he compuesto; fué diverso el parecer de mis amigos; porque unos á unos y otros á otros me persuadian la dirigiese (casi no hallando arrimo que dalle) pero todos convenian en que para acreditarla le diese tal amparo, la arrimase á tal árbol la dedicase á tal persona que quien en tan alto grado la viese puesta no osase arrojarle saeta alguna de murmuracion. Conociendo pues serme saludable este consejo despues de consideradas muchas cosas que á ~~ello~~ me impelian dije entre mi, á quien puedo con mejor razon y mas derecho (escusandome de atrevimiento mi sana intencion) enderezar, dedicar dirigir y ofrecer mi obra que á la que es materia y sujeto de ella? A la virgen (digo) sin par de Candelaria que dió el osar, dió el brio, dió las fuerzas para emprenderla y aliento para acabarla, pues levantada por ella en tan supremo grado ninguno la a'canzará para dañarla, y puesta debajo de tal amparo, todos temeran ofenderla, y teniendo tal madrina cualquiera holgará de abrazarla. Reciba pues vuestra Magestad Reyna mia lo que á dado, ampare lo que ha obrado, favorezca lo que ha hecho, pues desta suerte tendrá atrevimiento esta obra suya y mia para salir á luz y ayuda para andar por cualquier parte sin ofensa. E yo tambien tendré osadía para emprender otras cosas en su real servicio, al cual siempre estoy dedicado. Vale, de Madrid.

Fr. Alonso de Espinosa.

*Fr. Francisco de Cespedes de la órden Franciscano en
loa del autor y de su libro.*

SONETO.

Chí mi dará la voce tal chí io possa
Cantar (Del per choronista) en parte
è al vostro dolce stilo, ingegno et arte,
iguale mi escrevir en verso ó prosa.
Voi sete quell' in cui la man copiosa
Sumo quanto del cielo acá reparte,
si el dir leggiadro, illumimar le carte
único fray Alonso de Espinosa.
Nessun' inchiostro mar, de la Nivaria
Su nombre eternizó sobre la Zona
con si soave Lira, è plectro terso
Do el origen cantals de Candelaria
d' al ciel sortita à nois non pur patrona
de Athlante, mas de todo el universo.

Rodrigo Nuñez de la Peña en alabanza del autor.

SONETO.

No puede ser, ní ser jamas podria
salvo fuese con pluma milagrosa
mostrarme en metro cual se muestra en prosa
el docto Alonso en obras de Maria.

Su pluma es singular, comun la mia,
por cuya causa buela temerosa,
mas viendo yo sin par al Espinosa
pierdo el temor y vuelvo á mi porfia.

Sintiendo que no escrivo en competencia
del que tienen las musas en su choro
sagrado, por extremo sin segundo;

Mas solo que sublino su gran ciencia
y suma discrecion, que es un tesoro
que hasta á enriquecer todo este mundo.

VII.

Del mismo Rodrigo Nuñez en loa de la obra.

SONETO.

Sube pluma (verás) con alto vuelo
en el mas alto cuerno de la luna
al P. Fr. Alfonso que ninguna
persona excederá de las del suelo.

Su obra te subió por ser del cielo
aunque compuesta ha sido en la Laguna
dichoso pues no puede la fortuna
darle digno favor de su gran zelo.

De Tenerife escribe perfecciones
milagros soberanos y conquista
de la madre de Christo y sus christianos;

Aquel redir la virgen corazon
de los Nivarios con su dulce vista
y el brio español con duras manos.

De un amigo del autor en loa de la isla de Tenerife.

SONETO.

O Teide, ó Tenerife, ó Fortunada
Nivaria (con razon) pues que dichosa
te hace quien historia tan honrosa
compone de tu origen y encumbrada.

De oy mas en todo el mundo celebrada
serás por Fr. Alonso de Espinosa
que con subtil ingenio y muy lustrosa
pluma y estilo te hace tan nombrada.

El Athlantico mar, á ti Nivaria
con sus islas conosca vasallaje
y cedan su derecho y mejoría;

Pues quiso parecer la Candelaria
en ti, y en ti tener el hospedaje
esta divina Icona de Maria.

PROHEMIO DEL AUTOR.

No puedo, no, lamentar con mucha razon el descuido que los pasados han tenido en no haber hecho memoria de un caso tan admirable y milagroso como fué el aparecimiento y origen de la santa imágen de Candelaria y de los milagros sin número que ha obrado y obra cada dia por aquellos que la invocan, y con devocion se le encomiendan. Deste descuido no sé que disculpa dar; sino ser cosa tan averiguada y recibida en estas islas de Canaria, la divinidad (sí decirse puede) desta santa reliquia, y sus milagros tan ordinarios y patentes; que como á cosa ordinaria y casera, no solo no ha habido curiosos que dello hubiesen hecho historia y escrito para que quedase memoria á los venideros; por lo que habia de ser ocasion de encender los animos y abrazarlos en la devocion de esta señora, lo ha sido para perder el respeto, devocion y memoria della, que por tan ordinarios son en menos tenidos y assi en olvido echados. Y aunque algunos han querido tomar este trabajo y han escrito algunas hojas; han se quedado en blanco, por no aver guardado el órden que el derecho dispone, ni aver proseguido con su intento adelante, teniendo por ventura no salir con él, assi por no aver escripturas de que aprovecharse, como por falta de curiosos que siquiera tuvieran en la memoria los casos sucedidos y dignos de ella. Pues de su descuido me ha nacido á mi cuidado, y á la voluntad que de hacer esta memoria tenia, la obediencia que la impele y manda, la haré mas osada y atrevida, para que acometa este trabajo que no es pequeño.

No serlo es cosa patente, pues aviendo falta de escripturas, tengo de andar mendigando de uno en otro, sacando de las entrañas de los vivos lo que vieron los ojos de los muertos, haciendo presentes las cosas pasadas y las que estan ya en la tiniebla del olvido embuelto sacarlas á luz y memoria. Muchos años ha que allá en las remotas partes de las Indias (en la provincia de Guatemala, donde me vistieron el ábito de la religion) tuve desta santa imágen noticia (mas donde no se tendrá) y oí contar prodigiosas cosas de ella, y desde entonces me vino un deseo y cobdicia de verla, que no sosiego, hasta que fué Dios servido (que cumple los justos deseos)

que rodeó los tiempos de suerte que vino á esta isla de Tenerife, donde satisfize mi deseo, no sin grande alegría y admiracion, por ver que era mucho mas sin comparacion alguna, lo que via y gustava, que lo que avia oido, ni lo que la fama parlera pregonava. Y movido no se de que espíritu, me quise informar de raiz del origen de esta santa reliquia, y no hallando cosa alguna escrita que me satisficiera, no poco cuidado me dió. Y aunque me determiné á inquirirlo, y lo puse por obra, no saqué entonces cosa á luz porque no hallé favor en mis perlados. Pero como este trabajo (ó por mejor decir descanso pues es hoaroso) me estava de Dios guardado; hallé un pecho devoto y aficionado (con razon) á las cosas desta señora, y ganoso de que este oprobio de olvido se desterrase; y en los presentes y venideros siglos hubiese memoria de su origen y hazañas. Este fué el padre maestro fray Pedro Marin, provincial destas islas; de la orden de predicadores, hombre en letras, régimen, exemplo, y pulpito esmerado: el qual viendo tratado con el ilustrísimo D. Fernando X Suarez de Figueroa obispo merittísimo destas islas, pareciendoles cosa necesaria y aun forzosa: me mandaron ambos tomase este negocio á pechos, y lo sacase en limpio y á luz. Y así me dispuse luego, tratando de hacerlo con la diligencia y fidelidad, que tal negocio requería, no perdonando el trabajo incomportable de los muchos caminos que he andado, ni el gasto excesivo que en ellos he hecho, para informarme de personas fidedignas, que de las cosas sucedidas de docientos años á esta parte me dicesen luz. De una cosa certifico al lector, que lo que aquí escribo, así del origen de esta santa imagen como de los milagros que á hecho (que es el principal intento desta historia) lo he comprovado y averiguado jurídicamente, con muchos testigos contestes ante escribanos públicos, porque para eso tengo comision como luego se verá. Y si en la computacion de los años hubiere algun descuido, no es de culparme, pues se tomó tan tarde este negocio que á poco mas no hubiera memoria del. Pero esté cierto que en lo esencial de la historia no lo habrá; sino toda verdad y fidelidad que moralmente se pudiere guardar, pues la materia no requiere menos. Tambien advierto, que lo que escribo de la isla, y de los naturales della y de sus costumbres, lo he averi-

guado con la mas certidumbre que he podido, escogiendo de mucho, lo mas cierto y llegado á razon y mas recibido. Mas lo que trato de conquista, guerras, y conquistadores, parte, y la mas es de oidas: y partes es sacado de los archivos y escritorios, que en pleitos que entre partes se trataban sobre tierras y posesiones he hallado, y si no fuere tan por estenso todo contado como ello pasó, no es culpa mia, pues no me pude hallar presente cuando ello pasó, ni hay hombre en las islas todas que lo viese, y vale mas saber algo aunque breve y confuso que no quedar de todo ayuno. Y para mas claridad y distincion dividimos la historia, ó narracion en cuatro libritos.

El primero será de la descripcion de la isla de Tenerife y de sus calidades y de los naturales della y de sus costumbres y otras cosas.

El segundo libro del origen y aparecimiento de la santa imágen de Candelaria y de las cosas que en este tiempo pasaron.

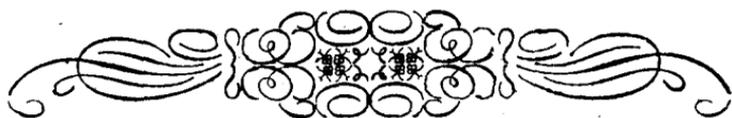
El tercero de la conquista de la isla y conquistadores della.

El cuarto libro contiene los milagros que nuestro señor ha obrado por esta santa reliquia. &c. (1)

(1) Como queda ya dicho suprimimos la reimpression de este cuarto libro, por hallarse integro en el tomo de Nuñez de la Peña. N. de los editores.

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO.

Pluma que assi tan alto te has subido.
Que de Nivaria trates el cimientto
Si no te yelas, mucho has emprendido
Mas no te elarás, ques bueno tu intento
La descripcion, y origen, que has sabido
De su gente y costumbres (grato cuento)
Refiere, y sepa el mundo que en Nivaria
Apareció la imágen Candelaria.



LIBRO PRIMERO.

**De la descripción de la isla de Tenerife,
de su fertilidad, de la gente y costum-
bres de los naturales della.**

CAPITULO I.

*De la descripción de la isla de Tenerife y de su anti-
güedad.*



antes que entremos á engolfarnos en el origen, antigüedad, y hazañosas obras de la Santa Imágen de la Virgen gloriosa de Candelaria; será razon tengamos noticia de la isla de Tenerife donde esta santa imágen apareció.

Entre las siete islas que comunmente llaman de Canaria (que de la una de ellas llamada así se denominan) la mayor, mas rica, abundosa y fértil es Tenerife. Porque se llamen Canarias, no es de mi intento y propósito tratarlo, pues no hablo mas que de una sola que es Tenerife. A la cual los antiguos llamaron Nivaria, por un alto monte que en medio de ella está llamado Teyda, que por su gran altura casi todo el año tiene nieve. Vese este pieco de Teyda de mas de

sesenta leguas á la mar, y desde él se divisan todas las demas islas. Concuerta muy bien el nombre antiguo con el que los Palmeses le pusieron que es Tenerife porque segun estoy informado Tener quiere decir nieve, y Fé monte; asi que Tenerife dirá monte nevado que es lo mismo que Nivaria.

Los naturales de esta isla que llamamos guanches en su language antiguo la llamaron Achinech. Está situada en el mar Atlantico ó oceano, ochenta leguas de la costa de Africa, y de la isla de Cadiz doscientas y sesenta y mas. Córrese lo mas de esta isla y costa, Nordeste Sudueste, Leste Oeste: es tierra houndable y limpia. Está casi en medio de las siete islas; porque hácia el Sueste está Canaria, Fuerteventura al Leste y algo mas para el Nordeste Lanzarote, la Palma le demora al Oeste, y el Hierro al Oesudueste, y en este parage la Gomera. La forma desta isla es casi triangular porque tiene tres cabos ó puntas. La punta de Naga que está hácia el Nordeste. La de Teno al Oesudueste, y la montaña roja al Susueste; tiene en contorno treinta y una leguas, y por lo mas angosto ocho de ancho, está en veinte y ocho grados y medio de la Equinocial.

Hay noticia destas islas, aunque no de todas, desde antes del nacimiento de Cristo nuestro Redemptor. Porque Plutarco en la vida de Sertorio, capitan Romano, que fué cincuenta años antes del nacimiento de Cristo, hace memoria de algunas dellas, que no son las mejores y dice asi. Estando Sertorio en Cadiz huído de los Romanos que le habian quitado su plaza, llegaron á él unos marineros, que acaso entonces tornaban de las islas Athlanticas que llaman Bienaventuradas, y despues de haber contado el sitio de ellas dice. Ay en ellas pocas lluvias, y vientos medianos, y por la mayor parte suaves con su rocío. El suelo dellas es grueso, y no solamente es fácil de labrar, arar y plantar, mas aun de si, sin algun estudio humano produce fructo dulce y bastante para mantener muchedumbre ociosa. El aire es allí sencillo y templado, y guarda por tiempos mediana templanza, porque los vientos que de tierra soplan, que son Boreas y Aquilon, por la gran distancia pasando por lugares despoblados, y vacios, llegan fatigados, y faltan primero que se embatan en las mismas islas. Y los que

soplan de la parte del mar, como Zéfiro &c. inducen algunas aguas y lluvias templadas para resfriar, y por la humedad del aire, crían muchas cosas con soberana facilidad, de modo que entre los Bárbaros ay crecida Fé, que allí estan los campos Elisios. y las moradas y asientos de los bienaventurados que Homero canta. Oyendo Sertorio estas cosas recreciole deseo de ir á aquellas islas, y morar en ellas con quietud. sin magistrado, ni cuidado de guerras. Esto escribe Plutarco que no tuvo noticia de mas de dos islas en tiempo de Sertorio, y estas no las mejores; quanto mas escribiera, si desta que voy tratando tuviera conocimiento?

Virgilio poeta en el quarto de los Eneydos hace mención de la Sierra grande y pico desta isla cuando induce á Mercurio mandado por Jupiter á que vaya á Cartago, á desengañar á Eneas, y á animarlo para que no deje el viaje que para Italia tiene emprendido &c. El curioso lo puede ver allí.

En tiempo de Justiniano Emperador como refiere el Martilogium ó Kalenda Romana, no hubo noticia de mas de seis islas, cuyos nombres eran, Aprositus, Iunonis, Pluitula, Casperia, Canaria, Pintuaría. Al fin ellas son antiquisimas, y siempre conocidas por fértiles y abundosas de todo, como en el siguiente capítulo se verá.

CAPITULO II.

De la fertilidad de la isla.

Hay en esta isla de que voy hablando por la vanda que el norte la baña, muchas aguas, fuentes, rios, manantiales y chupaderos que de lo alto de los montes por sus veneros bajan á la mar: y de la parte del sur, tambien hay aguas mas no en tanta abundancia como en la del norte. Es casi partida por medio de cabo á cabo de montes altisimos, que por la mitad della van, que llaman cumbre, y en medio della está y se levanta aquel alto pico que dicen Teyda. Es en general tierra de muy buenos aires y templados, que la hacen ser muy fértil y dar muchos frutos y buenos, y asi despues que los españoles la habitan da mucho pan de todas suertes: de trigo solo, dió el año pasado con ser el año avieso ciento y

veinte mil hanegas y mas, sin el centeno y cevada que se coje en grande abundancia por ser ordinario mantenimiento. Viñas de regadio, y de sequero hay en grande abundancia: en Buenavista, en Daute, en la Rambla, en la Orotava, y en Tegueste, de muy suave licor, que se lleva á España, Francia, Flandes, Inglaterra, Guinea é Indias. Hay legumbres y frutas las mismas que en España. Hay mucho azucar, mucha miel y cera, ganados de todas suertes. Criase mucha seda y muy buena. Hay mucha caza de perdices y conejos, palomas, tórtolas y patos. Hay muchas aves de todas suertes, y entre otras hay muchos de los pájaros que en España llaman canarios, que son chicos y verdes, y otros menores verdes y cabizprietos cuyos cantos son recios y de gran melodía. Hay tambien en esta isla montañas de mucha frescura y arboleda, codros, cipreses, laureles, palmas, alamos, robles, y otras muchas maderas que no hay en España. Pinos hay en grande abundancia, el corazon de los cuales es muy gordo, de que hacen grandes vigas, y muy anchas tablas que nunca pudren, y es madera muy colorada que llaman tea, y de estos pinos habia tan grandes, que es fama que con la madera de solo un pino se cubrió la iglesia parroquial de los Remedios en la ciudad de la Laguna, que tiene de cumplido ochenta pies, y de ancho cuarenta y ocho: y con otro pino se cubrió la iglesia de san Benito en la dicha ciudad que tiene ciento y diez pies de largo, y treinta y cinco de ancho, sin que otra madera se entremetiese. Otras muchas maderas hay como son azebuches, lentiscos, sabinas, barbusanos, tiles, palos blancos, viñaticos, escobones &c. Hay un árbol muy oloroso cuyo humo demas de ser de suave olor es medicinal y contra ponzoña, que llaman lignoalóe, que por ventura será el de que la Escritura sagrada hace mencion. Hay otro árbol que llaman drago, grande y de pocos ramos, al cabo de los cuales solamente hecha cinco ó seis hojas, poco mas gruesas y largas que de cañas, por de dentro no tiene corazon, es la madera del muy sofa y liviana, y asi sirve para corebos de colmenas, y para hacer rodela. La goma que este árbol cria, es la que se llama sangre de drago, y la que el árbol de suyo suda y destilia es la mejor que llaman sangre de gota. Es para medicinas muy buena, y para sellar cartas, y encarnar

los dientes. Otro árbol pequeño hay llamado tabayba, que sajado hecha de si una leche muy blanca, que con el sol quojada y mezclada con sangre de drago, sirvo para sellar cartas y es muy buena. Tambien se hace della liria para cazar pájaros, y mascada es buena para la dentadura y para desfleamar; otros muchos árboles y yervas medicinales hay muchas que por evitar prolijidad paso. Hay tambien por la costa de la mar mucho pescado y marisco de muchas maneras, como son clacas, burgaos, lapas, almejas, cangrejos &c.

CAPITULO III.

De otras cosas notables de esta isla.

Muğa mas fuera la fertilidad de esta tierra si no estuviere la mitad de la Isla, ó mas, inhabitable, ó inculta por haber en algun tiempo ardido: y asi está maltratada sin provecho alguno, que ni aun yerva para ganados produce. Esto causó muchos años antes que se conquistase, ni viniese á poder de Christianos, fuego engendrado en las entrañas de la tierra, que rebosó por algunas partes della, y corrió como rios caudalosos por diversos partes y asi se ve el rastro quel fuego dejó, y las piedras y tierra abrasada sin provecho; de donde tomaron los autores antiguos motivos de llamar á esta Isla, Isla del Infierno, por el fuego que de si hechaba.

Y esto haber sido asi, demas de que en otras Islas ha acontecido; lo vimos por nuestros ojos el año de 1585, en la isla de la Palma en el término de los Llanos, que junto á una fuentecita en un Hano fué creciendo la tierra visiblemente en forma de Bolcan, y se levantó en tan grande altura como una gran montaña, y habiendo precedido muchos terremotos y temblores de tierra, vino á abrir una boca grande echando por olla fuego espantoso y peñascos encendidos. Y al cabo de algunos dias (con gran estruendo que se oyó en las otras Islas) rehentó y echó de si dos ó tres rios de fuego, tan anchos como un tiro de escopeta, y corrieron mas de legua por tierra hasta llegar á la mar: y fué tanta la furia que el fuego llevaba, que media legua dentro en la mar calentó el agua, y se cocieron los peces que en ella

había. Supuesto esto, digo que es creible lo que desta Isla cuento, estar lo mas della abrasado, y así inculto: pero las tierras que deste incendio escaparon son de mucho provecho, y se crían en ellas todo género de árboles, legumbres, animales y aves, quantas en otras tierras se pueden criar, y algunas mas.

Tiene esta isla otra propiedad, que no cria ni convierte en sí animal alguno ponzoñoso, como es vivora, culebra, alacran, lagarto. Salvo unas ciertas arañas que picando hacen daño.

Esto basta quanto á la descripción de la isla, porque pasemos á tratar de la gente que en otro tiempo la habitó, y de sus costumbres.

CAPITULO IV.

De la gente que en otro tiempo habitó esta Isla.

En otro tiempo fué habitada esta isla de los naturales della que llamamos Guanches, cuyo origen, ni de donde hayan venido á ella no he podido descubrir, porque como los naturales no tenían letras, aunque de padres á hijos hubiese habido alguna memoria, como esta es deleznable y falta, faltó la sciencia de su origen y descendencia, y así hay muchas opiniones acerca dello, porque algunos dicen que descenden de Romanos, que no sé por donde vinieron, ni se tampoco en que se fundaron, ni de donde tomaron motivo para decirlo, otros dicen que descenden de ciertos pueblos de Africa que se levantaron contra los Romanos, y mataron el Pretor ó Juez que tenían, y que en castigo del hecho por no matarlos, á todos, les cortaron las lenguas, porque en algun tiempo no pudiesen decir del levantamiento (como si faltara tinta y papel) y los embarcaron en unas barcas sin remos, dejándolos y encomendándolos al mar y á su ventura. Y estos vinieron á estas islas y las poblaron. Pues si vinieron de gentes sin lenguas, que mucho no la tengamos de su origen &c.

Otros dicen que persiguiendo los Romanos á Sertorio, y habiéndole quitado su plaza y tenencia, andando huído de ellos, con compañía que de Africanos y otras naciones traía consigo, como hubiesen tenido noticia de

la fertilidad destas Islas y de su mucho vicio, por via de unos marineros que llegaron á Cadiz estando ellos allí, que aquesto contaban. Despues de muerto Sertorio por no caer en manos de sus enemigos, se dispusieron todos los que le seguian para venir á buscar estas Islas: y asi de ellos se entiende haberse poblado. Otro autor hay que dice que en tiempo antiguo fue tierra contigua estas islas con Africa como lo fué Sicilia con Italia, y por curso de tiempos con tempestades y diluvios se dividieron y apartaron y asi la gente que en ellas quedó ignorantes del arte de marcar se estuvieron cada cual en su isla sin tener comunicacion como no la tenian unos con otros.

Los naturales Guanches viejos dicen que tienen noticia de inmemorable tiempo, que vinieron á esta isla sesenta personas, mas no saben de donde, y se juntaron y hicieron su habitacion junto á Icode que es un lugar de esta Isla, y el lugar de su morada llamaban en su lengua Alzanxiquian abcanabac xerax, que quiere decir «Lugar del ayuntamiento del hijo del grande.»

Destas opiniones puede seguir el lector la que le pareciere y mas le quadrare, que la mia es que ellos son africanos, y de ella traen su descendencia asi por la vecindad de las tierras, como por lo mucho que frizan en costumbres y lengua, tanto que el contar es el mismo de unos que de otros. Allegase á esto tambien que los manjares son los mismos, como es el gofio, leche, manteca &c. Sean los que se quisieren que de que hay gente en estas islas hay memoria de mas de mil y quinientos y tantos años. Porque es fama que los apóstoles enviaron á ellos á predicar la fé un obispo, cuyo nombre me han prometido decir. Y de mil y ciento á esta parte la Kalendar lo dice por estas palabras. „Fortunatæ insulæ sex número, Apropositus, Iunonis, Pluitala, Casperia, Canaria, Pintuarua, in Oceano Atlantico, al occasu Africæ adiacentes. Hic Blandanus magnæ abstinentiæ vir ex scotia pater trium monachorum: cum beato Maclovio tras insulas septenio perlustrat. Hic dictus Maclovius gigantem mortuum suscitavit: qui baptisatus ludeorum ac Paganorum penas refert, et paulopot iterum moritur, tempore Iustiniani Imperatorio.» Que quiere decir: «Las islas fortunadas son seis, Aproposito, Junon, Pluitala, Cas-

peria, Canaria, Pintuaría, que al poniente de Africa en el mar Oceano están situadas. En ellas estuvo Blandano varón de grande abstinencia, natural de Escocia; padre y pastor de tres mil monjes, por espacio de siete años, con el bienaventurado Maclovio, el cual resucitó un gigante muerto, y baptizado, contaba y refería las penas que los judíos y paganos padecen en el infierno, y de ahí á poco murió otra vez en tiempo de Justiniano emperador.» Pues si tan antigua nación es esta, y no teniendo letras (como no las tenían) no es mucho que no supiesen su descendencia y origen. Mas procedan de donde quisieren, que ellos fueron gentiles, sin ley alguna, ritos ni ceremonias, ni dioses como otras naciones. Y aunque conocían haber Dios, al cual nombraban por diversos nombres y apellidos, como son Achuhuraban, Achahucanac, Achguayaxerax, que quiere decir el grande, el sublime, el que todo lo sustenta, no tenían ritos algunos, ni ceremonias, ni palabras con que lo venerasen. Mas quando los temporales no acudían, y por falta de agua no había yerba para los ganados: juntaban las ovejas en ciertos lugares, que para esto estaban dedicados que llamaban el hayladero de las ovejas, y hincando una vara ó lanza en el suelo, apartaban las crías de las ovejas, y hacían estar las madres al derredor de la lanza dando balidos, y con esta ceremonia, entendían los naturales que Dios se aplacaba, y oía el balido de las ovejas, y les proveía de temporales.

CAPITULO V.

De algunas costumbres otras de los naturales.

El conocimiento que los naturales Guanches tenían de Dios era tan confuso, que solo conocían haberlo, conociendo y alcanzando haber un hacedor y sustentador del mundo (que lo llamaban como dicho tengo; Achguayaxerax, Achoron, Achaman, sustentador de cielo y tierra) mas ni conocían inmortalidad de las almas, ni pena, ni gloria que se les debiese.

Con todo esto conocían haber infierno, y tenían para sí que estaba en el pico de Teyda, y así llamaban al infierno Echejde, y al demonio Guayota. Y aunque gen-

te sin ley, no vivian fuera de ella porque en algunas cosas se sujetaban y llegaban á la razon: como es en tener superior y conocer vasallaje: en contraer matrimonio, y diferenciar los hijos legitimos de los bastardos. En hacer leyes y sujetarse á ellas: y en otras cosas que en el discurso de la historia se verán.

Acostumbraban (porque tomemos desde principio la materia) quando alguna criatura nacia, llamar á una muger que lo tenia por oficio, y esta echaba agua sobre la cabeza de la criatura: y aquesta tal muger contraia parentesco con los padres de la criatura, de suerte que no era licito casarse con ella, ni tratar deshonestamente. De donde les hubiese quedado esta costumbre, ó coremonia; no saben dar razon mas de que asi se hacia. No que fuese sacramento, pues ni lo hacian por tal, ni les era la ley evangelica predicada, mas era una coremonia de un lavatorio, que tambien otras naciones usaron. Puede ser haberles quedado esta costumbre y coremonia desde el tiempo que Blandano y Maclovio predicaron en estas islas (como atras queda dicho) ó antes, y como ellos murieron, ó se fueron de ellas, no les quedó, mas que la coremonia, olvidando el fin para que se hacia, y el nombre por quien.

El exercicio en que á sus hijos ocupaban, era en saltar, correr, tirar, y en exercitarse para la guerra, que era muy usado entre ellos. Y estos guerreros (que casi lo eran todos) estaban tambien disciplinados, que era ley inviolable, que el hombre de guerra que topando alguna muger en algun camino ó en otro lugar solitario, la miraba ó hablaba, sin que ella primero le hablase, ó pidiese algo, y en poblado le decia alguna palabra deshonestas, que se pudiese probar, muriese luego por ello, sin alguna apelacion, tanta era su disciplina.

CAPITULO VI.

Del traje que usaban y los manjares que comian.

Esta gente era de muy buenas y perfectas fayciones de rostro y disposicion de cuerpo: eran de alta estatura y de miembros proporcionados á ella. Hubo entre ellos gigantes de increíble grandeza, que porque no parezca

cosa fabulosa, lo que se refiere dellos, no la digo.

De uno afirman todos en general, y se tiene por cosa cierta y averiguada, que tenia catorce pies de largo, y tenia ochenta muelas y dientes en la boca. Y dicen que el cuerpo deste, está mirado, en una cueva grande, sepultura antigua de los Reyes de Güimar cuyo sobrino era que está en Guadamoxete. Este murió en una batalla que con los hijos del rey de Tegueste tuvo, y dicen que yendo á la batalla dijo como habia de ser muerto en ella á manos de los sobredichos. mas que aquel que de su linage levantase su banot (que era la arma conque peleaba) ese vengaria su muerte y así fué.

Es esta gente (los de la banda del sur) de color algo tostada y morena, agora sea por traer este color de generacion, agora sea por ser la tierra algo cálida y tostarlos el sol, por andar casi desnudos como andaban. Mas los de la vanda del norte, eran blancos, y las mujeres hermosas y rubias, y de lindos cabellos.

Su trage era (porque no tenian género alguno de lino, ni algo don) un vestido hecho de pieles de corderos, ó de ovejas gamuzadas, á manera de un camizon sin pliegues, ni collar, ni mangas, cosido con correas del mismo cuero, con mucha sutileza y primor tanto, que no hay pellejero que tan bien adobe los cueros ni que tan sutil costura haga, que casi no se divisa, y esto sin tener agujas ni alesnas, sino con espinas de pescados, ó puas de palmas, ó de otros árboles. Este vestido era abrochado por delante, ó por el lado, para poder sacar los brazos con correas de lo mismo. Este género de vestidura llamaron tamarco y era comun á hombres y mugeres: salvo que las mugeres por la honestidad traian debajo del tamarco unas como sayas de cuero gamuzado que les cubria los pies, de que tenian mucho cuidado: porque era cosa deshonestá á las mugeres descubrir pechos y pies. Este solo era su trage de grandes y menores, y este les servia de cobertura para la vida, y de mortaja para la muerte.

Pues si la vestidura no es muy costosa, el manjar no es mas preciado, porque solo tenian y sembraban cevada y habas, que trigo, centeno, ni otras legumbres no las habia en la isla, y si en algun tiempo hubo trigo, perdióse la semilla.

Esta cevada despues de limpia la tostaban al fuego y la molian en unos molinillos de mano, que son como los que en España tienen para moler el cevo de los bueyes. Esta harina llaman gofio, la cual cernida, era su ordinaria comida, amasándola, ó desliéndola con agua, ó con leche y manteca de ganado, y esta servia por pan, y es de mucho mantenimiento.

Tambien comian carne de oveja, cabra y de puerco, y esto era á solas sin otro conducto alguno, ni gofio, y esta carne habia de ser á medio asar y dura, porque asi decian ellos, que tenia mas sustancia que quando estaba muy asada.

Hacian entre año (el qual contaban ellos por las lunaciones) muchas juntas generales: y el rey que á la sazón era y reinaba, les hacia el plato y gasto de reses, gofio, leche y manteca que era todo lo que darse podia; y aqui mostrava cada cual su valor, haciendo alarde de sus gracias, en saltar, correr, baylar aquel son que llaman canario con mucha ligereza y mudanzas, luchar. y en las demas cosas que alcanzaban, y no es poco de maravilla, que con manjares tan toscos y gruesos se criasen hombres tan valientes, de tanta fuerza y ligereza, y de tan delicados ingenios como dellos han salido.

Tambien tenian miel de una fruta, que llaman Mocan, que son del tamaño y hechura de garvanzos: antes que maduren son muy verdes: quando comienzan á madurar se tornan colorados, y quando del todo estan maduros estan muy negros son dulces, y no se come dellos mas del zumo: á estos llaman los naturales Yoya, y la miel dellos Chacerquem. Hacianla desta manera, Cogian los Mocanes muy maduros, y ponianlos al Sol tres ó quatro dias, y martahajavanlos ó quebravanlos desmenuzandolos y echabanlos á cocer en agua hasta que se embavia y quedaba como arrope, y deste usaban como medicina para cámaras, que estas y dolor de costado era la enfermedad mas ordinaria que padecian, la manera de curarse era sangrandose de los brazos cabeza ó frente, con una Tabona ó pedernal.

CAPITULO VII.

Del modo que tenian en hacer sus sementeras y casarse.

Porque dije que solo sembraban cevada, quiero contar el modo que de hacerlo tenian. El Rey cuya era la tierra dava y repartia á cada cual segun su calidad ó servicios, y en este término que á cada cual señalaba, hacia el tal su habitacion, (porque congregacion de pueblo no la tenian) y su morada era comunmente en cuevas que naturaleza crió, ó en otras hechas á mano en piedra toca, con muy buena orden labradas, y donde no avia cuevas hacian casas de piedra seca y paja encima, y en este término de su habitacion y morada, tenian sus ganados, sin que paciesen otros términos ajenos: y para que no les faltase el pasto, tenian gran vigilancia en no dejar nacer yerva, que no fuese provechosa para el ganado: y así siempre lo traian grueso porque lo criavan á ojo. En esta misma tierra de su término, con unos cuernos de cabra ó unas como palas de tea, porque hierro ni metal de ninguna suerte lo tenian, cavavan ó por mejor decir, escarvavan la tierra, y sembravan su cebada. Esto hacia el varon, porque todo lo demas hasta encerrarlo en los graneles ó cuevas, era oficio de las mugeres.

Quando hacian su agosto y recogian los panes hacian juntas, y fiestas en cada Reino, como en agradecimiento del bien recibido, y eran estas fiestas tan privilegiadas, que aunque uviese guerra, se podia pasar de un Reino á otro seguramente á ellas.

Su modo de contraer matrimonio era: En agradado al varon alguna muger fuese doncella, viuda, ó repudiada de otro, pediala á sus padres (si los tenia) y si ellos consentian, sin otra cerimonia ni concierto quedaban casados con el consentimiento de ambos. Y tenian las mugeres, que querian y podian sustentar. Y como el casamiento era fácil de contraer, facilmente se derimio: porque en desgustando el marido de la muger, ó al contrario, la embiava á su casa, y ella podia casarse con otro sin incurrir en pena, y el con otra, las veces que se le antojava: y los hijos de aquel matrimonio dirimido, ó divorcio, eran tenidos por no legitimos, y así llamaban al tal hijo Achicuca y á la hija Cucaha.

En el uso de la generacion, no tenian respeto mas de á madre y hermana, porque las demas, tias, primas y sobrinas, cuñadas, todos las llevaban por un rasero sin diferencia alguna: pero aunque eran dados á este vicio; abominavan en extremo el pecado nefando.

CAPITULO VIII.

De los reyes que en esta isla uvo, y de sus terminos, elecciones y guerras.

Muchos años estuvo esta isla y gente della subjeta á un solo Rey que era el de Adeje, cuyo nombre se perdió de la memoria, y como llegase á la vejez á quien todo se le atreve, cada cual de sus hijos, que eran nueve, se levantó con su pedazo de tierra haciendo término y reyno por sí. El mayor de los cuales como lo era en edad, lo fué en discrecion, fuerza y ánimo, llamavalo Betzenuhya, ó Quebehi por excelencia. Este tiranizó y señoreó el reyno de Taoro, que agora llaman Orotava, cuyo término fué desde Sentejo hasta la Rambla aguas vertientes á la mar, tras dél y á imitacion suya los demas infantes, tomaron y se levantaron con sus pedazos llamandose mencey que es rey. Acaymo se llamó é intituló mencey de Güimar, de Abona Atguaxoña, y Atbitocarpe de Adexe. Los demas reyes cuyos nombres se ignoran, reinaron en Naga, en Tegueste, en Tacoronte, en Icode y en Daute; pero sobre todos y á quien todos conocian superioridad era el rey de Taoro que tenia seis mil hombres de pelea, segun los naturales afirman, y es de notar que aunque estos heredaron, y sucedieron al padre, sus descendientes no assi, porque el modo que de suceder tenian era, que la sucesion de los reyes no era de padres á hijos, sino que si el rey que á la sazón reynaba tenía hermanos, aunque tuviese hijo, no heredavan los hijos sino el hermano mayor: y este muerto heredava el otro hermano y assi hasta que no quedaba hermano alguno, y entonces bolvia la herencia del reyno al hijo mayor del primer heredero, y assi de uno en otro iba sucediendo.

Quando alzaban por Rey á alguno, tenian esta costumbre, que cada reyno tenia un hueso del mas anti-

guo rey de su linage embuelto en sus pelleuelos y guardado, y convocados los mas ancianos al Tagoror lugar de junta y consulta: despues de elegido el rey davante aquel huesso á besar: el cual besandolo, lo ponian sobre su cabeza y despues del los demas principales que alli se hallaban lo ponian sobre el hombro y decian: «Agoñe Yacoron Yñatzahaña Chacoñamet.» Juro por el huesso de aquel dia en que te hiciste grande. Esta era la ceremonia de su coronacion, y este dia llamaban al pueblo para que conociesen al que avian de tener por rey, y festejavanlo, y regozijavase como sabian haciendo banquetes generales á costa del nuevo rey y de sus parientes.

El Rey no casaba con gente baxa y á falta de no aver con quien casar por no ensuciar su linaje se casavan hermanos con hermanas.

Quando el Rey mudava casa que era el verano á la Sierra, y el invierno á la playa llevaba los ancianos consigo, y una lanza ó banot delante de si á trecho, para que supiesen que era el Rey, y quando algunos le encontravan en el camino postrabanse por tierra y levantandose, limpiavante los pies con el canto del Tamarco y besavanselos; la asta que el Rey llevaba delante de si llamavan Anepa.

Avia entre ellos hidalgos, escuderos y villanos, y cada cual era tenido segun la calidad de su persona. Los hidalgos se llamavan Achimencey, los escuderos Cichicquitzo, y los villanos Achicaxna. El Rey se llamaba Mencey y de aqui los hidalgos como descendientes de Reyes se llamaban Achimencey, porque Quebehi era como decir Alteza Tenian los naturales para si, que Dios los avia criado del agua y de la tierra, tanto hombres como mugeres y dádoles ganados para su sustento: y despues crió mas hombres, y como no les dió ganados pidiendoselos á Dios les dixo; Servid á essotros y daros an de comer; y de alli vinieron los villanos que sirven y se llaman Achicaxna.

Todas sus guerras y peleas eran por hurtarse los ganados (que otras haciendas no las poseian) y por entrarse en los términos, y cuando avia guerra con ahumadas y silvos se entendian; las armas ofensivas con que peleavan, que defensivas (si no eran los Tamarcos que

rodeaban al brazo unas pequeñas tarjas de drago) no las tenían: eran unas baras tostadas y aguzadas; con ciertas muexquezitas á trechos y con dos manzanas en medio en que encaxaban la mano, para que no desdixese y para que fuese con mas fuerza el golpe. Estas tales varas ó manzanas llamavan Banot; con estas peleaban á mantenimiento despues que habian cerrado los unos con los otros, y en dando el golpe quebraban la muexquezita para que la punta quedase en la herida; y para de lejos antes que cerrasen usaban de unas pelotas de piedras rollizas que tiravan con mucha fuerza. Quando ivan á pelear siempre ivan desnudos salvo las partes deshonestas, y su Tamarco llevavan revuelto al brazo, ivan tambien sus mugeres con ellos que les llevavan la comida, y para si morian que los trajesen á sus entierros y cuevas y aunque fuesen vencidos no hacian daño alguno los vencedores á las mugeres ni hijos de los vencidos, ni á los viejos, y hombres que no fuesen de guerra, antes los dejavan en paz volver á sus casas.

Eran hombres de tanta fuerza y ligereza que se cuentan algunas cosas de ellos casi increíbles. Una piedra guijarro está en esta isla en el término de Arico, maziza, mayor que una grande perulera la cual vide yo y es comun platica entre los naturales que con aquella piedra ivan sus antepasados á probar sus fuerzas, y que la levantaban con las manos y la echavan sobre la cabeza á las espaldas con facilidad, y agora no ay hombre por membrudo que sea que la pueda levantar ni dar viento. Pues su ligereza era tanta que á diez passos esperaban que los tirassen quien quisiese una piedra ó lanza, y no avia acertarles porque hurtavan el cuerpo con mucha destreza. Pues correr aunque sea por andenes y despeñaderos que otros no pueden passar andando, dan ellos alcance á una cabra y la cogen á manos por pies. Tienen una habilidad estraña, y de notar que aunque sea gran cantidad de ganado y salga de golpe del corral ó aprisco, lo cuentan sin abrir la boca, ni señalar con la mano, sin faltar uno. Y para abijar el ganado aunque sean mil reces paridas conocen la cria de cada cual y se la aplican. Otras mil gentilezas hacen como es arrojar de una peña abajo con una lanza, muchos estados que como son á todos notorias no quiero gastar tiempo en escrivillas.

CAPITULO IX.

Del modo que tenian de enterrarse.

No ay nacion por bárbara que sea que con sus difuntos no tuviese piedad y les procurase hacer la última honra y beneficio en sepultarlas donde mejor les parecia que convenia. Llega á tanto aquesto que á abido nacion que por no ver comer á la tierra y gusanos los cuerpos de sus queridos difuntos los enterraban en sus propias entrañas comiendoselos ellos. Los naturales desta Isla piadosos para con sus difuntos, tenian por costumbre que quando moria alguno dellós, llamaban ciertos hombres (si era varon el difunto) ó mugeres (si era muger) que tenian esto por oficio y desto vivian y se sustentaban, los cuales tomando el cuerpo del difunto, despues de lavado, echavanle por la boca ciertas confeciones hechas de manteca de ganado derretida, polvos de brezo y de piedra tosca, cáscara de pino y de otras no se que yervas, y embutianle con esto cada dia, poniendolo al sol quando de un lado, quando de otro por espacio de quinze dias, hasta que quedaba seco y mirlado, que llamaban axo. En este tiempo tenian lugar sus parientes de llorarle y plantearle que otras obsequias no se usaban al ~~caso del~~ qual término, lo cosian ó embolvian en un cuero de algunas reses de su ganado que para este efecto tenian señaladas y guardadas, y assi por la señal y pinta de la piel se conocia despues el cuerpo del difunto. Estos cueros los adobaban con mucha curiosidad gamuzados y los teñian con cáscara de pino, y con mucha subtileza los cocian con correas del mismo cuero, que casi no se parecia la costura. En estas pieles adobadas cosian y embolvian el cuerpo del difunto despues de mirlado poniendole muchos cueros destes encima y algunos ponian en ataud de madera incorruptible, como es tea, hecho todo de una pieza, y cavado no sé con qué á la forma del cuerpo: y desta suerte lo llevavan á alguna inaccesible cueva, puesta en algun risco tajado, donde nadie pudiese llegar, y alli lo ponian y dejaban, aviendole hecho en esto el último beneficio y honra. Mas los hombres y mugeres que los mirlaban, que ya eran conocidos, no tenian trato ni conversacion con persona alguna

ni nada osaba llegarse á ellos, porque los tenían por contaminados é inmundos, mas ellos y ellas tenían su trato y conversacion y quando ellas miraban alguna difunta, los maridos les traian la comida, y por el contrario. &c.

Esto es lo que de las costumbres de los naturales he podido con mucha dificultad y trabajo acaudalar y entender, porque son tan cortos y encogidos los guanches viejos que si les saben no las quieren decir, pensando que divulgallas es menoscabo de su nacion. Y asi quedar yo corto habiendolo tomado tan tarde (pues á casi cien años que la isla se conquistó) no es culpa mia ni yo me ofreci á dar mas que lo que podia.

CAPITULO X.

De los insignes varones que desta gente an descendido.

De lo que atras queda dicho se ve claro y manifiesto que los naturales desta isla (no exceptuando á los de las otras, pues todos creo tuvieron un principio y origen) fueron gentiles incontaminados, sin ritos, ceremonias, sacrificios, ni adoracion en Dioses ficticios, ni trato, ni conversacion con demonios como otras naciones. Y como la tierra limpia ganosa de producir, que echandole la buena semilla, y dandole el riego necesario, produce con fortaleza y da fruto á su tiempo: assi estos naturales, como estaban sin ley sin ceremonias, sin adoracion y conocimiento perfecto de Dios (cosa que todas las racionales criaturas apetecen) hallolos el evangelio desembarazados, y materia dispuesta en que obrar, cayó la semilla de la fé en sus corazones por el oido, diosele el riego necesario de la palabra divina y sacmentos, acudió esta fértil tierra, y produjo barones aprobadisimos y de grau celo de religion y cristiandad, varones de ingenios delicatissimos y caudalosos, asi en las humanas, como divinas letras esmerados. Varones que no solo con la toga, no solo con el bonete, mas tambien con la espada han mostrado su valor y la virtud de sus antepasados.

Han salido desta isla y gente, hombres de todos estados, de quien el rey nuestro señor assi para paz como para guerra se á servido con mucha acepcion. Y conocida su limpieza la santa inquisicion, los admite á sus

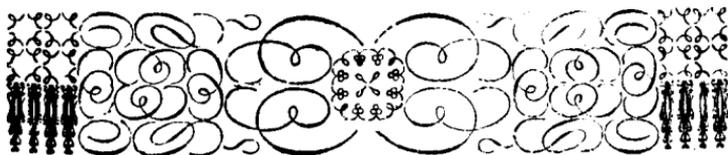
consultas, y secretos, y con oficios honrosos los decora, y las cathedrales iglesias se honran, en regirse y gobernarse por ellos, y que en sus pulpitos y cathedras se suban y enseñen.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



ARGUMENTO DEL LIBRO SEGUNDO.

Repara pluma torpe toma aliento
El gavilan ya grueso perficciona,
Mira que llegas ya dó el pensamiento
Adelgazar conviene y dar corona.
A la scriptura dó haces fundamento
Pues deste origen nombre se le dona
Pues el origen diste de Nivaria
Refiere luego aqui el de Candelaria.



LIBRO SEGUNDO.

Del origen y aparecimiento de la santa imágen de Candelaria.

CAPITULO I.

De las excelencias de la imágen de Candelaria.



En aquesta isla y entre esta gente que he contado muchos años antes que tuviesen lumbré de fé ni noticia de evangelio, fué Dios servido que apareciese, una de las mayores reliquias que ay en el mundo, y que mas milagros á obrado. Y aunque assi á esta isla como á las comarcas, los antiguos llamaron fortunadas, por la fertilidad de tierra, temple y aires, por la docilidad de la gente y celebérrimos ingenios que produce: por ninguna razon le cuadra mas este título de dichosas, como es por tener y encerrar en si un don tan sobre natural, una merced tan estraña, un beneficio tan inmenso, una dicha tan grande como es la santísima imágen de Candelaria que en esta isla apareció.

Si Loreto en Italia se precia de su imágen, y con

pregones altisonos la blasona habiendo aparecido entre christianos. Si los altos é inaccesibles peñascos de Monserrate, son poblados y visitados de innumerables gentes por haber aparecido alli aquella señora. Si Zaragoza con su pilar está tan ufana Si Guadalupe tiene la nombradía y obras que sabemos por el mundo todo por respeto á su imágen. Si peña de Francia. Si la Antigna en Sevilla. Si Consolacion en Utrera. &c Son tan estimadas y con razon. Qual veneracion, estima, respecto, y devocion se debe á esta señora de Candelaria, por haber aparecido á infieles, y en tierra de infieles. Pues fué medio para que ellos viniesen á la fidelidad Evangelica: y tuviesen conocimiento, de uno y verdadero Dios. Preciase Roma de que recibió la fé y evangelio de san Pedro. Y España de haber tenido por predicador á Santiago. La India se estima de haber oido á Tomas, y á san Juan evangelista, Grecia toda blasona de haber recebido su doctrina, y haberlo tenido por principio y maestro de su christiandad, que con mas razon se preciará Tenerife de tener por predicadora de la fé, aquella en quien, sola permaneció asi en actos exteriores como interiores, que es la virgen de Candelaria, patrona suya que aunque con palabras no divulgó el evangelio, con su presencia dispuso los ánimos á recibirlo, con mucha facilidad, y á guardarlo con toda fidelidad y entereza, y es tanta la que los naturales con esta santa reliquia tienen, que si la fé no les enseñara la Candelaria ser madre de Dios, y no Dios: la confesarán á ella y tuvieran por tal, segun la fé que con ella tienen, por haberles en su infidelidad aparecido, y á la ley evangélica por su medio atraído.

CAPITULO II.

Del tiempo en que pareció esta Santa Reliquia.

Aunque averiguar el año y tiempo en que esta sagrada Imágen apareció, sea cosa muy dificultosa, porque como á venido de mano en mano ase ido perdiendo la memoria; con todo aquesto, aprovechandome de las antiguas pinturas que esto refieren y sirven de escriptura; y de la computacion de las lunas, de que los antiguos naturales usavan, vendré rastreando á dar con lo mis

averiguado que es.

El año de mil y quatrocientos de nuestra redempcion, ciento y cinco años antes que la Isla fuera de Christianos, ni hubiera en ella noticia de Evangelio, fué nuestro Señor servido (como aquel que quiere que todos se salven, y vengan en conocimiento de la verdad) que apareciese la Santa Imagen de Candelaria para principio del remedio desta dichosa gente. Dichosa con razon, pues tal principio de su bien, tal medio para el Evangelio, tal fin para alcanzar el verdadero, tal madrina y puerta para entrar á la Fè tuvieron. Apareció en un lugar desierto y muy seco, á la orilla de la mar, junto á una playa de arena que tendrá media legua de largo á la boca de un barranco, sobre una piedra: donde por memoria deste aparecimiento pusieron despues los Christianos una Cruz que oi está en pié, y un poco adelante fundaron una pequeña Hermita que llaman del Socorro, El como fué descubierta y apareció pasa asi.

Yendo dos naturales por aquella costa repastando su ganado; habiendo de pasar por aquella playa: llegando el ganado que por la playa iba derramado á la boca del Barranco, se espantó, y no queriendo pasar remolinava. El uno de los pastores creyendo que su ganado se espantava porque sentia gente, y pensando que fuesen algunos naturales que le querian robar y saltar su ganado, como lo tenian por costumbre de hurtarse unos á otros: para certificarse pasó adelante, y mirando hácia aquella parte del barranco: vido la Santa Imágen que estaba en pie sobre una peña. Y como persona que de semejantes visiones estava deshusada; no sin favor se la puso á considerar, y pareciole (porque tenia un niño en brazos) ser muger aunque estrañó el traje y color.

Y porque entre ellos era costumbre, que si topavan alguna muger á solas, y en lugar solitario, no la hablaban, porque incurrian en pena de muerte. Le hizo señas para que se apartase, porque su ganado que remolinava tuviese lugar de pasar. Pero como la Imágen no hiciese movimiento alguno, ni respondiese palabra amohinose el pastor y acudió á sus acostumbradas armas que eran piedras, y asiendo de una levantó el brazo, y fuese para amenazarle, ó para tirarle con ella. Y asi como levantó el brazo yendo á desembrasar para hacer su

tiro se le quedó yerto y estendido sin poderlo rodear. El otro compañero habiendo visto lo que pasaba, y no quedando escarmentado, cobrando atrevimiento de que no havia mudamiento ni voz. Y de que aunque hablaban al bulto ó Imágen, no respondia, quiso hacer nueva esperiencia aunque á costa suya; y ver si era cosa viva y llegandose cerca con mas miedo que verguenza, tomó una tabona; ques una piedra prieta y lisa como azabache, que herida una con otra se hace en rajadas, y queda con filo como navaja, con que sangran y sajan; tomando, pues, esta piedra, se llegó á la Santa Imágen para quererle cortar un dedo de la mano, por satisfacer á su ignorancia, y ver si sentia, y poniendo el dedo de la Imágen sobre el suyo, y comenzando á cortar en el hallose el necio burlado, porque la herida se daba á si propio en sus dedos sin hacer daño á la mano de la Santa imágen. Y siendo aun porfiado y pertinaz (porque era necio) probó otra vez, mas caiale á cuestras, porque sus dedos estaban corriendo sangre de las heridas que el propio sin querer se daba. Y los de la Santa Imágen quedaron libres y sanos sin señal alguna. Estos fueron los dos primeros milagros que esta señora para bien de los naturales lizo en ellos mismos, y confirmolos despues como se verá.

CAPITULO III.

De como los Pastores dieron noticia al Rey de Güimar de lo que habian hallado y visto.

Condicion ordinaria es de los hombres, á lo menos de aquellos, que no consideran los acaecimientos y cosas, no querer escarmentar en cabeza ajena, hasta ver la suya quebrada, y á su costa quedan sabios pudiendolo quedar á la ajena. Assi sucedió á estos pastores que no contentandose con ver que se le habia quedado el brazo yerto al que amagó con la piedra, al bulto, ó vision que habia visto, (que para entender ser aquella mas que humana bastava) quiso el segundo hacer su esperiencia, á costa suya, pero todo por mejor, para que menos duda les quedase de que la vision era divina, y entre ellos se engendrarse alguna opiaion y estima de que

era lo que vian otra cosa mas de lo que de fuera parecia.

Estos pastores admirados, consultan entre sí que harian? Y determinan que será razon dar dello parte al rey de Güimar, cuyos vasallos eran, y en cuyo término apareció la santa reliquia. El qual tenia cerca de allí su morada y abitacion. Cuentanle la vision y lo acontecido, y en confirmacion, enseñan el uno su brazo yerto, y el otro sus dedos cortados, y goteando sangre. El rey no con menos espanto de lo que oye que desseo de ver lo que le contaban y referian, sale de su casa al Tagoror que era el lugar dó hacia su consulta y recibia los pareceres de los de su consejo. Este lugar estaba delante de la puerta de su casa en alguna llanura, y en circuíto del ala redonda puestas á poco trecho unas piedras en que se asentaban el rey y sus vasallos al sol de Dios, y este Tagoror acostumbraban todos tener delante de sus casas mayor ó menor segun la calidad y posibilidad de la persona, donde se juntaban á sus conversaciones. Y era costumbre que quando algun huesped venia, no entrava en casa sino sentavase en el Tagoror sin hablar palabra y quando áhi le veian, salia el señor de la posada, y entravaló en ella. Saliendo pues el rey de Güimar á su Tagoror, ó plaza de consulta junta sus vasallos y dandoles parte de lo acontecido sale de la consulta que vayan luego á ver lo que era: Llegado el Rey con los suyos al lugar donde los pastores decian, yendo ellos por guia, hallan la Santa Imágen en el propio lugar do la havian dejado y como la novedad de las cosas inuditas pocas veces vistas, causa admiracion y espanto, y esta lo era, quedaron fuera sí, en ver una figura, de muy diferente trage que el suyo, de otra color, y que al parecer por las señas que vian, era muger, porque tenia un pequeño niño desnudo en brazos, y causavales mas espanto y admiracion; no ver movimiento alguno ni oír voz ni respuesta. aunque la hablaban y ver el resplandor, que de su rostro y vestidos salia, y la magestad que representava. Con todo aquesto propusieron de llevarla á la casa y sitio del Rey para tenerla alla consigo, pero ninguno osó echarlo mano, ni llegarse á ella para alzarla, recelándose, no le aconteciese lo que á los pastores. Y assi mandó el Rey que pues ellos avian hecho la primera esperiencia, acometiessen á hacer la segunda y el

hechasen mano para llevarla. Rodeavalo Dios asi para que la gloria de su madre, se manifestase y en opinion y estima el pueblo gentil se confirmase. Llegan los dos pastores el uno manco de los dedos de la mano, y el otro del brazo, y en poniendo sus manos y tocando la Santa Reliquia para averla de alzar (cosa milagrosa) quedan el uno y el otro de sus lesiones sanos y buenas con grande admiracion de los presentes que con voces y silvos aplaudian el hecho, y gratificaban, y agradecian, el beneficio recibido. Cobro el Rey y los suyos, estima y opinion de que aquella muger, aunque muda devia de ser alguna cosa sobrenatural, pues tal poder tenia de quitar la salud y bolverla, y cobro juntamente con esto osadia, perdiendo el temor, aunque con respeto, y dice que es mas decente cosa, quel propio por sus manos y los grandes de su Reyno la lleven en brazos para honrrar la huespeda que les avia venido, y que ningun plebeyo llegue á ella, y assi se hizo.

CAPITULO IV.

Del origen de la Santa Reliquia de Candelaria.

Querer investigar el origen desta Sancta Reliquia, y de donde á esta isla hubiese venido, es cosa escusada; pues todo quanto acerca de esto quisieren decir será adivinar. Porque el año de mil y quatrocientos de nuestra redencion quando digo que esta Santa Imágen apareció, aunque ya la navegacion deste mar estava descubierta, y avia noticia destas Islas, no se navegava con libertad, ni avia para donde, hasta que se descubrió Cabo verde y las Indias, para que digamos que algun navio de Chistianos la trajo, y quando la trajeran no la avian de dejar en un desierto inhabitado entre riscos y piedras, siendo como es aun en lo material della una de las mas lindas piezas, y mas perfectamente acabada que se á visto. Pues decir que la Mar la traeria, aviendose perdido algun navio que la llevase (como hemos visto traer á otras) y la echaria en aquel lugar, es disparate, porque si assi fuera avia de estar la Imágen siquiera en algo lastimada, que con la resaca la Mar le avia de hacer algun daño, y el oro de que está dorada con las de-

mas y colores y matizes avian de estar amortiguados y comidos; y quedára entonces en la playa, echada y caída y no en pié sobre una peña como la hallaron.

Y assi concluyo y tengo por cosa averiguada que fué por ministerio de Angeles á esta Isla traída, y por sus manos labrada. Porque es casi imposible que obra tan prima y tan perfecta, manos de mortales hubiesen hecho, como en la traza, estatura, colores, y letreros que tiene claramente, se muestra, de lo cual hacemos adelante capítulo particular en el capítulo 13 deste segundo libro.

CAPITULO V.

De como el Rey de Güimar llevó la Santa Imágen á su casa.

En el segundo libro de los Reyes cap. 6, cuentan las divinas letras que trayendo el Rey David el arca del Testamento que estava en Gabaá, en casa de Aminadab, á la Ciudad suya, que era Sion. Sucedió en el camino la desastrada muerte de Oza por tocar el arca que se iba á caer del carro donde venia: y por este acaecimiento, no osó el Rey llevarla á su casa, y dejóla en casa de Ohededom por espacio de tres meses en los quales hizo Dios muchas mercedes á el y á su casa por el hospedaje del arca. Lo qual sabido por David, perdiendo el miedo vino por ella y la llevó á su casa con mucho aplauso y fiestas, &c.

Casi lo propio sucedió al Rey de Güimar de quien vamos hablando, que aviendo visto el brazo yerto y dedos cortados de los pastores, no osó el ni sus grandes (aunque lo tenían determinado y lo desseavan) llegarse á la imágen, ni alargar las manos para tocarla, temiendo no les aconteciese lo que á essotros. Pero desde que vió que no solo se dejava la imágen tocar y tratar, mas que les avia restituído su brazo y dedos, perdiendo el miedo y cobrando respecto, no consiente que otro que él y sus privados á ella se lleguen, ni que otros gozen del suava peso, ni del trabajo alegre de llevarla. Y assi con la mas decencia que pudieron y con la mayor reverencia que supieron la llevan en brazos su camino.

Mas permitiendolo Dios assi, para que todos gozasen de la piadosa carga, y la honra y trabajo fuesse comun, aviendo andando espacio de un tiro de escopeta poco mas, con ser la Imágen liviana, y ellos hombres de muchas fuerzas, fue tanto el peso y carga que los que la llevavau sintieron, que les fué forzoso parar, y pedir ayuda y socorro, y por aquesta razón, en este propio lugar despues que la isla fué de christianos aviendo savido este caso, fundaron una pequeña hermita que llamaron del Socorro que siempre asido muy venerada y frecuentada, aunque no reparada porque oy esta caída. Tan poco es la devocion de los presentes.

Pues siendo socorridos y ayudados, tornaron á proseguir su camino, hasta llegar á las moradas del Rey de Güimar que eran como media legua de donde la santa imágen apareció, en un barranco y lugar de su abitacion que llamaban Chinguaro. Donde en un canto dela morada, sobre unas pieles de cabras y ovejas, (que otras alhombros ni doceles no tenían) la pusieron con la decencia que sabian y podian hombres que no estaban acostumbrados á reverenciar, ni adorar Dioses, ni estatuas, ni tratar de cosas divinas.

CAPITULO VI.

De como el rey de Güimar dió aviso á los reyes comarcanos de lo que en su reino avia aparecido.

Es el bien de suyo tan amigo de compañía que por grande que sea no da el gusto á solas que da estando acompañado, porque como de suyo es difusivo, no es bien sino es comunicado, y comunicado crece. El rey de Güimar del bien que poseia, no cose avaro, pareciendole, no tener perfecta posesion, si no lo comunicaba, embió sus mensajeros á los comarcanos reyes para que todos participasen del. Principalmente dió aviso al rey de Taoro, que llama Betzemuhya, que como mas poderoso, y rey de mayor y mejor término, y de mas número de vasallos, tenia casi sujetos y avasallados á los demas reyes, que le pagavan parios y reconocimiento, y entre otras condiciones y leyes que tenía puestas, y ellas prometidas, era una que le avisasen de las cosas memorables que en sus

reinos aconteciesen. Y la razon de mandar aquesto era recelarse de gente estrangera. Porque avia en este tiempo entre los gentiles un propheta, ó adivino que tambien decian ser zahori, al qual llamaban Guañameñe, que prophetizaba las cosas venideras, y este le avia dicho que avian de venir dentro de unos pájaros grandes, (que eran los navios,) unas gentes blancas por la mar, y avian de enseñorear la isla. Y por esta ocasion avia el rey de Taoro mandado le diesen aviso, y así lo hizo el rey de Güimar, diciendo, que una muger estrangera avia parecido en su reyno á la orilla de la mar, que resplandecia mas que el sol, y mostrava en su rostro gran señorío y magestad, que viniese de paz si queria gozar de su vista. Savida la nueva vino el rey de Taoro de paz con seiscientos hombres que le acompañaban. Y aviendo visto la santa imágen, y andole contado lo que con los pastores, y con ellos habia acontecido, y departiendo sobre ello, no determinándose, esperaron á que los demas reyes se juntasen y viniesen. Vino el rey de Abona, y el de Adexe, el de Naga, de Tegueste y Tacoronte. A visita de reyna biva se juntan los reyes. Juntos y hablados en lo que se resuelven es en admiracion y espanto, al fin queda consultado entre ellos, asentado y recibido, que aquello devia de ser alguna cosa del cielo y como tal fuese reverenciada. Y que para esto le dieron aposento por si porque con el humo de las teas que encendian en la casa del rey, no se perudiese, ni con la frecuencia de tratarla se le perdiese el respeto.

El rey de Güimar ó por ofrecimiento y comedimiento que con el rey de Taoro quiso tener ó por no entender ni estimar, lo que en su poder tenia, dixo al rey de Taoro que le parecia seria bien que todos participasen deste bien, y para esto que partiesen el año y que la mitad del estuviere aquella muger en su reyno de Taoro y la otra mitad en el suyo de Güimar donde avia aparecido. Respondió el rey de Taoro una razon mas que de gentil (porque aun debajo de aquellas pieles y Tamarcos avia ingenios subidos) dixo: aunque tengo el ofrecimiento en mucho, no acepto al presente el partido, por que á una cosa celestial como entiendo deve ser esta, mas respeto se le deve, que eso, y será mas razon, que yo y mis vasallos vengamos de nuestras casas á servirla,

que no que ella vaya á visitarnos á nosotros, porquesi ella gustara de habitar en mi reyno y de que allá la sirvieramos y tuvieramos, ella apareciera allá, pero pues apareció en tu reyno, su voluntad es estar en él, y pues hemos tratado paces siendo esta muger la interventora, guardemos la paz, que haviendola, avrá comunicacion. Dicho digno del rey, y para entre reyes. Comenzaba ya esta señora á hacer de las suyas, y disponia los corazones para que poco á poco fuesen conociendo el bien que tenían en poseerla. Y la que hizo las paces entre Dios y el hombre, tambien las hace, y con su presençia confirma entre aquestos reyes paganos. &c.

Assi quedó la santa imágen en el reyno de Güimar y encomendada del rey de Taoro, que mirasen por ella y la guardasen, por que era pronóstico y señal de algun gran bien que á la isla avia de venir.

CAPITULO VII.

De como las naturales vinieron en conocimiento de quien la santa imágen era.

Mas de treinta ó quarenta años estuvo la santa reliquia en poder de infieles y en casa del rey de Güimar ó cerca de una casecita sobre un altar, que della no tuvieron otro conocimiento mas de creer que era alguna cosa sobre natural; y desto estaban ya certificados porque oían muchas músicas angelicales, sentian suavísimos olores, y veian muchas luminarias de noche. Todo lo qual les confirmaba en su opinion, y assi de comun consentimiento, le ofrecieron cada qual segun su devocion ó posibilidad, las mas hermosas cabras de sus rebaños que llegaron á seiscientas. Y el rey le señaló término particular que llaman Igueste de se apacentase este ganado, con pena de muerte que ninguno llegase á él. Esto es lo que de aquellos oscuros tiempos pudo alcanzar, y sacar á luz, y assi estos treinta ó quarenta años se pasaron en silencio. Hasta que el año de 1520, despues que las islas de Lanzarote y Fuerteventura se pusieron debajo del yugo del evangélio y vinieron en poder de españoles por averlas comprado á los franceses que las ganaron y poblaron, salian los moradores de ellas en navíos

á saltar y llevar presos y cautivos los que desta isla podian aver, y uno de los primeros (si el no lo fué) fué un muchacho que á la boca de un barranco hallaron pescando, y llevandolo consigo; lo industriaron en la fé y lo baptizaron llamandolo Anton. Y como aquel á quien Dios tenia escogido para lengua desta gente y para que descubriese el tesoro que en esta isla estaba encubierto; en breve tiempo aprovechó mucho en la fé, y ganó la voluntad de su amo, para que dandole libertad le dejase volver á su tierra, para convertir á sus parientes; ó como algunos dicen, lo traian para adalid y que echandolo en tierra en esta isla se quedó en ella escondido y alzado.

Al fin el vino al reyno y término de Güimar, y como venia en trage castellano, y los naturales le vieron pensando ser de los que solian saltar fuerense para él con ánimo denodado, mas el mozo Anton, hablandoles en su lengua y dandoseles á conocer los apfácó.

Recebido, fué á casa del rey á dar razon de su venida, y de lo demas, que le fuese preguntado. Y pareciendole al rey que este mozo que avia andado por otras tierras, y entre otras naciones, tendria alguna noticia de lo que era aquella muger que en su casa tenia, lo llevó á do la santa imagen estaba. Quando Anton la vido, hincó las rodillas en tierra y poniendo las manos, hace señas para que todos hagan lo mesmo. Y assi el rey como los demas se postraron luego delante la santa imagen. Y levantandose Anton en pie (despues de hecha su adoracion y oracion) toma officio de predicador y comienza á decir el bien que poseian, el tesoro que tenian la dicha que alcanzaban, la honra que conseguian, en tener tal abogada, tal huespeda, tal companera, tal patrona, tal señora en su tierra: porque esta es (diciendolo en su propio lenguaje,) Achmayex, guayaxerax, achoron, achaman. La madre del sustentador del cielo y tierra, y por tanto es Reyna de uno y otro, esta es en la que los christianos tienen puesta su esperanza, y pues tal prenda tenéis en vuestra tierra, sabedla conservar, sabedla servir, y agradecer, para que por su medio é intercesion vengais al verdadero conocimiento de Dios que es el Guayaxerax que confesais, por tanto sabed agradecer este beneficio, porque como á ingratos no os lo quito Dios.

CAPITULO VIII.

De como pasaron la santa imágen á la cueva de san Blas.

No hizo poco efecto, la persuasion de Anton en los naturales, ni la echaron como dicen en sacorroto, ni su predicacion fué en el desierto; porque cobraron tanta opinion desta santa reliquia, y tomaronle tanta amistad y devocion que todo lo que sus fuerzas alcanzaban, y todo lo que entendian y sabian lo empleaban en su servicio. Trata Anton, que no es decente cosa que la santa imágen esté, donde aya trato y tráfago de gente, por que no se lo pierda el respecto. Mas que se lo busque lugar conveniente, donde la pongan, que sea ella señora de su casa porque assi lo acostumbran los cristianos que la saben venerar. Y por esto dase órden que pues avia aparecido á la orilla de la mar, la lleven á una cueva que está junto á ella, donde solian ordeñar sus ganados, y la llaman Abbinico, que los christianos llamaron despues cueva de san Blas. En esta la pusieron con la decencia que supieron y alcanzaron.

Divulgose la fama desto: va la voz descurriendo por la isla, que la muger que en el reyno de Güimar avia aparecido era la madre del sustentador del mundo, á quien ellos confesaban y tenían por Dios. Acuden de todas partes á la dedicacion que de la cueva se hacia, y juntase gran número de gente, ordenan fiestas y regocijos, danzas, bayles, pruebras y saltos de mucha ligereza, carreras, luchas, tirar la lanza, y otros loables ejercicios con que su mucha agilidad, buena disposicion destreza y fuerzas cada qual procuraba mostrar. Quedó concluido y por ley asentado que tantas veces en el año se junten en este lugar por honra de la madre de Dios, á sus regocijos y bayles (que otro modo de veneracion ni lo sabian ni entendian) y viendo el mucho gastó que en estos dias se hacia, acuerdan en uno los reyes de Taoro y de Güimar, que pues se juntaban por honra y en servicio de esta señora, que ella les diese de comer aquellos dias del ganado que le avian ofrecido, que le avian un gran número aumentado y assi sacavan cantidad de reses para aquestos dias, y luego bolvia á multiplicar como sino sa-

raran alguno, esto duró hasta nuestro tiempo, y durára si la devocion no se enfriára. Assi que quedó la santa imágen en la cueva de san Blas encomendada á Anton, que era su sacristan, y á otros viejos que el rey avia puesto para que le guardasen y mirasen por ella, barriendo la cueva donde estaba.

CAPITULO IX.

De las procesiones que en aquellos tiempos hacian los ángeles por la playa de Candelaria.

Aunque estando la santa imágen de Candelaria en Chinguaro en la casa del rey de Güimar, ó en la cuevecita junto á ella, donde muchos años estuvo avian los naturales guanches oído muchas veces armonia del cielo y músicas celestiales, y visto muchas lumbres encendidas á modo de procesion, no eran tan ordinarias como lo fueron despues que pasaron la santa reliquia á la cueva de san Blas.

Que como ya los guanches tenian mas opinion y conocimiento de quien ella era, assi ella obraba mas á menudo cosas, conque los confirmaba en su opinion, y los atraia á su devocion.

Eran las procesiones que los ángeles hacian, assi por la playa, donde la santa imágen estava, como por la del socorro donde apareció, muy ordinarias, assi de noche como de dia; con mucha solemnidad gran armonia, y música de voces suavísimas: con muchodumbre de compañía que con velas encendidas puestas en orden y concierto, hacian su procesion, desde la hornita, que llaman de Santiago, hasta la cueva de san Blas, por toda la playa que es larga, y esto era tan ordinario que ya no lo extrañaban los naturales.

En la playa que dicen de Abona que será quatro leguas desta de Candelaria hácia la montaña roja, se vián tambien ordinariamente estas procesiones principalmente por la fiesta de la Assumpcion de nuestra señora, y esto es tanta verdad que agora en estos tiempos personas que las han visto se van á la dicha playa, y hallan velas de cera acabadas de apagar y algunos las han hallado encendidas y pegadas á los riscos y me enseñaron el lugar é yo lo víde.

Y así en esta playa como en la de Candelaria, se halla por la orilla de la mar gran cantidad de gotas de cera que de las procesiones que los ángeles hacen en honra de la Candelaria gotean, y yo doy fé que las he hallado y visto, y las tengo en mi poder y oído á otros muchos lo propio.

Las candelas ó velas que en estas playas se hallan, no son muy blancas, mas el pavilo no se deja entender de que sea, porque ni es estopa, ni algodón, antes en alguna manera parece de seda blanca torcida. Lo que toca á estas procesiones que despues acá que la isla es de christianos se á visto, adelante quando tratemos de los milagros se hará mención dellas mas particular.

Tambien aparecia en estos tiempos veinte años antes que la Isla se conquistase gran cantidad de cera blanca en panes en un puerto cerca de aquí, que por esto le llaman el puerto de la cera. Y para certificación de esto pondré aquí de verbo ad verbum un testimonio fidedigno, que en aquellos tiempos se tomó que entiendo dará gusto á todos.

CAPITULO X.

De la cera que aparecia y se hallava en panes en esta Isla.

Para mas aprovacion de lo que escribo de la cera pongo este instrumento, que por su antigüedad es de tener y estimar en mucho.

In nomine Domini, Amen. Sapan quantos este público instrumento de Fé vieren. Como en la villa de San Cristoval que es en la Isla de Tenerife, Domingo veinte y cinco dias del mes de Junio, Año del nacimiento de nuestro Salvador Jesu-Christo de mil y quatrocientos y noventa y siete años, en presencia del muy virtuoso cavallero Alonso de Lugo Gobernador de las Islas de Tenerife, y la Palma, por el Rey y Reyna nuestros Señores.

En presencia de mi Fernando Alvarez canónigo de la Iglesia de Canaria, por la autoridad Apostólica, público notario y de los testigos que de yuso seran escritos sus nombres. Pareció presente, el honrado y discreto varon, Antonio de Arevalo, continuo criado de los

Reyes nuestros Señores E dijo que por quanto en esta dicha Isla se decia de público y era notorio, un milagro que de cada un año acontecia, de aparecer cierta cantidad de cera fecha en panes de veinte años á esta parte, en un cierto término desta dicha Isla, que por ende pedia y pidió al dicho señor governador, mandase tomar testigos dignos de fé, para certificacion del dicho milagro, para lo mostrar, en qualquier ó qualesquier partes donde fuese mostrada alguna parte de la dicha cera, ó dello fuese hecha mencion. E que rogava é requeria, á mi el dicho notario que lo que assi dixessen los dichos testigos que por el fuessen presentados ante el dicho señor governador se lo diesse por testimonio en manera que fiziesse fé, donde quiera que fuesse mostrado. E luego en continente el dicho Antonio de Arevalo presentó por testigos á Pedro Fernandes y á Diego Fernandez, é Alonso Sanchez de Morales, naturales de la isla de Fuerteventura: é vecinos desta dicha isla de Fuerteventura, é vecinos desta isla de Tenerife, é Gonzalo Mendez, castellano, é Pedro Maninidra, é Pedro Mayor naturales de la isla de gran Canaria, é Pedro de Ervas, é Ibone de Armas vezinos de la dicha isla de la gran Canaria, que agora estan y habitan en esta dicha isla de Tenerife.

Los quales dixeron, é cada uno dellos dixo, como era verdad, que cada año seyendo esta isla de infieles, que venian á ella los fieles christianos, que moraban en estas islas comarcanas á esta, en navios para saquear, é tomar de los canarios llamados guanches que aqui vivian. Y que como descendian en aquella parte que se dize Goymar, que es en esta dicha isla, que fallavan la dicha cera y la llevavan, y la tenian y tienen en gran reliquia y veneracion. E los dichos Pedro Fernandez, y Diego Fernandez, y Gonzalo Mendez, y Alonso Sanchez de Morales, y Pedro Maninidra, y Pedro Mayor, dixeron, que de quatro años á esta parte han visto, la dicha cera en la dicha isla, y han sido presentes con otros muchos, quando se fallava la dicha cera en el dicho lugar de Goymar. E los dichos Pedro de Ervas, é Ibone de Armas, dixeron, que ha veinte años poco mas, ó menos, que saben, é vieron traer la dicha cera á muchas personas. Y todos dixeron, y cada uno dellos dixo que á las vezes parecia de diez ó doce libras, y otras vezes quince y veinte li-

bras. Y que saben que este presente año pareció cantidad de veinte libras, y mas. Y que los dichos Pedro Fernandez, y Diego Fernandez y Alonso Sanchez de Morales, y Pedro Maniandra y Pedro Mayor fueron en la fallar, este presente año quatro ó cinco dias antes de la purificacion de nuestra señora la virgen Maria. Y que han oido decir á muchas personas que la han fallado, que siempre por este tiempo se falla y parece, y que esto era, y es verdad, y muy notorio assi en esta isla de Tenerife como en las otras islas de Canaria comarcanas á ella: por que muchas personas, como dicho es, la han fallado. E que este presente año fueron mas de veinte personas presentes quando apareció, que avian ido en busca de esclavos de vecinos que se avian ausentado, ó que assi passa en verdad. De lo qual el dicho Antonio de Arevalo pidió é rogó á mi el dicho notario se lo diesse por testimonio en manera que fiziesse fé. E yo el dicho Fernando Alvarez notario susodicho, é infrascripto, doy fé, y fago saber á qualquiera, ó qualesquier personas ante quien este testimonio, fuere mostrado, que passa assi en verdad todo lo susodicho, y que es assi muy notorio en estas dichas islas de Canaria. Y que este presente año al tiempo que se falló la dicha cera, no avia candelas para decir misa, ni para bendecir el dia de la purificacion de nuestra señora la virgen Maria. Por quanto en esta isla no ay colmenas para sacar cera, sino la trahen de la gran Canaria, por ser esta dicha isla nuevamente ganada de mano de infieles, y puesta debajo del yugo de nuestro salvador Jesu-christo: Y traxeron la dicha cera. E yo el dicho Notario, que al presente sirvo por cura en esta dicha isla uve y recebi doze libras de la dicha cera: y assi otras tantas fize aver al Mayordomo de la iglesia para celebrar el culto divino, de la qual yo di cierta cantidad al muy reverendo en Christo, padre y señor, don Diego de Muros, obispo destas dichas islas é obispado de Canaria, que aqui vino, á visitar esta dicha isla, é iglesia della. El qual envió de la dicha cera, á santa Maria de Guadalupe, y á otras iglesias del dicho su obispado, para que la tuviesen en reliquia. A lo qual todo que dicho es, fueron presentes por testigos, los honrados varones Fernando de Trujillo lugar teniente de gobernador en esta dicha isla y Pedro Mexia, y otras muchas personas, que fué y pa-

só lo susodicho en el día mes y año sobredicho. E yo Fernando Alvarez clérigo de la diócesis de Jaen, canónigo en la iglesia de Canaria, por la autoridad apostólica público notario, en un fui presente con los dichos testigos, é vi è oi todo lo susodicho, y en nota recebi de donde este público instrumento con mi propia mano saqué y escriví, siendo para ello llamado, requerido y rogado. Ferd. Alvari Apostolicus notarius.

Por este instrumento se echa claro de ver, el cuydado que esta señora de Candelaria tenia de proveer de cera para sus festividades. Pues siempre esta cera parecia quatro ó cinco dias antes de la fiesta de Candelaria, que es la purificacion, para que uviese lugar de hacer della candelas para su celebracion.

Y de aqui quedó en costumbre que todos los años despues ~~sea~~, se dan como por reliquia, unas pequeñas candelás, á los que vienen á esta santa casa, con las cuales á obrado Dios nuestro señor por los merecimientos de su madre, hazañas admirables, assi apagando fuegos encendidos, como aplacando tormentas furiosas de mar, echando las candelillas en ella, como en partos de mugeres, ó en truenos y relámpagos tempestades, encendindolas.

CAPITULO XI.

De como los christianos que estaban en Lanzarote tuvieron noticia desta santu imágen.

Como la ciudad sobre alto monte edificada, no puede no ser vista de los comarcanos, ni la antorcha encendida no dar su resplandor: Assi no pudo ocultarse esta santa reliquia de que no viniese á noticia de los comarcanos, rezinos que en las otras islas vivian, agora fuesse porque los captivos que desta isla llevavan lo dixessen: agora porque los christianos mismos lo viesen, viendo las procesiones (desde la mar) que los ángeles hacian, y la cera que parecia, y hallavan, como consta por lo arriba dicho, lo qual tengo por mas cierto y averiguado. Sea de una suerte ó de otra, ello vino á su noticia, y la fama era tal, que era imposible otra cosa.

Sabido por Sancho de Herrera que era señor de las

dichas islas, desseando aver en su poder esta reliquia post-puso qualquier otro interes que aver pudiera, y trató de hacer pazes con los naturales del reyno de Gúlfmar donde la santa imágen estava, dandoles su palabra de no enojarlos, ni consentir que en su término diessen sus vasallos algun desgusto

No fueron muy dificiles de assentar estas pazes, por evitar los naturales los daños que recibian de los mahoreros, que assi se llaman los naturales de aquellas islas de Lanzarote y Fuerteventura. Tratadas y firmadas las pazes entre ellos: entra Sancho de Herrera en la tierra á verla y holgarse en ella. Y por el amistad concluida pide la santa imágen, poniendoles por delante, que aquella reliquia pertenece á los christianos que la saben venerar y tener en lo que es: y que ellos como gente sin Dios, no tenian de ella conocimiento. Uvo sobre el darla, demandas y respuestas, dares y tomares. La parte mas cobarde á trueque de vivir pacíficos, y sin temor de sobresaltos dió su parecer que la diessen á los christianos. Otros que miraban mas por la honra, decian, que era infidelidad, y contra toda razon y derecho, dejar ir fuera del reyno al que al reyno se acogia, quanto mas entregarlo al extraño. Y pues esta señora, se avia venido al reyno, no era razon dejarla llevar de la tierra, ni entregarla á otro para fuera della, y no iban fuera de razon. Allegavase á esto el mandato del rey de Taoro que con todo encarecimiento avia dicho, mirasen por aquella muger, y no constiessen la sacasse vrginio de su casa, porque el entendia que por su respecto y medio avia de venir algun gran bien á la isla, Erat pontifex anni illius. Y assi prophetizava lo que fué, viendo pues Sancho de Herrera, que no podia por bien aver en su poder la santa imágen, quedando mas aficionado á ella, despues que la vido, y que por fuerza averla no era poderoso, usó de ardid, é hizo que se iba, embarcandose con toda su gente, descuidando á los naturales. Y como ya avia visto el lugar donde estava y la comodidad para poderla aver á las manos, trató con los suyos, y todos de un parecer en siendo de noche huelben las velas á tierra, á la playa tan deseada de Candelaria. Sucedioles todo bien, que los guanches descuidados se estaban en sus casas, y la imágen en la suya, saltan los christianos en tierra con el silencio

que para tal cosa se requeria, entran en la cueva hallan la preciosa reliquia, besanle los pies, y echanle mano, y dan con ella en su navio, no poco contentos. Dan la vela y parten para Fuerteventura (no pensando tenerla tal) donde antes que desembarquen dan nuevas del precioso é inestimable robo, del incomparable salto que an hecho de la imágen de aquella que fué la que con su humildad dió salto en el cielo, y robó á la segunda persona divina y la traxo y bajó á la tierra. Salen todos á recibirla con grande alegría y devocion, sale á luz aquel inestimable hurto, serena los ayres, da nueva luz al sol regozijanse todos, y llevanla en larga y solemne procesion á la iglesia de san Salvador haciendo las fiestas que podian conforme á la brevedad del tiempo y posibilidad. Puesta en el altar mayor de aquella iglesia contentos y regozijados, con tal huespeda como les avian venido, tal presa como avian hecho; no entendiendo ser contraria su voluntad, la dexan la primera noche con nuevas lamparas y cirios encendidos.

CAPITULO XII.

De como la santa imágen no quiso estar en Fuerteventura hasta que la volvieron.

En el primer libro de los reyes se cuenta que quando los philisteos llevaron el arca del testamento avida de buena guerra, la pusieron en el templo de Dagon su Dios y dejandola allí, hallaron otro dia al triste de su Dios echado de su lugar, por el suelo, y otro dia lo hallaron destroncados manos y cabeza. Y como porfiassen los philisteos á tener el arca del señor contra su voluntad en su tierra.

Permitiendolo Dios, les vino una hedionda y pesada enfermedad, de que murieron muchos millares, hasta que tuvieron por bien restituirla á los del pueblo de Israel. En algunas cosas es este caso semejante al que vamos relatando. Llevaron los de Lanzarote la santa imágen de Candelaria á su isla, muy gozosos y contentos de tener tal huespeda en ella, y de aver alcanzado tal abogada, y ganado tal joya, y hecha un tal robo. Y pusieronla en el altar mayor en la iglesia de san Salvador:

Pero los hombres ponen y Dios dispone. ¿Quien creyera que la imágen de Candelaria que los de Lanzarote para amparo suyo y regalo llevaban, avia de ser cuchillo y desgusto suyo? No era el señor servido, (cuyos secretos son inexcusables, y de los juizios humanos muy remotos) de que la santa reliquia estoviese entre ellos, y assi lo dió luego á entender con patente señales, porque otro dia de mañana yendo muy gozosos á ver su imágen, la hallaron buuelto el rostro á la pared, y las espaldas al pueblo, que no fué poca confusion para él. Porfian otra y otras veces á bolverle el rostro al pueblo, y tantas veces la tornan por las mañanas á hallar bueltas las espaldas. Toman pareceres en el caso, y resuelvense en que se hagan processiones generales plegarias y disciplinas á nuestro señor, para que tenga por bien de dexarles aquella santa reliquia, pues la sabrian ellos mejor venerar y servir que los gentiles guanches donde avia aparecido.

No fué Dios servido de oírles, tenia otra cosa ordenada. Antes para desengañarles les enbió una pestilencial enfermedad de modorra, de que muchas personas murieron.

No quiso Sancho de Herrera resistir mas á la voluntad divina, viendo y conociendo el azote de su mano. Y assi se dispuso para bolver, y restituir la santa reliquia á su asiento y antigua morada que ella avia escogido.

Llegados con buen tiempo á la playa de Candelaria que es donde la cueva de san Blas está, habitacion y morada antigua desta señora: acuden los naturales á la playa á ver que buscan los de Lanzarote. Dizenles que les buelven y restituyen la imágen de Candelaria que les avian llevado y tomado. Los naturales estando desta toma y robo inocentes, recelanso de alguna celada ó trato doble y assi no se fian de ellos pensando que los engañavan: para cuya inteligencia es de saber, que luego que Sancho de Herrera con los demas Christianos llevaron la Imágen hurtada, recelándose el Rey de Güimar de lo que podia ser (aunque ya era hecho) embió luego por la mañana dos de sus criados para que viesen la santa imágen si estava en su lugar. Y ordenándolo Dios assi para honra de su madre (cosa maravillosa) los mensajeros la hallaron en su propio lugar sin mudamiento ninguno y dello dieron aviso al Rey, con que se sossegó

de algun sobresalto que tenia (que no ay cosa mas leal quel corazon) aunque no se descuidó, porque todos los dias tenia este cuidado, de en levantandose por la mañana embiar luego dos de sus criados, agora unos, agora otros, como los topava, para que le trajessen nuevas de la la Imágen y la viessen. Esto hizo todo el tiempo que la santa Imágen estuvo en Lanzarote, para que mas testigos vviessen deste milagro, y en todo este tiempo, oian muchas músicas deleytables, y sonoras de Angeles: vian grandes resplandores, prosecciones y luminarias, y sentian suavísimos olores aquellos que tenían cargo de la guardia de la Imágen. Y por esta razon quando los de Lanzarote bolvian con la dicha Imágen á traersela, y restituyrsela, no les querian dar crédito, hasta que desde el navio se la enseñaron: y viendola, para certificar-se van á la cueva: y no hallandola entonces quedaron confusos. Y queriendo el Rey hazer justicia de los que la tenían acargo, fueron tantos los que afirmaron averla siempre visto en su cueva y lugar, que uvo de perdonarles: y assi con mucho contento la recibieron y pusieron en su lugar añadiendo guardas y cuydado. A Sancho de Herrera le dijeron lo que passava, y como nunca avia faltado de la cueva donde solia estar, aunque ellos la vviessen tenido en Lanzarote: de lo qual admirado él, y los suyos, se confirmaron mas en la devocion desta santa Imágen y en que era su voluntad estar en esta Isla. Y assi encargaron á los naturales, la reverencia que á la santa Reliquia devian tener.

Y assi ellos hazian todo lo que entendian, sabian, y podian, hasta que la Isla fue de Christianos, y les fue predicado el Evangelio.

CAPITULO XIII.

Del nombre, estatura, colores, y letreros de la santa Imágen de Candelaria.

Todas, ó las mas Imagenes que sabemos aver aparecido entre Christianos, an tomado el nombre y se denominan, ó del lugar donde aparecieron, como es Monserrate, Peña de Francia. O de los efectos que causaron, quando aparecieron, como es Consolacion. O de las in-

signias que tienen como es esta de Candelaria, que por tener un cabo de vela verde en la mano, y por ser muy ordinarias las luminarias, y velas que parecen en su playa se llama assi, y por esto su principal festividad es la purificacion.

Esta imágen es de mazoneria tambien hecha, perfecta y acabada, qual nunca otra vi en mi vida. Es de estatura de casi cinco palmos con la peaña en que tiene los pies, que tendrá dos dedos de grueso. Es de una madera colorada, no muy pesada, maciza, y no se sabe qual sea.

El rostro tiene segun la proporecion del cuerpo muy perfecto, un tanto largo, los ojos grandes y rasgados, que á qualquiera parte que uno se ponga parece que los tiene enclavados en él, y tauta gravedad y magestad representa en ellos y en el rostro, que ninguno la mira de hito que no se le erizen los caellos, y encoja los hombros.

El color es algo moreno, con unas rosas muy hermosas en las mexillas, aunque en esto del color, no ay entenderlo porque es cosa muy ordinaria (como adelante se verá) mudar colores en el rostro, y parecer, ya de uno, ya de otro color.

Está en cabellos, sin toca ni manto, y es todo el cabello dorado, con muy lindo orden compuesto, y en seis ramales tranzado y por las espaldas tendido, tiene un lindo niño al distro lado, desnudo, y con ambas manos asido de un paxa rito dorado. Este niño está sentado sobre el brazo derecho de la imágen y ella lo tiene con la mano. En la otra mano izquierda tiene un pedazo de vela verde de la misma madera, del tamaño de un xeme, y un agujero encima para poder añadir mas vela.

Esta vestida á lo antiguo con una ropa toda dorada desde la garganta hasta los pies, entera sin abertura alguna, y en el collar que es baxo, sobre el oro tiene este letrero de letras latinas coloradas.

TIEPESEPMERI ✕ Está el oro tan perfecto, tambien asentado y bruñido, que ningun oficial lo hará tambien, y atrávome á dezirlo porque lo entiendo.

En la orla, ó simbria desta ropa, abájo de la misma manera tiene estas letras.

EAFM ✕ **IBENINI** ✕ **FMEAREI** ✕ No van todas porque para dar por reliquias creo le an quitado un pedazo desta

falda con la peaña.

Asoma tambien un poquito del pie izquierdo fuera de la falda con mucha gracia calzado con xervilla colorada.

La boca manga de la mano izquierda conque tiene la vela, tiene ni mas ni menos este letrero, que dize.

LPVRINENIPEPNEIFANT✠ Tiene cesida esta ropa por debaxo de los pechos, (los quales á un lado y á otro hacen muy gracioso bulto, y se muestran) con una cinta azul, y con letras de oro en ella, que son.

NARMPRIMOTARE.

El manto tiene caido sobre los hombros y asido por los pechos con un cordon colorado largo como un xeme, y su lazada á la mano izquierda. Es el manto azul perfectissimo, sembrado de florones de oro por delante, y por detras.

La orla es de oro bruñido con letras latinas antiguas coloradas y las de la mano derecha son.

OLM✠INBANFR✠IAEBNPFM✠RFYEN✠
NVINAPIMLIFINVIPI✠NIPIAN✠

Las letras de la orla de la mano izquierda.

FVPMIRNA✠ENVPMTI✠EPVMPPIR✠VR-
VIVINRN✠APVIMFRJ✠PIVNIAN✠NTRHN✠

Por to baxo de la orla del Manto á la parte trasera dice assi.

NBIMEI✠ANNEIPERFMIVIFVF✠

Esta es la decripcion desta Santa Imágen, que tantos años a que en esta Isla apareció y con aver oy, ciento y noventa años que apareció y averla traydo de un cabo á otro, y sacado mil vezes en procesiones, y vistiendola y desnudandola que no puede dexar de manosearse; está el dia de oy 25 de octubre de 1590 años (que para aver de hacer esta relacion la vi desnuda) tan linda tan hermosa, y los colores oro y matizes tan perfectos como si hubiera pocos dias que se hubiera hecho. Una cosa me admira de esta santa imágen que es digna de admiracion y se maravillará quien la considerase, y es que estando sin ropas, y compostura, sinó de la suerte que apareció, tiene el rostro tan proporcionado (segun geometria) con su estatura, que no hay mas que pedir, y vestida como ordinariamente está, arecentandole casi tres palmos á su tamaño y estatura (cosa de admiracion) está

tan perfecta qual todos vemos, que no lo tengo por pequeño milagro.

Las letras y caracteres de las orlas puede entender el que alcanzare mas que yó, y en ellas exercitar su ingenio y mostrarlo, y no hará poco; porque hasta agora ninguno las ha entendido, aunque se han enviado á muchas partes y reynos, y muchos hombres doctos, y en las lenguas universales las han visto. Han querido dezir algunos, que no son significativas, sino puestas para ornato y hermosura: esto es, por no rendirse y dezir que no las entienden. Mas yo como ya estoy rendido, soy de parecer que son significativas, y que tratan de algunas excelencias desta virgen que no es agora servida las entendamos, que no lo merecemos, porque para ornato otras laborcitas se podian hacer mas fáciles y vistosas que no letras y no muy perfectas: mas sino fueran letras que quisieran dezir algo, no uviera para que las partes se dividieran con puntos, pues podian ir sucesivas. Ni avia para que pegar unas letras con otras como se ve, esto quede para exercicio de buenos juizes.

CAPITULO XIV.

De algunas otras imágenes que se dice aver aparecido en esta isla.

Una de las excelencias en que excede esta isla á las otras, de más de la fertilidad del suelo, del temple de los aires, de la abundancia de los frutos y mejoría dellos, de la grandeza riqueza, y edificios es aver aparecido en ella tantas imágenes y aver tantas y tan devotas reliquias, que tantos milagros obren, que no es pequeña merced que Dios á hecho á esta isla, ni pequeño cargo que se les hará á los vezinos de ella al tiempo de la general residencia, de ver como se han aprovechado de tanta santidad, de tantos milagros, de tantos abogados ó intercesores como tienen.

La mas antigua y principal imagen y reliquia que apareció en esta isla, es la de Candelaria de quien atras queda dicho.

Otra imagen de nuestra señora está en Carachico, cuyo aparecimiento pasa assi. Despues que la isla se con-

quisto muchos años, yendo unos barqueros vezinos de la Orotava, á pescar á las calmas de la Gomera en una barca ó barco de Gonzalo Bueno, vezino del dicho lugar: llegaron en el término de Adexe á una caleta (que por el caso que vamos contando se llamó de nuestra señora) en la qual hallaron una imágen de nuestra señora de mazonería, con un niño en brazos al siniestro lado, y muy contentos con el hallazgo, la meten en el barco con intento de bolverse á su pueblo y poner la imágen en la iglesia dél: Pero Dios que tenia determinada otra cosa no fué servido, porque, aunque venian con mar bonanza, y próspero viento navegando, en llegando al parage de Garachico, les dió tanto viento y mar, que les fué forzoso entrar en el puerto. Ellos dentro, la mar y viento sosegados. Tornan á querer proseguir su viaje, y en saliendo del puerto, tornó de nuevo la tempestad. Y así les fué forzoso volverse al puerto, donde avido su consejo concluyen, en que saquen á tierra la imágen, y por tierra la lleven con el secreto que sea posible, mas no pudo ser tanto que no viniese á noticia de los del pueblo de Garachico, y aunque los barqueros la sacaron encubierta embuelta en una hernia y con una gorra colorada, no bastó para que los vezinos de Garachico no diesen con ella, y avida á las manos la pusieron en la iglesia parroquial donde oy dia está. De ay á pocos dias viniendo de las islas de abaxo á esta ciertos portugueses, conocieron la dicha imágen y afirmaban averla visto, y aver estado en la isla del fuego, y que poco antes que aquella Isla se abrasasse, desapareció esta imágen de allá.

Esto mesmo refieren de la imágen de S. Marcos que está en Leode, y que en este tiempo apareció, y la hallaron en una caleta cerca del dicho pueblo, que por haberla hallado allí la nombraron de su nombre Caleta de S. Marcos. Y se tiene entendido aver venido de donde esotra, porque fué en un mesmo tiempo hallada.

Otra Imágen dizen aver aparecido en la playa de Ahona de alto de poco mas de un palmo, que la llaman nuestra Señora de tajo. Todas las quales he visto y las tienen en mucha veneracion, y refieren algunos milagros de ellas, que por no ser de mi intento no los escrivo.

Sin estas Imágenes que aparecieron, ay otras de

mucha devocion, y que hazen muchos milagros.

Nuestra Señora de guia esta en el mal pais de His-sora, entre Santiago y Adexe, que es Imágen de mucha devocion, y de quien se refieren milagros.

Está la Imágen del bienaventurado san Amaro, ó Mauro, que es lo mesmo en la hermita del Rosario, camino de Candelaria, que aunque la figura no es muy hermosa, haze muchos milagros, como por los muchos brazos, pies y cuerpos que le presentan y ofrecen de que está llena la hermita, se echa de ver.

Otra figura deste mismo santo, está en san Pedro de Daute convento de frayles Predicadores, muy hermosa y bien adornada, que tambien dizen obra muchos milagros, á quien todas aquellas vandas tienen gran devocion.

En el pueblo de Icode, está una imágen del bienaventurado San Gonzalo de Amarante, santo portugués de la orden de Santo Domingo, con quien toda esta isla tiene gran devocion, y van en romeria casi todo el año; por los milagros sin número que cada dia obra con todos géneros de gentes, alcanzando por su intercesion salud de cualquier enfermedad. De los milagros que nuestro Señor ha obrado por este santo tengo yo en mi poder muchos autorizados juridicamente, de lo cual doy fé verdadera.

Tambien ay otra figura de este mismo san Gonzalo, en el convento de santo Domingo de la Ciudad de la Laguna, que ha obrado algunos milagros.

CAPITULO XV.

De una imágen de un Cristo muy devoto que está en esta Isla.

No careciera de culpa, si haciendo memoria de las imágenes devotas que ay en esta isla, púsara en silencio las cosas deste santo crucifixo pues es tan devoto, y en tanto tenido. Aun que es cosa muy dificultosa, desarraygar de los pechos de los hombres simples, las opiniones necias que del tienen concebidas, como es, dezir que no le saben origen, que le traxeron los Angeles, que le crecen las uñas y cabellos, que le talta un diente, pa-

reciéndolo en esto mas á Christo que de una bofetada se lo quebraron, y otras cosas deste talle y jaez, que dellas son necedades, y dellas saben á heregia: y assi para simples son agradables, que sin fundamento creen qualquier patraña, con cobertura de piedád; mas para hombres doctos, y de juizios desapasionados, son cosas escandalosas y evitables. Pues para que esta ignorancia se destierre, y la verdad se manifieste y sepa, me he informado muy de raiz deste negocio de personas fidedignas y antiguas. Y el padre fray Bartolomé Casanova Provincial destas Islas de la órden del padre san Francisco, tiene hecha una larga informacion dello delante de escrivanos públicos que dello dan Fe, de la qual el dicho padre, me refirió viva voce, á dos de Noviembre deste año de 1590 lo que aquí escribo.

Despues de conquistada la Is'a, y pacificada, como el Adelantado Don Alonso de Lugo fuesse á España, entre otros compañeros que llevó consigo y cavalleros fué uno Juan Benitez, cuyos nietos y descendientes oy viven muy honrados. Y aviendose hallado el dicho Adelantado con el dicho Juan Benitez, en algunas guerras y trances peligrosos, como fué en lo de Salsas, y en Francia: Queriendo los dichos bolverse á estas islas hallóse muy afligido el Adelantado y ovo de reparar en Barcelona, para ver si hallava comodo alguno, de aver algunos dineros, agora fuesse en cambios, agora fuese prestados para poder hazer su viaje á estas Islas. Y como no lo hallasse, estava con pesadumbre por hallarse fuera de su casa: era muy devoto del Archángel san Miguel á quien en todas sus necesidades acudia. Y como un dia estuviesse pensativo, y triste, por ver que no podia despacharse, ni venirse á su casa, vino un hombre á el, al qual nunca avia visto y preguntandole, la causa de su tristeza, y de la ausencia de su casa y gobernacion. Dixole el Adelantado, que era falta de dineros, que haze acobardar los hombres. A lo qual se ofreció el buen hombre de proveer. Y hechos entre ellos sus concertos y albaales, le dió la cantidad que entre ellos concertaron. Este hombre no pareció jamas, ni los papeles que entre ambos passaron, por donde se entendió aver sido el glorioso san Miguel abogado y devoto suyo.

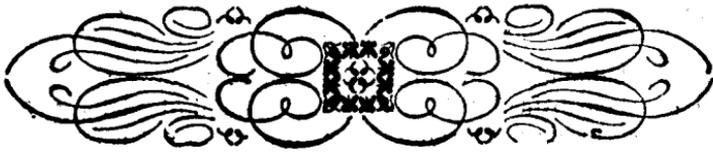
En este tiempo llegó á Barcelona una nao Vene-

ciana muy rica, y entre otras riquezas y joyas de estima que trata, la mayor y mejor era ciertas imágenes de crucifijos que el mercader y Señor de la Nao avia comprado á otro mercader, que del Cayro y tierra Santa avia venido á Venecia; y aviendo en su tierra vendido la hechura de uno, le quedaron dos que trajo á Barcelona: y como los sacase en tierra, uvo muchos pretendientes y desseosos de comprarlas, tan devotos eran. Allegó á la sazón el sobredicho Juan Benitez, y viendo los retratos del Crucificado tan devotos, trató de comprar uno, y dixolo al Adelantado, el cual como estaba alcanzado, no dió entonces buena respuesta, porque aun no le avia emprestado aquel hombre no conocido lo que despues le prestó, pero como todo fuese en un tiempo, el dicho Juan Benitez, tomó algunos de aquellos dineros sin contarlos, é yendose á casa del mercader trató de la venta de la hechura del Christo, y pidiéndole cien ducados por ella, al fin concertaron en setenta, y echando mano á la bolsa el dicho Juan Benitez para darle señal é ir por el resto á su casa, fué sacando dineros hasta que al justo le pagó los setenta ducados sin faltar cosa, ni quedarle cosa alguna, de que no poco admirado quedó él y el Adelantado quando lo supo; de alli lo enviaron en una Nao que venia á Cadiz, y de Cadiz en otra para esta Isla, y lo pusieron en el convento del glorioso padre san Francisco, donde hasta oy ha estado reverenciado y tenido por uno de los mas devotos crucifijos que se han visto en estas partes, mas no sabemos que aya hecho milagro alguno, y si lo ha hecho, como no ha sido recebido (que yo sepa) con Fe de escrivano, ni comprovado con autoridad Episcopal, no lo oso afirmar.

Fin del libro segundo.

ARGUMENTO DEL LIBRO TERCERO.

Prosigue Pluma mia, pues tu intento,
Cumpliste: aunque con faltas y borrones
La historia cuenta agora y fundamento
De la conquista, y celebres varones.
Trayendo á la memoria el largo cuento:
De guerras, cavalleros, y peones
De la conquista digo de Nivaria
Do tiene su morada Candelaria.



LIBRO TERCERO.

De la conquista de la isla de Tenerife, y
de lo sucedido en ella hasta el año
de 1588.

CAPITULO I.

Del descubrimiento de esta isla.



Aunque no fué mi intento ni el principal motivo de mi escriptura, ser historiador desta isla; no puedo dexar de tocar algunas cosas de ella, para mas claridad de lo que entre manos tengo; por que en el órden de proceder no aya falta; y tambien por que no voy fuera de propósito, pues todo va á un fin dirigido. Mueveme demas desto ver, que aunque hay muchos historiadores que de las otras islas escriben, como es el doctor Fiesco en Canaria, que va escribiendo una larga y curiosa historia, y Leonardo Turian ingeniero, que con subtil ingenio y mucha arte escribe la descripción destas islas, y otras que no han salido á luz; desta isla de Tenerife hacen tan poca mención, que casi es niu-

guna, habiendo tanto que decir della. Todo esto causa la poca curiosidad de los naturales y moradores della, Pues por sacarlos deste oprobio quise tomar este trabajo, aunque tarde y ponerme al peligro, que de las lenguas maldicientes me pudiere venir, pues no ay gloria donde en conseguilla no uvo peligro y trabajo. De lo que atras queda dicho se ve claro, que los de las islas comarcanas tenian noticia desta, pues hacian saltos y entradas en ella. Pues el señor destas islas, que era Diego de Herrera (como adelante se vera) viendo entendido la fertilidad de la tierra y sabido las fuerzas de los naturales, que la abitavan, y no hallandose con fuerzas para por fuerza hacer la entrada, y conquistarla, quiso tratar de pazes con los reyes della, y por esta via ganarla, y assi vino á ella á doze de Julio del año de 1464, al puerto del Bufadero, donde juntandose les nueve reyes de la isla, que eran el gran rey Imobach de Tauro, el rey de las lanzadas, que se llamaba rey de Güimar, el rey de Naga, el rey de Abona, el rey de Tacoronte, el rey de Tegueste, el rey de Icode, el de Adexe, y el de Daute, trataron de pazes y amistad, y la firmaron con el dicho Diego de Herrera, ante Ferrando de Párraga escribano público y en alguna manera le dieron la obediencia, como consta por auto público, mas no fundó por entonces pueblo alguno, ni torrejon y assi se bolvió á su tierra quedando en paz la isla. Donde algunos años vino Sancho de Herrera hijo del subre dicho á esta isla con intención de ganalla y poblalla, y saltó en tierra en el puerto de Naga, que llamaban Abano, como permitieron los naturales hizo un torrejon en que él y los suyos vivian y allí venian los naturales á tratar y contratar con los christianos. Sucedió que los españoles hicieron un hurto de ganado de que los naturales se sentaron, y se quejaron á Sancho de Herrera de sus robos, y para conservar el amistad entre ellos acordaron una ley; que si algun christiano cometiere delito alguno que se le entregasen á ellos para que hiziesen del á su voluntad, y si natural contra español por el contrario. Hecha esta ley ó conveniencia, sucedió que los españoles incurrieron en ella, haciendo no se que agravio á los guanches, los quales quejandose del agravio recebido, Sancho de Herrera se los entregó en cumplimiento de lo

que entre si avian puesto, para que ellos hiciesen justicia á los españoles. El rey de Naga usando de clemencia con ellos, no les quiso hacer mal antes los volvió en paz á su capitán sin daño. No pasaron muchos dias que los guanches cayeron en la pena, aviendo hecho contra los españoles cosa de que les convino querellarse á su rey de ellos, el qual sin mas deliberar entregó á Sancho de Herrera los mal hechos: mas no les sucedió con él lo que á los españoles con su rey por que lo mandó ahorcar luego Sancho de Herrera sin remedio. No pudieron los naturales sufrir ni llevar la cruel justicia, que de los suyos en su tierra los advenedizos y estrangeros hicieron y assi amotinados quiebran las pazes entre ellos asentadas y vienen de mano armada al torrejon que los christianos tenian hecho, y dando con él por el suelo lo arrasan, matando algunos de los que dentro hallaron, y assi fué forzoso á Sancho de Herrera y á los suyos que desamparando la tierra se volviesen á la suya con pérdida de algunos.

CAPITULO II.

De como los Reyes Don Fernando y Doña Isabel compraron las islas de Canaria, Tenerife y Palma.

El año de mil quatrocientos diez y siete á ruego y petición de Mosen Rubin de Bracamont, almirante de Francia, el Rey D. Juan el Segundo, hizo mercad de la conquista de estas siete islas á un caballero frances llamado Monsieur Juan de Betancurt, con título de Rey de Canaria, y por obispo de ellas D. Fr. Mendo que las anduvo y vido todas. El dicho Monsieur Juan de Betancurt aviendo ganado con facilidad la isla de Fuerteventura y Lanzarote y poblandolas hizo su morada, y habitacion en Lanzarote desde donde comenzó á conquistar las demas islas, comenzando por Gomera y Hierro porque tenian mas gente y eran mas fáciles. Por muerte deste caballero heredó otra pariente suya llamado Monsieur Menaut de Betancurt, el qual haciendo mal tratamiento á sus vasallos se quexaron al Rey don Juan y avida informacion de los desafueros que con ellas usaba embió á Pedro Barba con tres navios de armas á quitarle las is-

las. E aviendo passado entre ellos algunos trances vinieron á concierto, y compróle el dicho Pedro Barba las islas y conquista de ellas con espreso consentimiento del Rey Don Juan y de la Reina doña Catalina, su madre, Pedro Barba las vendió á Hernan Perez caballero sevillano y deste dicea las uvo el duque de Medina el qual las vendió á un Guillen de las Casas de quien las compró Hernan Peraza, padre de doña Ignés Peraza que las heredó y casó con Diego de Herrera hermano del mariscal señor de Ampudia D. Fulano de Ayala. Pues poseyendolas los dichos; por ciertos agravios que á sus vasallos hicieron, ellos dieron peticion informando al consejo real sobre ello. Lo que visto por los del consejo mandaron dar su provision real en que mandaron á doña Ignés Peraza como propietaria señora de las islas viniese personalmente á Corte á defenderse. Y como aquella que se intitula Reina de las islas de Canaria y era la primera vez que á corte iba quiso mostrarse y assi se embarcó en Lanzarote llevando consigo la mejor compañía y aderezos que pudo, y se presentó ante los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, y aviendoles besado las manos dió su disculpa. E siendo oyda se trató sobre ello pleito en el consejo real, durante el qual entendieron los reyes que Diego de Herrera y Doña Ignés no tenian posibilidad ni aparejo para conquistar las Islas que restaban que eran Canaria, Tenerife y Palma, y por esto trataron de comprarlas, y concertaronse en que sus altezas les diesen por ellas, seis quentos de maravedis y por ellos vendieron y cedieron el derecho que tenian á las dichas islas, en la corona real de Castilla, quedándose ellos con las demas Islas que son Gomera, Hierro, Lanzarote y Fuerteventura, las cuales poseen oy sus descendientes, quedando ya al patrimonio real las tres que son las mejores de las cuales vamos tratando.

CAPITULO III.

De algunas entradas que hicieron en esta Isla. antes que viniese á ella Alonso de Lugo.

Pasados algunos años desta compra, el gobernador de Canaria Pedro de Vera, caballero Xerezano, aviendo ya

subjetado y ganado aquella isla el año de mil quatrocientos y ochenta y tres, para que quedase mas sosegada y pacífica parecióle, que era bien sacar de la isla los canarios mas valientes y principales, y para hacerlo sin nota fingió, que queria ir con ellos á conquistar la isla de Tenerife, y con esta determinacion se embarcó, llevando consigo la mayor y mejor parte de los canarios: y de los españoles los que le pareció, y vino á esta isla y tomando tierra desembarcó no sé en que puerto donde apercióbió sus canarios diciéndoles que si peleassen como hombres, y fuessen leales les haria mucho bien, y que el Rey su señor les haria muchas mercedes, lo cual les declaró Guillen Castellano lengua, y viendo el Governador que mostravan buena voluntad, entró en la isla y captivo mucha gente della, y llevó mucho ganado. Mas como su intento no era fundar pueblo sino desterrar los canarios que traia, tornóse á embarcar con la presa, y mandó que todos los canarios se embarcasen en un navio, y con ellos Hernando de Vera se hijo al cual tenia mandado, que siendo de noche se apartasse y tomase la derrota de Castilla, donde llevase los canarios, y asi lo hizo; aunque no fué desta vez á España, ni salió con su intento, como en la historia de Canaria se verá.

Algunos años despues por muerte de D. Juan de Frias obispo de Canaria, fué proveido D. Fr. Miguel de la Serna, el qual teniendo por grave cosa aver vendido Pedro de Vera, y dado por captivos á los gomeros por la muerte de su señor Hernan Peraza marido de doña Leonor de Bobadilla, acusóle dello ante sus altezas acriminando, que siendo christianos y no culpantes, les avia hecho este agravio, y asi fué llamado á España de los reyes cathólicos el dicho gobernador Pedro de Vera: y sucedióle en el oficio Francisco Maldonado, y queriendo hacer entrada en esta isla, embió á percibir á Pedro Hernandez de Saavedra cavallero sevillano, que era casado con doña Costanza Sarmiento hija de Diego de Herrera y de doña Inés Peraza, el cual estava en Lanzarote para que juntos entrasen en Tenerife, y concertadas y juntas sus gentes se embarcaron y vinieron á esta isla, y en ella tomaron tierra. Francisco Maldonado no acostumbrado, á estas entradas, se adelantó y acometió á los guanches que estaban aperechidos, (por aver llegado los navios de dia á

la tierra, y averlos visto antes que desembarcaran) y avien-dolos acometido, se metió en ellos con tan mala orden que los naturales le rompieron y desbarataron y le mata-ron quarenta hombres, y si no acudiera á socorrerle Pe-dro Hernandez de Saavedra con su gente puesta en bue-na orden, le hicieran mucho mas daño. Mas llegando Pe-dro Hernandez recogió los de Francisco Maldonado que venian desbaratodes, y arremetió contra los guanches con tanto ánimo y orden que les resistió su desordenada furia, y acabó de recoger todos los de Canaria, y con ellos se retraxo lo mejor que pudo, que no fué poco, y viendo que desta vez ya no podian hacer cosa de prove-cho, se tornaron á embarcar con mucho daño.

CAPITULO IV.

De la primera venida de Alonso de Lugo á esta isla.

Apaciguada la isla de Canaria desde la cual venian á esto de Tenerife y hacian entradas como queda dicho, aviendo visto la fertilidad de la tierra, y la mucha gente que la habitava, y la multitud de ganado menor que en ella avia (porque quando los españoles entraron en ellas passavan de docientas mil cabezas de ganado) los caballe-ros que de la conquista quedaron ganosos de honra y de ver tierras y cosas nuevas, tratavan de la conquista des-ta isla y de Palma uno de los cuales era Alonso de Lu-go, cuñado de la muger de Pedro de Algaba, governador que fué de Canaria, a quien el capitan Juan Rejon con falsos recaudos é informaciones degolló en Canaria. Pues este cavallero Alonso de Lugo de quien voy tratando avia estado continuo en la conquista de Canaria casi desde el principio della, y como á hombre de valor se le avia encomendado la tenencia de la torre del Agaeta para que por aquella parte conquistasse: era muy drestro en esta guerra, y por aquella parte avia hecho algunas entradas en esta isla de Tenerife, y asi tenia conocimiento de la gente y pueblos de ella, Movido pues por la muerte del dicho Governador, (aunque avia dias que era passada) fué á Corte á pedir justicia contra el dicho Juan Rejon mas desque supo que en la Gomera avia muerto á manos de Hernan Peraza su enemigo, dexó de seguirle, y pro-

curó alcanzar de SS. MM. la conquista desta isla y la de la Palma que tenia Juan Rejon. Llegó á tiempo que Granada se acabava de ganar, y asi tuvo buen despacho: porque estaban ya los reyes con mas descanso. El se ofreció de hacer la dicha conquista á su costa y á la de sus amigos, y SS. MM. le dieron titulo de Gobernador de la conquista y Capitan General en las partes de Africa desde el de Aguer, hasta el de Buxador, y que conquistadas las islas le señalavan y nombravan por repartidor de las tierras dellas, juntamente con otro que SS. MM. nombrassen, esto se capituló entonces, mas el año de mil y quatrocientos y noventa y seis á 5 de Noviembre se le embió poder para que el solo los repartiesse, como lo hizo. Despachado que fué, á la fama de la conquista se le juntaron con mucha gente de lustre entre los quales fueron Hernando del Hoyo continuo de la casa de Su Magestad. Pedro de Vergara, Gerónimo de Valdes, hijo de Pedro del Algaba, tambien continuo de la casa real, Bartolomé Benitez, Pedro Benitez el tuerto, hombre muy dispuesto y muy valiente con otros muchos, y vino á la isla de gran Canaria, donde levantando vandera se le juntaron muchos soldados asi de los españoles y conquistadores, como de los naturales Canarios, como fueron, Guadarteme, Maninidra, Gonzalo Mendes Castellano, Pedro Mayor, Pedro de Cruas. Ybone de Armas, Juan Darrá, que por su nombre antiguo llamavan Dutiadana, Juan Pascual con otros muchos, y dió sobre la Isla de la Palma la qual con brevedad (por la cobardia de los Palmeses) conquistada, dexando alguna gente en ella que la poblasen dió la huelta con próspero suceso á la gran Canaria, donde rehaciendose de gente y pertrechos necesarios para la jornada, con mas de mil soldados, partió en una pequeña armada para la Isla de Tenerife, y entró en el Puerto que llamaron Sta. Cruz y en él desembarcó por Mayo del año de mil quatrocientos y noventa y tres, con poca resistencia que de parte de los de la tierra uvo, aunque no sin algunas escaramusas, y encuentros.

De allí subió marchando con su campo, en órdenanza, hacia la Laguna, y lo assentó en un campo, donde despues fundaron una Hermita que llaman de gracia, que es del Reyno de Tegueste. Aquí vino el Rey de

Guimar Acalmo, á assentar y confirmar las pazes, que con Diego de Herrera y otros Capitanes avia firmado, porque este Rey (por respecto de la Imágen de Candelaria que en su poder tenia) siempre fué amigo de los Christianos. Deste se informó el Governador de la Conquista Alonso de Lugo, de las fuerzas y gente que el Rey de Taoro llamado Quebihi Benchomo tenia. Y no tardó mucho que el dicho Rey Benchomo como hombre animoso y que avia experimentado las fuerzas de los Españoles en otros trances, y no los estimava en mucho vino en persona con solos trecientos hombres á verse con el Governador, y á saber el intento de su venida, pues se detenia mas que otras vezes en la tierra. Y aviendole dicho (siendo Guillen Castellano el interprete) que venian á procurar su amistad, y á requerirle se hiciesen Christianos como lo eran los de las otras Islas comarcanas, y se sugetasen y rindiesen al Rey de España que los tomaria y recibiria debaxo de su amparo y proteccion y les haria muchas mercedes. Respondió el barbaro no como tal, sino como hombre discreto que era, (que esta dignidad de Rey trae consigo la discrecion) que en lo que tratavan de amistad, ningun hombre que no fuesse provocado de otro é irritado la avia de huir, ni rehusar, pues era bien comun; y que esta la admitiria él de voluntad si se fuessen de su tierra, y que le dexassen en paz sirviendose de lo que en ella uviesse y les agradasse, Y que quanto á ser Christianos, ellos no sabian que cosa era Christiandad, ni entendian esta religion, que se verian en ello, y se informarian, y así con mas acuerdo darian respuesta. Mas que á lo que decian de sujetarse al Rey de España que no estaban de esse parecer, porque nunca avia reconocido subjeccion á otro hombre como él. Y despues de otras razones, que entre ellos passaron no concluyendo cosa alguna, dió buelta el Rey hácia Taoro con sus gentes, quedandose los nuestros en su asiento.

CAPITULO V.

*De la batalla que vno entre los Españoles, y los Guan-
ches en Centejo y la Matanza que en ellos hicieron.*

Cosa averiguada es, por derecho divino y humano, que la guerra que los Españoles hicieron, así á los naturales destas Islas, como á los Indios en las occidentales regiones, fué injusta sin tener razon alguna de bien en que estribar, porque, ni ellos poseyan tierras de Christianos, ni salian de sus límites y términos para infestar ni molestar las ajenas. Pues decir que les trayan el Evangelio, avia de ser con predicacion y amonestacion, y no con atambor y vadera, rogados y no forzados, pero esta materia ya está ventilada en otras partes, passe agora. Bolviendo á nuestra historia, el Governador de la conquista Alonso de Lugo, teniendo en menos á los naturales de lo que devia viendo que el Rey de Taoro no se le sujetava, antes mostrava brio de esperarle y resistirle. Sin mas deliberacion, hace marchar el campo, hacia el Reyno de Taoro pareciendole, que venciendo y sujetando á este Rey por ser mas poderoso los demas vendrian á buenas y se le rendirian. Mas quien á su enemigo popa á sus manos muere. El Rey de Naga, y el de Tacoronte y Tegueste, por cuyos términos los Españoles avian pasado, no hicieron resistencia, con todo su poder (aunque hacian algunos asomos y arremetidas) ó por que vian la pujanza y fuerzas de los nuestros, ó porque los querian dexar entrar la tierra adentro para usar dellos á su salvo. Al fin el campo fué marchando hasta la Orotava, sin hallar resistencia, donde hallando cantidad de ganado, dieron en él; y aviendo cogido mucho número del y no hallando enemigos, se empiezan á bolver con la presa, pensando que los Guanches no osaban acometerles. Pero el Rey de Taoro Benchomo, nada descuidado, que esperaba ocasion para hacer su hecho, como vido la suya, y que sus enemigos (á su pesar) se bolvian victoriosos recoge con presteza hasta treientos hombres valientes de los suyos, y manda á un hermano suyo hombre osado y animoso por capitan y caudillo de ellos, con mandato y aviso que por lo alto de la sierra vaya

con aquella gente y entretenga al enemigo, en algun paso fragoso, mientras él con el resto de su gente le va en el alcance. No fué negligente el hermano del rey en poner por obra, lo que se le avia encomendado, y así tomando el alto de la sierra y paso de los nuestros dejó llegar al gobernador, y á su gente á tiempo y lugar do no pudiesen aprovecharse de los caballos (que era lo que ellos mas temian, y en lo que la fuerza de los enemigos consistia) á un lugar espeso de monte, cuesta arriba, embarazoso de piedras matorrales y barrancos, y desde allí dieron voces y silvaron al ganado que los nuestros llevaban. Quando los españoles se vieron en lugar tan peligroso, donde no eran señores de valerse de sus armas ni de mandar sus cavallos, y que les tenian tomada la delantera y pasos, pues volver atras no podian por no entregarse á las fuerzas de su enemigo y metersele en las manos, la avanguardia iba muy adelante, el cuerpo del batallon estava deshecho y desbaratado porque el ganado por huir (habiendo oido los silvos) lo avia roto, diose priesa la retaguardia para juntarse y hacerse un cuerpo que ya la avanguardia avia hecho alto para esperar. Uno de los canarios que con el capitán venia llamado Pedro Maninidra hombre valentísimo y de quien los españoles hacian mucho caudal, viendo el lugar do estavan, y el poco remedio que de vencer sentia estando delante del cavallo del gobernador temblavale todo el cuerpo tanto que le cruxian los dientes, y viendolo así el gobernador de la conquista le dixo. ¿Que es eso Maninidra? ¿Tiembblas de miedo? agora es tiempo de temer? Respondió el canario y dixo. No tiemblo de miedo que nunca lo tuve, mas tiemblan las carnes pensando el estrecho en que el corazón las ha de meter oy. Otros dicen que este dicho aunque fué deste canario no fué en este tiempo, sino en otra entrada que se hizo en Berberia donde se halló. Al fin los cristianos puestos en este conflicto, no saben que consejo tomar. Algunos culpaban al gobernador Alonso de Lugo que fué avisado de los canarios, que no se metiesen tanto la tierra adentro sin dejar las espaldas seguras, porque en aquella espesura y malos pasos habian los guanches de hacer su hecho: mas él ó fuese por tenerlos en poco ó porque Dios así lo permitia, para castigo nuestro, no quiso tomar su parecer. También

dicen que la blasfemia de cierto soldado fué causa por donde Dios permitiese esta pérdida y azote en los españoles, porque diciendo alguno que aunque el lugar era trabajado, los enemigos eran pocos y desarmados, que peleando como devian vencerian con el ayuda de Dios, (hablaban como caballeros christianos) respondió uno no como christiano y dixo. Voto á Dios que sin su ayuda pienso salir vencedor, porque para tan poca y tan ruin gente no hemos menester su ayuda. Pero como no se salva el caballero, ni alcanza victoria, fiando en su fortaleza y virtud, salióle al contrario. Porque dando los guanches en los españoles en aquel trabajado paso, como ellos venian cansados, y no se podian juntar, ni usar de sus armas y destreza, aunque hacian su dever, peleando varonilmente: como el lugar les era contrario, assi lo fué la fortuna; que llevandolos de vencida, fueron haciendo gran matanza en ellos, de donde le quedó el nombre al lugar, la Matanza de Centejo.

El capitan de los de Taoro, viendo que los españoles ivan de huida y que los suyos hacian carniceria en ellos, sentóse sobre una piedra muy de propósito. No tardó mucho quel rey de Taoro no viniessse con el resto de su gente á darle favor, y como halló sentarlo á su hermano con tanto reposo sobre la piedra, dixole reprehendiendole, ¿que haces ay tan descuidado, andando tu gente á la melena con sus enemigos? Respondió el hermano con mucho peso y dixo, yo he hecho mi oficio de capitan en vencer y dar orden para ello, hagan agora los carniceros el suyo, prosiguiendo la victoria que les he dado. Sucedió en esta pelea un admirable caso y fué, que aquel soldado blasfemo, á quien se le avia soldado aquella necesidad, comenzando los naturales á arremeter á los nuestros salió el en delantera con sus armas y caballo apartandose algun tanto del esquadron (que ya con el ganado que se les huía estava roto) al qual salió un guanche al camino y tirandole con una piedra rollisa como pelota se la hundió en los cascos al caballo, y cayendo en tierra dió luego el guanche sobre el cavallero y lo acabó ignominiosamente en pago de su blasphemia, siendo el primero de los que murieron. Asi castiga Dios á los que en sí fian.

CAPITULO VI.

De como los que escaparon de la rota fueron á Santa Cruz.

Mucha reputacion de la que los españoles acerca de los naturales tenian perdieron este dia; por no aver querido esperar al enemigo en campo raso donde se pudieran aprovechar dél. Y por aver temerariamente penetrado la tierra, sin aver tentado las corazas al enemigo, y aver asegurado los pasos peligrosos y asi perdieron la ocasion, reputacion, campo, y vidas, muriendo de ellos á manos de sus enemigos, y desriscados casi novecientos hombres, que fué la mayor pérdida que en estas islas uvo, con que Dios quiso castigar la altives y soberbia española domadora de todas las naciones, que solos trecientos hombres guanches desnudos y sin hierro ni arma defensiva, les diesen tanto ca. que entender que quedase el campo por suyo, quitando la vida á quantos topavan; tan encarnizados estaban, que á ninguno perdonaban que á las manos les viniese, y asi los que dellos se escaparon fué por mucha ventura. Uno de los quales fué el gobernador de la conquista Alonso de Lugo, que á niña de cavallo, y por diligencia de algunos canarios y treinta guanches del reyno de Güimar que le acompañaron se puso en salvo en el puerto de Santa Cruz, aunque no escapó sin herida por que le quebraron algunos dientes de una pedrada, y le mataron el cavallo, y si Pedro Benitez el tuerto no llegara á favorecerle lo librara mal, porque le tenian cercado los guanches, pero llegado le ayudó á levantar, y le proveyeron de otro cavallo que andava suelto aviendo dejado á su dueño en el campo.

Tambien le valió al Governador aver trocado la vestidura y trage con un soldado, y entrar en la batalla disfrazado que tambien quedará en el campo como los demas. Porque como antes de la batalla le avian los naturales visto, luego que se comenzó le buscaron, y al desdichado que avia trocado la ropa con él lo acabaron luego pensando que era el Governador. Pelearon este dia valentisimamente los cavalleros y muchos de los Canarios, pero sobre todos peleó Pedro Benitez que hizo este dia cosas hazañosas tanto que los Guanches dezian,

que si uviera muchos como él nunca sucediera el desastre, escapose él y con su favor otros, escapó tambien Pedro de Vergara, Hernando del Hoyo, Bartolomé Benitez, Hierónimo de Valdes, Guillen Castellano, Juan Benitez, haziendose muerto entre los muertos, aviendo todos peleado como cavalleros. Escaparonse tambien veynte y ocho ó treynta Españoles, en una cueva junto á la mar, que no tenia sino una pequeña entrada por un anden, y como noventa Canarios en una baxa dentro de la mar, y otros en una junquera. El Governador y cavalleros que escapados de la rota fueron á Santa Cruz, despacharon luego bajeles, para que fuesen costeando hazia la Matanza á recoger los que aviesen escapado de ella, y assi traxeron los noventa Canarios que hallaron en la baxa. El Rey de Taoro como supo de los Españoles que en el anden estaban embióles á mandar que saliesen sobre su palabra, y saliendo les hizo buen tratamiento y los embió con gente de guarnicion para que los llevasen á Santa Cruz, y los entregasen vivos á su Capitan y asi lo hizieron. Aconteció que llevando á estos Españoles á Santa Cruz aviendo de pasar por el lugar do avia sido la matanza parece que un Español de miedo de la muerte, ó por no aver hallado modo de escapar la vida, no sabiendo el camino que avia de tomar para escaparse de la mortandad y rota passada, se avia quedado entre los cuerpos de los muertos hecho muerto, esperando ventura. Y passando los veinte y ocho ó treinta Españoles que embiava el Rey á Santa Cruz por el lugar donde él estava, levantóse y juntó con ellos sin ser visto de los que los llevavan en guardia por entonces. Mas como de ay á poco rato se pusiessen á setear, contandolos hallaron uno mas, y queriendolo matar, y no sabiendo qual fuesse, dieron aviso al Rey por no matar alguno de los que él les avia entregado. El Rey los mandó volver, y en viendolos luego conoció qual era, y sabiendo el modo como avia escapado, le perdonó, dandole por pena la que el triste abria padecido entre los cuerpos muertos de sus compañeros, y assi los tornó luego á embiar en paz y en salvo, mandando no les hiziesen daño alguno. Este fué el fin de la primera jornada que los Españoles hizieron en esta Isla y aun que fué afrentoso, fué successo de guerra, y co-

sa que pudo ser sin culpa de los hombres faltandoles la fortuna. Ruin digo fué, pero mas ingnominoso lo dexaron á su parvida de infidelidad con sus amigos, y fue, que embiando á llamar á sus aliados, y amigos los del Reyno de Guimar, con engaño y doblez dandoles á entender que era para dar orden de que el Rey de Taoro no les hiziesse daño en sus tierras, por estar confederados con ellos y averles ayudado en la batalla, mientras bolvian á rebazerse creyendo ellos ser assi, vinieron de paz muchos, condoliendose de su pérdida: y combiandoles los Españoles para que entrassen en sus Navios á verlos. Estando dentro alcanzaron velas y llevaron á España cantidad de ellos para venderlos por cautivos, pensando restaurar su pérdida con este inhumano hecho, y fuera de toda razon. Algunos destos que fueron vendidos para esclavos, siendo ya ladinos en la tierra se fueron á los Reyes á pedir justicia y libertad, informando de como siendo libres en su tierra con engaño los avian traído á donde estaban, y vendido como á esclavos, siendo libres, amigos y confederados, y assi mandaron los Reyes se les diese libertad y en ella biviessen.

Aconteció un gracioso caso á los naturales despues de la batalla, y rota que acabamos de contar, y fué, que yendo á coger el despojo que de los muertos avia quedado, entre otras cosas de vestidos y armas hallaron ciertos Guanches una ballesta armada con su passador, que el que la traya no avia tenido lugar de emplearlo, y assi quedó en el campo con el dueño. Pues como no supiesen que arma fuesse por no averla visto en su vida, ni supiesen el artificio de la llave, ni el daño que hazer pocria disparandola. Tantas bueltas le dieron, y tanto la trataron, y manosearon, que sin saber lo que se hazian, apretó uno la llave y disparando la vallesta dió con el passador á uno dellos por los pechos, que passandolo de claro cayó muerto: los compañeros que vieron lo sucedido arrojan la ballesta y dan ahuyr como si fuera tras ellos sus enemigos, y de ay adelante en viendo alguna ballesta, rodeavan gran trecho por no passar por donde estava, tanto miedo le cobraron.

CAPITULO VII.

De la segunda entrada que hicieron los Españoles en esta isla.

Las cosas que en Dios no van fundadas, y enderezadas para su honra y servicio, y por su ~~modo~~ guiadas pocas vezes, ó nunca tienen buen suceso y fin. Porque como se desvian del verdadero, que es Dios, van á parar al despeñadero de desastrados fines. Bien se vido en el capitulo precedente, el fin que los españoles uvieron tan ignominioso, porque el intento y fin que les movia á la conquista era mas interes, que honra de Dios y promulgacion de su evangelio, esto fué claro por lo que con sus amigos y aliados usaron, tomandolos sobre seguro y de paz embarcandolos para venderlos por esclavos, que si con estos usaron este término siendo amigos, con los enemigos que usaran? fueron al fin desta vez con las manos en la cabeza y bien lastimados.

Mas como al gobernador Alonso de Lugo le iba ya su honra en no dexar de las manos un negocio en que tanta sangre y reputacion le avia costado. Aunque muy alcanzado por los excesivos gastos que en la jornada avia hecho, aviendola hecho toda á su costa, sin que armador alguno interviniere, y para ello avia vendido ingenio, tierras y posesiones que en Galdar tenia como conquistador de aquella parte de Canaria. Dexando el presidio que pudo en Santa Cruz en una torre que avia allí edificado se partió para Canaria.

Los que quedaron en la torre estaban tan atemorizados y medrosos que no osaban salir de ella á buscar de comer quando les faltava, sino era de noche. Ido pues á Canaria el gobernador de la conquista, no halló tanta gente ni soldados quantos avia menester, ni se halló con posibilidad para tornar á armar, solo como la primera vez avia hecho, y asi hizo compañía con quatro mercaderes ginoveses, que dellos estaban en Canaria y dellos en España, para que como armadores le diesen favor con dineros y mantenimientos. Estos fueron quatro armadores Francisco de Palomar, Guillermo de Blanco, Nicolao Angelate, y Matheo Viña. Los quales todos de mancomun, y cada qual por sí, dieron poder á Gonzalo Xuarz de

Maqueda vezino del puerto de Santa Maria, que á la sazón estava en la ciudad de las Palmas en Canaria, para que en su nombre hiziesse compañía con cualesquier personas que quisiessen ayudar á la dicha conquista de esta isla con seiscientos hombres y treinta cavallos, que quitados costos y costas, y quinto, se partiese la presa de esclavos, ganados, y lo demas que se uviese por medio, y la mitad se partiesse entre los soldados, y la otra entre los dichos armadores. Este poder se dió en Canaria en treze de Junio, del año de mil y quatrocientos y noventa y quatro, ante Gonzalo Garcia de la Puebla escrivano público.

Con este poder y recaudos partió el dicho Gonzalo Xuarez para España y lo comunicó con el Duque de Medina don Juan de Guzman: el qual viendo el servicio que á Dios nuestro señor se hazia, trayendo la gente de aquella isla al conocimiento del evangelio, y á la corona real de Castilla sujetandole aquella isla, dió oído á la demanda, é hizo sus escripturas, é conciertos con el dicho Gonzalo Xuarez, en nombre y voz de los dichos armadores. Y luego hizo hazer gente y aprestalla. Y así á tres de Octubre del mesmo año se embarcaron en san Lucar de Barrameda seiscientos y cinquenta hombres de á pie y quarenta y tantos de acavallo, hombres bien luzidos, y muchos dellos bien nacidos, en seis caravelas: viniendo por capitan deste socorro Bartolomé de Estupiñan caballero, privado del Duque: mas por falta de tiempo no participaron hasta veinte y dos del dicho mes, y con buen viaje surgieron en Canaria, á veinte y nueve. No avia estado ocioso en este tiempo el gobernador de la conquista, porque tambien por su parte avia juntado la gente que avia podido, assi de canarios, gomeros, y mahoreros, como de españoles, parientes y amigos, assi de los que avian quedado de la primera entrada, como de otros que de nuevo se le juntaron, como fueron Hernando de Trugillo caballero Xerezano. Lope Fernandez de la Guerra conquistador de Canaria, y señor de dos ingenios. Vallejo, Hernando de Llerena, Mateo Vinan, Jorge Grimon, Juan Perdomo, Gonzalo Mexia, Lope de Aguirre, y los otros que de la rota de la Matanza escaparon excepto Bartolomé Benitez de Lugo que quedó tan escaldado de la primera entrada en que se halló que no quiso bolver á la

isla hasta despues de conquistada, con otros muchos que despues nombraremos. Y assi en llegando el socorro del Duque se partieron para Tenerife. Y á dos de Noviembre del dicho año surgieron en Santa Cruz donde antes avian surgido, y saltando en tierra assentaron su real con determinacion de no salir de la tierra, hasta morir ó ganarla. Entre la gente de acavallo que embió el Duque para el socorro, fueron Diego de Mesa, Francisco de Mesa, Gonzalo Castillo, Alonso de Álfaro, Jaime Joven, Alonso Benitez, Alonso de las bijas, Estrada y otros muchos. Tenian esta vez debajo de su bandera el gobernador de la conquista mas de mil hombres de apie, y sesenta ó setenta de acavallo, toda gente luzida y de hecho. Y comenzando en el nombre de Dios en quien todas las cosas tienen buen fin. Dejando buen recaudo en Santa Cruz, subió marchando el campo con mas recato y órden que la vez pasada, hasta llegar á nuestra Señora de Gracia, y hecha oracion, y pedido favor á Dios, pasaron á la Laguna puestos en órden de pelea, donde hallaron al enemigo apercebido, porque se avia apellidado la isla, y juntado gran número de gente de toda ella.

CAPITULO VIII.

De la batalla que entre los Españoles y Guanches uvo en la Laguna.

Avian quedado los naturales tan ufanos y sobervios con la victoria (mas por castigo de Dios y permission suya, que por sus fuerzas) avida, que ya no estimavan á los nuestros ni los tenian en la possession que antes. Y como tenian mas armas que la vez pasada, por averse aprovechado de las que los Españoles perdieron en la rota de Centejo, tenian mas ánimo, atrevimiento y osadia. Y assi tenian puestas sus espías para que viesesen el designio de los nuestros que avian llegado á santa Cruz, para que quando quissiesen marchar y subir arriba se lo avisassen, para salirles al encuentro y cogelles la cuesta, donde con su ligereza se pudiessen aprovechar de los nuestros. Mas no les salió como pensavan, porque ó las centinelas se descuydaron, ó ellos (aun que apercebidos) no pudieron salir mas ayua, y assi quando

acudieron ya los nuestros estaban en lo alto y puestos en ordenanza. Visto que su designo no avia tenido el fin pretendido tomaron los Guanches otro acuerdo, con intento de acabar este dia la gente Española, y fué, que presentasen al enemigo la batalla y que para si peleando, ó siendo vencidos no se les pudiesse escapar Español alguno, fuessen, sin ser sentidos por un barranco camino de Santa Cruz trecientos ó quatrocientos hombres, y matando á los que alla estaban, esperassen á los que de la batalla huyessen, pero quedaronse vurlados: porque travandose la batalla entre ambos campos que se dio á catorze de Noviembre, fue tan brava, tan reñida, y peligrosa, que duró muchas horas con dudosa fortuna, porque cada parte peleava con mucho coraje y animo denodado, á los unos les yva honra é interes, y á los otros dessension de patria y libertad. Al fin la victoria que hasta entonces avia estado neutral, mirado quien mejor lo hazia, se hizo de nuestra parte y se declaró por nuestra, y aunque no sin mucho daño y muertes de los nuestros los Guanches fueron desbaratados, vencidos y echados del campo, con mucha pérdida de su gente. Peleose este dia valerosamente y con mucho trabajo porque era tanta la resistencia que los Guanches hazian, y tanta la ligereza y desasossiego con que peleaban, que no davan á los nuestros sossiego alguno, ni lugar de resollar. Aconteció, que como los Peones vallesteros disparassen sus vallestas, y con los passadores hiziossen en los enemigos daño aunque poco, porque como no estan quedos peleando, sino corriendo de un cabo á otro, no les podian hazer tiro cierto: los Guanches que no entendian el artificio como se tira el passador, y no oyan mas que el sonido ó estrallo que dava la cuerda, tomavan el passador, ó virote, y haciendo aquel sonido con la boca, arrojavan el virote con la mano házia los nuestros, pensando que en el sonido estava la fuerza. Pero con mucha mas arrojavan ellos una piedra, que aun que diesse en la rodela ó tarja la hazian podazos y al brazo debajo della. Entre otros peleó este dia valentísimamente el Rey de Taoro, porque con una alabarda, dicen, se defendió de siete hombres de acavallo, y al cabo se escapó dentre ellos y se subió por la cuesta de san

Roque. Mas aunque destes se escapó, no pudo escapar-se de un Fulano de Buendia, que sin conocerlo ni saber que era Rey (aunque el en su lengua se lo dezia ser el Meneey, que es Rey:) como no le entendiesse, no le valió su Reynado, que le passó con la lanza en un barranquillo estrecho do quedó. De los prissioneros y cautivos que uvo muchos se supo aver faltado el Rey y como le vuscassen y conociessen, cortandole la cabeza la embiaron á su Reyno. Y viendola los suyos que ya avian elegido otro hermano del dicho Benchomo por Rey, dixerón, que donde se avia quedado el cuerpo pusiessen la cabeza, que no les espantava aquello, mas que mirasse cada cual por la suya. Dizen algunos quel Rey Benchomo no murió luego de la lanzada, y que quando le fueron á buscar aun estaba bivo, y que le tornaron Christiano, y assi murió.

Los del Reyno de Güimar, escarmentados de lo que con ellos avian los Españoles usado la jornada passada, se mostraron en esta vez neutrales, estando á la mira sobre un monte, hasta ver por quien quedava el campo. Y viendo que los de Tegueste, Tacoronte, y Taoro avian llevado lo peor, é ivan de huida se juntaron con los Españoles, sirviendoles con lo que en la tierra avia, con mucha voluntad y fidelidad.

CAPITULO IX.

De algunas otras batallas y rencuentros que tuvieron hasta que la isla se ganó.

Avida esta famosa victoria con que los guanches quedaron castigados y amedrentados, el governador y los demas españoles que escaparon dieron gracias á Dios en un lugar donde despues por este respeto formaron una hermita, que llamaron nuestra Señora de Gracia, de quien algunas vezes hemos hecho mencion. Y considerando las muchas fuerzas y animo con que los naturales avian peleado y quan peligrosa avia sido la batalla, no queriendo perder por alguna desgracia ó atrevimiento la opinion que avian ganado, y tambien para curar los heridos que eran muchos, quiso rehazerse, y esperar al enemigo apercebido, entendiendo que él lo vendria á buscar y para esto bolviosse con su gente a

santa Cruz que era tierra de amigos y tenían mejor alojamiento por ser tierra caliente, y puerto de mar, y allí se estuvo algunos días sin sobresalto alguno, ni inquietud, porque el invierno, no dava lugar, á que el hiciese entrada alguna en la tierra, ni aque los enemigos le inquietasen y buscasen.

En este tiempo por el año de mil y cuatrocientos y noventa y quatro, agora fuese por permission divina, que en castigo de la matanza que los años atras los naturales en los españoles avian hecho, agora fuesse, que los ayres por el corrompimiento de los cuerpos muertos en las batallas y rencuentros passados se uviessen corrompido, é inficionado: vino una tan grande pestilencia, de que casi todos se morian, y esta era mayor en el Reyno de Tegueste, Tacoronte y Taoro, aunque tambien andava encarnizada y encendida en los demas reynos. Desto dió aviso una muger de la isla, desde un risco, haziendo señas, y llegando la lengua á hablar con ella, le dixo, que que hazian? que porque no subian y se apoderavan de la tierra pues no tenían con quien pelear, ni aquien temer, porque todos semorian. Visto esto embian descubridores que corran el campo (era ya la primavera) y marcha el Real la via de la Laguna, donde assentando su real, comienzan desde allí á correr la tierra; hizieron algunas entradas en Tegueste y Tacoronte, trayendo siempre alguna presa, porque con la enfermedad y porte que entre los naturales avia, no hallavan los nuestros tanta resistencia. Y aunque los naturales no la hazian por las causas dichas, la hambre y necesidad que los nuestros padecian la hazian grande y era ocasion que la conquista no se prosiguiesse, porque como los nuestros se ivan apocando, así por la tardanza que en la conquista avia, y por los muchos que en ella habian muerto, como por enfermedades, miserias, y hambres y trabajos que passavan, y avia gran falta de mantenimientos, porque en la tierra no se sembraba por causa de la guerra y enfermedad, y los armadores como estaban obligados no acudian, ni los traian defuera, y a esta causa el governador de quien todo pendia estava con pena porque los soldados quisieron dejar la conquista muchas vezes y bolverse á sus casas, y aun él estuvo en hazerlo, sino mirara que le yva la honra en salir con su empresa, y para conseguirla era necessaria perseverancia, y tratando este negocio con algunos cavalleros de los que

en su compañía traya, fueron de parecer que lo comenzado se prosiguiesse y no se alzasse mano de la conquista, hasta concluyrta. Uno de los quales, hombre no menos valiente que liberal, viendo que la dificultad toda era la necesidad que se padecia, como hombre que estimava mas la honra que la hazienda ofreció toda la que tenia al governador para reparo y socorro de la gente, y assi despachó á Canaria y vendió sus ingenios y haziendas, que en aquella Isla tenia por dies y seys mil ducados, con que se pertrecharon de armas, gente, y vituallas para acabar la conquista, este cavallero fue Lope Fernandez de la Guerra de quien adelante haremos mencion. Passaron en el interin los soldados seis meses de trabajo con sola cevada y carne, hasta que vino el socorro que Lope Fernandez traya. Y entonces viendo la poca resistencia que los Guanches hazian, y que lo mas de Tegueste y Tacoronte estava ya corrido y assolado, determinó el Governador (como aquel que sabia donde estava la fuerza de los enemigos, y por donde se podian mejor ofender) de passar adelante al Reyno de Taoro, y assi marchó su campo la via de la Orotava, con mejor successo que la vez primera, sin hallar mucha resistencia, aunque alguna, hasta assentar su real en el lugar que del se denominó Realejo en el término de Taoro, desde alli hizieron algunas entradas y dieron algunos assaltos con provecho corriendo hazia todas partes, y aunque avia muchos cavalleros de sangre, y hombres valentissimos, y de mucho consejo, y peso: de los que mas se fiava el Governador eran quatro cavalleros, que eran Hernando de Trugillo, Lope Fernandez de la Guerra, Pedro de Vergara, y Guillen Castellano, los quales tenian mucha mano con el Governador, y eran los que acaudillavan la gente y servian y hazian officios de Capitanes, y los que en las empresas mas peligrosas eran los primeros, pues como prosiguiendo su conquista, fuesse necessario un dia entre otros, reconocer cierta estancia de naturales, salió Lope Fernandez á ello solo; y parece que por la parte que el yva avian venido á lo propio quinze ó veynte naturales, que estavan emboscados, para reconocer mas á su salvo el designo de los nuestros, pasando por alli Lope Fernandez le acometen los que en la emboscada estavan

el poniendo las piernas al cavallo despues que los vido se fue retrayendo (por que el lugar era peligroso) hasta sacarlos á un razo, á donde rebolviendo con su cavallo les acometió por no mostrar cobardía, y aviendo derribado seis dellos los demas dieron á huyr por el monte, y pareciendole avia hecho poco sino avia alguno dellos á las manos para informarse del designio é intento de los enemigos, arremetió por una estrecha senda tras uno, y alcanzandolo le echó el cavallo encima y cayó, y atandolo lo traxo al real donde fué bien recebido. Este prisionero dio relacion de como la tierra toda estava apellidada, y con determinacion de provar la fortuna otro dia siguiente, y para esto los querian divertir y acometer por dos partes, señalando por donde y como. Esto era assi, porque viendo los Reyes y Guanches que ya los Españoles se apoderavan de la tierra, y que les faltava mucha gente, assi de la peste que durava, como de las guerras y entradas que los nuestros hazian, quisieron provar fortuna, y poner la tierra en libertad y concluir desta vez, y assi convocandose y juntandose de todas partes, despues de animados, y despedidos unos de otros como hombres que ivan á echar el resto, y provar la última fortuna, presentaron la batalla á los nuestros dia señalado de la natividad del hijo de Dios, el año de mil y quatrocientos y noventa y cinco. Y aviendose los nuestros (como hombres apercebidos) prevenido la noche antes de lo necesario, sabiendo que avian de ser acometidos por dos partes, se dividieron, poniendose en un sitio el gobernador, con parte de la cavallería y peones, y en otro, Lope Hernandez de la Guerra con el resto de la gente. Pelearon los unos y los otros valentísimamente: porque los naturales peleaban como desesperados, y como aquellos que querian desta vez concluir y ver para quanto eran, y los nuestros como gente acostumbrada á vencer, y que les iba la honra en salir con victoria, por ser casi en el mesmo lugar la batalla, que avia sido la primera los años passados, y querian cobrar la reputacion que avian perdido en el propio lugar, do la perdieron que fué Centejo. Al fin aviendo peleado la mayor parte del dia la victoria se cantó por nuestra parte, y los naturales fueron desbaratados y vencidos muriendo muchos y los mas principales dellos, y en agradecimiento desta victo-

ria fundaron en el propio lugar una hermita, que la llamaron nuestra señora de la victoria. Desde este día acobardaron los naturales, y los nuestros conocieron ser ya la tierra suya, y recogiendo algunos días en el Realejo, aguardaron el designio del enemigo, y viendo que no acudia en esquadron formado como solia, embió el gobernador y capitanes, algunos caballos y hombres ligeros, á correr el campo, los quales volviendo al Real y trayendo algunos prisioneros consigo dixeron que ya no avia mas que temer porque en la batalla passada avian puesto los naturales su buena ó mala fortuna, y assi estaban de paz, y tambien porque no avia casi gente, ni la hallavan con quien pelear, por morirse todos de una pestilencial enfermedad, y assi los hallaban de ciento en ciento muertos y comidos de perros. Estos perros eran unos zatos, ó gozques pequeños, que llamaban Cancha, que los naturales criavan, y como por la enfermedad se descuidavan de darles de comer hallando carniza de cuerpos muertos tanto se encarnizaron en ellos que acometian á los bivovos y los acabavan, y assi tenian por remedio de su desventura los naturales dormir sobre los árboles quando caminavan, por miedo de los perros. Fué tan grande la mortandad que uvo que casi quedó la isla despoblada, aviendo mas de quince mil personas en ella: y assi á su salvo podian los españoles correrla sin mucha resistencia. Con todo aquesto estuvieron tres años en sujetarla, ganarla y apazigarla: y tardáran muchos mas, si la peste no fuera, por ser la gente della belicosa, temosa, y escaldada.

CAPITULO X.

De como los españoles hizieron assiento en la isla, y de los primeros regidores de ella.

Ya que el governador y caballeros de la conquista vieron la tierra pacífica y quieta, que ya no tenian necesidad de andar con el cuidado de las armas, holvieron su estudio y diligencia en componerse asi; y ordenar modo de vivir tranquilo y sossegado, y por leyes civiles y urbanas regido, con que lo adquirido se conservasse, y asi escogiendo para vivienda el lugar de la Laguna, situa-

ron y señalaron el sitio que hoy tiene, con mucho cuidado que quedase tambien puesta y assentada, así en calles, plazas, casas, iglesias, y en lo demas, como oy la vemos, dando el gobernador sitios y solares, y repartiendo tierras, para lo qual el año de mil y quatrocientos y noventa y seis le vino poder insolidum de sus Altezas, para que él solo repartiessse las tierras, y aguas de la isla dado á cinco de Noviembre.

Ordenada la República, juntandose el Governador con los caballeros y cabezas a veynte de Octubre de mil y quatrocientos y noventa y siete años. Propuso que para servicio de Dios nuestro Señor y buen regimiento de la república que comenzava, era necesario comenzar con buen pie, para que tuviese buenos sucessos, y porque vian mas quatro ojos que dos, y el consejo de muchos es mas acertado quel de uno solo, por tanto quel queria (con su parecer) elegir en nombre de sus Magestades ciertos Regidores y Jurados, para el buen regimiento, gobierno, y orden de aquesta Isla, y así pedia su parecer, y beneplácito á los cavallos que presentes estaban. Los quales respondieron que era cosa muy acertada, conviniente y necesaria. Y luego en continente, eligió y nombró por su lugar teniente con todo su poder para lo tocante á la justicia, á un caballero Xerezano hombre muy principal y de muchas prendas de muy claro juicio, y bien puesto con los soldados, y pueblo, y que en guerra y paz avia mostrado su valor. Este era Hernando de Trujillo quien llamaron el Teniente viejo, y luego nombró por su alcalde mayor, á Francisco de Gorvalan, y por Regidores los siguientes, Chistoval de Valdespino, Pedro Mexia, de los quales no halló mas de sus nombres, y de que se hallaron en la primera entrada, Guillen Castellano, lengua en la conquista y hombre de mucho caudal, y de quien todos lo hazian, Lope Fernandez de la Guerra, hombre de mucho peso y ser y no menos valiente que liberal, el qual socorrió al Governador en tiempo de mayor necesidad con su hacienda y persona para la conquista, y assi se le dió en repartimiento el valle que dizen de Guerra, que por averlo dexado vinculado al tiempo que murió, lo poseen oy los descendientes de un entenado suyo hijo de su muger, y de otro marido, porque un sobrino suyo á quien el queria dexar el mayorazgo se puso á jugar las cañas estando el tio en lo último, este lo desheredo á peticion de

su muger. Pedro Benitez, el que dizen el Tuerto, hombre valentísimo, y de grande estatura y ferocidad, el qual libró al Governador de los guanches en la Matanza y despues peleando (como quien era) murió en Tagaos. Era tan nombrado, que espantavan los niños con él. Hierónimo de Valdes, hijo de Pedro del Algava, Governador que fué de Canaria, el primero cavallero conocido, y hombre de mucho valor continuo criado de los Reyes, cuya cédula he yó visto, y que fué de lo primeros conquistadores. Estos seis fueron los primeros regidores, que no es pequeña señal de ser hombres de mucho tomo y prendas, pues para principar leyes en tierra nueva y tan falta dellas, no se requeria menos. Demas destos regidores nombró dos jurados que fueron Francisco de Albornoz, y Juan de Badajoz, y escrivano público Alonso de la Fuente. Estos fueron los principios de aquesta república que en tanto crecimiento a ido, y de donde tantos varones tan ilustres han salido, assi seglares como Eclesiásticos. Ordenada su república hizieron y ordenaron muchas ordenanzas y estatutos que entonces fueron convenientes. uno de los quales fué, que al conquistador, ó poblador que se le viesse de dar repartimiento alguno fuesse avezindandose y viviendo en la Isla por tantos años, donde no perdiesse la data: otras muchas ordenanzas hizieron, que en el libro capitular se hallarán.

CAPITULO XI.

De algunos conquistadores que se hallaron en la conquista desta Isla.

Ya tengo dicho atras y advertido, que todo lo que escribo de conquista, é historia desta Isla, que es accesorio y no de intento principal: pero ya que alguna cosa he tocado della, quiero llevar adelante lo comenzado, y no dexar la costura sin fiudo, ni el edificio sin remate: aunque el capitulo presente es el que yo mas temia y rehusava, no por no hazer memoria de tan ilustres varones, y que tambien la merecieron, ganandola con su virtud y brazo, sino porque en el órden de proceder sus descendientes no se agravién, si en la precedencia ó prerrogativas, no se pusieren en el lugar que merecen, y

ellos querian: Pero como de cada uno de ellos no se puede hacer historia particular, es cosa forzosa averse todos de poner juntos. Y assi advierto, que en ponerlos atrás ó adelante, en hacer primero memoria de unos que de otros, no por eso es visto les quiero dar mas valor, que el que sus hechos y sangre mereciere, ni agraviar á unos por honrar á otros, sino que de todos haya memoria en los venideros para honra de sus descendientes, y estímulo de sus virtudes.

El principal de quien reza esta historia es Alonso de Lugo, cavallero de noble sangre y limpia, natural de la Ciudad de Lugo en Galicia, que ganoso de valer por su persona, aunque de sus progenitores tenia valor, se vino á la conquista de Canaria, donde por la parte de Galdar conquistó y apaciguó la tierra, y tuvo la tenencia de la Torre, siendo alcaide della: desde donde fué á procurar la conquista de esta isla y de la Palma, y por sus merecimientos y nombre los reyes se la concedieron con título de Gobernador de la conquista y capitán General en las partes de Africa desde el cabo de Aguer hasta el de Buxador, y repartidor de las tierras della. Y como fueron creciendo los servicios que á sus reyes hizo, fueron tambien creciendo las mercedes que ellos le hicieron, nombrandolo Adelantado de las islas de Canaria. Cuyos descendientes heredaron (como ramos de tal tronco) la generosidad, ánimo, liberalidad, sangre, título y patrimonio, como fué su hijo don Pedro Fernandez de Lugo que conquistó á santa Marta; y el hijo de este don Alonso Luis Fernandez de Lugo, y el deste don Luis Fernandez de Lugo, y la que oy posee estado y título doña Porcia Magdalena Fernandez de Lugo, princesa de Asculi, duquesa de Terranova.

Despues de pacífica la tierra envió el dicho gobernador ó Adelantado por un sobrino suyo llamado Pedro Fernandez de Lugo. cavallero muy principal, á quien por poblador dió muy buenas possessions. Este cavallero fué el primer Gobernador despues de los Adelantados que uvo en la isla. Otra sobrina traxo tambien el Adelantado llamada Ana de Lugo, señora muy noble y de mucho valor y cristiandad, que casó con un caballero sevillano conquistador de esta isla y alcalde mayor della, hombre de mucho ser que llamaron Pedro de Vergara.

Otro sobrino de la muger primera del dicho Gobernador hermano de Hierónimo de Valdes, llamado Andres Xuarez Gallinato también fué conquistador de esta isla y de la Palma, hombre de macho ser, cuyo nieto es un capitán bien conocido llamado Juan Xuarez Gallinato. Los conquistadores que con sus armas y caballo se hallaron en la conquista son Hernando de Trujillo teniente de Gobernador, Pedro de Vergara alcalde mayor, Cristóbal de Valdespino regidor, Pedro Mexia regidor, Guillen Castellano regidor, Lope Fernandez de la Guerra regidor, Pedro Benitez regidor, Hierónimo de Valdes regidor, Diego de Mesa, Hernando del Hoyo, Hernando de Llerena, Bartolomé Benítez, Juan Benitez; Jorge Grimon, Gonzalo Castillo, Lope de Aguirre, Pedro Benitez, Antonio de Vallejo escrivano público, Mateo Viña. Alonso de las Hijas, Francisco Albornoz Jurado, Juan Perdoma, Jaime Joven, El Comendador gallego, Juan de Almansa, Cristoval de Lucena, Hernando de Medina, Sancho de Vargas, Gonzalo Mexia, Diego Negron, Zambraña, Herrera, Nicolas Ruiz, Alonso de Alfaro, Hierónimo de Pineda, Francisco de Mesa, Alonso Benitez, Estrada, Juan de Torres, Alvaro de Leon, y otros muchos de los peones fueron, Francisco Melian Ibone de Armas, Francisco de Sepulveda, primo de Luis de Sepulveda, del consejo de Su Magestad, Diego de Cala, don Pedro, don Hernando su hermano, Alonso de la Fuente, Hernando de los Olivos, Anton Martin Sardo, Dome á Dios, Hernando de Riverol que favoreció á la conquista, Diego de Agreda, Lope Gallego, Pedro Vaez, Rodrigo Yanes, Diego Delgado, Juan Navarro, Antonio de Cáceres, Carrasco, Diego de Leon, Juan Zapata, Alonso de Arocha, Rodrigo Barrios, Lope de Salazar, Lope de Fuentes, Garcia de la Huerta, Garcipaez, Rodrigo Montaña, Gonzalo Yañes, Diego de Solis, Juan Dara, Oautindana, Juan Pascual, Blasino Romano, Juan Guillen, Juan de Ortega, Gorvalan, Pedro de la Lengua, Pablo Martin, Buendia, Gamonales, Alonso Marquez, Juan Nuñez, Pedro Luis, Alonso de Xerez, y otros muchos, que por evitar prolixidad callo, no con intento de oscurecer su fama, pero porque de ellos ya no hay memoria.

Despues de ganada la tierra vinieron muchos hombres principales á poblarla, que no merecen menos que los pas-

sados, como fué Cristóval de Ponte Ginoves que tratava en la Isla, aun antes mucho que se conquistara, y viendo y conociendo su valor el Adelantado, y teniendole amistad le casó con una señora principal hermana de Pedro de Vergara, que sellamava Ana de Vergara, y le dió como á poblador muchas tierras y aguas, assi oy sus descendientes poseen dos mayorazgos, los mejores de la Isla. Tambien vino á poblar, otro Ginoves hombre muy principal y de quien en la Isla y fuera della se hazia mucho caudal, assi por sus riquezas, como por su buen juicio, liberalidad y verdad con que se tratava. Fué Regidor desta Isla, llamavase Domenigo Rizo Grimaldo, tiene oy descendientes que merecen bien á la cepa do procedon. Otro cavallero vino tambien á poblar, hombre de mucho peso y ser y de quien hazian mucho caudal los Adelantados y toda la Isla, y fue Regidor della muy acépto y de mucho nombre, que se llamó, el Licenciado Christoval de Valcazar, cuyos descendientes que oy viven, el capitan Valcazar, Alonso de Lugo, y Lorenzo Xvarez de Figueroa, son muy correspondientes al tronco de donde vienen.

Otro cavallero vino tambien á poblar llamado Alonso de Llerena, sobrino de Hernando de Llerena, conquistador, natural de Llerena, hombre de mucho nombre en esta Isla, y de quien toda ella y las comarcas hazian mucho caudal. Este cavallero fué regidor y Teniente de Governador en esta Isla muchas vezes, y por su persona, industria y merecimientos vino á ser señor de mucha hacienda, assi de la que heredó de su tio Hernando de Llerena, como de la que por repartimientos é industrias adquirió: y assi dexó tres maycrazgos muy principales ea ella, como fueron á Diego Gonzalez de Llerena en la Orotava, Regidor desta Isla, y al Licenciado Alonso de Llerena Regidor y capitan de á cavallo, en la ciudad de la Laguna, y á Luis de S. Martín Llerena, Capitan tambien de á caballo en la Orotava, hombres todos de mucho ser y caudal, que en servir a su Rey an seguido las pisadas de sus passados, y en su memoria an hecho sumptuosos entierros y capillas, pretendiendo en ello mas la venidera, que la presente gloria.

CAPITULO XII.

Del repartimiento que se hizo de las tierras y aguas desta isla y de los pueblos que se fundaron en ella.

Aviendo considerado los cavalleros de la conquista la tierra y calidades della, pareciéndoles que para su vivienda era apacible y agradable, determinaron de poblarla, y repartirla entre si pues la avian ganado, que esta era la voluntad de los reyes que á ella les avian embiado, y assi el governador Alonso de Lugo, teniendo noticia de las partes y merccimientos de cada qual, y de lo que en la conquista avia trabajado: fué haciendo repartimientos de tierras y aguas, el año de mil y quinientos y uno. Y porque nadie se pudiese quejar, aviendo primero hecho medir la tierra que al parecer era mejor, y dividiendola por suertes de cada seis hanegadas suerte, se echaron suertes entre los conquistadores, á quien cayese que se la llevase, teniendo escritos los nombres de cada qual en su cedula, dentro de un cántaro y las suertes en otro. Y porque algunos venian de fuera á poblar la tierra y otros conquistadores no avian recibido aun el premio de sus trabajos, ni tenían tierras donde vivir y cultivar, por quitarse el governador de algun trabajo, ó aliviarse, y honrar á sus amigos, el año de mil y quinientos y dos por Enero dió todo su poder irrevocable qual de sus Altezas lo tenían, á Hernando de Trugillo, y á Lope Fernandez de la Guerra y á Pedro de Vergara alcalde mayor, y á Guillen Castellano, para que repartiesen las tierras y aguas, á quien devian, con tal que al de á cavallo diessen dos suertes, y al peon una. Esto se entendia de las tierras de regadio porque de las de sequero de ciento en ciento se repartian los cahizes. Estos cavalleros hicieron muchos repartimientos, y les tenia tanto respeto el governador, que quando dava alguna cédula de repartimiento, rezava desta suerte: Yo Alonso de Lugo governador y repartidor de las tierras y aguas desta isla por sus Magestades. Doy á vos fulano, por que fuistes conquistador ó por que ayudaste á la conquista, ó por que venis á poblar, tantas fanegas de tierra y aguas en tal parte, en repartimiento, con tal que Hernando de Trugillo, ó Lope Hernandez de la Guerra, ó Pedro de Vergara, no las

ayan dado á otro. Repartidas pues las tierras y conociendo cada qual lo suyo, trataron de fundar, y asi se hizieron muchas y muy buenas poblaciones que son.

La ciudad de san Christóval de la Laguna (que por estar edificada junto á una Laguna tomó el nombre de ella) es poblada de mucha gente muy principal y rica, cabecera desta isla: ennoblecida con grandes y sumtuosos edificios, espaciosas y anchas plazas y calles, con dos iglesias parrochiales, honrada con cuatro solemnes conventos, dos hospitales, y otras muchas hermitas y oratorios, mucha cavalleria, mercaderes de mucho caudal, y labradores gruesos.

El pueblo de la Orotava poblado de la gente mas granada, y de mas lustre que á la Isla vino: tiene de vezindad ochocientos y mas vezinos, es un pueblo muy fresco fundado en una ladera, tiene muy buenos edificios y calles, aunque agrias de subir: tuvo dentro del mismo pueblo tres ingenios de azucar y tiene oy onze molinos de á dos piedras, tiene su acequia que atraviesa todo el pueblo: en su circuito ay una legua de tierra la mejor y de mas provecho que ay en las Islas y aun en España, porque en ella se da y cria todo lo que se puede dessear. Es la gente deste pueblo (porque lo lleva de suelo) muy cavallerosa; aunque algo altiva, y como las haziendas de pocos padres se han dividido en muchos hijos; no tienen la posibilidad que querian, para mostrar los ánimos que representan.

Carachico es otro pueblo grande en puerto de mar, bueno y seguro, sino es del Norueste que es travesia: tiene una razonable fortaleza, ay en este pueblo algunos cavalleros, y todo el resto del Pueblo son tratantes, y con la mucha contratacion a subido á mucha riqueza y assi está ennoblecido de ricos edificios, Iglesias, y conventos.

Icod de los vinos (á diferencia de otro que llaman el Alto) es un pueblo de mucha vezindad y de hombres honrados y ricos, está edificado en la falda del Teide con buenos edificios, ay en el mucha madera.

Los dos Realejos el alto y el baxo, son pueblos aunque no muy grandes, ricos y de muy buenos edificios, sacados algunos cavalleros, los demas son labradores.

Buenavista es un poblazo de gente noble y rica, ay en él algunos buenos edificios, es el último de la parte

de Daute.

Los Silos tambien tiene buenos edificios está ennoblecido con el ingenio de Daute que está junto á él, que es de un cavallero Aragonés llamado Gaspar Fonte de Ferrera.

San Juan es otro pueblo de labradores y viñaderos. Icode el alto son todos labradores.

Los dos Teguestes, nuevo y viejo con sus viñas an levantado cabeza, porque lleva suaves vinos, y buenos y muchos.

Tegüina tambien compite con ellos.

Tacoronte es un poblazo de labradores Labregos que no han menester á sus vezinos.

El Sauzal, la Matanza, y Centejo son todos labradores que con el sudor de su rostro se mantienen, sin ocupar á otro.

Santa Cruz es un puerto desta Isla el primero donde desembarcaron los de la conquista, y assi es el mas antiguo pueblo della. Havitanlo gente de la Mar, tiene una buena fortaleza con mucha artilleria, y soldados de guarnicion, fundola Juan Alvarez de Fonseca siendo Governador desta Isla, son los Alcaydes della cadañeros y proveelos el Cabildo, y no lo puede ser sino es hijo de algo. Este año de mil quinientos y noventa y uno lo es Luis de san Martin Cabrera Regidor desta Isla, y capitan que ha sido muchos años.

Taganana es un pueblo fundado sobre los peñascos de Naga, de gente que tira por el arado y azada.

Por essotra parte del Oeste, y Sur, tiene esta Isla algunos pueblos aunque pequeños pero ricos de panes y ganados.

Santiago, Adexe que es puerto, y tiene fortaleza, cuyo señor y alcayde perpétuo es un cavallero mayorazgo y Regidor perpétuo llamado Pedro de Ponte.

Villafior es un lugar en Chasna de gente bidalga y rica.

Arico, y la Granadilla, son lugarejos que los abitan gente honrada.

Candelaria y Guimar estan destotra parte, lugares donde abitan los naturales Guanches que an quedado, que son pocos porque ya estan mezclados, y habitan alli por respeto de la santa Imágen de Candelaria que alli apare-

cio, como queda dicho, y se dirá.

Ay en esta Isla sola mas gente que en todas las demas juntas, avrá de pelear siete mil y mas hombres: y cada día va en mayor aumento, con el ayuda y patrocinio de su patrona la Candelaria.

CAPITULO XIII.

Del estado presente de esta república y Regidores della.

Ya que hemos tratado de los antiguos y pasados para que dellos quede memoria; no será razon olvidemos los presentes para estímulo suyo, y consuelo, pues la virtud crece siendo loada y mas aviendo tanta razon de que hazer dellos memoria, por aver seguido las pisadas de sus passados, assi en servir á su Rey y República, como en procurar tener en pie la honra que ellos les ganaron. Pues no es menos honra conservar lo adquerido, que adquirir de nuevo lo no alcanzado. Ha ido siempre esta república de bien en mejor, produziendo hombres de mucho valor y ser, de mucho peso, y juicio, que en su Isla y fuera della lo han mostrado assi seculares como Eclesiasticos, hombres caudalosos en letras y de muy felices ingenios si los quisiessen exercitar mas son algo perezosos. Ha tenido siempre en su cabildo hombres grandes republicanos y canas muy venerables, que con pecho intrépido se oponian contra las injusticias y agravios que algunos juezes querian hazer: y aunque al presente (segun el mucho número de regidores que son) no hay muchas canas, ay juizios assentados, y discrecion que las suple.

CAPITULO XIV.

De como passaron la santa Imágen de Candelaria, de la Cueva de san Blas donde estava, á la casa donde agora está.

Quien vido el punto donde en el segundo libro dexé la historia del origen de la virgen de Candelaria, y viere agora donde lo torno á proseguir y levantar el fin de este tercero, no creo juzgará aver sido supérfluo, ni fuera de propósito lo que de la Isla y conquista de-

Ha he tocado, pues aunque he hecho algunos digresos, todos vienen á parar en este fin que resumo.

Apaciguada ya la tierra y puesta en órden, por el Governador y regidores della, comenzandola á poblar y edificar Iglesias donde el culto divino se celebrasse, y los que nuevamente se convertian á la fee, fuessen en ella industriados y selañados. Entre las otras Iglesias, eligieron la cueva de S. Blas, donde la Santa Reliquia que en esta Isla avia aparecido estava, desde tiempos antiguos, y no poco regozijados los Christianos de aver hallado, y que á su poder uviesse venido tan admirable y rica pieza, y de aver alcanzado tal merced de tener tal señora en esta Isla, pues teniendola, tenian seguridad de todo bien: hicieron altar en ella, y celebraron los officios divinos, y por cura pusieron á un clérigo Frances viejo llamado Roberto. Mas como fué nuestro Señor obrando milagros por intercesion de su Madre y la devocion de los Fieles iba creciendo: considerando que alli no se podia edificar cómodamente, por ser el lugar estrecho, ni para entre Christianos estava la Santa Imágen con la decencia que se requeria; determinaron cerca de alli en el propio arenal, levantar una pequeña hermita apartada de la dicha cueva un tiro de escopeta, pegada á un risco donde la mar no la hiziese daño, aunque con temor y recele por entender que la Santa Imágen no querria salir de su cueva para otra casa, como no avia querido estar en otra isla. Y no andavan fuera de camino, porque es fama pública y recibida, que despues de acabada la hermita, traxeron la Santa reliquia á ella y se tornó á su cueva dos veces. Visto esto hicieron muchas plegarias, processiones y disciplinas, ayunos y otras obras pias, para que nuestro Señor tuviesse por bien que la santa Imágen de su madre quedasse en la Iglesia donde nuevamente la ponian pues su intento era que se venerasse con mas decencia que hasta alli. Y assi fué, que tuvo por bien de quedarse en ella, y hasta oy se está allí: servianla el clérigo viejo que dixé, y dos hermitaños, que dexando el mundo se avian recogido allí, á hazer vida mas estrecha: y el lugar era para ello muy aparejado, assi por la soledad grande que avia, como por la aspereza de la tierra, sequedad, y falta de mantenimientos.

En todo este tiempo hasta el año de mil y quinien-

tos y treinta, aunque hizo nuestro señor milagros sin número por esta santa Imágen, no hay memoria de ellos sino de qual, ó qual, que despues diré quando de ello trate. Solo uno refieren de que ay pública voz y fama, que para echar de ver la reverencia que nuestro señor quiere, á las Imágenes se tenga basta. Y es, que para decencia y ornato desta santa Imágen, aviendo traído un Tabernáculo, en que ponerla sobre el altar, que oy dia sirve: quando la fueron á poner en él no cabia, porque salió mas baxo de lo que era necesario, y por no deshazer el tabernáculo, pareció al mayordomo de la hermita que entonces era, llamado Juan Albertos, (hombre muy bienpuesto, y muy hazendado) que era menos inconveniente que de la santa Imágen quitasen un pedazo, que no deshazer el tabernáculo, y assi lo puso por obra. Y llamando un carpintero hizo asserrar un pedazo de la peaña en que la Imágen tiene los pies mas no quedó el hecho sacrilego sin manifiesto castigo, porque nadie se atreva llegar con torpes manos á tan santa Reliquia. Que al carpintero se le tulleron los brazos, y no fué mas hombre, y al mayordomo se le deshizo de tal suerte la hazienda, que el que era reputado por uno de los mas ricos de la Isla, y de mas hazienda, dentro de un año vino á pedir por Dios y comer de limosnas. Assi castiga Dios á los que no respetan sus Reliquias, ni tratan sus Imágenes con la debida reverencia: principalmente, aquellas que estan por espejos de los hombres, como esta.

CAPITULO XV.

De como vino esta santa Imagen en poder de frailes predicadores.

Mucho deben mirar los que llevan el arca del Testamento á cuestras á quien Dios exempta de contarlos con el pueblo, eligiéndolos para si, y para que coman los pecados del pueblo, de no mezclarse con él, ni seguir sus pisadas, viviendo de suerte que por su ocasion los hombres se amonten y aparten de los sacrificios y servicio de Dios. Destos fueron aquellos hijos de Heli, sumo sacerdote de Israel, de quien dice la escriptura, que apartaban los hombres de los sacrificios de Dios con su mal

término y modo malo de vivir. No faltó en estos tiempos quien estos pasos siguiese, porque algunos ministros que servian esta santa casa de nuestra Señora de Candelaria, no siendo tan recatados en su vivir como debian eran ocasion á que los romeros se amontassen, y á que no se frecuentasse la casa como solian, ni mandassen decir sus missas, ni ofreciessen sus limosnas, por no hallar en los ministros la disposicion que ellos desseavan, y se requeria, y assi se ivar desconsolados y perdian la devocion á la santa imágen. Pues ordenandolo Dios assi, para remedio de estos inconvenientes, y para que del todo no perdiessen los hombres (que han menester poca ocasion) el respeto y devocion á la santa casa. El obispo de estas Islas D. Luis Cabeza de Vaca, estando satisfecho de la pnteraxa de vida, buen ejemplo, olor de buena fama y caudalosas letras de los frailes de la órden de Predicadores, que en estas islas vivian teniendo por entendido que la devocion que se habia enfriado y perdido por culpa de algunos, se recobraría y encendería por la industria, y buen vivir de los dichos religiosos, les rogó y pidió se quisiessen encargar de la casa y ermita de nuestra Señora de Candelaria, haciendo en ella oficio de curas: y esto no solo de palabra y por provision suya, mas por ordenacion de visita, lo dejó en los libros de las parroquias de la Concepcion y Remedios. De la cual pondré aqui un pedazo para memoria, y para confirmacion de lo que vamos diciendo. Dice asi.

Nos D. Luis Cabeza de Vaca por la gracia de Dios, y de la Santa iglesia de Roma, Obispo de Canaria, y del consejo de sus Magestades Decimos que en visitacion que hicimos en algunas iglesias de esta isla de Tenerife, en este año presente de mil y quibientos y treinta, proveyendo acerca del servicio y visitacion de la Iglesia de nuestra Señora de Candelaria, ordenamos un capítulo, é mandamos escrevir en los libros de visitacion de las iglesias parroquiales de nuestra Señora de la Concepcion é de los Remedios, su tenor de la cual es este que se sigue. Otrosi la iglesia de nuestra Señora de Candelaria es de mucha devocion; é porque deseamos que con la buena administracion é servicio que en ella uviere, se aumente y no se desminuya, como somos informados que algunas personas han dexado de encomendar missas é fa-

cer sus limosnas en la dicha Iglesia por no tener el crédito que convenia de los ministros que en algun tiempo han residido en la dicha iglesia. Y confiando del reverendo fray Diego de la Fuente vice provincial de la orden de santo Domingo en las isla de Canaria que con mucha devocion servirá teniendo consigo otro padre presbitero, Por la presente le rogamos é cometemos la administracion de la dicha Iglesia, reservando como reservamos en Nos la jurisdiccion de ella, y la propiedad de los frutos y rentas del término de Guimar, ó Agaeha donde está situada la dicha iglesia é reservamos el derecho y administracion (si alguno pertenece) en los diezmos y rentas á nuestros hermanos el dean y cabildo de la Catedral iglesia de Canaria ó al que es ó fuere beneficiado de esta ciudad de san Christobal no es nuestra intencion de los perjudicar en cosa alguna, salvo solamente proveer como la dicha Iglesia será servida y los santos sacramentos en ella, segun que lo han hecho hasta aqui los curas que la han servido, y para esto cometemos nuestras veces á los dichos reverendos padres é al dicho padre vice provincial. Esta data fué en la ciudad de San Christóval en nueve dias de Agosto del año dicho. Cuyo original está en el convento de santo Domingo de la Laguna. Y porque el provisor que á la sazón era, que se llamaba el bachiller Francisco Ortiz, avia proveido cierto cura y capellan en la dicha iglesia, sabiendo que el obispo avia dado á la orden la dicha casa. Dió su carta en que absolvía del oficio á cualquier cura que fuese y le mandava diese y entregase las llaves y lo demas concerniente al dicho padre fray Diego de la Fuente, y que libremente le dexassen ejercer su oficio y le entregassen todos los ornamentos y vestidos de la santa imagen. En diez de Agosto del año sobre dicho.

Con estas provisiones entraron los dichos Frayles en possession de la casa y tomola el padre fray Diego de la Fuente Vicario Provincial de estas Islas, y fray Juan de Saboya, y fray Gaspar, en diez y siete de Agosto, del mesmo año: fué el primer vicario fray Hierónimo Vizcarra. Luego se vió le mejoría que en el servicio de la santa casa avia, assi por los muchos Romeros que de todas partes á la fama acudian, como por las muchas limosnas que dexavan, con que los padres comenzaron á edi-

ficar y hazer forma de convento, segun el sitio dava lugar. Mas el demonio enemigo de nuestro bien, viendo el servicio que á Dios se hazia en aquella casa, de noche y de dia, recibiendo y hospedando los romeros que á ella venian; y consolandolos, assi en lo espiritual como en lo temporal, movió algunos Esclesiásticos que con espíritu de embidia procurassen estorvar estos bienes. Diciendo que aquella era Iglesia suya y parrochia, y que el obispo no avia podido darla, ni enagenarla para convento de frayles, porque era patronazgo del Rey, sin licencia suya. Por lo qual estuvieron los Religiosos movidos de dexarla, por no ser ocasion de escándalo en el pueblo. Mas el Cabildo de la Ciudad de san Cristoval de la Laguna, y los Regidores de la Isla salieron á ellos, biendo el servicio que á Dios nuestro señor y al Rey se hazia, y trataron con los dichos Religiosos, y con el Padre fray Hierónimo de san Vicente, Vicario Provincial que á la sazón era, que no hiziesse mudanza alguna, porque ellos en nombre de su magestad como patron, les barian donacion de la dicha hermita y del demas sitio que se llama de Candelaria, y assi lo hizieron. La qual donacion pondré aqui de verbo adverbud para el curioso que la quisiere ver.

CAPITULO XVI.

De la donacion que el cabildo hizo de la hermita de nuestra señora de Candelaria, á los frayles predicadores.

Como el cabildo de la ciudad de la Laguna (que siempre ha tenido personas de mucha calidad, y consejo) vieron la determinacion de los padres de Santo Domingo que era de dexar la casa (cosa de que se le seguia gran daño á la republica) opusieronse á hecho y decretaron lo siguiente.

En la noble ciudad de san Christoval que es en la Isla de Tenerife, dentro de la Iglesia de señor san Miguel, en quatro dias del mes de Diziembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesu Christo, de mil y quinientos y treinta y quatro años, entraron, é fueron juntos en Cabildo el Illustre y muy Manifico señor don Pedro Hernandez de Lugo Adelantado de las Islas

de Canaria, é Governador é justicia mayor de las Islas de Tenerife, é la Palma, por sus Magestades Emperador, Reyna é Rey nuestros señores: é los señores el Licenciado Balcazar, el Bachiller Pedro Hernandez, Domingo Rizo, Franco de Lugo, é Juan de Aguirre regidores desta Isla de Tenerife, El Licenciado Francisco de Alzola jurado desta dicha isla, y en presencia de mi Anton de Vallejo escrivano mayor del consejo desta isla.

En este cabildo se platicó, que en dias pasados, atento lo que convenia á la honra del servicio y culto divino, y á la devocion y provecho de las ánimas de los fieles christianos, considerando los muchos milagros que Dios nuestro señor ha sido servido de hazer, y mostrar en la iglesia y hermita de nuestra señora de Candelaria, y la mucha devocion que en ella este pueblo tiene, y todos los pueblos de las islas comarcanas, y mareantes: y como de antes estuviesse la imágen de nuestra Señora, en una cueva, el pueblo á su costa y con sus limosnas edificó la iglesia que oy está hecha, y puso en ella la imágen de nuestra Señora, y allí de limosnas del pueblo se le ha proveido de ornamentos y cálices y lo necesario para el servicio del culto divino. Y viendo por experiencia que algunos clérigos, sacerdotes, seglares, que por los vezinos fueron puestos en la dicha ermita para que dixesen misa á los romeros, que por su devocion ivan á ella, el culto divino no se servia como convenia, y antes de sus obras y ejemplo se turvaban, y menoscababa la devocion de los fieles christianos, que no se acrecentaban por conservacion de la devocion en los fieles christianos. Y con celo de la honra del culto divino, en dias pasados se procuró con los padres de la órden de santo Domingo, así con el padre Provincial que á la sazón era como con el prior y frailes del monasterio de Santo Domingo de esta isla, que aceptasen y recibiesen la dicha iglesia ermita de nuestra Señora, para morar é residir en ella sirviendo en ella á Dios y honrando el culto divino, haciendo caritativo recibimiento á todos los romeros que á la dicha casa fuesen, porque dello se seguiria servicio á Dios é bien á las ánimas y aumento de devocion.

Y por los dichos padres fué recibida la dicha hermita, con el sitio á ella perteneciente, y de limosnas deste pueblo fechas, así de las rentas de los pro-

pios desta ciudad é Isla, como por otras personas vezinos desta Isla, se avia hecho y edificado, cierto edificio junto á la dicha hermita de nuestra Señora, en que los dichos padres hasta agora han morado, y donde se han acogido los romeros que van á velar á la dicha hermita. Y por experiencia hasta agora se ha visto, que de estar los dichos padres en la dicha casa de nuestra Señora se a seguido y sigue mucho servicio de Dios nuestro señor, y bien del culto divino, é mucho provecho de las ánimas de los fieles, que hallan en la dicha casa confesores idoneos, de quien siempre han recibido buen consejo y exemplo, y que assi se tiene por cierto con ayuda de Dios que será de aqui adelante con mucha mas aumentacion. Y por que se dice que los dichos padres, quieren dexar la dicha casa, y no morar ni abitar en ella, de lo qual (si assi se hiziesse) se seguiria muy gran daño en la devocion y provecho de las almas de los fieles Christianos, é la devocion de la dicha casa se perderia, ó desampararia del todo como antes que los dichos padres á ella fuessen se vido resfriada, á culpa y falta de ministros, que con buen ejemplo residiesen en la dicha casa. Por ende que por remediar tanto daño como se podria seguir, é por hazer bien y provecho á las ánimas, é devocion de los fieles Christianos, é por honra del culto divino, acordavan y acordaron de dar ceder é traspasar en la órden del señor santo Domingo, y en los padres religiosos della, la dicha hermita é sitios: é para ello embiaron á llamar deste Cabildo, al padre fray Hieronimo vice Provincial de la dicha órden en esta Islas. El qual vino al dicho Cabildo, con otros padres é religiosos de la dicha órden, que residen en la dicha casa de santo Domingo desta Isla, que fué el padre fray Alonso de la Anunciacion Vicario de la dicha casa, é otros religiosos: é assi venidos se informaron de ellos. Y el dicho padre vice Provincial dixo, que era verdad que ellos querian dexar la dicha casa, porque hasta agora aunque de palabra su señoria y mercedes é todo el pueblo generalmente les an dicho é rogado, é llamado que esté en la dicha casa, por auto en forma, ni por escriptura pública no lo han hecho por lo qual ha aparecido á algunos religiosos que no conviene estar, ni morar en la dicha Iglesia y hermita los padres de la dicha órden sin tener de su Se-

noria é mercedes autoridad por escriptura pública para morar en la dicha casa é sitio de ella. E luego su señoría é mercedes en nombre del concejo desta Isla, é de todo el pueblo della; dijeron. Que por las causas suso dichas davan é dieron, cedian y cedieron, traspasavan é traspasaron, en la dicha órden é religion de señor santo Domingo, y en los padres é religiosos de ella, que agora son y seran de aqui adelante, y en el dicho padre vice provincial, en nombre de toda la dicha órden, la dicha casa, y hermita, é Imágen de nuestra Señora de Candelaria con todo el sitio á ella perteneciente, é cueva en que primero estuvo, é con todo el dicho sitio desde los riscos hasta la Mar, é desde el pozo viejo hasta la dicha cueva que agora se llama de san Blas, con la huerta que está hecha con su noria, á costa de las rentas deste Cabildo con todos los mas edificios que estan fechos y edificados en todo el dicho sitio, assi para morada de los frailes como para acogimiento de los romeros, con mas la hermita de señora santa Maria Magdalena que fué edificada por el dicho señor Adelantado que está encima de los riscos camino de Güimar, con mas todo el sitio que sea necesario para edificar otras hermitas y oratorios que á los padres pareciere y quisieren edificar. E assi mismo les hizieron cession é traspasacion de la hermita de nuestra señora del Rosario, que ha sido edificada con limosnas del pueblo, que está en el camino que va á nuestra señora de Candelaria para recreacion de los romeros, que van á la dicha casa de nuestra señora de Candelaria.

Todo lo cual le dieron y traspasaron, y todo el derecho que este concejo é Isla tiene á la dicha Iglesia y hermita de nuestra señora, y á todo el dicho sitio, é a cada una de las dichas ermitas de nuestra Señora del Rosario, y santa Maria Magdalena, y san Blas, y á todos los ornamentos, calices, vestimentas que la dicha casa é imágen della tiene, y á todos los dichos edificios y á cada uno dellos con todo lo demas á la dicha casa y hermita é imágen perteneciente, en qualquier manera, para que en ellos moren frailes y religiosos de la dicha órden que sirvan en la dicha Iglesia y casa de nuestra Señora, y en todas las dichas hermitas, y que residan á la continua en la dicha casa, á lo menos dos sacerdotes y un lego, ó dos hasta cinco frailes, y que no puedan residir ni morar á la

continua, mas de cinco frailes porque puedan ser mantenidos de las dichas limosnas comarcanas, y que menos no estén de los dichos dos sacerdotes y un lego. Y que los padres que en la dicha casa residieren acojan con buena caridad, y todo bueno y honesto acogimiento á los romeros que á la dicha Iglesia fueren, dexándoles en la dicha Iglesia y hermitas hechas y que se hizieren, con la honestidad requerida, velar y tener novenas y hazer otras devociones, á servicio y honra de nuestra Señora y de Dios nuestro Señor. Y para lo susodicho los llamaban, y rogavan que aceptassen y que recibiesen la dicha casa de nuestra señora de Candelaria, con todo el dicho sitio, y edificio, y hermitas como dicho es. Hecha esta donacion, alli luego en el Cabildo, aceptó el Vicario Provincial en nombre de la órden la dicha casa, sitio y hermitas con la Imágen y ornamentos y todo lo demas de suso declarado, en la forma y manera y con las condiciones dichas, y desde luego la admitia por casa de la órden para que goze de los privilegios, exempciones y preheminiencias á la dicha órden y casas della concedidas con tal que lo metiessen de nuevo en possession de ella. Y assi Marcos Verde alguazil mayor en nombre del Cabildo, á cinco dias de Diziembre del dicho año de mil y quinientos y treinta y quatro, metió á los dichos religiosos en possession. Todo lo qual consta por autos públicos que en los archivos ó depositos del convento de santo Domingo de la Laguna están.

Despues desto en nueve dias del mes de Enero de mil y quinientos y treinta y cinco años estando dentro del Cabildo, los mesmos que arriba, con mas Anton Joven, y Lorenzo de Palenzuela regidores, dixeron, que suplicavan é suplicaron á su Magestad confirme esta escritura á los dichos frayles, y les mandavan dar supplicacion para ello para sus magestades. Todo lo qual pasó ante Anton de Vallejo escrivano mayor del consejo.

Y el año siguiente de mil y quinientos y treinta y seis del mes de Junio, vino Rodrigo Nuñez vezino de la Laguna de corte donde avia sido embiado por el Cabildo, y traxo la confirmacion destas letras firmada de la emperatriz y Reyna nuestra señora, y sellada con su real sello, y firmada y librada de los señores del su muy alto consejo, y de otros oficiales de su real casa y corte

segun parece por ella, la qual está en el depósito dicho. Tambien se procuró con confirmacion del sumo pontifice para echar el sello á todo, y se traxo muy favorable, confirmando todo lo que el Obispo, Cabildo, y Emperador avian hecho, dióssse á once de Marzo, año octavo del pontificado de Paulo tercero.

CAPITULO XVII.

De como ciertos clérigos echaron á los religiosos de la casa de nuestra señora y como tornaron á su posesion.

Tal es el vicio de la envidia que no tiene respeto alguno, ni á lo humano, ni á lo divino, que en todo halla que envidiar. Es vicio diabólico, pues del nació, y el fué el primero que en execucion lo puso, pues por embidia del demonio entró la muerte en la redondez de la tierra, porque por ver que el hombre era criado para gozar de aquella gloria que el no avia alcanzado, le fué motivo de tratar de engañarle y echarlo del paraíso. Este mesmo vicio fué el que movió á ciertos clérigos, á que cerrando los ojos á la razon intentassen un hecho de que sacaron poca ganancia. Pareciales que era menoscabo suyo, que los religiosos poseyessen la casa de nuestra señora, siendo como es la mas célebre y de mas frequentacion que ay en las islas, y en parte de la christianidad, y que se uviesen exemido de la jurisdiccion episcopal y visitacion, condicion que en la data se avia puesto.

Pero como su Santidad avia recibido esta casa por convento de la orden de santo Domingo, y comunicandole los privilegios y exempciones que á los demas; no tenian ya los religiosos subjecion alguna al Obispo. Y así en quanto á esto no se la davan, aunque en las demas cosas le servían, ayudavan, y obedecian. Movidos pues con espíritu diabólico, hizieron entre si una conspiracion secreta, que de dos en dos como ivan á romeria, se fuessen á la dicha casa de nuestra Señora, con sus armas ofensivas y defensivas ocultas, y que juntos que fuessen allá y echasen á los religiosos fuera, y se alzassen con la dicha casa: y como lo platicaron lo hicieron. Porque á veinte dias de Mayo del año de mil

y quinientos y treinta y nueve, el Racionero Pedro Garcia de Samarinas, y Francisco Martin, y Christóval Garcia, y el cura del Sauzal, y el capellan de san Christóval con otros algunos fueron á la dicha casa, y como vieron juntos para efectuar su propósito, siendo como era un desierto, echaron al vicario fuera de su casa, que era fray Gaspar de Mertola, y á otros dos religiosos por fuerza y contra su voluntad, con gran escándalo y alboroto, haziendoles muchas afrentas, y se alzaron con el dicho monasterio, encastillandose en él, cerrando las puertas y haziendose fuertes, y profanando todo lo que en el avia, y de casa de devocion la hizieron de delinquentes cometiendo tales delitos que por la honestidad y respeto de la historia callo. Estuvieronse cerrados muchos dias sin querer abrir las puertas aun á los romeros que venian. Y quando alguno de ellos dezia misa estaban los demas á la redonda del con sus armas en las manos como si estuvieran en frontera. Los religiosos buscaron su remedio por la mejor via que devian y pudieron: y embiaron al padre fray Martin de Vergara Prior que á la sazón era del convento nuestro de san Pedro Martir de Gran Canaria, para que pareciendo en Corte diera á su Magestad aviso de lo sucedido. Y no tardó mucho el remedio, porque á veinte y siete de Agosto del mismo año estava ya por su Magestad proveido se les restituyese la casa con todo lo que provasen tener en ella, y que á los delinquentes se castigase con todo rigor. Y luego el año siguiente de quarenta, á seis de Junio vino sobrecarta con mucho rigor, y penas, para que sino se avia cumplido lo que en la primera carta se mandava, luego se cumpliese. Y no contentos con esto los Religiosos, para que en algun tiempo, no se ofreciese otra ocasion de pesadumbre, alcanzaron segunda vez confirmacion de su santidad Paulo tercero, haziendole informacion de todo lo sucedido, y assi por la penitenciera se despachó diploma muy favorable, con muchas censuras á los contravenientes, y despachosse año de mil y quinientos y quarenta y quatro á veinte y seis de Mayo. Todos estos recaudos estan originales en el Archivo del dicho convento.

De alli adelante an poseido y poseen los dichos religiosos la dicha casa con pacífica possession. Aunque

el año siguiente de mil quinientos y quarenta y tres el Obispo don Alonso Ruiz de Virves, quiso intentar de visitar la dicha casa, siendo vicario provincial destas Islas, el maestro fray Tomas de Molina, y de la casa el venerable viejo y de buena memoria fray Gil de Santa Cruz. Y siendo requerido assi con las letras reales como apostólicas, dexó la visita é intento que llevaba y hizo un concierto con los Religiosos y fué. Que avia por bien para siempre jamas por si y por sus successors, que los dichos religiosos por si y por sus sucesores, poseeyesen con pacífica possession la casa de nuestra señora de Candelaria, gozando de las inmunidades que de derecho y privilegios tienen, con tal que le diessen la cueva de san Blas donde la santa Imágen avia estado primero, para Iglesia y parrochia de sus feligreses, y para que el beneficiado Gozon administrasse en ella los Sacramentos. Y assi se le dió trayendo confirmacion del concierto y data del capitulo provincial, que se celebró en la villa de Ossuna á seis de Junio de mil y quinientos y quarenta y quatro años, siendo vicario general del Andalucía, el padre maestro fray Vicente Calvo, y difinidores, el padre fray Francisco de la Cerda, y el padre fray Vicente Ortiz, y el padre fray Hierónimo Carriedo, en presencia de Luis de Olivera notario y escrivano público por la autoridad apostólica y real.

Algunos años gozaron desta tranquilidad los dichos religiosos, aunque no les faltaron contrastes, porque los Obispos que sucedian, mal informados, por ampliar su jurisdiccion intentavan la visita desta casa, pretendiendo algun derecho en ella, guiados por la primera data, no viendo que ya todo aquello estava todo derogado. Y assi el año de mil quinientos y cinquenta y ocho á veinte y tantos de Nobiembre el obispo don Diego Deza, parece que quiso intentar de ir á visitar la dicha casa: y saliole al encuentro, el padre fray Diego de Zamora. comissario del santo oficio, por mandado del padre fray Tomas de Molina vicario provincial, y notificándole los recaudos, que de datas y confirmaciones tenian, pidió traslado el dicho obispo, y nunca respondió ni puso por obra lo que intentava. Y assi despues acá que an passado siete ó ocho obispos, ninguno ha intentado visitarla, teniendo por cosa assentada, ser ya convento de la orden, y

como tal estar de su jurisdiccion exempto y libre. Y en confirmacion desto, el año passado de mil quinientos y ochenta y nueve, á ocho de Septiembre vino á esta santa casa el Reverendisimo don Fernando Xvarez de Figueroa, Obispo destas Islas, que salia á visitar su Obispado: y aviendo visto el sitio della y contemplando, y considerando la santa imágen de Candelaria que en ella está, le quedó tan aficionado y devoto, y le cobró tanto respeto y reverencia, que queriendo los Religiosos que su Señoria viesse la Imágen desnuda del modo que avia aparecido (que es cosa para ver) no lo consintió, ni quiso, antes insistió en que le pusiessen velos delante, (que hasta entonces no los tenia) porque estaria con mas decencia afirmando (en mi presencia muchas vezes) que no avia visto Imágen alguna (aunque avia visto todas las de España, é Italia) que assi le moviesse, ni que mas divinidad mostrase que esta. Y bien mostró su devocion pues dexó una capellania perpetua de treszientos ducados de principal, con cierta obligacion de missas: y se espera hará mucho mas, porque es mucha la devocion que con esta santa reliquia tiene: y el fué el que mas a iasistido en que esta obra salga á luz y se publique.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I. De la descripcion de la isla de Tenerife y de su antigüedad.	1
CAPITULO II. De la fertilidad de la isla.	3
CAPITULO III. De otras cosas notables de esta isla.	5
CAPITULO IV. De la gente que en otro tiempo habitó esta Isla.	6
CAPITULO V. De algunas costumbres otras de los naturales.	8
CAPITULO VI. Del traje que usaban y de los manjares que comian.	9
CAPITULO VII. Del modo que tenian en hacer sus sembraderas y casarse.	12
CAPITULO VIII. De los reyes que en esta isla uvo, y de sus términos, elecciones y guerras.	13
CAPITULO IX. Del modo que tenian de enterrarse.	16
CAPITULO X. De los insignes varones que desta gente an descendido.	17

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I. De las excelencias de la imagen de Candelaria.	21
CAPITULO II. Del tiempo en que pareció esta Santa Reliquia.	22
CAPITULO III. De como los pastores dieron noticia al rey de Güimar de lo que habian hallado y visto.	24
CAPITULO IV. Del origen de la Santa Reliquia de Candelaria.	26
CAPITULO V. De como el rey de Güimar llevó la santa Imagen á su casa.	27
CAPITULO VI. De como el rey de Güimar dió aviso á los reyes comarcanos de lo que en su reino habia aparecido	28
CAPITULO VII. De como los naturales vinieron en conocimiento de quien la santa imagen era.	30
CAPITULO VIII. De como pasaron la santa imagen á la cueva de S. Blas.	32
CAPITULO IX. De las procesiones que en aquellos tiempos hacian los ángeles por la playa de Candelaria.	33
CAPITULO X. De la cera que aparecia y se hallaba en panes en esta isla.	34
CAPITULO XI. De como los cristianos que estaban en Lan-	

zarote tuvieron noticia de esta santa imagen.	37
CAPITULO XII. De como la santa imagen no quiso estar en Fuerteventura hasta que la volvieron.	39
CAPITULO XIII. Del nombre estatura colores y letreros de la santa imagen de Candelaria.	41
CAPITULO XIV. De algunas otras imagenes que se dice aver aparecido en esta isla.	44
CAPITULO XV De una imagen de un Cristo muy devoto que está en esta isla.	46

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I. Del descubrimiento desta isla.	52
CAPITULO II De como los reyes D. Fernando y doña Isabel compraron las islas de Canaria, Tenerife y la Palma.	53
CAPITULO III. De algunas entradas que hicieron en esta isla, antes que viniese á ella Alonso de Lugo.	54
CAPITULO IV. De la primera venida de Alonso de Lugo á esta isla.	56
CAPITULO V. De la batalla que uvo entre los Españoles, y los Guanches en Centejo y la matanza que en ellos hizieron.	59
CAPITULO VI. De como los que escaparon dela rota fueron á Santa Cruz.	62
CAPITULO VII. De la segunda entrada que hicieron los Españoles en esta isla.	65
CAPITULO VIII. De la batalla que entre los Españoles y Guanches uvo en la Laguna.	67
CAPITULO IX. De algunas otras batallas y rencuentros que tuvieron hasta que la isla se ganó.	69
CAPITULO X. De como los españoles hizieron assiento en la isla, y de los primeros regidores de ella.	73
CAPITULO XI. De algunos conquistadores que se hallaron en la conquista de esta Isla.	75
CAPITULO XII. Del repartimiento que se hizo de las tierras y aguas destas islas y de los pueblos que se fundaron en ella.	79
CAPITULO XIII. Del estado presente de esta república y Regidores della.	82
CAPITULO XIV. De como pasaron la santa imagen de Candelaria de la cueva de S. Blas donde estava á la casa donde agora está.	Id.
CAPITULO XV. De como vino esta santa imagen en poder de frailes predicadores.	84
CAPITULO XVI. De la donacion que el cabildo hizo de la ermita de nuestra señora de Candelaria, á los frailes predicadores.	89
CAPITULO XVII. De como varios clérigos echaron á los religiosos de la casa de nuestra señora y como tornaron a su posesion.	92



HISTORIA
 DEL
DESCUBRIMIENTO
 Y
CONQUISTA DE LAS
CANARIAS.



ESCRITA
 POR FR. PEDRO BON-
 TIER, Y JUAN LE VER-
 MIER.



C. ROMERO

HISTORIA
DEL
PRIMER DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DE LAS CANARIAS.

PRINCIPIADA EN EL AÑO DE 1402, POR EL SR. JUAN DE BETHENCOURT, CHAMBELAN DEL REY CARLOS VI.

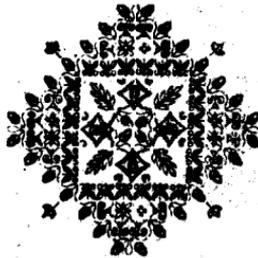
ESCRITA

en el mismo tiempo por Fr. Pedro Bontier, religioso de S. Francisco y Juan le Verrier presbitero; capellanes domésticos de dicho Sr. de Bethencourt. Dada á luz por el Sr. Galeno de Bethencourt, consejero del Rey en el parlamento de Ruan.

TRADUCIDA

DE LA EDICION HECHA EN PARIS EL AÑO 1630.

POR D. PEDRO M. RAMIREZ.



IMPRENTA ISLEÑA.—SANTA CRUZ DE TENERIFE 1847.
Regente, Miguel Miranda.

EL TRADUCTOR.

Al emprender la traduccion de la presente obra, no desconociamos ninguna de las muchas dificultades que habia de ofrecernos este trabajo ingrato; ni pudo lisongearnos la esperanza de vencerlas de un modo completamente satisfactorio; porque traducir á nuestro idioma de hoy una obra escrita en el que se hablaba en Francia hace cuatro siglos, es empresa erizada de tales embarazos, que bastan en nuestro concepto á desalentar el ánimo mas perseverante.

Sin embargo, el deseo de hacer poseedor al pais de una obra que aunque de pocas páginas, tiene el relevante mérito de ser el único documento, de la historia de la conquista de estas islas, que ecxista escrito en el tiempo mismo de aquel memorable acontecimiento, nos dicitó á emprender un trabajo tan penoso, como escaso de gloria; alentandonos la esperanza de que se apreciaria, al menos, el buen deseo que nos movia, disculpandose en gracia de la utilidad que pudiera reportar el pais, poseyendo aquel precioso documento de su historia, los defectos de la traduccion.

Se hallaba ya bastante adelantado nuestro trabajo, cuando la ilustrada generosidad y patriotismo del Sr. D. Francisco Maria de Leon, puso á disposicion de los editores de esta Biblioteca, para ser publicada en ella, la preciosa coleccion de obras que posee, sobre la historia de las islas, unas inéditas y otras muy raras, y entre ellas hallamos traducida al castellano la obra cuya version habiamos emprendido; y celebrando sobremanera un hallazgo que nos escusaba de aquel enojoso trabajo, nos decidimos á dar á luz la traduccion del capitán Servan Grave, creyendo que con ella ganaria el público, y así se anunció en el segundo prospecto de la Biblioteca. Pero examinada

aquella traduccion, para sacar de ella la copia que debia pasar á las cajas, hubimos de observar algunas incorreciones, faltas de ortografía, y otros defectos, propios de una obra escrita, como sin duda lo fué aquella, sin propósito de que viera la luz pública; defectos que aunque poco importantes exigian, sin embargo, para ser corregidos un exámen detenido del manuscrito, y su comparacion con el original francés que poseemos; era tambien preciso hacer la traduccion del sumario, y de los indices que no trae el manuscrito; trabajo tan improbo y difícil casi como el de la traduccion, que deseabamos escusar, Y esta consideracion nos decidió á continuarla; sirviendonos de mucho auxilio para la interpretacion de algunos pasages mas oscuros del original, el manuscrito que hemos debido á la generosidad de el Señor Leon.

Nuestro trabajo, sin embargo, no se hallará exento de defectos; nos anticipamos á reconocerlo asi, esperando que el público los disimulará, á cambio de poseer el primer escrito sobre la importante y obscurecida historia de la conquista, poblacion y civilizacion de estas islas.



DEDICATORIA

A MI SEÑOR

EL SEÑOR DE BETHENCOURT CONSEJERO EN EL
PARLAMENTO DE RUAN.

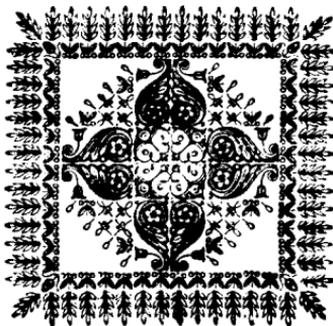
Muy Sr. mio:

Con muy justo título os debe ser dedicada esta obra; tanto porque á mis simples ruegos tuvisteis la bondad de franquearla generosamente, estrayendola de vuestra biblioteca, para hacer al público participe de ella, como porque llevando el nombre de vuestra noble familia, recomendable ya por muchos respetos, recibe en ella nuevo lustre, con los méritos del Sr. Juan de Bethencourt, conquistador de las Canarias; quien nuevo argonauta frances, fué el primero que se sepa, que con un valor piadoso y magnánimo, surcó el grande Oceano, no en busca de tesoros, como otros muchos hicieron, si solo para plantar la fé cristiana en aquellas islas, atacadas únicamente hasta entonces para saquearlas. Empresa llevada á término tan felizmente, que aun en el día le deben aquellos pueblos su civilizacion, buen gobierno y religion verdadera; y que abrió el camino á tantas otras que han sido y serán la admiracion de los siglos presentes y de los venideros. Lauro inmortal para la Francia, ver gozar al resto del mundo las ventajas conseguidas, por tales empresas. Y si este Rey de las islas Afortunadas, merece por ello que su memoria sea preciosa y de buen olor á la posteridad, con justo derecho debeis participar de aquella gloria, y de la gratitud del público que os deberá haber visto la luz esta obra tanto tiempo desconocida; pero muy particularmente me reconozco por mi

parte obligado á vuestra bondad, por haberme honrado con el encargo de publicarla. Recibid, pues, como os lo suplico, y en muestra de mi reconocimiento, el corto trabajo que he tomado para aclarar algunos pasages de esta obra que puede llamarse verdaderamente vuestra, pues vos sois la primer causa de ella; esperando que con vuestra bondad acostumbrada, os dignareis tomarla bajo vuestra proteccion, asi como al que és y será siempre

*vuestro muy humilde y muy
obediente servidor.*

BERGERON.



SUMARIO.

El Señor Juan de Bethencourt, señor de Granville la Teinturiere en el país de Caux en Normandía, sale de su casa el año 1402, acompañado de alguna nobleza francesa, con el designio de pasar á conquistar y hacer convertir á la fé cristiana, las islas Afortunadas, ó Canarias, que ya habian sido descubiertas por los Genoveses y Españoles.

cap. 1.

Habiendo llegado á la Rochela, halló en esta ciudad á un buen caballero llamado Gadifer de la Salle, que se ofreció á ser de la partida, con Bertin de Berneval y algunos otros. Todos salieron de la Rochela el primer dia de Mayo de 1402, y arribaron á España por Vivero, la Coruña, cabo de Finisterra, de S. Vicente, Cadiz, puerto de Santa Maria y Sevilla, en tiempo de Enrique 3.º Rey de Castilla. Salen del puerto de Cadiz y llegan en pocos dias á las islas Graciosa y cap. 4. Alegranza, y desde estas á la de Lancelot ó Lanzarote, en la cual se hallaba un Rey idólatra; Bethencourt trata amigablemente con este Rey que se le somete; edifica un castillo que nombra de Rubicon, encarga su guarda á Bertin de Berneval, y parte con Gadifer á la isla de Erbania ó Fuerteventura. Reconocida esta isla, se ven en cap. 5. la necesidad, asi por falta de viveres, como por la sedicion de algunos marineros á regresar á Lanzarote. Viendo Bethencourt que sus fuerzas no eran suficientes para acabar la conquista, resuelve regresar á España á procurarse socorros de gente y viveres; y dejando por su lugar teniente á Gadifer con Bertin, Juan le Courtois, y otros cap. 7.

varios, á los cuales dió prudentes consejos, parte para Sevilla. Durante este viage, Bertin de Berneval escita grandes desavenencias entre los franceses y naturales del pais, y aun contra Gadifer; estos disturbios embarazan el progreso de la conquista. Bertin atrae algunos á su faccion, mientras Gadifer se halla ausente en la isla de Lobos, y cometiendo muchos excesos y violencias contra los franceses y contra el Rey de Lanzarote y los suyos, saquea y disipa cuanto ecsiste en el castillo de Rubicon, y se embarca con los de su faccion, y muchos prisioneros canarios, en un buque español nombrado el Tajamar, del que era capitan Fernando de Ordoñez. Mas haciendo traicion á sus propios compañeros y cómplices, quienes despues perecieron por diversos modos en tierra de Africa, regresa á españa en donde dá falsas esplicaciones de su viage, al señor de Bethencourt, quien supo despues la verdad de lo ocurrido. Entre tanto Gadifer acosado por la falta de viveres, en su viage á la isla de Lobos, vuelve á Rubicon; en donde procura reparar los desórdenes y menoscabos causados por la traicion de Bertin.

Mientras esto pasa, Bethencourt, habiendo llegado á Sevilla, se presenta al Rey de Castilla Enrique 3.^o, pidiendole socorro de dinero y viveres, para continuar la conquista, con la condicion de prestarle homenaje de ella. El Rey de Castilla acepta la propuesta, y ordena se franqueen los socorros solicitados por Bethencourt, á quien concede el señorío de las islas con el quinto de mercaderías, y el permiso de acuñar moneda. Bethencourt, obtenidos estos socorros, dispone que su esposa regrese á Normandia acom-

pañada de Enguerrand de la Boissiere, y emprende su vuelta á las islas, fuertemente alteradas contra los franceses, á causa de la traicion y mal tratamiento que Bertin les habia dado. Antes de llegar Bethencourt, un cierto Asche, isleño, queriendo usurpar el reino al Rey de Lanzarote le hace la traicion de entregarlo á Gadifer, á quien tambien se proponia sorprender y engañar despues; mas el Rey de Lanzarote, se escapa de la prision, y hace morir al traidor Asche. Pasa Gadifer con su gente á la isla de Erbania ó Fuerteventura, donde sostiene algunos combates con los insulares. Trasládase á la gran Canaria y entra en un gran puerto entre Telde y Argones (Agüimes) pueblos de la isla. Halla una poblacion numerosa, y observa ser rales idólatras, aguerridos, crueles, traidores y muy enemigos de los cristianos. Trasládase sucesivamente á las islas del Hierro, Gomera y Palma; las cuales aprisiona algunos insulares, hallando cada una diversas costumbres é idiomas. Regresa á Rubicon despues de un viage de tres meses.

Llega Bethencourt de vuelta de España á Rubicon en Lanzarote, donde es muy bien recibido, tanto de los suyos como de los insulares, el Rey de estos se scmete de nuevo, y se bautizar con muchos de los suyos, siendo su padrino Bethencourt, que le hizo poner el nombre de Luis; y ordena se dé á los recién convertidos un formulario, instruccion, ó catecismo conteniendo los principales puntos y misterios de nuestra creencia.

Esto hecho, Bethencourt y Gadifer resuelven acabar de reconocer, conquistar y convertir al cristianismo el resto de las islas, y aun pasar á

la tierra firme de Africa, en donde hubieran en efecto penetrado, y hecho algunas conquistas, si hubiesen sido auxiliados por la Francia ó la España, á lo cual se exorta á los príncipes franceses. De aqui toma el autor ocasion para describir la costa cap. 55 de Africa, segun la relacion de un fraile franciscano español, que en aquel mismo tiempo ó poco antes, habia viajado por estas islas, y por el Africa recorriendo á Marruecos, Guinea, Dongala, Nubia, imperio del Prestejuan, Egipto, Gotonda, Montes de la Luna, y otros países, hasta el rio Eufrates; de lo que compuso un libro, que en el dia ya no se halla; en esta relacion hay muchas cosas falsas y otras impertinentes, disculpables, sin embargo, atendida la ignorancia del tiempo en que se escribian, en el cual se daba fácil crédito, á las fábulas mas absurdas.

Bethencourt y Gadifer pasan á Guinea, hácia cap. 59 el rio del oro y cabo de Bojador, á su regreso á 62. se muestra Gadifer, descontento de Bethencourt, reconviniéndole de que hubiese prestado homenaje al Rey de Castilla, por estas islas, en las cuales debia tener la misma parte que él ostentaba; arreglada esta desavenencia, Bethencourt envia á Gadifer á la gran Canaria; donde sostiene varios combates con los isleños, perdiendo alguna gente, y viendose obligado á retirarse. Reproduce Gadifer sus cuestiones con Bethencourt, exigiendole parte en el señorío de las islas, de las cuales se titulaba cap. 63 solo Rey y Señor, por concesion del Rey de Castilla. No pudiendo avenirse, acuerdan pasar ambos á España, y someter á la decision del Rey sus diferencias. Allí triunfa el favor y el crédito de Bethencourt, y Gadifer despechado, abandona la cap. 64 empresa y regresa á Francia, volviendose Bethen-

court á las islas provisto de nuevas patentes y despachos. Aquí el autor hace una descripción de cap. 65 las islas del Hierro, Gomera, Tenerife, Palma, á 71. gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote y Lobos; de su territorio, sus productos, tráfico, habitantes, costumbres, alimentos, guerras, armas, y demas cosas singulares que se hallan en ellas.

Regresa Bethencourt de España á las islas, cap. 72 siendo recibido con regocijo, como Rey y señor, 73. así en Lanzarote y Castillo de Rubicon, como en Fuerteventura y en los Fuertes de Rico-roque y Valtarajal. Desde estos fuertes hace la guerra á los isleños, obteniendo muchas victorias sobre ellos. cap. 74 Sobrevienen algunas disputas y querellas entre los franceses, las cuales apacigua Bethencourt con prudentes amonestaciones. Reedificase el fuerte de Rico-roque, que los isleños amotinados habian destruido. Los dos Reyes de Fuerteventura, que habian sostenido entre si continuas guerras, envian emisarios á Bethencourt, pidiendole ser bautizados; lo que en efecto se verifica con gran solemnidad en la capilla que Bethencourt habia mandado edificar en Valtarajal. Resuelve Bethencourt pasar á Francia; nombra su lugar-teniente en las islas á Juan le Courtois, y emprende su viage. Llega á Harstleur, y continua á su casa de Granville. Permanece en ella algun tiempo, siendo visitado y cumplimentado por toda la nobleza del país. Hace nuevas reclutas y reúne una brillante tropa de Gentiles hombres y simples soldados, con algunas familias de artesanos para poblar y mejorar las islas. Compra y equipa á su costa algunos navios, y parte con esta expedicion para las islas, llevando consigo á su sobrino Maciot de Bethencourt. Llega á Lanzarote, donde hace una magnifi-

ca entrada, siendo recibido con grandes muestras de regocijo, así por sus gentes como por los isleños que lo amaban tiernamente; del mismo modo es recibido en Fuerteventura por los dos Reyes ya cristianos, y por todo el país que lo reconoce como señor. Deja en Fuerteventura á su sobrino Maciot, á quien se proponía hacer su sucesor, ordena edificar una iglesia con la advocacion de nuestra señora de Bethencourt, y dando su curato al señor Juan le Verrier, emprende una expedición á la Gran Canaria; mas, impelido por el temporal sobre la costa de Africa, salta en tierra cerca del cabo de Bojador; internase en el país hasta la distancia de dos leguas, y hechas algunas presas regresa á la Gran Canaria; donde se encuentra que la parte de la expedición que habia logrado aportar á esta isla, empeñada imprudentemente en un combate con aquellos isleños, habia sido batida con pérdida de bastantes muertos. Reunido con la gente que quedó pasa Bethencourt á la isla de la Palma, allí sostiene varios combates, y deja á su partida algunos de sus soldados para colonizar la isla; haciendo lo mismo en la isla del Hierro. cap. 82

De vuelta á Lanzarote, ordena todo lo necesario al buen gobierno espiritual y temporal; dá sus instrucciones á Maciot su sobrino, le recomienda cuanto toca á la Iglesia y á la Justicia, y demas cosas de una buena administracion y policia, y en primer lugar la paz y union entre todos. Despues de esto visita el país, al cual provee de sabias ordenanzas, y teniendo resuelto regresar á Francia, procura dejar á todos contentos, en cuanto le es posible, así á los suyos como á los isleños; les distribuye tierras, y habiendolos reunido á todos y festejado les exorta á que adelan- cap. 83

VII

ten la Religion, conserven la concordia, y traten bien á los nuevos cristianos; y confiriendo el cargo de su lugar-teniente general á Maciot su sobrino, parte de las islas, dejando á todos llenos de sentimiento y particularmente á los insulares. Llega á España donde es muy bien recibido y honrado por el Rey, que lo estimaba singularmente; cap. 88 á quien pide le conceda un religioso para obispo de las islas, con letras de recomendacion para el Papa, á fin de que confirme la creacion. Sale para Roma, donde igualmente es muy bien recibido por el Papa Inocencio VII, que le concede lo que pedia. Hace partir para Canarias con las Bulas obtenidas al obispo nombrado, Alberto de las Casas, y regresa á Francia, pasando por Florencia, donde es muy obsequiado por la nobleza; se cap. 90 traslada á Paris, y desde allí á su casa; recibe en ella á 93. al cabo de algun tiempo, noticias del obispo que se las dá de las islas y del buen gobierno de su sobrino Maciot, y pensando dar aun otro viage á las islas, fallece en su casa de Grainville el año 1425, y aqui concluye esta historia.

Dios por su gracia quiera inspirar nuestra nobleza francesa á semejantes conquistas, á la exaltacion de su santo nombre y á la gloria de nuestra nacion.

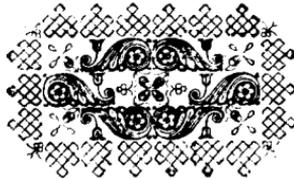
El gran Rey Francisco 1.º nos ha mostrado el camino, cuando á ejemplo de los Reyes Fernando de Castilla y Manuel de Portugal, no obstante sus largas y peligrosas guerras con la mayor parte de los principes de Europa, por quienes se vió atacado, no dejó de emprender á costa de grandes gastos muchos viajes y descubrimientos, cuyo éxito hubiera sido mas feliz á no contrariarlo aquellos obstáculos.

Enrique VII y Enrique VIII Reyes de Inglaterra, no hicieron menos por su parte, formando grandes designios, que

VIII

despues feliz y gloriosamente se llevaron á cabo por la Reyna Isabel.

Que tan ilustre ejemplos, y gloriosos trofeos despierten el valor de nuestro augusto y triunfante Luis 13, llamandolo á semejantes y mayores triunfos, pues Dios por una gracia especial quiso dotarlo de las eminentes cualidades requeridas por tan dignas empresas, poniendolo al frente de una nacion capaz de responder á la magnitud de tan grandes designios. Asi sea.

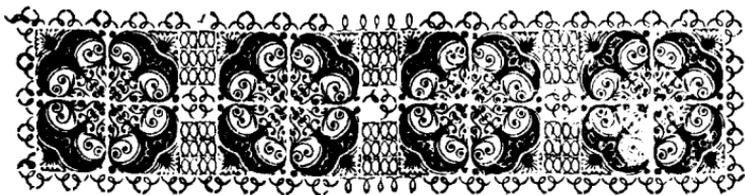


PROLOGO

DEL AUTOR.

Como sea cierto que muchos caballeros, oyendo contar las grandes aventuras, las hazañas y hechos valerosos de los que en otros tiempos emprendieron largos viages, y conquistas sobre los infieles con la esperanza de atraerlos á la fé cristiana, se han estimulado á imitar tan nobles empresas, con el fin tambien de huir de los vicios, y practicar las virtudes que al terminar sus dias los condujeran á la vida eterna; Juan de Bethencourt, caballero natural del reyno de Francia, emprendió este viage en honra de Dios, y por la exaltacion y aumento de nuestra fé, á las partes meridionales, hácia ciertas islas allí situadas, que se llaman las islas de Canaria, habitadas por infieles de diversas leyes y distintos idiomas, de las cuales la gran Canaria es una de las mejores y de las mas principales, y mejor poblada de gente y víveres y de todas otras cosas; y por esto se llama este libro el Canario; y en él, si Dios es servido, se hallarán escritas cosas que parecerán muy estrañas en el porvenir. Y nosotros Fr. Pedro Bontier religioso del convento de San Juan de Marnes, y Juan le Verrier, presbítero, domésticos del dicho Bethencourt, hemos emprendido escribir las mas de las cosas que le sucedieron al principio, como tambien las de su gobierno, de las cuales podemos tener verdadero conocimiento desde que partió del reyno de Francia hasta el 19 de Abril de 1406, que el dicho Bethencourt retornó de las islas (1); y desde este dia pasará esta historia á otras manos

(1) El original frances dice *jusques au 16 jour d' Avril 1406 que le dit Bethencourt est arrivé es isles de par deca....* En esto hay un error evidente que no advirtieron ni el editor frances ni el Sr. Servan Grave en su traduccion que tenemos á la vista.



HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE CANARIAS

POR EL SEÑOR DE BETHENCOURT.

Como el Señor de Bethencourt salió de Grainville y pasó á la Rochela, y de allí á España, y lo que en este viaje le sucedió.

CAPITULO I.



costumbrabase en otros tiempos escribir las historias de los buenos caballeros, y las cosas extraordinarias que los valerosos conquistadores hacian; y así como se encuentra en las antiguas historias, queremos nosotros hacer relacion de la empresa que acometió el Sr. de Bethencourt, caballero y baron, nacido en Normandia en el reino de Francia.

Salió el Sr. de Bethencourt de su castillo de Grainville la Taincturiere, en el pais de Caulx, y pasando á la Rochela, encontró en esta ciudad á Gadifer de la Sa-

le, honrado caballero, que se hallaba allí buscando fortuna, y á quien el Sr. de Bethencourt comunicó su proyecto, manifestandole cuanto se alegraba haberlo encontrado, y proponiendole le acompañase en su empresa, le preguntó que parte queria interesar en ella. Gadifer alegrandose mucho de esta propuesta dijo al señor de Bethencourt que la aceptaba, y en cuanto á la parte que había de tener en ella, que se proponia acompañarle como aventurero. Muchas y muy lisongeras palabras mediaron entre estos dos caballeros, que sería largo referir; por último, ambos partieron con su armada del puerto de la Rochela, el primer día de Mayo del año 1402, haciendo rumbo á las partes de Canarias, para ver y visitar este país, con la esperanza de conquistarle, y atraer á la fé cristiana á sus moradores.

El buque en que navegaban, bien tripulado y provisto de viveres y demas cosas necesarias para el viage, debía dirigirse por Bell-isle, pero al pasar por la isla de Ré un viento contrario les obligó á cambiar su rumbo para España y arribaron al puerto de Vivero, donde permanecieron el Sr. Bethencourt y sus compañeros ocho dias; en los cuales se suscitaron tales discordias entre la gente de la expedicion, que estuvo á punto de malograrse la empresa, á no haber conseguido apaciguar aquellos espíritus inquietos, las persuaciones del Sr. de Bethencourt, y su compañero Gadifer de la Sale.

Partió la expedicion de Vivero, y fondeó en la Coruña, donde hallaron anclada una armada que montaba un Conde de Escocia, el Sr. de Hely, el Sr. Rasse de Renty, y otros muchos. Bajó á tierra el Sr. de Bethencourt, y entró en la ciudad donde tenia algunas diligencias que practicar, y viendo que se estaba desmantelando de muchos de sus efectos, una nave apresada no sabemos á quien, el Sr. de Bethencourt suplicó al Conde que le permitiese tomar algunas cosas que le eran nece-

sarias; el Conde se lo concedió y pasando Bethencourt á la nave hizo tomar una ancla y un bote, y conducirlo á su navio. Pero cuando el Sr. de Hely y sus compañeros lo supieron se disgustaron, enviando al Sr. Rasse de Renty á que dijese al Sr. de Bethencourt restituyera el bote y el ancla. Bethencourt respondió que si habia tomado aquellos efectos, habia sido con el consentimiento del Conde de Graforde, y que no los devolveria. Llevada esta contestacion al Sr. de Hely, pasó él mismo á verse con Bethencourt diciendole que devolviera ó hiciera devolver lo que habia tomado de su nave; pero Bethencourt se negó de nuevo, manifestando que lo habia hecho con el consentimiento del Conde; dijeronse en esta reyerta duras palabras; viendo lo cual el Sr. de Bethencourt dijo al Sr. de Hely, tomad en buen hora batel y ancla y marchaos. Pues que así os agrada, replicó el Sr. de Hely, tambien á mí me place, y hoy mismo haré que se recojan ó dispondré otras medidas; tomadlos ahora mismo si quereis, respondieron Bethencourt y Gadifer, pues tenemos otras cosas á que atender. En efecto Bethencourt se hallaba á punto de zarpar las anclas y darse á la vela, é incontinente partieron del puerto.

Como Bethencourt y su armada llegaron á Cadiz, y como fueron acusados por unos mercaderes de Sevilla.

CAPÍTULO II.

Cuando vieron partir el navio de Bethencourt el Sr. de Hely y sus compañeros, armaron una galeota y salieron en ella á darle caza; pero aunque llegaron á estar á el habla, y se dirijieron duras reconvenciones, que fueran muy largas de contar, no obteniendo mas respuesta de Bethencourt que la ya dada, regresaron sin adelantar cosa alguna. Bethencourt y su armada siguieron su rumbo, y cuando hu-

bieron doblado el cabo de Finisterre, navegaron costeando el Portugal hasta el cabo de S. Vicente, desde donde hicieron rumbo á Sevilla, arribando al puerto de Cadiz, que se halla muy cerca de Marruecos (1); allí permanecieron largo tiempo, y fué detenido Bethencourt, por demanda de algunos mercaderes, genoveses, placentinos é ingleses, vecinos de Sevilla; quienes habiendo perdido, en varios buques robados en su navegacion, algunos intereses, acusaron á Bethencourt ante los tribunales, de ser el autor de las piraterias, y de haber abordado y saqueado tres navios.

Como Bethencourt se defendió de la acusacion de los mercaderes genoveses placentinos é ingleses, y del motin de sus marineros.

CAPÍTULO III.

Bajado á tierra Bethencourt, pasó al puerto de Santa Maria, para informarse de lo que habia, y allí fué preso y conducido á Sevilla: pero cuando el tribunal le hubo hecho los cargos y escuchado su defensa, le rogaron que la cosa quedase en tal estado, y nada mas se gestionara sobre ella, dejandole en plena libertad.

Durante la permanencia de Bethencourt en Sevilla, algunos marineros faltos de valor y resolucion, desalentaron de tal modo á sus compañeros, diciendoles que estaban poco provistos de viveres, y que se les llevaba á morir, que de 80 que eran solo quedaron 53; sin embargo de esta baja que dejaba tan reducida la fuerza de la espedicion, así que Bethencourt hubo regresado á su nave, dispuso dar á la vela, y emprendieron su viage, en cuya empresa aquellos que permanecieron fieles á Bethencourt, y no tomaron parte en

(1) Estrecho de Gibraltar (N. del T.)

los malos hechos de Bertin de Berneval, sufrieron muchas penalidades, trabajos, y miserias, como se verá mas adelante.

Como partieron de España y llegaron á la isla de Lanzarote.

CAPÍTULO IV.

Partidos del puerto de Cadiz se metieron en alta mar, y despues de tres dias de bonanza, en los cuales hicieron poco camino, habiendo refrescado el viento, llegaron en cinco dias al puerto de la isla Graciosa, desembarcando despues en la de Lanzarote; en cuya isla se internó Bethencourt, poniendo gran diligencia en apresar á algunos naturales del país; pero no pudo conseguirlo, y como no conocia el terreno, se retiró sin adelantar cosa alguna al puerto de la Alegranza; allí habiendo tomado consejo del Sr. Gadifer de la Sale y otros gentiles hombres que lo acompañaban, fué resuelto internarse de nuevo en Lanzarote (1) hasta encontrar con sus habitantes; asi lo ejecutaron y á los pocos pasos vieron bajar algunos isleños de las montañas que se dirigian á ellos, los cuales les declararon que el Rey del país vendria á hablar con el Sr. de Bethencourt á cierto parage, y asi se efectuó. El Rey del país se presentó á Bethencourt y en presencia de Gadifer y de otros gentiles hombres, se puso bajo la obediencia de Bethencourt y de sus compañeros, sometiendose como amigos, pero no como súbditos, quienes les ofrecieron protegerlos y defenderlos de todos aquellos que quisieran hacerles daño; ofertas que no les fueron bien cumplidas, como se verá mas adelante. Puestos de acuerdo el Rey sarraceno y el Sr. Bethencourt;

(1) Esto se verificó en Julio de 1402; v. el cap. 43. (N. del Editor francés.)

este dispuso edificar un castillo que se llama de Rubicon y lo guarneció con una parte de sus compañeros; y pareciéndole que uno de ellos nombrado Bertin de Berneval era hombre activo, le confirió el gobierno de aquella gente y el del país; y con la gente restante pasaron Bethencourt y Gadifer de la Sale, á la isla de Erbania llamada Fuerte-aventura.

Como el Sr. de Bethencourt, por consejo de Gadifer de la Sale, partió de Lanzarote, para pasar á la isla de Erbania llamada Fuerte-aventura

CAPÍTULO V.

Al partir de Lanzarote, el Sr. de Bethencourt, tomando consejo de Gadifer, resolvió que se procurara llegar de noche á la isla de Fuerte-aventura, y así se hizo; y saltando en tierra Gadifer con Remonet de Lenedán y otros compañeros, marcharon tierra adentro, tanto como pudieron, hasta llegar á una montaña en que se halla una fuente de agua viva y corriente. Mucha diligencia hicieron para encontrar á sus enemigos, quedando muy disgustados por no poder dar con ellos. Pero los dichos enemigos se habían retirado al otro extremo del país desde que vieron aproximarse la nave al puerto. Ocho días permanecieron tierra adentro Gadifer y sus compañeros, hasta que faltándoles el pan tuvieron que regresar al puerto de Lobos.

Allí reunidos con los demás caballeros tuvieron un consejo, y acordaron seguir por tierra á lo largo de la costa hasta un arroyo llamado el vado de la Palma donde se alojaron fortificándose en la desembocadura de este arroyo, proponiéndose no partir de allí hasta tanto que el país quedase conquistado, y convertidos sus habitantes á la fé católica. La nave debía seguirlos á la vista para proveerlos de viveres.

Como los marineros de la nave de Gadifer reusaron recibirlo en ella.

CAPÍTULO VI.

Robín Brument contraamaestre de la nave que Gadifer decia pertenecerle, se negó á recibirlo en ella, y á recibir á sus compañeros, y hubo de convenir Gadifer en servir de rehenes, para que los trasladase á la isla de Lanzarote, pues de otro modo se hallaban espuestos á perecer de hambre faltandoles ya todos los viveres; y como Robín Brument y Vicente Cerent le hiciesen decir por Colin Brument hermano de aquel, que ni él ni sus compañeros lograrían entrar á viva fuerza en la nave, hubo de resignarse Gadifer á embarcarse solo en ella acompañado de Anibal su bastardo, y que sus compañeros fuesen conducidos en el bote, sintiendo la violencia con que se le impedía disponer de lo que era suyo.

Como el Sr. de Bethencourt partió para España dejando el gobierno de las islas á Gadifer:

CAPÍTULO VII

Regresados al castillo de Rubicon el Sr. de Bethencourt y Gadifer, en donde rehusaron entrar muchos marineros, recelosos de ser castigados por sus malos hechos con Gadifer, resolvió el Sr. de Bethencourt de acuerdo con este y con los demas gentiles hombres de la espedicion, regresar á España, llevandose los marineros mal contentos y sediciosos, á fin de conducir algunos refrescos y socorros de gente y armas. Hablose á los marineros, para que consintieran se bajasen á tierra los viveres que no fuesen necesarios para la navegacion, con los cuales quedara provista por algun tiempo, la gente de la espedicion; pero aunque

así se hizo, no fuè sin ocultar y sustraer una buena parte asi de viveres como de armas y artillería, que hizo despues notable falta. Salió la nave del puerto de Rubicon con el Sr. de Bethencourt, haciendo rumbo al otro extremo de la isla de Lanzarote donde fondearon. Allí hizo Bethencourt llamar al Sr. Juan le Verrier presbítero, y su capellan, á quien dió algunas instrucciones reservadas, como tambien al llamado Juan le Courtois, haciendoles varios encargos tocantes á su honor y provecho, y recomendandoles cuidasen mucho de todas aquellas cosas que fuesen de hacer, y que los dos se mantuvieran unidos como hermanos, conservando la paz y buena armonia con los demas compañeros, y asegurandoles haría por su parte la mayor diligencia para regresar en breve tiempo. Y despidiendose, dicho Bethencourt, de Gadifer y demas compañeros, navegó felizmente hasta llegar á España.

Suspenderemos aqui esta materia, para hablar de la traicion de Bertin de Berneval, natural de Caux en Normandía, y gentil hombre por su sangre y sus hechos de armas, quien inspiraba tanta confianza á los Sres. Bethencourt y Gadifer, que lo nombraron su lugar teniente y gobernador de la isla de Lanzarote; confianza á la que correspondió harto mal con grandes traiciones, segun se verá mas largamente declarado.

Como Bertin de Berneval dió principio á sus malos hechos contra Gadifer.

CAPÍTULO VIII.

Desde que Bertin de Berneval llegó á la Rochele, para reunirse al Sr. de Bethencourt, procuró hacer algunas alianzas, y ganarse la voluntad de muchos de sus compañeros; y poco despues, fomentó graves discordias y disenciones entre Gascones y Normandos. Verdaderamente

Bertin no queria bien al Sr. Gadifer, y procuraba ocasionarle cuantos disgustos podia; llegando á tal punto las cosas que Gadifer se vió obligado á armarse en su camarote para apaciguar la reyerta suscitada entre los marineros refugiados al castillo de proa, desde donde arrojaron dos dardos á Gadifer, uno de los cuales pasando por entre él y Anibal que le ayudaba á ponerse la armadura, fué á clavarse en un cofre inmediato. Otros marineros se subieron á las gabias armados de dardos y barras de hierro, con ánimo de arrojar estas armas sobre nosotros, y no con poco trabajo pudo conseguirse calmar este motin, que indispuso de tal suerte á los unos contra los otros que antes que el navio partiese de España para las islas de Canaria, se separaron mas de 200 hombres, de los que mejor armados se hallaban, cuya falta se hizo sentir despues repetidas veces; pues si se hubiesen mantenido leales, Bethencourt fuera Señor de todas las islas de Canaria, ó de la mayor parte de ellas.

Como Gadifer teniendo confianza en Bertin, lo envia á hablar con el patron de una nave.

CAPITULO IX.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo partido de Rubicon, dejando ordenado á Bertin de Berneval que cumpliera con su deber en todo lo que fuese razon, obediendo al Sr. Gadifer, como toda la gente que allí quedaba, á quien tenia Bethencourt por muy cuerdo caballero, por lo que le habia hecho participar de su empresa, sí bien mas tarde como se verá mas adelante hubo, entre ellos dos grandes disenciones, Gadifer que tenia mas confianza en Bertin de Berneval que en ningun otro, le encargó pasase á un navio que hacia poco habia fondeado en la isla de Lobos, y se creia ser el Tajamar con

cuyo capitán Fernando de Ordoñez, tenía Bertin conocimiento. No era este buque y si el nombrado Morella que mandaba Francisco Calvo, á quien Bertin hizo le hablase uno de sus marineros llamado Jimenez, en presencia de algunos otros, proponiendole lo llevase en su buque, con treinta compañeros, y que aprisionaria cuarenta isleños de los mejores que se hallasen en Lanzarote. Francisco Calvo con su gente rechazó tan gran maldad, diciendole á Bertin que disponia de lo que no era suyo, y que no permitiese Dios que cometiera semejante deslealtad, con tan buenos caballeros como eran el Sr. de Bethencourt y el Sr. Gadifer, privandolos del auxilio de la poca gente que les quedaba, y robando á los isleños que Bethencourt habia puesto bajo su proteccion y sala de guardia, esperando atraerlos á nuestra fé y redimirlos con el bautismo.

Como Bertin engaña á los de su faccion.

CAPÍTULO X.

Poco tiempo despues, Bertin que no cesaba de maquinizar alguna traicion, para satisfacer su mala voluntad, se dirigió á todos aquellos que creia de tan mal ánimo como el suyo, anunciandoles tenia cosas que decirles en las cuales se interesaba su bien su honra y provecho; les hizo prestar juramento de que guardarian el secreto de cuanto iba á declararles, y les dijo que Bethencourt y Gadifer debian darle á él y á Remonet de Lenedan cierta suma de dinero, que se irian á Francia en el primer navio que llegase, y los compañeros se repartirian en las demas islas, donde permanecerian hasta su vuelta. Concertaronse con Bertin en este proyecto algunos Gascones, cuyos nombres son los siguientes: Pedro de Liens; Augerot de Montignac; Siort de Sartique; Bernardo de Chastelvary; Guillermo de

Nau; Bernardo de Mauleon, apellidado el Gallo; Guillermo de Salerne, llamado Labat; Morelet de Couroge; Juan de Bidouville; Bidaut de Hournau; Bernardo de Moutauban; y uno del pais de Airnys llamado Juan l' Alicu; todos estos se acordaron con Bertin, y muchos mas de otros paises, de los cuales se hará mención en su lugar, mas adelante.

Como Gadifer pasó á la isla de Lobos.

CAPÍTULO XI.

Gadifer que no sospechaba de modo alguno que Bertin de Berneval que era de noble origen, fuese capaz de hacer una maldad, partió acompañado de Remonet de Lenedan y otros muchos, del castillo de Rubicon pasando en su chalupa á la isla de Lobos, con el objeto de cojer algunos de estos anfibios, y servirse de sus pieles para hacer calzado de que tenian gran necesidad sus compañeros; alli permanecieron algunos dias hasta que faltándoles los víveres (porque es aquella una isla desierta y sin agua dulce) envió Gadifer á Remonet de Lenedan en la chalupa al castillo de Rubicon, para traer algunos mantenimientos, previniendole regresara al dia siguiente, pues los víveres que tenian solo podian alcanzar para dos dias. Cuando Remonet llegó al puerto de Rubicon, hallose que mientras Gadifer y sus compañeros habian permanecido en la isla de Lobos, Bertin con sus aliados se trasladó al puerto llamado isla Graciosa, donde habia llegado la nave nombrada el Tajamar, á cuyo capitán contó Bertin muchas mentiras, diciendole que aprisionaria y le entregaria cuarenta isleños de los mas robustos que se hallasen en Lanzarote, los cuales le valdrian dos mil francos, siempre que lo quisiera recibir en el navio con sus compañeros, para conducirlos á Europa. Tales instancias hizo Bertin y ta-

les falsedades dijo al capitán, que al fin movido este de codicia, consintió en lo que Bertin proponía. Sucedió esto quince días después de San Miguel (14 de Octubre) del año 1402. Bertin se retiró en seguida perseverando en su maldad.

Como el traidor Bertin fingiendo buen semblante, hace llamar al Rey de la isla de Lanzarote y otros isleños para prenderlos.

CAPITULO XII.

Hallabase aun Gadifer en la isla de Lobos, y acababa de regresar Bertin de la Graciosa al castillo de Rubicon, cuando se acercaron á él dos isleños diciendole como los españoles habían desembarcado para cautivarlos, á lo que les contestó Bertin que se retiraran tranquilos y permanecieran reunidos, que él les daría pronto socorro; con esta seguridad se retiraron los dos canarios, y Bertin que se hallaba con una lanza en la mano, dijo entonces, blasfemando de Dios, “Yo iré á hablar á los españoles, y si en esto ponen mano, los mataré ó me matarán; y pido á Dios que de allá yo nunca vuelva.” Alguno de los que presentes se hallaban, hubo de decirle; “mal habláis Bertin”; á lo cual replicó. “Eso pido á Dios del Cielo”; saliendo al mismo tiempo del castillo de Rubicon acompañado de muchos de sus parciales; á saber, Pedro de Liens; Bernardo de Montauban; Olivero de Barré; Guillermo el bastardo de Blesy; Felipe de Bassieu; Miguel el cocinero; Jacobo el panadero; Pernet el mariscal, con otros muchos que no nombramos, quedando sus demás cómplices en el castillo de Rubicon. Bertin así acompañado se dirigió á una población de isleños llamada la Grande Aldea, en donde halló algunos de los principales insulares; y con el traidor propósito de engañarlos les hizo decir,

que llamarán á su Rey y á los que lo acompañasen, que él los guardaría y defendería á todos contra los españoles. Los insulares movidos por la confianza que tenían en el Sr. de Bethencourt y los suyos, vinieronse á la Aldea hasta en número de 24, donde creyeron hallarse en seguridad. Bertin los agasajó, y les dió de cenar, deteniendo con ellos dos Canarios, uno llamado Alfonso, y una muger llamada Isabel, á quienes el Sr. de Bethencourt habia traído para que le sirviesen de intérpretes en Lanzarote.

Como despues que Bertin hubo aprisionado al Rey y los isleños, los condujo al navio Tajamar y los entregó á los ladrones.

CAPITULO XIII.

Cuando los isleños hubieron cenado, Bertin les hizo decir, que durmieran con tranquilidad y nada temiesen; que serian bien guardados; sin embargo, aunque algunos se durmieron otros no. Cuando Bertin creyó que era ya tiempo, se presentó delante de ellos con la espada desnuda, y los hizo maniatar, escepto un tal Anago que pudo escaparse. Aprisionados asi los isleños, y persuadido Bertin que una vez descubierto el engaño, ya no seria fácil atraer á otros; salió conduciendo los prisioneros hácia el puerto de la isla Graciosa, donde se hallaba la nave española nombrada Tajamar.

Como el Rey de Lanzarote escapó á los guardas que lo custodiaban.

CAPITULO XIV.

Cuando el Rey se vió reducido á tal estado, y co-

noció la traicion de Bertin y de sus companeros, y el ultrage que se le habia hecho, siendo hombre valeroso y esforzado, rompió las ligaduras que lo sugetaban escapando de los tres hombres que tenia en su guarda; uno de ellos que era Gascon quiso perseguirlo, mas volviendo el Rey á él con gran corage, le dió tal golpe, que ya nadie se atrevió á acercarsele. Esta era la sesta vez que se libraba de las manos de los cristianos, por su valor y esfuerzo. Los 22 isleños que quedaron en poder de Bertin los entregó este á los españoles de la nave Tajamar, á ejemplo del traidor Judas Iscariote, que haciendo traicion á nuestro Salvador Jesucristo, lo entregó en manos de los judios para que fuese crucificado y sufriera la muerte; así hizo Bertin entregando aquellos pobres é inocentes isleños en manos de los ladrones, que los llevaron á vender á tierras estrañas, y sufrir perpétuo cautiverio.

Como los compañeros de Gadifer detienen la chalupa que habia enviado por viveres.

CAPITULO XV.

Mientras Bertin se hallaba en la nave envió el bastardo de Blesy con algunos mas de sus aliados al castillo de Rubicon; allí hallaron la chalupa que Gadifer habia enviado en busca de algunos viveres, para si y sus compañeros que se encontraban en las isla de Lobos, como queda dicho; y dispuestos á realizar sus malvados proyectos, fueron en busca de algunos gascones, sus compañeros de juramento, y reunidos unos y otros conjurados, se apoderaron de la chalupa, metiendose en ella; y como Remonnet de Lenedan corriese á recobrarla, fué sobre él el bastardo de Blesy, con la espada desnuda, llegando á pique de matarlo. Pero los conjurados que ha-

bian separado la chalupa á larga distancia de la orilla, prorrumpieron en voces diciendo “si hay algun osado entre los partidarios de Gadifer, que se atreva á poner mano á la chalupa, y en el acto muere sin remedio; por que pese á quien pese, Bertin y los suyos serán recogidos en el navio, aunque Gadifer y su gente no vuelvan á comer mas.” Algunos de los amigos de Gadifer que se hallaban en el castillo de Rubicon se dirijieron á los conjurados diciendoles, “Buenos señores, vosotros sabeis bien que Gadifer pasó á la isla de Lobos por la necesidad que teniamos de calzado, y que se hallan ya en el apuro de no tener ni pan, ni harina, ni agua dulce; no se les puede proveer mas que con esta chalupa; asi servios franquearla para socorrer con algunos viveres á aquellos compañeros, que de otra suerte moriran de hambre.” “No nos hableis mas de esto, respondieron los conjurados, pues no damos la chalupa; porque nos espondriamos á quedarnos aquí, marchandose Bertin y los que con él se hallan en la nave Tajamar.”

Como Bertin envió el bote del navio Tajamar, á buscar los viveres de Gadifer.

CAPITULO XVI,

Al dia siguiente á la hora de nona llegó al puerto de Rubicon el bote del navio Tajamar, tripulado con siete hombres; y habiendoles preguntado la gente de Gadifer, lo que querian, respondieron que Bertin los enviaba, diciendoles al partir, que llegaría tan pronto como ellos á Rubicon. En este tiempo los parciales de Bertin que se hallaban en el Castillo, se apoderaron de los viveres que allí se guardaban pertenecientes al Sr. de Bethencourt, y que este habia dejado encargados á Gadifer; como eran vino, galleta, carne salada, y otras vi-

tuallas. Siendo esta provision la que legitimamente habia correspondido á su persona, en el reparto que entre todos se habia hecho; excepto un tonel de vino que no estaba aun distribuido.

Como Bertin entregó las mugeres que se hallaban en el Castillo, á los españoles, que las violentaron.

CAPITULO XVII.

A la hora de visperas, vino Bertin á tierra, al Castillo de Rubicon, acompañado de 30 de sus compañeros del navio Tajamar, á quienes les dijo. “Tomad pan y vino, y todo cuanto halleis, y ahorcado sea el que cosa alguna respete; porque todo esto me cuesta á mi mas que á ninguno de ellos; maldecido, pues, el que deje algo que pueda llevar.” A estas palabras añadió Bertin otras muchas que fuera muy largo referir; y no contento con esto hizo sacar algunas mugeres francesas que se hallaban en el castillo, y las entregó á los españoles, quienes las condugeron á la fuerza, el castillo abajo, hácia la marina, donde las violentaron, sin que los enterreciera ni sus gritos ni sus grandes lamentos y llantos. En tanto Bertin repetia sus amenazas diciendo. “Deseo que Cadifer de la Sale sepa que si fuese tan jóven como yó, iria á matarle; y por no serlo no lo pongo por obra; pero si se me monta la sangre á la cabeza voy á hacerlo nadar en la isla de Lobos, y así podrá pescar lobos marinos.” Con tanta pasion hablaba contra aquel de quien solo habia recibido beneficios y aprecio.

Como Bertin hizo cargar las dos lanchas de viveres y otras cosas.

CAPÍTULO XVIII.

Al día siguiente por la mañana hizo cargar Bertin de Berneval, la lancha de Gadifer y la del navio Tajamar de muchos efectos, como costales de harina en gran cantidad, y arneses de varias clases; de un tonel de vino, único que había, llevaron una tina que traían y el restante lo bebieron y desperdiciaron; cargaron tambien, muchos cofres, maletas y envoltorios con todo cuanto contenian, y se declarará en tiempo y lugar oportuno, gran número de ballestas, todos los arcos que existian, excepto los que Gadifer tenia en la isla de Lobos; de doscientas cuerdas de arcos que debia haber no dejaron ninguna; y se llevaron tambien un gran repuesto de hilo que teniamos para cuerdas de ballestas; de la artilleria, que era mucha y muy buena, llevaron á su gusto la que quisieron; dejandonos reducidos á servirnos de un cable viejo para hacer con sus hilos algunas cuerdas para los arcos y ballestas; y á no ser por algunas de estas armas que nos quedaron, corrieramos gran riesgo de ser destruidos por los isleños, á quienes imponian mucho temor los arcos sobre todo; por último, y ademas de lo dicho, llevaron tambien los españoles, cuatro docenas de dardos y dos cofres de Gadifer con lo que dentro encerraban.

Como Francisco Calvo envió á buscar á Gadifer á la isla de Lobos.

CAPÍTULO XIX.

Despues de haber salido las chalupas cargadas, para la nave, la gente de Gadifer considerando la desespera-

da situacion en que debia hallarse su capitan, con tal necesidad de viveres como aquel que ningunos tiene, resolvió que fueran los dos capellanes, y dos escuderos del castillo de Rubicon á pedir auxilio al capitan de la nao nombrada Morella, surta tambien como el Tajamar en la isla Graciosa. Partieron, en efecto, y suplicaron á dicho capitan fuese servido socorrer á Gadifer de la Sale que con once compañeros se hallaba en peligro de muerte en la isla de Lobos, sin viveres algunos hacia mas de ocho dias; y el dicho capitan movido á lástima, y enterado de la gran traicion que Bertin le habia hecho, le envió á uno de sus marineros llamado Jimenez, quien vino á Rubicon, y reunido con cuatro compañeros de la compañía del Sr. de Bethencourt, á saber; Guillermo el frayle, Juan el caballero, Tomas Richard, y Juan el albañil, quienes reunidos pasaron á la isla de Lobos en un pequeño bote, que allí habia dejado Bertin llevandose los remos, cargando en él los viveres que pudieron. Esta travesia es la mas horrenda de estos mares, segun aseguran todos los que navegan en ellos, y no tiene mas de cuatro leguas.

Como Gadifer vuelve á la isla de Lanzarote en la pequeña barquilla.

CAPITULO XX.

Gadifer se hallaba en la isla de Lobos, mas apurado cada momento, por el hambre y la sed, sin mas esperanza que la misericordia de Dios; por las noches tendia un lienzo para que se empapara del rocío, y por la mañana lo torcia para apagar la sed con las gotas que destilaba; nada presumia de los malos hechos de Bertin, y no se maravilló poco cuando tuvo noticia de ellos. Asi que llegó la pequeña barquilla, se embarcó en ella Gadifer solo, y con Jimenez y los compañeros que la go-

bernaban vinieron á Rubicon, y manifestando Gadifer el sentimiento que le ocasionaba la gran maldad y traicion que se habia hecho á aquellas pobres gentes, á quienes se habia asegurado su libertad, añadió; “pero es fuerza resignarnos, no pudiendo poner remedio en ello; alabado sea Dios en todas sus obras; y el sea justo juez de esta querella; ni el Sr. de Bethencourt ni yó, pudimos pensar jamás que Bertin fuera capaz de maquinari y hacer lo que ha hecho; porque lo teniamos en nuestro concepto, como uno de los mas cumplidos de los compañeros; pero nos engañamos y fuimos mal aconsejados.”

Como los dos capellanes Fr. Pedro Bontier y el Sr. Juan le Verrier, pasaron al navio Tajamar.

CAPITULO XXI.

Se hallaban los dos capellanes en la nave Morella, algunos dias despues, cuando vieron venir de Rubicon las dos chalupas cargadas con los viveres que habian de servir á nuestra manutencion, y de muchas otras cosas; entonces rogaron al maestre de la nave, que los acompañara y condujera á la otra nave nombrada Tajamar, á la que en efecto fueron, con dos hidalgos llamados Pedro de Plessis y Guillermo d'Alemaigne. Al verlos llegar les dijo Bertin, “No creais que ninguna de estas cosas pertenezca á Bethencourt ni á Gadifer, pues son mias, testigos de ello son estos capellanes que se hallan presentes.” A lo que contestaron los capellanes en presencia de todos: “Bertin, lo que nosotros sabemos es que cuando os reunisteis al Sr. de Bethencourt, poco ó nada traiais con vos; y sabemos tambien que el Sr. de Bethencourt os dió en Paris cien francos cuando se resolvió á esta empresa que, Dios mediante, llevará á cabo para su honra y provecho; y todo lo que aqui se halla

presente pertenece al dicho Sr. y al Sr. Gadifer, lo que se demuestra claramente por las libreas y divisa de dicho Sr. de Bethencourt. Bertin contestó á estas razones. “Si Dios es servido, iré en derechura á España en donde se encuentra el Sr. de Bethencourt, y si yo tengo aqui algo que sea suyo, se lo devolveré; en esto no teneis que mesclaros; y no dudeis que el Sr. de Bethencourt pondrá remedio en algunas cosas que se pueden adivinar, y yo quiero callarlas.” Bertin no queria bien al Sr. Gadifer porque le era superior, y ejercia mayor autoridad, y pensaba que el Sr. de Bethencourt, su señor, no llevaria aquello tan á mal como á los otros parecia, y que si alguna cosa le desagradase, no los llamaria para reconciliarlos. En esto salieron de la nave diciendole á Bertin; “Puesto que os llevais á estas pobres gentes, dejadnos al menos á Isabel la Canaria, por que sin ella no podremos entendernos con estos isleños; y dejadnos tambien la chalupa que os habeis traído, sin la cual no podemos buenamente vivir.” Bertin les respondió, que no era suya y sí de sus camaradas, quienes harian de ella lo que fuese su voluntad; entonces los dos capellanes y los dos hidalgos que los acompañaban se apoderaron de la chalupa; y los compañeros de Bertin cogieron á Isabel la Canaria y por la borda de la nave la arrojaron al mar donde se hubiera ahogado á no sacarla del agua con tanta prontitud los Capellanes é hidalgos, recogíendola en la chalupa. En esto se separaron los unos de los otros, y en seguida aparejaron la nave para darse á la vela. Así pasó el hecho de Bertin, como queda dicho, y como se verá mas adelante.

Como Bertin deja á sus compañeros en tierra, y se vá con su presa.

CAPÍTULO XXII.

Hallandose Bertin con sus cómplices en la nave, consumando su maldad tales cosas les dijo, que todos se volvieron á tierra; siendo así que solo por su auxilio habia podido llevar adepante su traicion, pues sin este apoyo, no hubiera osado hacer lo que hizo; y les dijo, despidiendolos, “Aconsejaos como mejor podais, pues conmigo no habeis de venir.” Esto hacia Bertin, temiendo que sus compañeros, le hiciesen igual traicion que la que él habia cometido; y tambien porque tenia intencion de excusar su conducta cuando llegase á España, con el Sr. de Bethencourt, para conservarse en paz con este Sr.; lo que asi hizo, en efecto, dandole á entender del mejor modo que pudo las cosas que pasaron, de las cuales algunas halló el Sr. de Bethencourt ser ciertas, como se verá mas adelante; sin embargo fué dicho señor bien informado de los hechos de Bertin, y de que solo la avaricia lo habia escitado á cometerlos.

Como los compañeros que Bertin dejó en tierra hallandose desamparados se embarcaron para la tierra de los Sarracenos.

CAPÍTULO XXIII.

Los compañeros de Bertin, que este dejó en tierra, temiendo la cólera del Sr. de Bethencourt y de Gadifer, y la de sus camaradas, se quejaron amargamente á los capellanes y escuderos ante dichos, de la traicion que á un tiempo habia cometido Bertin con su capitan y sus compañeros. Algunos de ellos se confesaron con el Sr.

Juan le Verrier capellan del Sr. de Bethencourt y le dijeron. “Si nuestro capitán Gadifer quiere perdonarnos la maldad que contra él hemos cometido, nosotros le serviremos durante nuestra vida.” Eucargaron á Guillermo d’ Alemaigne de pasar á decirselo así, y hacerles saber su contestacion. Pero poco despues, desconfiados del regreso del emisario, considerando la gravedad de la falta que habian cometido para con tal caballero, su capitán, y temiendo el castigo que su justa cólera les impusiera, se apoderaron de la chalupa, y embarcandose en ella, se abandonaron como gente desesperada á merced de las olas, tomando el rumbo de la tierra de los moros (Africa); por cuanto los moros podrán hallarse como á la mitad de la distancia de las islas á España; y por su mal gobierno fueron á dar en la costa de Berbería cerca de Marruecos, donde de los doce que eran se abogaron diez, siendo los dos restantes hechos esclavos, y de ellos el uno murió despues, y el otro llamado Siot de Lartigue, ha permanecido vivo en poder de los paganos.

Como habiendo llegado á España el Sr. de Bethencourt, se perdió la nave del Sr. Gadifer.

CAPÍTULO XXIV.

Volveremos á hablar del Sr. de Bethencourt, diciendo que arribado á España en la nave que se decia ser de Gadifer, y fondeado en Cadiz, sabiendo bien que los marineros de dicha nave eran malos y revoltosos, dió queja contra ellos, haciendo prender á algunos de los principales, y se apoderó de la nave. Varios mercaderes pretendieron comprarsela, pero el Sr. Bethencourt no quiso venderla, porque su intencion era volver en ella á las islas, comprando otras y cargandolas de viveres, hallandose como estaba muy en gracia del Rey de Castilla. Mas ha-

haciendo hecho partir la nave del puerto de Cadiz para Sevilla, naufragó en la barra de San Lucar de Barrameda, lo que fué gran lástima; segun se dijo habia en ella algunas alhajas de valor, pertenecientes al Sr. Gadifer de la Sale; lo que pudo salvarse del naufragio valdria quinientas doblas (ducados); pero de esto no se aprovechó el Sr. Gadifer, ni aun llegó á su noticia. Poco antes de la pérdida de la nave, habia pasado el Sr. de Bethencourt á Sevilla, donde se hallaba el Rey de Castilla; y habiendo llegado Francisco Calvo procedente de Canarias, se ofreció á volver á las islas en socorro de Gadifer, si se le proveia de viveres; Bethencourt le contestó que así lo dispondria tan pronto como pudiese; pero que lo era necesario antes, presentarse al Rey de Castilla, que allí se encontraba entonces; y así lo hizo como se dirá mas estensamente, y el buen recibimiento que el Rey le hizo.

Como la nave Tajamar llega al puerto de Cadiz con los prisioneros.

CAPITULO XXV.

Algunos dias despues llegó al puerto de Cadiz, la nave Tajamar, en la que venia Bertin con una parte de sus conjurados, porque los otros desesperados fuéron á ahogarse á la costa de la tierra de los moros; y con Bertin venian los pobres canarios habitantes de la isla de Lanzarote, que con apariencias de buena fé, habian sido traidoramente presos, para conducirlos á tierras estrañas y vendidos como esclavos. Vino tambien un tal Courtille, trompeta de Gadifer, quien asi que llegó á tierra hizo prender á Bertin y á todos sus compañeros formandoles proceso la Justicia y encerrandolos en las prisiones del Rey en Cadiz; y al mismo tiempo notició al Sr. de Bethencourt que se hallaba en Sevilla, todo lo ocurrido, diciendole que si pasaba

á Cadiz podría recobrar á todos los pobres canarios. Mucho sorprendieron estas noticias al Sr. de Bethencourt, quien contestó que lo mas pronto que pudiese pondria en todo remedio; porque en aquellós momentos no podia salir de Sevilla, por que debia presentarse al Rey á fin de hablarle asi de aquel asunto como de otros. Mientras el Sr. de Bethencourt arreglaba sus negocios ante el Rey de Castilla, Fernando de Ordoñez sacó la nave del puerto de Cadiz y navegó al reyno de Aragon, donde vendió el cargamento, y los prisioneros isleños.

Como el Sr. de Bethencourt prestó pleito homenaje al Rey de España.

CAPITULO XXVI.

Antes de partir de la isla de Lanzarote y de las islas Canarias el Sr. de Bethencourt dejó ordenadas lo mejor que pudo todas las cosas, encargando al Sr. Gadifer del gobierno, y prometiendole que lo mas pronto que pudiese volveria con socorros y refrescos de gente y viveres, no pensando que sucedieran los desfalcos que se hicieron. Pero no era fácil tener pronto acceso como se puede conocer con tan gran principe como el Rey de Castilla, y terminar en brebe tiempo negocios como este. El Sr. de Bethencourt se presentó por fin al Rey quien lo recibió benignamente y preguntandole lo que pretendia, le dijo Bethencourt. “Sr. vengo á pedir os me deis licencia para conquistar y reducir á la fé cristiana unas islas que se llaman las islas de Canaria, en las cuales he estado, dejando en ellas parte de mis compañeros, que de dia en dia me aguardan, y un buen caballero llamado Gadifer de la Sale, el cual quiso venir en mi compañía. Y por que vos Señor sois Rey y dueño de todo el país vecino, y el Rey cristiano mas próximo de aquel, he venido á requerir vuestra gracia, y suplicaros me permitais

rendiros pleito homenaje de aquel pais." El Rey lo escuchó muy gozoso, diciendole fuese bien venido; y encareciendo que, de tan lejos como el reyno de Francia, viniese con tan noble propósito de adquirir gloria y honor; y decia así el Rey "Conozco que tiene buena voluntad, al venir á hacerme homenaje de un pais que se halla segun he podido entender á mas de doscientas leguas de este, y del cual no habia oido hasta ahora hablar." y dirijiendose al Sr. de Bethencourt, le dijo que con mucho contento estaba dispuesto á otorgarle lo que pedia; que aceptaba el homenaje prestado, y le conferia el señorio, tanto como posible fuese, de las dichas islas de Canaria; y ademas le otorgaba el quinto de las mercaderias que de dichas islas se condujeran á España, cuyo quinto percivió dicho Sr. de Bethencourt, durante mucho tiempo. Dióle tambien el Rey, para que socorriese de víveres á Gadifer y á los compañeros que con él habian quedado, veinte mil maravedis, (1) los cuales debia percibir en Sevilla. Este dinero fué entregado por órden del Sr. de Bethencourt, á Enguerrand de la Boissiere; quien en su manejo parece no cumplió con su deber; diciendose que se llevó á Francia el todo ó una parto de él. Sin embargo de esto, el Sr. de Bethencourt acudió en brebe al remedio, en cuanto pudo reunir víveres, volviendo él mismo á las islas tan pronto como le fué posible, segun se verá mas adelante. Permiwióle tambien el Rey, acuñar moneda en Canarias, lo que verificó hallandose en posesion pacifica de las islas conquistadas.

(1) El maravedís de oro valia 15 sueldos y el sencillo la cuarta parte de un real (N. del E. francés.)

Como Enguerrand de la Boissiere, vendió la lancha de la nave perdida.

CAPITULO XXVII.

Apoderado Enguerrand de la Boissiere, de la lancha de la nave perdida, la vendió y percibió el dinero que dieron por ella, manifestando en cartas que fingió que enviaria viveres, lo cual no hizo, y por su falta pasaron grande escasez, llegando el caso de tener que comer carne en la cuaresma, hasta que el Sr. de Bethencourt proveyó de remedio; y vease como persona alguna puede librarse de caer en falsedad y traicion. El Sr. de Bethencourt habia ordenado se entregara al citado Enguerrand, el dinero que el Rey de Castilla le habia dado, creyendo haria su deber; y por un tal Juan de las Casas, que acusó á Enguerrand, supo el Sr. Bethencourt, que no cumplia como era debido en el manejo del dinero. Entonces el Sr. de Bethencourt se presentó al Rey de Castilla, y le suplicó se sirviese proveerle de una nave y de alguna gente para socorrer á sus compañeros de las islas. Fuéle otorgada esta gracia mandandosele entregar una nave bien artillada, la que montaban sobre 80 hombres de armas; ademas se le mandó dar cuatro toneles de vino y diez y siete sacos de harina, y otras muchas cosas necesarias que habia menester, como artilleria y otras provisiones. El Sr. de Bethencourt escribió al Sr. Gadifer de la Sale, diciendole entretuviese las cosas lo mejor que pudiera, que él se hallaria en las islas tan pronto como posible fuese; y entre tanto, que ocupase la gente que le enviaba, de modo que no quedasen nunca ociosos. Escribióle tambien, como habia hecho homenaje de las islas de Canaria al Rey de Castilla; quien le habia agasajado honrandolo mas de lo que merecia, dandole dinero y ofreciendole hacer muchas mercedes; por último, le aseguró

que muy en brebe se hallaría en su compañía, concluyendo la carta con estas palabras. "La nave irá donde dispongais, á recorrer las islas, lo cual os aconsejo que hagais, á fin de reconocerlas, y saber como haya de hacerse en lo sucesivo. Mucho me han asombrado las grandes falsedades que Bertin de Berneval ha cometido; de ellas, aunque tarde, recibirá el digno castigo. El me contó lo ocurrido de bien distinta manera que lo he sabido despues; ya os habia yo escrito desconfiarais de él, porque me hallaba informado de que no os queria bien. Mi querido hermano y amigo, es menester sufrir muchas cosas; y olvidando lo que ha pasado, hacer siempre lo mejor que se pueda." Gadifer quedó de todo muy contento; de la venida de la barca, y de lo que le escribia el Sr. de Bethencourt, escepto del homenaje prestado al Rey de Castilla; porque él pretendia ser dueño de una porcion de las islas de Canaria, lo cual no se hallaba en la intencion del Sr. de Bethencourt, como lo manifestó despues, teniendo sobre ello serias contestaciones con el Sr. Gadifer, sin las cuales, y otras desavenencias y envidias, hubieran sido conquistadas todas las islas. Porque los conquistadores no querian obedecer mas que al Sr. de Bethencourt; en lo que tenian razon, pues él era solo el gefe y primer promovedor de la conquista de las islas.

Bethencourt hizo sus aprestos con la brevedad que pudo, pues su gran deseo era regresar pronto á proseguir la conquista de las islas de Canaria. Cuando partió de la isla de Lanzarote, habia sido su intencion seguir su viage á Francia para llevarse á Madama Bethencourt su esposa, la cual habia hecho venir á Cadiz, de donde no pasó; mas, así que hubo prestado homenaje al Rey, dispuso que su dicha esposa regresara á Normandia, á su casa de Grainuille la Teinturier, y que Enguerrad de la Boissier la acompañase, para que en su viage fuese con el decoro debido. Poco tiempo despues, partió Bethen-

court de Sevilla con una pequeña, pero brillante compañía, que el Rey de Castilla le permitió formar, dándole además muy buena artillería, de varios calibres, y tanta que el Sr. Bethencourt quedó muy contento. Su esposa llegó felizmente á Normandia, y á su dicha casa de Grainuille, en el país de Caux, donde fué muy bien recibida y obsequiada hasta que su esposo llegó de regreso de Canaria, como se verá despues.

Declaranse los nombres de los que hicieron traicion á Gadifer, á sus compañeros, y á los habitantes de Lanzarote.

CAPITULO XXVIII.

Estos son los nombres todos, de los que unidos con Bertin fueron traidores á sus compañeros. En primer lugar el dicho Bertin; Pedro de Liens; Ogerot de Montignac; Ciot de Lartigue; Bernardo de Castellenau; Guillermo de Nau; Bernardo de Mauleon, llamado el Gallo; Guillermo de Salerne, dicho Labat; Maurelet de Courengé; Juan de Bidouvill; Bidaut de Hornay; Bernardo de Montauban; Juan de l'Aleu; el Bastardo de Blessi; Felipe de Bassieu; Oliverio de la Barre; Perriu el grande; Gil de la Bordeniere; Juan le Brun; Juan le Cousturier de Bethencourt; Pernet el mariscal; Jacobo el panadero; Miguel el cocinero. Todos estos fueron causa de muchos males, y la mayor parte eran gascones, de Anjou, de Poitou, y tres de Normandia. Dejaremos de hablar ya de esta materia, y hablaremos del Sr. Gadifer y sus compañeros.

Como los insulares de Lanzarote se separaron de la gente del Sr. de Bethencourt, despues de la traicion que les hizo Bertin.

CAPITULO XXIX.

Los insulares de Lanzarote quedaron muy irritados despues de la traicion con que fueron hechos esclavos, muchos de sus compatricios; de tal suerte que decian que nuestra fé y nuestra ley no era tan buena como deciamos, cuando nos haciamos traicion unos á los otros, y nos ocasionabamos tales daños, faltando á nuestras palabras. Estos paganos de Lanzarote, se alzaron contra nosotros; y fueron separándosenos hasta revelarse, matandonos alguna gente que fué gran dolor. Gadifer como no podia, por entonces, perseguir á los traidores segun se deseaba, requirió á todas las Justicias del reino de Francia, y de otras partes, para que le prestasen ayuda en derecho é hiciesen justicia en los malhechores, si llegaren á sus manos, como en tal caso correspondia.

Como Asche, uno de los principales isleños de Lanzarote, se comprometió á entregar preso á su Rey

CAPITULO XXX.

Despues de estos sucesos, por los cuales fuimos harto difamados, y nuestra fé despreciada, que se tenia por buena creyendose á la sazón lo contrario, ademas de habernos muerto algunos compañeros y herido otros, Gadifer intimó á los isleños que le entregaran los culpables de estas muertes, pues de lo contrario haria morir á cuantos cogiese prisioneros. Durante estos sucesos se le presentó un tal Asche, pagano de la isla de Lanzarote, que pretendia ser rey de ella, y habló largamente con el Sr. Gadifer sobre esta

materia. Retirose Asche y algunos dias despues envi6 á su sobrino, á quien el Sr. de Bethencourt habia traído de Francia para que le sirviera de intérprete, con encargo de decir al Sr. Gadifer que el rey lo aborrecia; y que mientras viviere, no se podria obtener de los isleños ni paz ni seguridad: que él era el solo culpable de las muertes acaccidas; y que si el Sr. Gadifer lo aprobaba, hallaría traza para prender al rey y á todos los que se hallaron en la muerte de sus compañeros. Gadifer muy contento por estas ofertas, contestó que dispusiera las cosas como fuera necesario, avisandole el tiempo y la hora, y así se hizo.

Como Asche hizo traicion á su señor, con intencion de hacersela despues á Gadifer y sus compañeros.

CAPITULO XXXI.

Esta era una doble traicion de Asche; porque siendo traidor al Rey su Sr., se proponia engañar despues á Gadifer y á sus compañeros, valiendose para ello de su sobrino llamado Alfonso, que viviendo constantemente con nosotros, sabia eramos tan corto número que le parecia no fuera gran trabajo acabar con todos nosotros; porque muy pocos eran los hombres de armas que habian quedado con vida. Verase ahora lo que sucedió. Cuando Asche encontró la ocasion de prender al Rey, dió aviso á Gadifer que el Rey se hallaba en uno de sus castillos, en una aldea cerca de Acatif, acompañado de 50 isleños, diciendole viniese sobre ellos. Gadifer partió inmediatamente con 20 de sus compañeros; era la vispera de Santa Catalina (24 de Noviembre) de 1402; emprendió el camino ya entrada la noche, y llegó al amanecer á la inmediacion de la casa donde los insulares se hallaban reunidos, concertando sus planes contra nosotros. Gadi-

fer intentó entrar en la casa, pero la puerta se hallaba bien defendida, y experimentó tenaz resistencia, siendo heridos muchos de los nuestros; cinco insulares de los asesinos de nuestros compañeros se escaparon; pero fueron gravemente heridos tres de los cinco; el uno atravesado el cuerpo de una estocada, y los otros dos de dos flechas. Gadifer penetró á viva fuerza en la casa, y aprisionó á los que en ella estaban; mas informado por Asche de que no eran aquellos isleños culpables de la muerte de su gente les dió libertad quedando detenido el Rey y un tal Alby, á quienes se encadenó por el cuello, siendo conducidos al sitio en que fueron asesinados nuestros compañeros donde se hallaron los cadáveres que habian cubierto de tierra. Encolerizado Gadifer quiso hacer degollar á Alby; pero el Rey le aseguró en verdad que no habia sido cómplice en la muerte de sus compañeros; y que si lo hallaba culpable ni aun consentidor de ella, que le mandase cortar la cabeza. Entonces le dijo Gadifer, que mirara bien lo que aseguraba porque averiguaría la verdad; el Rey le prometió que le entregaria á todos los autores de aquellas muertes, y en esto se dirijieron todos juntos al castillo de Rubicon, en donde se pusieron al Rey dos pares de grillos; algunos dias despues logró quitarselos por hallarse mal ajustados, lo cual visto por Gadifer, lo hizo encadenar y ponerle otro par de grillos que lo lastimaban mucho.

Como Asche trata con Gadifer hacerse Rey de Lanzarote.

CAPITULO XXXII.

Pasados unos dias vino Asche al castillo de Rubicon, y concertaron que él seria el Rey de la isla, á condicion de que se hiciese bautizar con todos los isleños de su partido; cuando el Rey le vió llegar le miró con despecho diciendole: *fore tronc guevé*; es decir, traidor malvado: se-

parose Asche de Gadifer, y se vistió como Rey; y algunos dias despues envió Gadifer alguna de su gente á buscar cevada, por que careciamos ya enteramente de pan. Reunieron gran cantidad de ella, que encerraron en un antiguo castillo que Lancelot Maloisel habia hecho construir en tiempos pasados, segun se dice, y se pusieron en camino hácia Rubicon, siete compañeros para buscar mas gente que condujese la cevada recojida. En el camino les salió al encuentro Asche, que se habia proclamado Rey, acompañado de 24 isleños, y dandoles muestras de amistad, siguieron juntos el camino; pero desconfiado Juan le Courtois y sus compañeros, no quisieron seguir con los isleños, excepto Guillermo de Andrac que no recelando traicion alguna se quedó con ellos. Mas cuando los insulares vieron la ocasion se echaron sobre el dicho Guillermo de Andrac, que cayó en tierra con tres heridas, y lo hubieran acabado á no ser que el referido Juan y sus compañeros, oyendo el ruido, volvieron vigorosamente sobre los insulares, y lo recogieron con gran trabajo, conduciendole al castillo de Rubicon.

Como el Rey se escapa de la prision en que lo tenia Gadifer, y como hizo morir á Asche.

CAPITULO XXXIII.

En aquel mismo dia por la noche, logró escaparse el Rey de su encierro de Rubicon, llevandose los grillos y la cadena con que estaba sugeto, y en el momento que llegó á su casa ordenó prender á Asche que le habia sido traidor usurpándole el reino, y le hizo morir apedreado, siendo quemado su cadáver. Al segundo dia despues, los compañeros de Gadifer que se habian quedado en el castillo viejo, supieron como habian sido acometidos en el camino, Juan le Courtois, Andrac y sus compañeros,

y en represalias, cortaronle la cabeza á un isleño que con ellos tenían, y la pusieron sobre un largo palo que clavaron en una eminencia, para que pudiera ser visto de todos. Desde este dia empezó de nuevo la guerra contra los isleños, y se hicieron muchos prisioneros, hombres mugeres y niños; retirandose los que escapaban á los montes y cabernas, pues no se atrevian á esperarnos. La mayor parte de nuestra gente, se hallaba en los campos persiguiendolos, permaneciendo la restante en el castillo, custodiando á los prisioneros; esta era su ocupacion, mientras aguardaban al Sr. de Bethencourt, de quien en breve recibieron socorros, como se verá luego. Bertin les hizo mucho mal, y fué causa de muchas muertes.

De como Gadifer formó el proyecto de acabar con todos los isleños capaces de defender la isla.

CAPITULO XXXIV.

En este estado Gadifer y sus soldados conciben el proyecto, por si otro remedio no hallan, de matar á todos los hombres capaces de defender el pais, y reservar solo á las mugeres y niños para hacerlos bautizar; vi- viendo así como pudieran hasta que Dios quisiera. En los dias de Pentecostes fueron bautizados mas de ochenta isleños entre hombres, mugeres y niños; conserveles Dios su gracia, para que confortados en nuestra fé sirvan de buen ejemplo á todo este pais. No debe quedar duda de que si el Sr. de Bethencourt hubiera podido venir, siendo auxiliado por algun Principe, se hubiesen conquistado no solo las islas de Canaria, mas tambien otros paises mas estensos, de que se ha hablado poco; pero buenos, tan buenos como cualesquiera otros del mundo, y tan bien poblados de infieles de diversas leyes y diversos idiomas. Si el Sr. Gadifer y sus compañeros, hu-

hieran querido vender sus prisioneros, hubiesen sacado buen provecho, y remunerado los gastos hechos en su expedicion; pero no lo permita Dios, hallandose casi todos bautizados; ni Dios permita que la necesidad les obligue á venderlos; pero se hallan maravillados que el Sr. de Bethencourt no vuelva, ni les escriba noticia alguna ni parezca ninguna embarcacion ó de España ó de otras partes, de las que acostumbran frecuentar estos mares; siendo ya grande la necesidad de refrescos, y auxilios; Dios, por su gracia, quiera remediarnos.

Como la barca del Sr. de Bethencourt llegó bien autorizada.

CAPITULO XXXV.

En pocos momentos obra Dios. Las cosas bien pronto cambian, cuando Dios quiere, porque ve los corazones y conoce los pensamientos, y no olvida nunca á aquellos que tienen depositada en él su esperanza; y por su misericordia infinita fueron socorridos. La nave, enviada por el Sr. de Bethencourt, llegó á la isla Graciosa, provista de refrescos, víveres y refuerzos de gente; y todos se llenaron de satisfaccion y contento. Mas de 80 hombres conducía la nave, de los cuales cuarenta y cuatro lo menos, eran soldados agueridos, que el Rey de Castilla habia entregado al Sr. de Bethencourt, con mucha artilleria y bastantes víveres. Como queda ya referido, el Sr. de Bethencourt, escribia sus cartas al Sr. Gadifer de la Salle, diciendole en ellas como habia prestado homenaje de las islas de Canaria al Rey de Castilla; de lo cual quedó muy descontento el Sr. Gadifer, no mostrando el buen semblante que solia; cosa que admiró mucho á sus escuderos y compañeros, á quienes parecia debia hallarse muy contento, porque ignoraban tuviese motivo para otra cosa; pues si bien es verdad que todos sabian que el Sr. de Bethencourt habia hecho homenaje

de las islas de Canaria, al Rey de Castilla; á persona alguna le ocurría que esta fuese la causa; y el Sr. Gadifer á nadie lo confió, procurando ocultar su disgusto. El maestro de la nave refirió la suerte que habian sufrido los traidores que tanto mal hicieron, cuyos nombres dejamos referidos, y de quienes Dios dispuso como mejor le plugo, castigando sus malos hechos, pues los unos se ahogaron en Berberia, y los que lograron llegar á su pais, se ven deshonorados y despreciados. Sucedió tambien una gran maravilla, y fué que la chalupa de la nave de Gadifer, que los Gascones se llevaron en el mes de Octubre de 1402, y en la cual se ahogaron en la costa de Berberia, apareció sana y entera desde mas de quinientas leguas de distancia, (1) en el puerto de la isla Griçiosa, en el mes de Agosto de 1404, en el mismo lugar de donde habia sido tomada, cuando el traidor Bertin los engañó, poniéndolos en tierra; este suceso se tuvo por milagroso, y á todos hizo cobrar nuevo valor. Aunque Gadifer no se hallaba muy contento, agasajó lo mejor que pudo á la gente venida en la nave, recogiendo los víveres y pertrechos, y preguntó al maestro las noticias que corrian en Castilla; díjole esto que ninguna sabia mas que el Rey mostraba mucha estimacion al Sr. de Bethencourt, quien muy en brebe debia regresar á las islas, habiendo dispuesto que Majana Bethencourt volviese á Normandia, en donde ya debia hallarse; porque hacia tiempo que la nave habia salido de España, y al salir quedaba el Sr. Bethencourt preparando con mucha prisa el viaje de su esposa, para poder emprender como lo deseaba el suyo á estas islas, á las que debia llegar muy en brebe; y entretanto será bueno adelantar las cosas que se pudiese. Respondió á esto Gadifer que así se

(1) Este cómputo es, como hoy todos saben, exagerado; la distancia entre Lanzarote y el punto en que naufragaron los prófugos no llega á 200 leguas. (N. del T.)

haria, y que no por hallarse ausente Bethencourt, dejaría de hacerse todo lo que conviniera, como hasta entonces se habia hecho.

Como Gadifer se embarcó en la nave, y partió de Lanzarote para visitar las demas islas.

CAPITULO XXXVI

Despues que la nave enviada por el Sr. de Bethencourt, hubo llegado al puerto de Rubicon, y desembarcado los viveres, vino, harina y demas cosas que conducia; el Sr. Gadifer se embarcó en ella, con la mayor parte de su gente, y salió á la mar, con el fin de recorrer las demas islas, y visitarlas por el Sr. de Bethencourt; y preparar la conquista que si Dios es servido, esperamos verla conducida á buen fin. Tambien el maestro de la nave y sus marineros tenian deseo de cargar cuantos productos del pais pudiesen, para beneficiarlos y hacer su ganancia en Castilla; porque son muchos los que pueden llevarse como cueros, sebo, orchilla que sirve para tintes y vale mucho dinero, dátiles, sangre de drago, y otras muchas cosas que produce el pais; porque estas dichas islas se hallan bajo la proteccion y señorío del Sr. de Bethencourt; habiendo mandado pregonar el Rey de Castilla, que nadie navegase á á ellas sin su permiso, como lo habia solicitado el dicho Sr. de Bethencourt; Gadifer cuando vino á las islas nada sabia de ellas. Arribó la nave á la isla de Erbania, y saltaron á tierra Gadifer, Remonet de Lenedan, Hannequin d' Auberbosc, Pedro de Reuil, Jamet de Barege, con otros varios de los compañeros, de la gente de la nave, de los prisioneros que llebaban, y dos isleños para que los guiasen.

Como Gadifer deja la nave para internarse en la isla de Erbania

CAPITULO XXXVII

Algunos días despues de la llegada de Gadifer á la isla de Erbania; acompañado aquel de Remonet de Lenedan, y hasta treinta y cinco hombres mas de sus compañeros, se internaron con direccion al riachuelo de las Palmas, por si podian encontrar á algunos de sus enemigos (1). Cuando llegaron cerca de aquel punto era ya de noche, y habiendo hallado una fuente, descansaron un rato en ella, subiendo despues por una montaña, de cuya cima puede descubrirse gran parte del pais; pero al llegar como á la mitad de la subida, los españoles no quisieron continuar mas adelante, y se volvieron veinte y uno, la mayor parte ballesteros; esto disgustó mucho á Gadifer, pero siguió su camino adelante con los trece hombres que le quedaban, entre los cuales solo habia dos arqueros. Llegados á la cima de la montaña, tomó seis compañeros, y con ellos se fué hácia la parte por donde el arroyo cae á el mar, para reconocer si por alli habia algun puerto; y regresando despues por la orilla del arroyo, encontró á Remonet de Lenedan y á sus compañeros que lo esperaban á la entrada de las palmeras; esta entrada se halla tan cerrada que es una maravilla, tendrá de largo dos tiros de piedra, y de ancho dos ó tres lanzas. Allí les fué preciso quitarse los zapatos, para no resvalar sobre las piedras del pavimento, que se ha-

(1) Procuramos conservar en esta traduccion, en cuanto nos es posible, las palabras que caracterizan el espíritu de la conquista, y las ideas de la época. Los conquistadores llamaban sus enemigos á los pacíficos insulares, de quienes no habian recibido daño alguno, y cuya libertad y patria venian á arrebatárles á punta de lanza (N. del T.)

llaban tan lisas, que no era posible sostenerse sobre ellas sino con pies y manos; y aun era preciso que los de detras apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante; despues de este paso se entra en un valle, llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua; en este valle se podrán contar mas de ochocientas palmeras, que lo cubren con su sombra separadas en grupos de ciento y ciento y veinte, tan elevadas como mástiles de navios, de mas de veinte brazas de alto; pobladas de palmas verdes y frondosas, y cargadas de hermosos racimos de dátiles, que es una delicia verlas. En este hermoso sitio se detuvieron unos momentos á descansar y comer, bajo la sombra de las palmeras, á la orilla de uno de los arroyos; pues se hallaban muy fatigados.

Como Gadifer y su gente se encuentran con sus enemigos.

CAPITULO XXXVIII.

Despues de haber comido y descansado se volvieron á poner en camino, subiendo una gran cuesta, llevando tres compañeros delante á larga distancia, los cuales dieron con sus enemigos; así que los descubrieron cargaron sobre ellos, poniendolos en fuga; Pedro el canario aprehendió una muger, y otras dos se encontraron en una cueva, de las cuales la una tenia un niño al pecho, al que ahogó entre sus brazos, sin duda porque no llorase y la descubriera. Gadifer ignoraba este encuentro, mas suponiendo que un pais como aquel valle, debia tener algunos habitantes, dispuso rodearlo distribuyendo su poca gente en cerco, á distancia unos de otros, pues solo habian quedado con él once soldados.

Como los isleños envistieron á los castellanos.

CAPITULO XXXIX.

Encontraronse los castellanos que se habian quedado atrás con una partida de unos cincuenta isleños, los cuales les envistieron entreteniendolos, mientras ponian en seguridad, haciendo alejarse á sus mugeres y sus hijos. A los gritos y vocerío acudieron al sitio Remonet de Lenedan, y los demas compañeros, tan pronto como lo permitió la larga distancia á que se hallaban. Llegó el primero solo, Remonet de Lenedan, que envistió con los isleños, quienes lo cercaron atacandole de suerte que á no acudir tan pronto Hannequin d' Auberbose, hiriendo con espada en mano á cuantos se le presentaban delante, Remonet lo hubiera pasado muy mal, corriendo gran riesgo de morir. Acudió en seguida Godofredo d' Auzonville, armado de un arco, que bien necesitó, y en esto los isleños se pusieron todos en fuga. Gadifer que se hallaba próximo al sitio del encuentro avanzó cuanto pudo con otros tres compañeros, tomando el camino derecho á las montañas, hácia donde huian los canarios; y ya tan próximo á ellos que pudo hablarles, le cogió la noche, siendo tan obscura que con gran trabajo logró reunirse á sus compañeros, y todos juntos regresaron á la nave, habiendo pasado toda la noche caminando; solo pudieron hacer prisioneros cuatro mugeres, habiendo durado la persecucion desde la hora de visperas hasta entrada la noche, quedando tan fatigados unos y otros, que á penas podian dar un paso; y á no haber sido por la obscuridad de la noche que sobrevino, al llegar Gadifer y sus compañeros, ninguno de los isleños hubiese escapado, aunque los castellanos que se quedaron detras no se hallaron en el encuentro. Por este motivo Gadifer no hizo de ellos gran confianza, durante los tres meses que

tardó en llegar el Sr. de Bethencourt con refuerzo de otra compañía.

Como Gadifer pasó á la gran Canaria, y habló con los naturales de aquella isla.

CAPITULO XL.

Partió en esto de Erbania Gadifer y llegaron á la Gran Canaria á hora de prima, fondeando en un gran puerto que se halla entre Telde y Agüimes; vinieron al puerto sobre quinientos canarios, y despues de haber hablado con ellos y dádoles seguridades, fueron á bordo de la nave unos veinte y dos, todos reunidos, llevando higos y sangre de drago, que cambiaron por anzuelos, y varias piezas de hierro viejo, entre ellas algunos cuchillos pequeños; la sangre de drago que llevaron, valdria mas de doscientas doblas de oro, y lo que por ella se les dió apenas valdria dos francos. Retirados los canarios, cuando se acercaba la lancha á tierra, corvian los unos sobre los otros, durando esta escaramuza largo rato; y terminada, se arrojaban al mar y venian á la nave conduciendo sus efectos para cambiarlos; esto duró los dos dias que allí estuvo la nave. Gadifer habia enviado á Pedro el Canario, para que en su nombre hablase al Rey que se hallaba á cinco leguas de distancia; pero no habiende regresado á la hora que debia hallarse ya de vuelta, los españoles que eran dueños de la nave no quisieron aguardar mas, y se hicieron á la vela. Habiendo intentado hacer aguada á unas cuatro leguas de distancia, los canarios no les permitieron saltar en tierra; y á todos los extranjeros que se presenten en corto número los rechazarán sin duda, porque son muchos, y entre ellos se hallan no pocos varones nobles segun sus leyes y costumbres. Nosotros hemos encontrado el testamento de unos herma-

nos cristianos, á quienes mataron habrá como doce años (1391); eran trece personas, y dicen los canarios que los mataron porque escribieron á los cristianos que vinieran contra ellos. Siete años habian vivido entre los isleños, enseñándoles todos los días los artículos de la fé. En el dicho testamento se dice, que nadie debe fiarse de los canarios por buen semblante que muestren, porque son por su natural, traidores; y dicen que entre ellos se cuentan mas de seis mil gentiles hombres. Gadifer decia que ha haber tenido cien arqueros, y otros tantos hombres de todas armas, se hubiera fortificado en tierra, permaneciendo en el pais hasta que, con el auxilio de Dios, se hubiese sometido, convirtiendose á la fe de nuestro Señor Jesucristo.

Como la nave partió de la gran Canaria, y pasando por la inmediacion del Hierro, se dirigió á la isla de la Gomera.

CAPITULO XLI.

Partió la nave de la gran Canaria, haciendo rumbo á visitar todas las demas islas; se dirigieron á la del Hierro ja cual costearon á lo largo, sin tomar tierra, siguiendo á ja isla de la Gomera, á la que llegaron de noche; pero como los habitantes de la isla hiciesen algunas hogueras en la costa, hecharon un pequeño bote al agua, y en él se dirigieron á tierra algunos compañeros, guiados por los fuegos; encontraron á un hombre y tres mugeres á quienes prendieron, y los llevaron á la nave. Allí se mantuvieron hasta ser de día que volvieron á tierra para hacer agua; pero los habitantes del pais que se habian reunido en la costa, los atacaron de suerte que tuvieron que retirarse á la nave, sin hacer la agua; porque el terreno era muy desventajoso para nuestra gente.

Como Gadifer y su gente parten de la Gomera y vuelven á la isla del Hierro en la que permanecieron veinte y dos dias.

CAPITULO XLII.

Salieron de la Gomera con direccion á la isla de la Palma; pero una gran tormenta con viento contrario los obligó á tomar el rumbo de la isla del Hierro, á la que llegaron de dia; saltaron en tierra, y alli permanecieron lo menos veinte y dos dias; aprisionaron cuatro mugeres y un niño, y hallaron en esta isla puercos, cabras, y ovejas en gran número; el terreno hasta una legua al rededor de la costa es muy áspero y quebrado, mas en el interior de la isla que se halla muy elevado, es un pais delicioso, poblado de grandes bosques, siempre verdes, y se hallan en ellos mas de cien mil pinos, de los cuales la mayor parte son tan corpulentos, que dos hombres no podrian abrazar el tronco; hay aguas en abundancia, y buenas; y tantas codornizes que es maravilla; llueve con frecuencia; y son muy pocos los habitantes que tiene la isla, por haber apresado muchos todos los años; y en el de 1402 se llevaron segun dicen cuatrocientas personas; y las que quedan hubieran venido á nosotros, si hubieramos tenido un intérprete.

Como la nave pasa á la isla de la Palma, y regresa costeando las islas.

CAPITULO XLIII.

Halló Gadifer modo de hacerse con un intérprete conocedor de la tierra, y que hablaba el idioma del pais, para reconocer la isla del Hierro y las otras. Despues salieron de aquella, haciendo rumbo á la de la Palma; tomaron en ella puerto, enfrente de un riachuelo que desagua en el

mar, se proveyeron de aguada para su regreso, y continuaron costeano hasta doblar la isla; sopló entonces un viento tan favorable que en dos dias y dos noches llegaron al puerto de Rubicon, que dista de la Palma quinientas millas (1), cuyo camino hicieron, costeano las demas islas, sin tomar tierra en ninguna de ellas. Invirtieron en esta espedicion tres meses, regresando todos con buena salud, de la que tambien hallaron disfrutar sus compañeros en Lanzarote; quienes tenian en el castillo de Rubicon mas de cien prisioneros, habiendo muerto á muchos insulares, y hallandose los que quedaban en tanto aprieto, que no sabian donde refugiarse; asi es que todos los dias se presentaban algunos á ponerse á merced de los del castillo quedando ya muy pocos que no hubiesen sido bautizados, especialmente de los que mas podian temerse; de suerte que se considera terminada la conquista. En cuanto á la isla de Lanzarote, solo tendria unos trescientos hombres cuando llegamos; aunque pequena, es una buena isla; tendrá doce leguas de largo y cuatro de ancho; en ella desembarcó el Sr. de Bethencourt en el mes de Julio de 1402.

Como fueron visitadas las demas islas por Gadifer, y de las cosas apreciables que hay en ellas.

CAPITULO XLIV.

En cuanto á las demas islas, el Sr. Bethencourt las ha hecho visitar por el Sr. Gadifer, y otros á quienes dió este encargo; quienes lo cumplieron examinando el mejor modo como podran ser conquistadas; frecuentandolas y

(1) Esta distancia no escede de 240 millas, como todos saben. Tales errores no deben estrañarse, atendiendo al estado de los conocimientos sobre las islas, en el tiempo en que se escribió esta historia (N. del T.)

permaneciendo en ellas por espacio de tiempo; viendo y reconociendo el provecho de que pueden ser; y podrá sacarse de ellas mucho provecho, siendo de buenos aires, sanos y agradables; y no puede dudarse que si se hallasen pobladas de gente como hay en Francia, que supieran utilizarlas, serian unas buenas islas y muy productivas; y si Dios es servido que venga el Sr. de Bethencourt, con el favor de Dios llevará á buen término esta conquista.

Como el Sr. de Bethencourt llegó al puerto de Rubicon, en la isla de Lanzarote y como fué recibido.

CAPITULO XLV.

El mismo día que la nave llegó al puerto de Rubicon, de regreso de las islas, salió para el puerto llamado de Aratif ó Alcatif, donde se la proveyó de carne para su vuelta, y se hizo á la vela con rumbo á su pais en España. En ella envió el Sr. Gadifer, á un gentil hombre llamado Godofredo d' Ausenville, con cartas para el Sr. de Bethencourt, dándole cuenta del estado de las cosas, y de la expedición hecha en la nave. Pero antes de que esta nave llegase á España, el Sr. de Bethencourt, arribó al puerto de Rubicon, con una pequeña pero lucida compañía; salieron á su encuentro el Sr. Gadifer con su gente, y no podría esplicarse el gran recibimiento que le hicieron. Se hallaban allí tambien los insulares que habian sido bautizados, los cuales se postraron en tierra; siendo este un acto, segun la costumbre del pais, con el cual significaban, que se ponian bajo la merced y gracia de la persona ante la cual se prosternaban: veíase llorar á todos de alegría, grandes y pequeños; de tal suerte que las noticias de este recibimiento llegaron al Rey, que tantas veces habia sido hecho prisionero, y tantas se habia fugado; y así él como su gente, se acobardaron de suerte que á los tres

días fué aprisionado de nuevo con diez y ocho de sus parciales, hallandose al hacer la prision muchos viveres que fueron recogidos, cebada y otras muchas cosas. Cuando los insulares que quedaban, supieron que su Rey habia sido preso, viendo no les quedaba modo alguno de resistir, se presentaban todos los dias algunos, á ponerse á la merced del Sr. de Bethencourt. Pidió el Rey hablar con este Señor, y conducido á su presencia, hallandose allí el Sr. Gadifer y otros muchos, se prosternó declarando que se reconocia vencido, y se ponía á la merced del Sr. de Bethencourt, pidiendole gracia, como al Sr. Gadifer, y añadiendo queria ser bautizado y que lo fuesen los de su casa. Con mucho contento oyeron esto, el Sr. de Bethencourt y los suyos, pues consideraban este suceso como un feliz principio para la conquista de las islas, y conversion de sus habitantes á la fé cristiana. Apartados á un lado el Sr. Bethencourt y el Sr. Gadifer, se abrazaron, derramando lágrimas de placer, enternecidos al considerarse la causa de que se pusieran en el camino de salvacion tantas almas; y acordaron entre los dos como y cuando se verificaría el bautismo.

Como el Rey de Lanzarote pidió al Sr. de Bethencourt ser bautizado.

CAPITULO XLVI.

El jueves 20 de Febrero del año 1404, antes de carnestolendas, el Rey pagano de Lanzarote, pidió al Sr. de Bethencourt ser bautizado con su familia, el primer dia de cuaresma; mostrando por su semblante, obraba con muy buena voluntad, y con la esperanza de ser muy buen cristiano. Lo bautizó el Sr. Juan Verrier, capellan del Sr. de Bethencourt; poniendole el nombre de Luis, segun este señor lo dispuso. Y como se esperaba que todos los habi-

tantes de la isla, hombres y niños, se harían bautizar, se ordenó una instrucción, tan suscita como se pudo arreglar, para instruir con ella á los que se hallaban bautizados, y á los que con el favor de Dios, se bautizasen en adelante. Escrivieronla lo mejor que pudieron Fr. Pedro Bontier y el Sr. Juan le Verrier.

Esta es la instrucción que el Sr. de Bethencourt dió á los cristianos canarios bautizados. (1)

CAPITULO XLVII.

Primeramente se ha de saber, que hay un solo Dios Todo-poderoso, que en el principio del mundo formó el Cielo y la Tierra, las Estrellas, la Luna y el Sol, el mar, los pezes, las bestias, las aves, y al hombre llamado Adán; y de una de sus costillas formó á la muger, llamada Eva, madre de todos los vivientes, y la llamó Adán *Virago*, esto es, muger de mi costilla: y formó y ordenó todas las cosas que hay debajo del Cielo, y hizo un lugar muy delicioso llamado el Paraiso Terrenal, en donde puso al hombre y á la muger, y allí al principio *solo hubo una muger unida á un solo hombre, y el que creyere otra cosa peca* (2). Y les dejó comer de todos los frutos que habia allí, excepto de uno que expresamente les prohibió; pero poco despues por instigacion del Diabolo, que

(1) Por razones que fácilmente alcanzará el lector, copiamos la traducción que de este capítulo y los siguientes hasta el 52 hizo el erudito D. José de Viera y Clavijo, segun se halla inserta en sus *Noticias de la historia general de las islas Canarias*. (N del T.)

(2) Se insistía en esto sin duda, para apartar los isleños de la poligamia, especialmente de la que reynaba en Lanzarote, donde una sola muger tenia hasta tres maridos (N. de Viera)

tomó la figura de una Serpiente, y habló á la muger, la hizo comer del fruto que Dios habia vedado, y ella hizo comer á su marido, y por este pecado los hizo Dios arrojarse del Paraiso Terrenal y de delicias, y echó tres maldiciones á la Serpiente, y dos á la muger, y una al hombre, y desde entonces fueron condenadas las almas de todos los que morian antes de la Resurreccion de nuestro Señor Jesu-Cristo, que quiso tomar carne humana en la Virgen Maria para redimirnos de las penas del Infierno, á donde iban todos hasta el tiempo dicho.

Del arca de Noé, torre de Babel y confusion de las lenguas.

CAPITULO XLVIII.

Y despues que las gentes empezaron á multiplicarse sobre la tierra, hicieron muchos males y pecados horribles, de que nuestro Señor se indignó, y dijo, que lloveria hasta destruir toda carne, que habia sobre la haz de la tierra; pero Noé que era varon justo, y que temia á Dios, halló gracia delante de él: al cual dijo, que queria destruir toda carne de hombre, hasta las aves, y que su espiritu no permaneceria mas en el hombre, y que atraeria las aguas del Diluvio sobre ellos. Y le mandó que hiciese un Arca de madera, cuadrada, acepillada y carenada por dentro, y por fuera con betun. El betun es una cola tan fuerte y pegajosa que quando se unen dos piezas con él, no hay otro modo de separarlas, que con la sangre natural de flores de muger, (1) y se encuentra flotante en los mayores

(1) Para testimonio de la sencillez de los AA. de este Catecismo, y de la simplicidad de aquellos tiempos, se notó este error popular en el tom. 1.º de nuestra obra; pero parece que no faltaron algunos critiquillos, que lo murmuraron, por que no lo entendieron. (N. de Viera.)

Lagos de la India sobre las aguas. Que esta Arca fuese de cierto largo y anchura, en la cual haría entrar á su muger, y á sus tres hijos, y tres mugeres, y de todo cuanto tuviese vida metiese consigo un par de cada cosa, y de aquellos descendemos todos. Pasado el diluvio, cuando vieron que se multiplicaban en gran número, cierto hombre llamado Nembrod, quiso reynar por fuerza, y se juntaron todos en un campo, llamado campo de Sanáar, y dieron orden para señorearse en comun de las tres partes del mundo, y que los descendientes de Sem, el hijo mayor de Noé, llevarian el Asia; los descendientes de Cam, otro hijo de Noé, llevarian el Africa; y los descendientes de Jafet, el hijo mas pequeño, llevarian la Europa. Pero antes de partirse, emprendieron una torre tan grande y tan fuerte, que llegase hasta el Cielo, para perpétua memoria de ellos; mas Dios, viendo que no desistirian de la obra, les confundió las lenguas, de suerte que ninguno entendia las palabras del otro, y de aqui vinieron los idiomas, que hay ahora; y despues envió sus Angeles, que escitaron un viento tan fuerte, que derribaron la torre hasta los cimientos, que todavia se reconocen, como dicen los que lo han visto.

Continua la instruccion de la fé.

CAPITULO XLIX.

Y despues se repartieron por las tres partes del Mundo, y las presentes generaciones descenden de ellos, y de uno salió Abrahan, hombre perfecto y que temia á Dios, á quien Dios dió la tierra de promision, y á los que traen causa de él; y Dios los amó mucho, y los hizo su Pueblo Santo, y se llamaron los hijos de Israel, y los sacó de la esclavitud de Egipto, é hizo grandes maravillas por ellos, y los ensalzó sobre todas las naciones

del Mundo mientras los halló buenos y obedientes; pero ellos, contra su precepto y voluntad, se mezclaron con las mugeres de otras leyes, y adoraron los Idolos y Beceros de Oro, por lo que se indignó muchas veces, y los hizo destruir, poniendolos entre las manos de los Paganos y Filisteos; y asi que se arrepentian y le pedian merced, los aliviaba y los ponía en gran prosperidad, y hizo por ellos cosas, que jamás hizo por otro pueblo: por que les dió Profetas por cuya boca hablase el Espiritu Santo, y les anunciassen las cosas por venir, y la venida de nuestro Señor Jesucristo que habia de nacer de una Virgen, á saber, la Virgen Maria, que descendia de aquel pueblo; de la linea del Rey David, el cual Rey descendia de la linea de Judá, hijo de Jacob; y que redimiria á todos los que estaban condenados por el pecado de Adan. Pero ellos no le quisieron creer, ni reconocer su advenimiento, antes bien le crucificaron y dieron muerte, sin embargo de los grandes milagros, que habia hecho á vista de todos, y por eso han sido destruidos, como todos sabemos, por que si vais por todo el Mundo, no hallareis judios que no vivan sujetos á otros, y que no pasen el dia y la noche con miedo y sobresalto de su vida, y por eso andan tan descoloridos como los veis.

Sigue el mismo asunto para instruccion de los Canarios.

CAPITULO L.

Asi, es constante, que antes que los Judios hubiesen dado muerte á nuestro Señor Jesu-Cristo, habia muchas personas que eran de sus Dicipulos, especialmente doce, de los cuales uno le fué traidor, y todos andaban de continuo con él, y le veian obrar grandes milagros, por lo que creyeron firmemente, y le vieron morir, y

despues de su Resurreccion se les apareció muchas veces, y los alumbró con el Espiritu Santo, y les mandó que fuesen por todas las partes del Mundo á predicar cuanto de él habian visto: y les dijo que todos aquellos, que creyesen en él fuesen bautizados, serian salvos, y que todos aquellos que no creyesen en él, serian condenados. Por tanto, creemos firmemente, que hay un solo Dios Todopoderoso y todo sabio, que bajó á la Tierra, y tomó carne humana en el vientre de la Virgen Maria, y vivió treinta y dos años y mas, y despues sufrió muerte y pasion en el árbol de la Cruz, para redimirnos de las penas del Infierno, adonde todos bajamos por el pecado de Adan nuestro primer Padre; y que resucitó al tercero dia, y entre la hora en que murió, y la hora en que resucitó, descendió al Infierno, y sacó á sus amigos, y aquellos, que por el pecado de Adan habian caido allí, y desde entonces ninguno entrará allí por este pecado.

Como debe creerse en los diez mandamientos de la ley de Dios.

CAPITULO LI

Debemos creer los diez Mandamientos de la ley, que Dios escribió con su dedo en dos tablas en el Monte Sinai mucho tiempo antes, y las entregó á Moysés, para que las mostrase al Pueblo de Israél, de los cuales hay dos mas principales, esto es, que es necesario creer, temer y amar á Dios sobre todas las cosas y con todo su espiritu: y el otro, que no se debe hacer á otro lo que nadie querría que otro le hiciese; y que el que guardare bien estos Mandamientos, y las cosas arriba dichas creyese firmemente, será salvo. Y tenemos por cierto, que todas las cosas que Dios mandó en la ley antigua, fueron figura de las del Nuevo Testamento; como la Ser-

piente de Metal, que Moysès hizo levantar en el Desierto muy alta sobre un madero, contra la mordedura de las culebras, fué figura de nuestro Señor Jesucristo, que fué clavado y levantado en alto en el Arbol de la Cruz para guardar y defender á todos los que en él creyesen, contra la mordedura del diablo, que tenia antes poderio sobre todas las almas, que habia perdido.

*Como debe creerse en el Santísimo Sacramento del altar.
De la pascua, confesion y otros puntos.*

CAPÍTULO LH.

En aquel tiempo mataban los judios un Cordero, de que hacian sacrificio en sus pascuas, y no le rompian ningun hueso, el cual figuraba á nuestro Señor Jesucristo, que fué crucificado y muerto en la Cruz por los Judios el dia de su Pascua sin romperle ningun hueso; y comian aquel Cordero con pan ácimo, esto es, pan sin levadura, y zumo de lechugas silvestres, el cual pan nos prefiguraba, que se debe hacer el Sacrificio de la Misa sin levadura; bien que los Griegos llevan la contraria: y como nuestro Señor sabia que habia de morir el Viernes, anticipó su Pascua, y la hizo el Jueves, y tal vez la hizo con pan fermentado; pero nosotros que tenemos la ley de Róma, decimos, que la hizo con pan sin levadura: y el zumo de lechugas campestres, que es amargo, nos prefiguró la amargura en que los hijos de Israel estaban en Egipto en su servidumbre, de que fueron libertados por órden y voluntad de Dios. Hay, pues, en este muchas cosas, que dijo y obró, que están llenas de misterios tan grandes, que nadie las puede comprender, si no es muy letrado: y por mas pecados que cometamos, no nos desesperemos jamás, como hizo Judas el traidor, sino que solicitemos el perdón con gran contricion del

corazon, y confesemonos devotamente, y nos perdonará; y no seamos nunca perezosos, porque es un grande riesgo, pues segun el estado en que nos cogiere, serémos juzgados. Si nos guardamos de pecar mortalmente en cuanto podamos, conseguiremos nuestra salvacion y la de nuestras almas; y tengamos siempre en memoria las palabras que aqui van escritas, y mostremoslas y enseñemoslas á los que hacemos bautizar aqui, pues egecutandolo así, podremos en grande manera conseguir el amor de Dios y la salvacion de nuestras almas y las suyas; y á fin de que las pudiesen entender mejor, hemos hecho y ordenado esta instruccion lo mas brevemente que hemos sabido, segun el corto entendimiento que Dios nos ha dado; por que tenemos firme esperanza en Dios, de que *algunos clérigos y hombres devotos vendran un dia de estos á este Pais*, los cuales arreglarán y pondrán todo en mejor forma y método, y les enseñarán los articulos de la Fé mejor que lo podemos hacer nosotros; y les esplicarán los milagros, que Dios ha obrado por ellos y por nosotros, el Juicio final, la universal Resurreccion, á fin de apartar sus corazones de toda falsa creencia en que han vivido largo tiempo y viven por la mayor parte.

Como el Sr. de Bethencourt visitó todas las islas; de su bondad y facilidad de conquistarlas con otros paises del Africa.

CAPITULO LIII.

Nadie debe admirarse de que el Sr. de Bethencourt emprendiese hacer una conquista como la de estas islas; porque otros muchos en tiempos pasados emprendieron y llevaron á cabo cosas mas maravillosas; y no puede dudarse que si los cristianos hubiesen auxiliado esta empresa, todas las islas, grandes y pequeñas se hallarian con-

quistadas; de lo que resultara tanto bien, que toda la cristiandad se regocijase; y el Sr. de Bethencourt, que ha visto y recorrido todas las islas Canarias, y la costa de los moros desde el estrecho de Marruecos, viniendo hácia las islas, como el Sr. Gadifer de la Sale, cuerdo caballero, dice que si algun noble Principe del Reyno de Francia, ó de otros, quisiera emprender alguna gran conquista por esta parte, sería una cosa muy hacadera y razonable, y que podría verificarse á muy poca costa; por que el Portugal, la España y Aragon, los proveería por su dinero de toda clase de víveres, y de mayor número de navios que pudiera hacerlo ningun otro pais, como tambien de pilotos que conocen estos puertos y costas; y no es posible hallar tierra alguna ocupada por los sarracenos, cuya conquista quiera hacerse, y sea mas licita, mas propia, ni mas fácil y menos costosa que la de estas partes; porque el viage á ellas es cómodo, corto y poco dispendioso, comparado con el viage á otras tierras; y en quanto á estas islas es el pais mas sano que pueda hallarse, no encontrandose reptil alguno venenoso. En ellas han vivido el dicho Sr. Bethencourt y sus compañeros, largo tiempo, sin haber experimentado enfermedad alguna, de lo que se maravillaban mucho. Desde la Rochela puede hacerse el viage con buen tiempo en menos de quince dias, y desde Sevilla en cinco ó seis, y de los demas puertos en esta proporcion. Hay una consideracion que demuestra las ventajas de esta conquista, y es que la tierra de los moros es un pais llano (1) y estenso, lleno de todos bienes, de grandes rios y ciudades populosas; puede á esto añadirse aun otra razon, que los infieles no tienen armaduras, ignoran el arte de las

(1) Suponese este pais que se describe, situado cerca de las islas, al otro lado del monte Atlas, desde el cabo de Non hasta el de Bojador. (N. del E. frances.)

batallas; y no saben lo que es la guerra; no pudiendo además, ser socorridos por otros pueblos, por que los Montes Claros, (1) que son muy grandes y maravillosos, los separan de los Berberiscos que se hallan á larga distancia; ni serían tampoco estos pueblos de temer, como lo fueran otras naciones; porque no tienen armas de alcance; lo que se demuestra bien, por el suceso del Sr. de Borbon (2) y otros muchos, que se hallaron en frente de Africa (3) el año 1390; siendo este el mejor y mas poderoso reyno de los moros; y es cosa de todos sabida que el arma mas temible en una batalla es el arco, especialmente en estos paises, donde no pueden usarse armaduras, como las que se usan en Francia, así por lo largo de los caminos, como por el mayor calor que se experimenta; pueden tener tambien prontas noticias del Preste-Juan; (4) y penetrando en el interior del pais se encuentra, á no mucha distancia, cierta clase de habitantes, llamados *Farsus* (5) que son cristianos, y podrian dar conocimiento de muchas cosas que serian de gran provecho, porque conocen el pais y hablan su idioma; en nuestra compañía llevamos uno que siempre permaneció en la conquista, visitando las islas, y por él hemos sabido muchas cosas.

(1) Montes Claros, ó el grande Atlas en Africa, á esta parte del cabo de Non; Berberia á el otro lado del monte Atlas. (N. del E. francés.)

(2) Empresa sobre Tunez de Luis II Duque de Borbon (id.)

(3) Africa; ciudad antes llamada Aphrodisium, no lejos de Tunez (id.)

(4) Preste-Juan, el Rey de los Abisinios y de Etiopia (id.)

(5) Farfus, cristianos, llamados Farfanos en Marruecos, y Babinos en Tunez (id.)

Como el Sr. de Bethencourt procura informarse de los puertos y pasages del pais de los Sarracenos.

CAPITULO LIV.

La intencion del Sr. de Bethencourt es visitar las costas y tierra firme desde el cabo de Cantin que se halla á la mitad de la distancia á España, hasta el cabo de Bojador, que es la punta de la tierra firme en frente de estas islas, y estenderse por el otro lado hasta el rio del Oro, para reconocer si se encuentra algun buen puerto, y punto que pueda fortificarse y ser bien defendido si llega el caso; á fin de que sirva de segura entrada en el pais, y dominarlo desde él. Y si el dicho Sr. de Bethencourt hubiera tenido algunos auxilios del reyno de Francia, no puede dudarse que al presente, ó en muy poco tiempo, hubiese conseguido su intento; especialmente en las islas Canarias como, Dios mediante, lo conseguirá; siendo, ademas, su propósito estender estas conquistas á otros paises, y para ello ha pedido el consejo y favor de su soberano y señor el Rey de Francia, porque sin auxilios y socorros no podrá llevar á perfeccion sus proyectos, formados en honor y engrandecimiento de la fé cristiana, que no se halla mas entendida, en estas partes, por falta de aquellos que tales empresas deberian acometer, y aun debieran haberlas ya realizado, para enseñar á estos pueblos el conocimiento de Dios, con lo que ganarian grande honor en este mundo, y merecimientos para la gloria eterna en el otro.

Como un religioso de la orden mendicante, discurre acerca de las cosas que ha visto, y de las cuales hizo un libro.

CAPITULO LV.

Y porque el dicho Sr. de Beshencourt tiene gran de-

seo de saber la verdad acerca del estado, gobierno y particularidades del pais de los sarracenos, y de los buenos puertos que se dice hallarse en la costa de la tierra firme que se estiende desde el cabo de Bojador, situado á doce leguas de distancia de la isla de Erbania, en donde al presente se halla el Sr. de Bethencourt, hemos anotado aquí algunas cosas relativas á dichos lugares, extractadas de un libro escrito por un religioso mendicante que recorrió aquel pais, y visitó todos sus puertos de mar, los reynos cristianos, y de paganos y de sarracenos que en él se hallan, los cuales describe, con los nombres de las provincias, armas de sus reyes y príncipes, y otras cosas que sería muy largo referir. Asi no tomaremos de esto, por ahora, mas que aquello que fuere necesario, por lo que toca á esta conquista. Y porque habla con mucha verdad de otros países que conocemos, juzgamos debe hacerlo tambien asi de las demas tierras; y por eso ponemos aquí algunas cosas que se hallan en su libro, y nos es necesario referir.

Del viage del Fraile mendicante á diversos países de Africa. (1)

CAPITULO LVI.

Empezamos esta relacion en el tiempo en que pasados los montes Claros, vino el Frayle mendicante á la ciudad de Marruecos capital de toda el Africa, llamada en otro

(1) Esta relacion se halla llena de inexactitudes, y hechos fabulosos, como ya lo notó el editor francés; juzgamos escusado advertir detalladamente los errores que contiene, porque los hechos á que se refieren no son del interés de la historia de estas islas. (N. del T.)

tiempo Cartago (1), la cual conquistó Scipion el africano; de allí se dirigió hácia el mar océano, á Nifet, Samor y Safi, que se halla cerca del cabo de Cantin; pasó despues á Mogador, que se halla en otra provincia llamada la Gazula, en donde principian los montes Claros, estenso país, provisto de todos bienes; continuó hácia la costa, llegando á un puerto llamado Samaten, desde donde pasó al cabo de Non que se encuentra viniendo hácia nuestras islas; allí se embarcó y vino al puerto de Sobrun (puerto Sabreira) siguiendo toda la costa de los moros que se llama las playas arenosas, hasta el cabo de Bojador, situado á doce leguas de nosotros, en un gran reyno llamado la Guinea; desde donde se encaminaron á reconocer estas islas, y otros muchos países por mar y por tierra de los cuales no hacemos mencion. Separado el fraile de sus compañeros de este viage, se dirigió hácia el Oriente, por muchos países diversos, hasta llegar á un reyno llamado Dongala, que se halla en la Nubia, y está habitado de cristianos; y el Preste-Juan, se llama en uno de sus títulos, Patriarca de la Nubia; corre este país por un lado hasta los desiertos de Egipto, y por el otro hasta el rio Nilo que viene de la region del Preste-Juan; se estiende el reyno de Dongala hasta donde el rio Nilo se divide en dos brazos (2) de los cuales, el uno forma el rio del Oro que viene hácia nosotros, y el otro se dirige á Egipto, entrando en el mar de Damietta; desde estos países se trasladó el fraile al Cayro, en Egipto, y en Damietta se embarcó en una nave de cristianos, viniendo en ella á Sareta ó Sareza, situada en frente de Granada, y desde allí pasó á la Ciudad de Marruecos, atravesó los montes Claros, y pasó por la Gazula; encontró allí unos moros, armando

(1) Esto es falso, pero disculpable atendida la ignorancia del tiempo en que se escribió. (N. del E. F.)

(2) Esta descripcion es falsa. (N. del E. F.)

una galera para el rio del Oro, se embarcó con ellos, y navegaron hácia el cabo de Non, y el cabo de Sobrun, y despues al de Bojador, siguiendo la costa del mediodia hasta el rio del Oro.

Continuacion del viage del Frayle medicante.

CAPITULO LVII.

Y segun dice el libro del Fraile, estando allí, encontraron por la ribera del rio unas hormigas muy grandes, que sacaban arena de oro de debajo la tierra (1); y los mercaderes hicieron una ganancia maravillosa en este viage; partieron despues de aquel punto, siguiendo su viage por la costa; hallaron una isla muy buena y rica, poblada de idólatras y llamada isla Gulpis (2) en la que hicieron gran negocio; partieron de ella y siguiendo adelante encontraron otra isla que se llama Caable (3) la cual dejaron á mano izquierda; encontraron despues una montaña en tierra firme, muy elevada, y de abundantes productos, que se llama Alboc, de la cual nace un rio muy caudaloso; desde allí regresó la galera de los Moros, quedandose el Frayle, quien despues de permanecer algun tiempo en el pais, se internó en el reyno de Gotoma (ó Goyama), donde se encuentran montañas tan altas, que se tienen por las mas elevadas del mundo; y algunos las llaman, en su idioma,

(1) Hormigas que sacan oro. Strabon l. 15. Mela l. 3. c. 7. Plin. l. 11. c. 61, dicen lo mismo de las Indias orientales; pero esto debe entenderse del Africa, hácia el rio del Oro. (N del E. F.)

(2) Toda esta geografia es incierta, y se halla muy embrollada (N. del E. F.)

(3) Cabul ó Caablesa. Esta isla puede ser alguna de las del Cabo verde; ó mas bien, isla en el rio Negro ó Senegal. (N. del E. F.)

los montes de la Luna; y otros los montes del oro; son seis y de ellos nacen seis caudalosos rios que todos desaguán en el rio del Oro, formando un gran lago, en el cual se encuentra una isla que llaman Paluay, poblada de negros. Desde allí siguió el fraile adelante hasta llegar á un rio llamado Eufrates, que viene del Paraiso terrestre (1); lo atravesó, siguiendo por muchos paises y por muy diversas comarcas hasta la ciudad de Melea, en que reside el Preste-Juan (2); donde permaneció muchos dias, viendo las cosas maravillosas que allí se hallan, de las cuales no hacemos aqui mencion, para volver mas brevemente á nuestra historia, y por el temor de que parezcan mentiras. Antes que el Sr. de Bethencourt viniese á la conquista de estas islas, salió de la llamada Erbania una lancha con quince compañeros, y se dirigió al cabo de Bojador, que se halla en el reino de Guinea á doce leguas de estas islas, allí apresaron algunos habitantes, regresando á la Gran Canaria, donde hallaron la nave con sus compañeros que los esperaban.

Continuacion del designio del Sr. Bethencourt de descubrir en Africa.

CAPITULO LVIII.

Y dice el frayle mendicante en su libro, que desde el cabo de Bojador al rio del Oro solo se cuentan ciento y cincuenta leguas francesas, y así lo demuestra la carta, cuya distancia es viage de tres singladuras, para naves y embarcaciones grandes, pues las pequeñas que na-

(1) Geografia bastante confusa (N del E. F.)

(2) Extraña travesía, desde el Eufrates al Preste-Juan. En aquel tiempo se empezaba á tener conocimiento del Preste-Juan de Etiopia, llamado así á imitacion del de Asia, derrotado por los Tártaros despues del año 1200, (N del E. F.)

vegan costeando, invierten mas tiempo; y para ir desde estas islas es cosa que á nosotros no nos da cuidado; y si las cosas de por acá son tales como el libro del fray-le español las describe, y asi como los que han frecuentado estos paises dicen y cuentan, con la ayuda de Dios, de los Principes y pueblos cristianos, la intencion del Sr. de Bethencourt es abrir el camino del rio del Oro, pues si este pansamiento viniese á buen fin, resultaria de ello grande honor y provecho al Reyno de Francia y á todos los Reynos cristianos, supuesto que por este medio nos aproximariamos á los dominios del Preste-Juan de donde tantas riquezas vienen. Y no puede dudarse que muchas cosas se han quedado por hacer, en tiempos pasados, por no emprenderlas; y no nos vanagloriamos de que lleve á término sus proyectos el Sr. de Bethencourt; pero hará con sus compañeros todo cuanto pueda, y justificará su buen deseo; y si no pudiere en manera alguna estender su conquista, completará con la ayuda de Dios, la de estos pueblos, reduciendolos á la fé cristiana, que se ha perdido siempre por falta de doctrina y enseñanza, lo cual es gran lástima; porque recorrase todo el mundo y no se hallará, en parte alguna, gente mejor formada y mas hermosa que los habitantes de estas islas; asi hombres como mugeres, tienen grande entendimiento, si hubiera quien los enseñara. Y porque el Sr. de Bethencourt tiene mucho empeño en saber el estado de los paises vecinos, asi islas como tierra firme, procurará con toda diligencia informarse de ello estensamente.

Como el Sr. de Bethencourt, Gadifer y sus compañeros tuvieron harto que sufrir por muchas maneras.

CAPITULO LIX.

Preciso es ahora volver á nuestro primer asunto, y que

lo prosigamos de aquí en adelante como las cosas sucedieron; y diremos que despues de la prision del Rey de la isla de Lanzarote, y consumidos los víveres que, el Señor de Bethencourt y el Sr. de Gadifer, recogieron al hacer dicha prision, pasaron muchas escasezes y tuvieron que sufrir grandes privaciones, á las cuales no se hallaban acostumbrados. Durante el espacio de un año se hallaron privados de pan y vino, viviendo de carne y pescado, durmiendo en el suelo sin cama alguna ni otro abrigo mas que la ropa que vestian, ya toda destrozada; y así hicieron la guerra á los insulares, á los cuales sometieron, siendo por la gracia de Dios bautizados y convertidos á nuestra santa fé; y por la traicion que se les hizo, como queda dicho, se revelaron contra nosotros, obligandonos á una guerra mortal, particularmente en Lanzarote.

Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer tuvieron entre si algunas disensiones.

CAPITULO LX.

Sucedió un dia en el año 1404, que hallandose el Sr. Gadifer de la Salle muy pensativo, preguntole el Sr. de Bethencourt lo que tenia, y por que se mostraba con tan estraño semblante, y contestole Gadifer que hacia ya mucho tiempo que se hallaba acompañandolo, y pasando grandes trabajos, y que le era muy desagradable ver que hasta entonces no habia sacado de ello provecho alguno; y así que esperaba le cediese una ó dos islas, á fin de ponerlas en valor y aumento para él y los suyos; y dijole ademas al dicho Sr. Bethencourt, que le cediese la isla de Erbania, y otra isla llamada Infierno, y la Gomera, supuesto que estas islas no se hallaban aun conquistadas, y para dominarlas quedaba harto que hacer. Cuando el Sr. de Bethencourt hubo oido esta pretension, respon-

dió así: “Sr. de la Sale, mi hermano y amigo, es bien cierto que al encontraros en la Rochela, quedasteis muy contento de venir conmigo, y nos hallabamos muy satisfechos el uno del otro; el viage que he hecho hasta aqui, lo emprendí desde mi casa de Grainuille en Normandia, conduciendo mi gente mi navio, viveres y artilleria, y todo lo que pude hasta la Rochela, donde os encontré, habiendo llegado á estas islas con el favor de Dios, y con vuestra ayuda, y la de todos los honrados gentiles hombres, y demas campeones de mi compañía; y para responder á vuestra pretension, debo deciros que las islas que me pedis no se hallan aun conquistadas, ni en el estado en que, Dios mediante, pienso ponerlas; porque me prometo someterlas á la obediencia, y bautizar sus habitantes. Ruegoos, pues, que no os incomodeis de mi compañía, mi intencion no es que perdais vuestro trabajo, ni dejáros sin la remuneracion que os es debida; así os suplico que terminemos esta empresa, permaneciendo siempre hermanos y amigos.” “Todo esto está muy bien, contestó el Sr. Gadifer, pero hay una cosa de la que me hallo muy descontento, y es la de que hayais prestado homenaje de estas islas al Rey de Castilla, llamandoos señor de todas ellas, y haciendo que dicho Rey lo mandase así pregonar en la mayor parte de su reyno, y especialmente en Sevilla, ordeuando que nadie viniese á dichas islas Canarias sin vuestro permiso, y que se os pagara el quinto en efectos ó dinero, de todas las mercaderias que se estrageran de estas islas y condujesen al reyno de Castilla.” “Por lo que hace á esto, contestó Bethencourt, es muy cierto que he prestado homenaje de las islas, y tambien que me considero el verdadero señor de ellas, pues que asi place al Rey de Castilla. Mas en quanto á satisfaceros, si llevais á bien aguardar la terminacion de esta empresa, yo os ofrezco daros tal recompensa, que quedeis de ella contento.” “No continuaré,

replicó Gadifer, mas tiempo en este pais, pues me es preciso regresar á Francia." El Sr. de Bethencourt, no pudo obtener mas esplicaciones del Sr. Gadifer, quien demostraba no quedar muy contento, aunque nada habia perdido, antes sí habia ganado de muchos modos, haciendo prisioneros y utilizando muchos efectos tomados en las islas; y si no hubiera perdido su nave, fuera su ganancia mayor. Apaciguaronse por entonces, al parecer, partiendo juntos de la isla de Lanzarote, para pasar á la de Erbania llamada Fuerteventura, donde les sucedió bien como se verá mas adelante.

Como el Sr. de Bethencourt vá á la isla de Erbania, del acierto de este viage y del fruto que se obtuvo de él.

CAPITULO LXI.

Despues de lo referido pasó el Sr. de Bethencourt á la isla de Erbania, y haciendo muchos prisioneros de sus naturales, los llevó á la isla de Lanzarote. Y dispuso fortificarse contra sus enemigos, á fin de sugetar el pais; y tambien para defenderse del Rey de Fez quien, segun le dieron á entender, pensaba hacer un armamento contra él, diciendo que todas estas islas le pertenecian. Como cosa de tres meses permaneció el Sr. de Bethencourt en esta isla, recorriendola toda, y hallando en ella hombres de extraordinaria estatura, y muy apegados y pertinaces en sus leyes y creencias. El Sr. de Bethencourt ha procurado fortificarse y tiene empezada una fortaleza en la pendiente de una gran montaña, sobre una fuente viva, á una legua del mar, que se llama Rico roque, la cual los isleños tomaron despues que el Sr. de Bethencourt volvió á España, matando mucha de la gente que en ella habia dejado.

Como el Sr. de Bethencourt y el Sr. Gadifer tuvieron nuevas contestaciones entre si, y de su empresa á la Gran Canaria.

CAPITULO LXII.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo empezado á fortificarse, se reprodugeron entre este señor y Gadifer las desagradables contestaciones que ya entre si habian tenido. Hallabase Gadifer en una especie de fortificacion que habia levantado, y desde ella dirigió á Bethencourt una carta en la cual solo le escribia estas palabras; *si llegais aqui, si llegais aqui, si llegais aqui*; á cuya carta contestó con otra el Sr. de Bethencourt diciendo, *si os encuentro ahi, si os encuentro ahi, si os encuentro ahi*. Asi permanecieron algun tiempo, dandose muestras de reconcentrado odio, hasta que pasados quince dias envió el Sr. de Bethencourt una brillante aunque pequeña compañía á la Gran Canaria, con la que partió el Sr. Gadifer el dia 25 de Julio de 1404, para reconocer aquella isla. En la travesia, y algunos dias despues de haber salido á la mar, sufrieron una gran tormenta, con viento contrario y tan recio que en un dia, es decir de sol á sol, hicieron una singladura de cien millas; llegaron despues de esto á la Gran Canaria, cerca de *Telde*, pero no se atrevieron á tomar puerto, porque el viento seguia muy fuerte, y se hallaba ya cerca la noche; navegaron como veinte y cinco millas mas adelante, hasta un lugar llamado *Argygneguy* (1), donde tomaron puerto, permanesiendo anclados once dias. Llegose allí Pedro el Canario á hablarles, y despues vino el hijo de Artamy (*Artemi*), rey del pais, y vinieron tambien otros

(1) Hoy Arguineguia (N. del T.)

muchos Canarios, pasando á bordo de la nave como lo habian hecho otras veces; y cuando vieron que nuestra gente era poca, trataron de hacernos una traicion. Dijonos Pedro el canario que nos permitirian refrescar la aguada, y nos darian algunos puercos, los cuales hicieron traer á la orilla del mar, donde pusieron gente emboscada. Mandamos la chalupa á tierra, y cuando estaba atracada á la orilla, manteniendo los canarios el cable, salió la emboscada sobre los nuestros, descargando una nube de piedras, que los puso en gran conflicto; nos hirieron dos hombres, y se apoderaron de dos remos, tres barriles de agua y un cable, arrojandose muchos isleños á la mar para coger la chalupa; pero Anibal, bastardo de Gadifer, sin embargo de hallarse herido, cogió un remo y con él auentó aquella turba, logrando desembarazar la chalupa, que pudo hacerse á la mar; algunos de su tripulacion se acobardaron, tendiendose en el fondo de la lancha, sin atreverse á levantar la cabeza; pero dos ó tres hidalgos del Sr. de Bethencourt que llevaban broqueles, resguardados con ellos, defendieron la chalupa. De regreso á la nave, bien apedreados y heridos, se reforzaron con algunos compañeros, y visto que se habia roto la tregua, volvieron á tierra sobre los canarios; pero estos que se hallaban armados con broqueles que, por los escudos de Castilla, se conocia haber sido cogidos á los españoles en otro tiempo, se defendieron bien y aunque nuestra gente arrojó gran número de muy buenos dardos sobre los canarios, no pudieron ocasionarles gran daño, y se retiraron á la nave, la cual zarpó de aquel puerto, navegando al de *Telde*, en el que permanecieron dos dias.

Como continuando las diferencias entre Bethencourt y Gadifer, parten estos señores para España.

CAPITULO LXIII.

Partió la nave de Telde, dirigiendose á la isla de Erbania, hácia el pundo donde se hallaba el Sr. de Bethencourt, sufriendo un tiempo contrario cuando llegaron cerca de la costa. Desembarcó el Sr. Gadifer, y viniendo por tierra dió con una emboscada de castellanos, que habian llegado en una nave cargada de viveres para el Sr. de Bethencourt, los cuales castellanos dijeron que un dia de aquella semana, habian sido acometidos diez de sus compañeros por cuarenta y dos isleños, dandoles duras embestidas que los pusieron en aprieto, aunque se hallaban bien armados; pero esto fué sin duda que los isleños observaron ser aquella gente visoña, pues no acostumbran á atacar así, á los que conocen ser fuertes, ni se empeñan en estos ataques. Despues de haber llegado Gadifer con toda la compañía, se irritó de nuevo al ver muchas cosas que le desagradaban, conociendo que cuanto mas tiempo permaneciese en el pais mas perderia en sus intereses; persuadióse ademas de que el Sr. de Bethencourt se hallaba muy en gracia del Rey de Castilla, por lo que habia oído decir al maestre de la nave, que condujo los viveres y refuerzos para el Sr. de Bethencourt; quien manifestaba que el Rey le habia enviado en auxilio del Sr. de Bethencourt, haciendo de este señor tantos elogios, que Gadifer maravillado no pudo contenerse, y dijo al maestre de la nave; que Bethencourt no lo habia hecho todo, y que á no haber sido ayudado por él y sus compañeros, no se hallaria ciertamente tan adelantado en la conquista; y que de haber llegado con aquellos refuerzos un año ó dos antes, mas aun se hubiera hecho en ella. Estas palabras y otras muchas que mediaron fueron repetidas por el maes-

tre de la nave, al Sr. de Bethencourt, quien quedó de ellas muy admirado, y pesaroso de que Gadifer se hallase resentido; y así es que habiendolo encontrado poco despues, le dijo "Hermano mio, mucho me admira que tengais tan grande envidia de mis honores y adelantos, y jamás creyera que me tuvierais tan mala voluntad." Respondióle el Sr. Gadifer, que no era justo perdiese su trabajo, que mucho tiempo hacia se hallaba fuera de su pais, y que al fin se habia convencido de que cuantos mas servicios prestase, menos adelantaria. Contestó á esto el Sr. de Bethencourt diciendo, "Hermano mio, muy mal pensais, suponiendome tan ingrato que reuse recompensar vuestros servicios cuando las cosas, Dios mediante, lleguen á mejor estado del que tienen en el dia." "Cededme las islas, dijo Gadifer, que en otro tiempo os pedí, y quedaré contento." "Tengo hecho homenaje de ellas, replicó Bethencourt, al Rey de Castilla, y no me desharé de ninguna." A estas palabras y contestaciones siguieron otras muchas que seria largo referir; y ocho dias despues, habiendo puesto en órden la gente, y provisto á sus necesidades, partieron de las Canarias los Sres. Bethencourt y Gadifer, dirigiendose á España, no muy contentos ni satisfechos el uno del otro. El Sr. de Bethencourt se embarcó en su nave, y el Sr. Gadifer en otra, llegando ambos á España donde defen dieron sus intereses. segun se verá á continuacion.

Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer llegan á España, y como el último no logrando sus pretensiones, se retiró á Francia, regresando á las islas el Sr. de Bethencourt.

CAPITULO LXIV.

Así que llegaron á Sevilla el Sr. de Bethencourt y Gadifer, entablaron sus pretensiones uno y otro, pero vien-

do este que nada adelantaria con el Rey de Castilla, manifestó su resolucion de retirarse á Francia, á donde dijo le llamaban sus intereses, y en efecto partió para este reyno, no volviendo á parecer mas en las islas. El Sr. de Bethencourt, como se dirá mas adelante, continuó la conquista que le dió harto que hacer; y dejaremos ahora esta materia para hablar de las islas que el Sr. de Bethencourt visitó é hizo visitar, y dar noticia de sus habitantes, costumbres y gobierno.

De la isla del Hierro y de sus habitantes.

CAPITULO LXV.

Hablaremos en primer lugar de la isla del Hierro, una de las mas distantes; es esta una bella isla, que tendrá siete leguas de largo y cinco de ancho; es naturalmente fuerte, pues no tiene puerto ni entrada buena; ha sido visitada por dicho señor Bethencourt y por otros; Gadifer estuvo mucho tiempo en ella; anteriormente debió hallarse bien poblada; pero fué repetidas veces invadida, y sus habitantes, hechos prisioneros, fueron llevados cautivos á tierras estrañas, así es que en el dia la poblacion es muy corta; la tierra es muy alta y llana, y se encuentra poblada de grandes bosques de pinos y laureles; sus terrenos son de muy buena calidad para la labranza, y pueden producir muy bien, trigo, vino y otros frutos; y se encuentran otros muchos árboles, produciendo frutos de diversas clases; hallanse tambien en ella halcones, azores, cogujadas, y codornices en gran número, y una clase de pájaros con plumas semejantes á las del faisán, y el cuerpo del tamaño de un papagayo, y tienen el vuelo muy corto. Las aguas son muy buenas; se encuentran muchos animales, particularmente puercos, cabras y ovejas; y hay una especie de lagartos grandes como gatos, que no ha-

cen daño alguno, pero su vista es muy desagradable y repugnante. Los habitantes de esta isla, así hombres como mugeres son de bella presencia; los hombres van armados de largas lanzas, pero sin hierro, porque no lo tienen ni otro metal alguno; se coge en esta isla bastante trigo de varias clases, y en la parte mas alta de ella se hallan unos árboles que estan siempre goteando una agua clara y hermosa, que se rocoge en unos hoyos al pie de los árboles, cuya agua es la mejor que puede hallarse para beber; y es de tal calidad, que cuando se haya comido con mucho esceso, si se bebe de ella, queda hecha la digestion antes de una hora, en términos de despertarse el mismo apetito que antes de comer se tuviera.

De la isla de la Palma que es la mas remota.

CAPITULO LXVI.

La isla de la Palma, que es la que mas se adelanta en el Océano, es mayor de lo que se demuestra en la carta, y es tambien muy alta y muy fuerte; está poblada de grandes bosques de diversos árboles, como pinos, dragos, de los que se recoge la sangre llamada de drago, y otros árboles que dán una leche muy medicinal, y frutos de diversas especies. Corren por esta isla varios arroyos de buenas aguas, y sus terrenos son al propósito para toda clase de labores, y muy abundantes de pastos. Se halla la isla bien poblada de habitantes, porque no ha sido saqueada como las otras; sus naturales son bien formados, y se alimentan con carne solo. Es el pais mas delicioso que hemos visto en estas islas, pero el que está menos á la mano, por ser esta isla al mas separada de la tierra firme. Sin embargo, solo distará del cabo de Bojador, que es la tierra firme de los Sarracenos, unas cien leguas francesas. Disfruta esta isla de ayres

muy sanos, y sus moradores tienen larga vida.

De la isla de la Gomera

CAPITULO LXVII.

La isla de la Gomera está catorce leguas mas cerca que la Palma; tiene la forma de un trebol; es fuerte, muy elevada y bastante llana; sus barrancos, son maravillosamente grandes y profundos; se halla este pais habitado de un pueblo numeroso, que habla el idioma mas extraño de estos paises, articulando las palabras con los labios, como si careciesen de la lengua; dice-se que un gran principe (1) por cierto Jelito cometido, hizo cortar la lengua á muchos de sus súbditos, desterrandolos á la Gomera; y si son los actuales habitantes sus descendientes, puede darse crédito á aquel hecho por el modo como hablan. La isla se halla poblada de dragos y de otros árboles en gran número; de ganado menor, y de muchas cosas raras que seria largo referir.

De la isla del Infierno ó Tenerife.

CAPITULO LXVIII.

La isla del Infierno que se llama Teneris (Tenerife) tiene la figura de un rastrillo, casi como la gran Canaria (2) y tiene cerca de diez y ocho leguas francesas de largo y diez de ancho; hácia el centro de ella se halla una gran montaña, la mas elevada de todas las islas Canarias; las faldas de esta montaña se estienden en todas direccio-

(1) Los escritores ingleses aseguran que fueron los Romanos. (N. del E. F.)

(2) Hoy todos saben que es un error; no hay semejanza alguna entre la forma de estas dos islas (N. del T.)

nes por la mayor parte de la isla; de su alrededor salen muchos barrancos poblados de grandes bosques, atravesados de aguas corrientes, y adornados de dragos, y de muchos otros árboles de diversas especies. El terreno es muy á propósito para toda clase de labores, y lo habita una numerosa poblacion; estos insulares son los mas osados de cuantos pueblos habitan las islas; y hasta ahora ninguno de ellos ha sido preso y llevado cautivo, como los de las otras islas. Se halla Tenerife situada al medio dia de la Gomera, á seis leguas de distancia, y al norte de la gran Canaria á cuatro leguas; dicese por aqui que esta es una de las mejores islas.

De la gran Canaria y de sus habitantes.

CAPITULO LXIX.

La gran Canaria tiene veinte leguas de largo y doce de ancho (1); su forma es la de un rastrillo; dista doce leguas de la isla Erbania, y es la que goza de mayor renombre; sus montañas de la parte del mediodia son grandes y maravillosas; por el lado del norte el pais es bastante llano, y su terreno propio para la labranza. Está cubierta de espesos bosques de pinos, abetos, dragos, acebuches, higueras y palmeras que producen buenos dátiles, y de otros muchos árboles de diversas especies y frutos. Se halla esta isla muy poblada, y entre sus moradores los hay que se llaman nobles, diferenciandose de los de otras condiciones. Tienen trigo, cevada y habas, que cosechan en toda la isla. Son muy buenos nadadores, y pescadores; andan desnudos, cubiertos solo con un tonelete tejido de

(1) Esto es tambien inexacto; son disculpables los errores geográficos que cometen los autores de esta obra por la razon que ya dejamos manifestada. (N. del T.)

hojas de palmera; la mayor parte de ellos tienen sus carnes labradas con diferentes dibujos segun el capricho y gusto de cada uno; llevan el cabello sugeto por la espalda, á manera de una trenza; los hombres son bien formados, y las mugeres muy hermosas; estas visten unas pieles con que cubren sus carnes deshonestas. Abunda la isla de animales como puercos, cabras, ovejas, y unos perros salvages que se asemejan á los lobos, aunque son pequeños. Asi el Sr. Bethencourt, como Gadifer y otros muchos de sus compañeros, han visitado esta isla para reconocer sus entradas, naturaleza del terreno, costumbres y gobierno de sus habitantes; las entradas son buenas y sin peligro, pero tengase sin embargo la precaucion de sondear los puertos y costas por donde toda nave haya de aproximarse á tierra. A media legua de la costa por la parte del Nordeste se hallan dos lugares ó Aldeas distantes dos leguas entre si, llamado el uno *Telde* y el otro *Argonés* (Agüimes) situados ambos á la orilla de dos arroyos de agua corriente; y á veinte y cinco millas de estos lugares hácia el Sueste, se encuentra otra Aldea en la misma orilla del mar, en sitio muy apropiado para ser fortificado; corre tambien por este pueblo un arroyo de agua dulce, y se llama la Aldea *Arginegy* (Arguineguin); pudiera ser este un excelente puerto, para naves pequeñas, que se hallarian al abrigo de la fortaleza. No puede negarse que esta sea una muy buena isla; sus terrenos dan dos cosechas de trigo al año, sin beneficio alguno, de suerte que por mal que se labre y cultive la tierra produce toda clase de abundantes frutos.

De la isla de Fuerteventura ó Erbania y de sus Reyes.

CAPITULO LXX.

La isla de Fuerteventura que nosotros llamamos Er-

bania, como la llaman en la Gran Canaria, se halla á doce leguas de esta, por la parte del Nordeste, tendrá sobre diez y siete leguas de ancho, pero por algunos sitios no excederá el ancho de una legua de mar á mar. Hallase una parte de ella cubierta de arena; y se encuentra una gran muralla de piedra que divide la isla de un lado al otro. El pais es llano y en alguna parte montañoso, y puede recorrerse á caballo de un extremo al otro; en el espacio de cuatro ó cinco leguas se encuentran varios riachuelos de agua dulce y corriente, que bastaría para dar movimiento á algunos molinos; en las inmediaciones de estos riachuelos crecen grandes bosques de unos árboles llamados *Tarhaïs* (Tarajales) que destilan una goma á manera de sal blanca y hermosa; la madera de estos árboles no es propia para construcciones, por ser muy torcidos los troncos; sus hojas se asemejan á las del brezo; crecen allí tambien unos árboles que dán leche muy medicinal, á manera de bálsamo; y hay otros de maravillosa hermosura, que dan aun mas leche que los anteriores, sus troncos son cuadrados, con varias fâces, y cada una se halla guarnecida de una hilera de puas, sus ramas son gruesas como el brazo de un hombre, y cuando se cortan sale de ellas una leche abundante que es de maravillosa virtud. Se hallan muchas palmeras, con buenos dátiles; azebuches y lentiscos en gran número; crece en esta isla una planta de mucha estimacion que se llama *Orchilla* (1); sirve para teñir paños, y otras cosas, y es la mejor planta de esta clase que pueda hallarse en pais alguno; y si esta isla llega á ser conquistada, y sus habitantes convertidos á la fé cristiana, la orchilla será un producto de gran valor para el señor del pais.

(1) Orchilla, planta de tinte, de mucho precio, *oriocola* ú *orrocóla*, de la que se hace un gran tráfico en todas partes. Cadamosto hace mencion de ella. c. 8. (N. de E. F.)

Esta isla no se halla muy poblada, pero sus naturales son de grande estatura, y apenas es posible aprisionar los vivos; siendo de tal condicion, que si alguno es hecho prisionero, y vuelve entre ellos, lo matan irremisiblemente. Encuentranse muchas aldeas; viviendo estos isleños mas reunidos que los de la isla de Lanzarote. No usan de sal, y se alimentan con carne sola, que secan sin salarla en gran cantidad, colgandola en sus viviendas, donde la dejan secar bien, y en este estado la comen. Esta carne es sin comparacion alguna mucho mas sabrosa y de mejor calidad que la que se come en Francia. Las habitaciones despiden muy mal olor, á causa de las carnes que cuelgan en ellas. Comen estos isleños el sebo, de que se hallan muy provistos, como nosotros comemos el pan; tienen tambien muy buenos y abundantes quesos, hechos de la leche de cabras, de cuyos animales hay en esta isla mas abundancia que en ninguna otra; siendo tal su número que podrian cogerse cada año sesenta mil y beneficiarse sus pieles y sebo, del que podrá dar muy bien cada cabra treinta ó cuarenta libras, pues es verdaderamente maravillosa la cantidad de grasa que rinden estos animales, cuya carne es tan buena y aun mejor con mucho que la de Francia. No se encuentran en esta isla buenos puertos donde puedan invernar grandes naves; pero los hay seguros para embarcaciones menores; en cualquier punto del pais llano que se habra un pozo, se encuentra agua dulce, para riego y cualquiera otro uso que quiera hacerse de ella; hay muy buenos pedazos de tierra para la labranza; estos isleños son de duro entendimiento, y muy apegados á sus creencias; tienen templos donde hacen sus sacrificios. Esta isla es la mas cercana de la tierra de los sarracenos, pues solo dista doce leguas del cabo de Bojador, que está en la tierra firme de Africa.

De las islas de Lanzarote y de Lobos.

CAPITULO LXXI.

La isla de Lanzarote se halla á cuatro leguas de la isla de Fuerteventura por la parte del Norte Nordeste, y entre estas dos islas se encuentra situada la de Lobos, que es casi redonda y está despoblada; su estension será de una legua de largo y otra de ancho, y dista como un cuarto de legua de Fuerteventura y tres leguas de Lanzarote; hácia la parte de Erbanía se encuentra un buen puerto para galeras. A esta pequeña isla acude un maravilloso número de lobos marinos, de los cuales pudiera beneficiarse cada año, en pieles y grasa, un valor de mas de quinientas doblas de oro. En cuanto á la isla de Lanzarote, á la que los naturales llaman *Tite Roy-gatra*, es del tamaño y forma de la isla de Rodas; tiene muchas aldeas y buenas casas, y estuvo en un tiempo muy poblada; pero los españoles y otros corsarios, saquearon esta isla muchas veces, aprisionando y llevándose esclavos á sus habitantes, en tanto número que hoy quedan ya muy pocos; y cuando el Sr. de Bethencourt arribó á esta isla, no escederian de trecientas personas las que con gran trabajo sometió; y por la gracia de Dios, fueron bautizados. Por la parte de la isla Graciosa, es la entrada de Lanzarote tan escabrosa, que no fuera posible penetrar en el pais por ella á viva fuerza; por la parte que mira á la Guinea, que es la tierra firme de los Sarracenos el pais es llano, despoblado de bosques, creciendo únicamente en aquellos terrenos algunos pequeños arbustos, solo útiles para el fuego; de estos arbustos el que llaman higuera (son los cardones) se estiende por toda la isla, de un extremo al otro, y da una especie de leche muy medicinal. Se hallan muchas fuentes y cisternas, abundancia de pastos, y buenas tierras de labor; recogese gran cantidad de cebada, de la que se hace muy

buen pan. Esta isla se halla bien provista de sal, sus habitantes son de bella presencia, los hombres andan desnudos cubiertos solo de un mantelete, que les cuelga por la espalda hasta la rodilla, y no se avergüenzan de llevar descubiertas sus carnes; las mugeres, al contrario, son muy honestas y hermosas; van vestidas de una hopalandá de piel que les llega á los pies; la mayor parte de ellas tienen tres maridos, que alternan por meses en sus funciones conyugales, y el que sale de turno sirve de criado á la muger durante el mes siguiente. Son estas isleñas muy fecundas, pero escasas de leche, por lo que dan el alimento á sus hijos con la boca, lo que es causa de que tengan el labio inferior muy caído, afeandolas mucho este defecto. Esta isla de Lanzarote es un buen país; pueden llegar á ella muchos mercaderes y mercaderías, teniendo dos escelentes puertos, seguros y capaces; crece en ella mucha orchilla, produccion muy estimada. Dejaremos de hablar ya de esta materia para ocuparnos del Sr. de Bethencourt, que se halla en la corte del Rey de Castilla.

Como el Sr. de Bethencourt pide licencia al Rey de España y regresa á las islas.

CAPITULO LXXII.

Asi que el Sr. de Bethencourt hubo terminado su negocio con el Sr. de Gadifer, recogió del Rey de España las Reales cédulas de como habia prestado homenaje de las islas Canarias, y tomó su real venia para regresar á las islas, en donde hacia suma falta. El referido Gadifer habia dejado en ellas á su bastardo, con algunos de sus parciales, por cuya causa deseaba dicho Sr. de Bethencourt volver cuanto antes á Canarias; y no hubiera ido á Castilla, á no recelar que Gadifer, para perjudicarlo, di-

jera al Rey de Castilla alguna cosa que le desagradase. Además, Bethencourt deseaba también obtener las Reales cédulas que se le espidieron; pues aunque el Rey le había otorgado antes otras, no eran tan favorables como las últimas. Dióle el Rey pleno poder para acuñar moneda en las islas, y para cobrar el quinto del valor de todas las mercaderías que se estrageran de dichas islas para España. Estas cédulas se estendieron ante un tabelion llamado Sariche, vecino de Sevilla. En esta ciudad estimaban tanto al Sr. de Bethencourt, que después de agasajarlo le hicieron varios presentes de armaduras, viveres, oro y plata. Después de haberse despedido del Rey, regresó Bethencourt á las islas, contento y satisfecho del buen éxito de sus negocios, y arribó á Fuerteventura, donde fué recibido por sus gentes con las mayores demostraciones de alegría, como se verá en seguida.

Como el Sr. de Bethencourt llegó á la isla de Fuerteventura, su recibimiento, y de lo que después aconteció.

CAPITULO LXXIII.

Al llegar el Sr. de Bethencourt á la isla de Erbania llamada Fuerteventura, encontró en ella á Anibal, bastardo del Sr. Gadifer, quien salió á su encuentro á recibirlo y saludarlo y siendo muy bien acogido le dijo: “Señor ¿que ha sido del Señor mi amo?, A cuya pregunta contestó Bethencourt.—“Ha marchado á Francia su pais.”—“Mucho me holgara, replicó Anibal, de hallarme con él.”—“Ireis conmigo, le dijo Bethencourt, terminada que sea, si Dios quiere, esta empresa.”—“Me hallo admirado, volvió á decir Anibal, que el Sr. Gadifer no nos dé noticia alguna de su persona.”—“Creo, le contestó Bethencourt, que os haya escrito con mi criado.” Y en efecto así era. Entró el Sr. de Bethencourt en la fortaleza llamada de-

Rico-roque, la cual habia hecho edificar; y en ella encontró una parte de su gente, hallandose ausentes quince hombres que aquel dia habian salido á recorrer el pais y perseguir á sus naturales, quienes los recibieron con gran valor, y arremetiendoles despues vigorosamente, les mataron sobre el campo seis hombres, teniendo los restantes que retirarse muy mal parados á la fortaleza; este desastre fué bien pronto reparado por el Sr. de Bethencourt. Hallabase construida otra fortaleza, en la cual residia Anibal con una parte de los conquistadores, la cual llamaban Baltarhayz (Valtarajal) y proponiendose ocuparla el Sr. de Bethencourt se dirigió á ella con toda su gente, abandonando el fuerte de Rico-roque, que fué destruido en seguida por los insulares; quienes pasando acto continuo al puerto de Gardines, á una legua del cual tenia el Sr. de Bethencourt el depósito de víveres, incendiaron una capilla que alli habia, y se apoderaron de muchos efectos, del hierro y cañones, rompiendo los cofres y toneles, y destruyendo cuanto encontraron. El Sr. de Bethencourt reunió toda la gente que tenia en Fuerteventura, no pudiendo hacer venir la que estaba en Lanzarote, y salió con ella á campaña el buen señor; muchos encuentros tuvo con los enemigos, quedando siempre victorioso, pero señaladamente en dos jornadas, en las cuales murieron muchos insulares; y á los que pudieron cojer vivos los envió el señor Bethencourt á Lanzarote, para que al cuidado del Rey de aquella isla, que habia permanecido allí, cuando el Sr. de Bethencourt partió con Gadifer para España, labráran la tierra, y rehabilitáran las fuentes y cisternas, que Bethencourt habia hecho destruir, por Gadifer y sus compañeros, durante la guerra que entre ellos tuvieron, por ciertas causas, antes de haber conquistado el pais; siendo ahora muy necesarias dichas fuentes, para abrebar el ganado tanto domestico como salvaje, que siendo en gran número, moriria de sed. Y el dicho Rey ha pedido al

Sr. de Bethencourt que le envíe paños para vestuario, y artillería; por que todos los naturales de Lanzarote se inclinan á ser arqueros y gente de guerra, y se portaron con mucho valor, auxiliando á los cristianos contra los isleños de Erbania, lo mismo que hacen en el día, habiendo muerto muchos de ellos en la guerra, combatiendo al lado de los nuestros. En este tiempo los de Erbania, para sostener la guerra, han reunido y hecho tomar la defensa á todos los hombres de edad de 18 años arriba; y notase que son muy guerreros, porque tienen en el país los mas fuertes castillos que en parte alguna puedan hallarse; los cuales han abandonado, retrayéndose de defenderse en ellos, por el temor de quedar encerrados; pues no alimentándose mas que de carne, si quedasen sitiados en sus fortalezas, no podrian vivir, por que no salando la carne, no pueden conservarla mucho tiempo; y no es maravilla que si entre nosotros, habitando la tierra firme y ocupando una grande estension de país, se hacen la guerra unos pueblos á otros, se la hagan tambien los que habitan estas islas; pero Dios permite todas estas cosas, para que en nuestras tribulaciones, tengamos verdadero conocimiento de su poder infinito, porque cuantas mas adversidades esperitemos en esta vida, tanto mas debemos humillarnos ante la divina magestad. El suceso antes mencionado de la muerte dada por los isleños á algunos soldados de Bethencourt tuvo lugar el día 7 de Octubre de 1404.

Como el dicho Sr. de Bethencourt, hizo reedificar el castillo de Rico-roque, y de sus combates con los isleños,

CAPITULO LXXIV.

El 1.º de Noviembre siguiente (1404) el Sr. de Bethencourt volvió á Rico-roque, y haciendo reedificar es-

ta fortaleza, envió á buscar refuerzo de gente, á la isla de Lanzarote, asi naturales de ella, como de los suyos que vinieron á su mandato. Con parte de esta gente envió á Juan le Courtois y Guillermo de Andrac á que reconocieran la costa y asi lo hicieron, pescando al mismo tiempo á la liña. En esto fueron atacados por sesenta isleños que los envistieron duramente; nuestra gente se defendió con gran valor, retirandose al cuartel que se hallaba á distancia de dos leguas francesas, siempre combatiendo sin sufrir pérdida alguna; gracias á algunos dardos que llevaban y con los cuales contubieron á los isleños. Al tercer dia siguiente, salieron á campaña algunos compañeros con los isleños de Lanzarote, armados lo mejor que pudieron, y encontrando á los enemigos les embistieron y pelearon con ellos mucho tiempo, logrando por fin derrotar y poner en fuga á los de Erbania. Poco tiempo despues, hallandose el Sr. de Bethencourt reedificando el fuerte de Rico-roque, salieron de Baltarhayz, Juan le Courtois y Anibal, el bastardo de Gadifer, y con alguna gente de Lanzarote se dirigieron á una aldea donde encontraron reunidos un gran número de isleños, á los que atacaron á speramente, obligandolos á dispersarse, y dejando diez muertos en el campo, de los cuales el uno era un gigante de nueve pies de alto; el Sr. de Bethencourt tenia espresamente encargado que no se hiriese á este gigante, y que se procurara en cuanto fuere posible aprisionarle vivo; pero nuestra gente manifestó que se hallaron obligados á matarlo, pues de otra suerte se hubieran visto en gran peligro, por el valor y las fuerzas con que los atacaba. Anibal y los suyos regresaron á su cuartel bastante maltratados, conduciendo mil cabras que habian cogido.

Diversos encuentros y combates con los isleños.

CAPÍTULO LXXV.

Continuaba siempre la envidia con que el dicho bastardo de Gadifer y algunos de sus parciales miraban á la gente del Sr. de Bethencourt, por quienes se habia emprendido y hecho la conquista; y si hubieran sido los mas fuertes, sin duda hubiesen destruido á los del Sr. de Bethencourt; pero aunque este señor lo sabia, disimulaba siempre, á causa del auxilio que le prestaban; tanto mas útil en una tierra estraña y enemiga, y no permitia que se les hiciera agravio alguno. Sin embargo, Juan le Courtois y varios compañeros del cuartel de Bethencourt, armandose muy bien una mañana, como para marchar contra los enemigos, salieron al campo por la madrugada; creíase que iban á alguna sorpresa, porque se habia dicho unos cuatro dias antes, que se hallaban los isleños emboscados para atacarnos; y no hacia mucho tiempo que habian batido á una partida de los nuestros, obligandolos á retirarse al cuartel, muy mal heridos, y algunos con las piernas y brazos rotos, de golpes de piedras, única arma que usan los isleños, y en cuyo tiro son mucho mas acertados que ningun cristiano; lanzando la piedra con mas violencia que un tiro de ballesta, y huyendo ellos con tal ligereza que corren como liebres; en ese dia tuvimos que dar gracias á Dios de que no cogieran á ninguno de los nuestros prisioneros. Sucedió pocos dias despues de este encuentro, que unos muchachos que guardaban el ganado, encontraron las señales del punto donde habian pasado los isleños la noche, y vinieron á dar de ello aviso al cuartel de Anibal, donde se hallaba alguna gente de Bethencourt, entreteniendose en tirar con el arco y ballestas, á quienes dijeron los de Anibal que habian descubierto el rastro de los enemigos; entonces les dijo el llamado d' Andrac, que

habia servido con Gadifer, si querian acompañarlos para salir en busca de los enemigos, pero tenian otros proyectos y no fueron. Viendo esto salieron seis hombres de los ocho compañeros de Gadifer, quedando dos en custodia del cuartel en que se alojaban, y armados de un arco cada uno, se dirigieron durante la noche á una montaña cercana, en donde los isleños habian pasado la anterior; al siguiente dia por la mañana marchó tambien d' Andrac para reunirseles con alguna gente del Sr. de Bethencourt y de los isleños de Lanzarote, llevando consigo unos perros, para que descubrieran la pista, como si fueran de caza. Cuando los seis hombres de los parciales de Gadifer llegaron al pie de la montaña, donde se hallaban los isleños, advirtieron que estos los seguian; y entonces enviaron á uno de sus compañeros á que dijese á Andrac que ganara la montaña, porque eran un gran número; trepáronla en efecto, y los enemigos se estendieron por el pie de ella como si quisieran cercarla. Entonces bajó nuestra gente á su encuentro, y atacandolos vivamente huyeron los isleños dispersos hácia las montañas, dejando uno muerto, que al ir á coger entre sus brazos á uno de nuestros soldados, lo atravesó de una estocada; nuestra gente se retiró en esto á sus cuarteles.

Como el Sr. de Bethencourt envió á Juan le Courtois á Baltarhayz para hablar con Anibal.

CAPITULO LXXVI.

Despues de este encuentro, envió el Sr. de Bethencourt á Juan le Courtois con algunos compañeros, á la torre de Baltarhayz para hablar con Anibal y Andrac, servidores de Gadifer, quienes decian cosas que nada agradaban á aquel señor. Con este motivo encargó á le Courtois les intimase guardáran la fidelidad y obediencia que le debian, á

lo cual contestaron que ellos se guardarían bien de caer en falta. Preguntóles entonces le Courtois, porque habían hecho pedazos unas cartas que el Sr. de Bethencourt les había dirigido, y respondieron que á esto los obligaron Alfonso Martin y otros; á estas reconvenciones se añadieron otras que serían largas de referir. En esto Juan le Courtois ordenó á un intérprete que lo acompañaba, fuese á hacer venir á su presencia á los isleños prisioneros, que Anibal tenia en su poder, y se hallaban esparcidos por aquellas inmediaciones, unos guardando ganado y otros en diversas ocupaciones que les había dado Anibal; y cuando estuvieron reunidos dispuso Juan le Courtois que el intérprete los condujese al cuartel del Sr. de Bethencourt, y así se hizo. Irritado con esto Andrac reconvino á le Courtois diciendole, que aquello no era bien hecho, pues no tenia facultad ni poder para mandar en las cosas que pertenecían al Sr. Gadifer. A lo cual respondió le Courtois, que Gadifer no tenia en el país poder alguno. «Está bien añadió, que vos seais ó hayais sido su servidor; pero ni el Sr. Gadifer ni vos teneis aqui autoridad. El Sr. de Bethencourt ha tenido á bien, aunque sin merecerlo, nombrarme su lugar teniente, y yo le serviré como es mi deber hacerlo; y admirame seais osado para levantar la voz, cuando el mismo Gadifer, á quien llamais vuestro amo, despues de sus altercados con el Sr. de Bethencourt nuestro señor, renunció á sus pretensiones y se ha retirado á su país para no pensar mas en estas islas.» Muy enojado Andrac de oír estas palabras, intimó á le Courtois que se contubiera en decir cosa alguna que ofendiese el honor del Sr. de Gadifer, quien lejos de hacer cosa alguna en deservicio del Sr. de Bethencourt, se había portado de modo que á no ser por él, no se hallara tan adelantada la conquista; y concluyó diciendo. «Conozco que soy el mas débil, y no puedo resistir á la fuerza de que disponeis, pero demando el auxilio de todos los príncipes cristianos

asi como al caso corresponde." Temian Anibal y Andrac que se les quisiera privar de la parte que les correspondia en los prisioneros; pero no era esta la intencion del Sr. Bethencourt, y asi los tranquilizó sobre este particular. Sin embargo, de todos los parciales de Gadifer, eran Anibal y Andrac los que mas envidia y rencor conservaban contra el Sr. Bethencourt y su gente, y ha haber sido los mas fuertes, los hubieran destruido; pero eran uno contra diez. Cuando Anibal y Andrac vieron que nada podian adelantar, y que sus palabras no producian efecto se resignaron á obedecer. De regreso Juan le Courtois, con todos los prisioneros, al castillo de Rico-roque, informó al Sr. de Bethencourt de como habia encontrado aquella gente muy mal dispuesta, y del orgullo y fiereza con que le habian hablado. ¿Quienes han sido? le preguntó el Sr. de Bethencourt." Han sido, contestó le Courtois, Anibal y Andrac; por que he querido traerme los prisioneros que alli tenian, y en los cuales tienen parte los demas asi como ellos; no parece al oírles hablar, si no que ellos son los señores del pais, y que sin ellos nada se hubiera hecho; de suerte que á darles crédito, ni vos ni vuestra gente os hallarais en el estado en que os hallais." „Callad, dijo Bethencourt, no es necesario me hableis de esto, pues yo sé bien lo que pasa. Creo, tambien, que Gadifer les haya escrito el resultado de sus pretensiones ante el Rey de Castilla; y asi, no quiero que se les ofenda, ni haga agravio alguno; antes es mi voluntad que tengan su parte asi en los prisioneros como en las otras cosas; y en lo demas yo pondré remedio, de suerte que todos queden contentos, hasta que cuando me vaya los lleve conmigo, con lo que quedará mi gente libre de ellos, Es necesario no hacer mal, cuando se puede hacer bien; ser prudentes, y cuidar del honor mas que del provecho."

Pasados algunos dias de esto, envió Juan le Courtois al llamado Miguel Helye con otros compañeros, á re-

clamar de Anibal y Andrac, de parte del Sr. de Bethencourt, todas las mugeres isleñas que tuviesen en su poder. A esta pretension respondió Andrac, que por su parte no las entregaba, que podrian venir á llevarlas á la fuerza como se habian llevado los prisioneros, pues no pensaban hacer resistencia. Cuando Juan le Courtois recibió esta contestacion, marchó á Baltarahyz donde encontró la gente ocupada, como nunca, en reparar y cubrir las habitaciones, para resguardarlas del mal tiempo y de la lluvia. Hallabase poca gente en la casa, y le Courtois se situó entre ella y los de Gadifer, al lado de una torre que alli habia. Cuando vió esto Andrac, corrió á todo correr, y llegando al sitio gritó. ¿Que es esto buenos señores, que intentais hacer de nosotros? ¿aun no os hallais satisfechos? ¿no nos habeis hecho bastante daño, deshonorando y envileciendo á nuestro amo, el Sr. Gadifer? Habeis olvidado, sin duda, los servicios que os prestamos en otro tiempo, pues no los tomais en cuenta." Contestó Juan le Courtois que le entregáran las mugeres que tenian encerradas; y ordenó á su gente que lo rompieran todo hasta dar con ellas. En esto un soldado alemán pidió en su idioma fuego para incendiar la torre; y como Andrac lo entendiese, les dijo: «Buenos señores podeis hacer que arda todo si quereis; pero es deshonar al Sr. Gadifer, el asaltar asi su casa, y ampararse de los bienes que nos ha dejado para su custodia; y en esto no haceis bien; y pongo á todos por testigos de tal ultrage," A estas razones contestó Juan le Courtois, diciendo, que aquella casa, asi como todo el pais pertenecia al Sr. de Bethencourt, como Rey, señor y dueño que era de las islas; y que esto lo sabia bien el Sr. Gadifer aun antes de salir de ellas; y me admira como osais revelaros contra el Sr. de Bethencourt, que se halla aun en esta isla, pues cuando llegue á saberlo, no os irá muy bien; y aun hay mas, que vuestro señor Gadifer despues de sus inútiles

representaciones ante el Rey de Castilla se ha retirado á Francia, de acuerdo con el Sr. de Bethencourt. Creedme, pues, y presentaos á este Sr. cuya bondad es tal que os perdonará, portandose con vosotros mejor que habeis merecido." «Iremos ciertamente, contestaron Anibal y Andrac; y cree que nos hará justicia, mandando se nos devuelvan los prisioneros, ó aquella parte que en ellos nos corresponda." En esto entró le Courtois en la torre, y apoderandose de las mugeres las hizo conducir con todos los demas isleños á la isla de Lanzarote.

Como los dos Reyes sarracenos de la isla de Erbania, ofrecen rendirse y hacerse cristianos.

CAPÍTULO LXXVII.

Poco tiempo despues, los isleños de Erbania, ignorando las disenciones que pasaban entre los conquistadores, y viendo no podian sostener largo tiempo la guerra que el Sr. de Bethencourt les hacia, y que los cristianos se hallaban bien armados, con armas de alcance que ellos no tenian, pues como ya dejamos dicho, estos isleños no lleban armaduras defensivas vistiendo solo de pieles de cabra y cueros, y no usan otras armas ofensivas que piedras y lanzas de madera que, aunque sin herir, hacen bastante daño; convencidos de la nulidad de sus fuerzas, y enterados por relacion de algunos prisioneros huidos, de la clase de gobierno de los cristianos, de la intencion que traian en su empresa, y de como eran bien tratados los isleños que se les sometian; decidieron en consejo, presentarse al Sr. de Bethencourt, como Gefe de la conquista, Rey y Señor del pais, pues lo es todo nuevo conquistador de los infieles; y los isleños no eran cristianos, ni jamás cristiano alguno, de que se tenga noticia, habia emprendido la conquista; y es cierto

que esta isla de Erbania tenia dos reyes que durante mucho tiempo se hicieron la guerra; en cuya guerra murieron muchos isleños, quedando por esta causa muy disminuida la poblacion; y de estas guerras son un testimonio los muchos castillos que ya hemos dicho se hallan en la isla y que, edificados á su manera, son los mas fuertes que pueden hallarse en parte alguna; y se encuentra tambien en el centro de la isla, un gran muro de piedra que la atraviesa de mar á mar.

Como los dos reyes enviaron un isleño al Sr. de Bethencourt.

CAPÍTULO LXXVIII.

Vino pues, ante el Sr. de Bethencourt, un isleño, enviado por los dos reyes paganos de Erbania, para decirle tuviese á bien permitirles que vinieran á su presencia, pues tenían gran deseo de verle y hablarle; y que su voluntad era hacerse cristianos. Entendido esto por el Sr. de Bethencourt, á quien lo trasmitió su intérprete, quedó muy contento, é hizo responder al emisario isleño, que sus reyes podian venir cuando quisieran, pues serian bien recibidos. Retirose el emisario, acompañandole un tal Alfonso canario, que se habia hecho cristiano, y á quien se trató muy bien. Cuando los Reyes oyeron la respuesta dada por el Sr. Bethencourt á su enviado, se llenaron de regocijo, y quisieron detener á Alfonso el intérprete, para que los acompañase cuando viniesen ante dicho Sr. pero Alfonso no quiso aguardar, porque no se lo habian ordenado, y los Reyes le dieron entonces una escolta para que con seguridad se restituyera al lado del Sr. de Bethencourt, á quien refirió cuanto habia pasado, entregandole un presente que los Reyes le hacian, de no sabemos que fruta, que crece en un pais remoto, y despide un olor tan agradable que es maravilla.

Como los dos Reyes fueron bautizados con toda su gente, y como el Sr. de Bethencourt se despidió de ellos y de los suyos para hacer un viage á Francia, y de como dejó las cosas ordenadas antes de su partida.

CAPÍTULO LXXIX.

Presentose primero al Sr. de Bethencourt, el Rey de la parte vecina á la isla de Lanzarote, con cuarenta y dos isleños, y fueron todos bautizados el dia 18 de Enero de 1405, poniendole al Rey por nombre Luis, y tres dias despues se presentaron otras veinte y dos personas que tambien fueron bautizadas el dia que llegaron. El 25 de Enero siguiente, vino el Rey de la banda vecina á la gran Canaria, acompañado de cuarenta y siete isleños, que no fueron bautizados aquel dia, y si al tercero siguiente, llamandose á dicho Rey Alfonso; y desde este dia en adelante continuaron presentandose, para hacerse bautizar, ya unos, ya otros, segun se hallaban alojados y esparcidos por el pais, de suerte que hoy dia, gracias á Dios, todos son ya cristianos, y conducen á sus hijos asi que nacen al cuartel de Baltarahyz, donde se bautizan en una capilla que el Sr. de Bethencourt ha hecho edificar; y allí van y vienen y se les dá lo que necesitan de lo que allí se tiene; pues el dicho señor ha ordenado que se les trate con la mayor dulzura; y á presencia de los dos Reyes, confirmó á Juan le Courtois el cargo de su lugar teniente que le tenia conferido, pues habia decidido hacer un viage á Francia su pais, en donde permanecería lo menos que pudiese, como asi sucedió, pues tuvo tan buen tiempo que en ida y vuelta empleó solo cuatro meses y medio. Ordenó á los señores Juan le Verrier y Pedro Bontier que permanecieran en las islas, para continuar enseñando la fé católica, y llevó consigo la menos gente que pudo, y entre ellos tres isleños y una isleña con el fin de

que conocieran las costumbres del reino de Francia, y pudieran instruir de ellas á sus compatriotas, cuando regresaran á las islas. Partió el Sr. de Bethencourt de la isla de Erbania, el último dia de Enero de 1405, vertiendo lágrimas de alegría, y los que en las islas quedaron lloraban por su partida, mostrando aun mas afliccion los isleños que los europeos, por la benignidad y dulzura con que eran tratados por aquel señor: llevó tambien consigo á algunos de los parciales de Gadifer, mas no á Andrac ni Anibal; Dios le dé feliz viage de ida y regreso.

Como el Sr. de Bethencourt partió de las islas, y arribó al puerto de Harfleur y de allí á su casa; y del buen recibimiento que se le hizo.

CAPÍTULO LXXX.

Partió dicho Sr. de Bethencourt de la isla de Erbania, y saliendo á la mar tuvo tan buen tiempo que en veinte y un dias llegó al puerto de Harfleur, donde encontró al Sr. Hector de Bacqueville, el cual le recibió con el mayor agasajo, asi como las muchas personas que lo conocian; permaneció dos noches en Harfleur, y se trasladó á su casa de Grainuille, en la que halló al Sr. Roberto de Bracquemont, su tio, á quien habia dado por cierto tiempo sus tierras de Bethencourt y la Baronía de Grainuille, por la merced de cierta suma de dinero en cada año. El dicho Bracquemont no tenia noticia alguna de la venida de Bethencourt, hasta que se le dijo entraba por la puerta de la ciudad de Grainuille, entonces salió de su castillo y se dirigió á su encuentro, que se verificó en la plaza; escusado es preguntar de que modo se recibieron. Los gentiles hombres de los alrededores, y los de la ciudad que eran sus vasallos, todos se le presentaron, repitiendo diariamente sus agasajos. No usaban de

venir á complimentarlo sus parientes y los hidalgos del pais. Vinieron el Sr. Eustaquio d'Erneville, su hijo, el Baron de la Heuse, y muchos otros grandes señores que fuera largo nombrar; todos habian oido hablar de la conquista de las islas de Canaria, y de los grandes trabajos que en ella habia pasado el Sr. de Bethencourt; pues Madama de Bethencourt, que regresó desde el reyno de España, habia llevado las primeras noticias de la conquista; y tambien las habia dado Bertin de Bernébal, cuando se retiró de la conquista como queda dicho, en lo que no ganó mucha honra; y se sabia, ademas, lo que se adelantaba en ella, por las frecuentes cartas del Sr. de Bethencourt. Este señor no halló á su esposa en Grainuille á su llegada, porque se hallaba en Bethencourt; envióla á buscar y cuando vino fué recibida con demostraciones de contento que es inútil referir, ofreciendole su esposo algunos presentes de cosas particulares de las islas. Con esta señora vino el Sr. Reynaldo de Bethencourt, hermano de dicho señor. A los ocho dias de su llegada á Grainuille, se despidieron el Sr. Eustaquio d'Erneville y otros; entonces les dijo el Sr. de Bethencourt que lo mas pronto posible pensaba regresar á Canarias, y que llevaria consigo el mayor número de personas que pudiera, del pais de Normandía; que su intencion era conquistar la gran Canaria, ó lo menos darle un ataque. El señor Eustaquio que se hallaba presente dijóle entonces, que lo acompañaria, si se lo permitia. «Sobrino mio, le contestó el Sr. Bethencourt, os agradezco el trabajo que quereis tomaros, pero pienso llevar conmigo gente de menor porte.» Ofrecieronse tambien á acompañar al Sr. de Bethencourt, muchos hidalgos que se hallaban presentes, entre ellos Ricardo Grainuille pariente de dicho señor; Juan de Bouille, Juan de Plessis, Maciot de Bethencourt y algunos de sus hermanos, todos los cuales excepto el primero, marcharon con la expedicion, y otros muchos,

sin contar los que habian venido con dicho Sr. y volvieron con él; y entre ellos se hallaban gentes de todas condiciones, proponiendose el Sr. de Bethencourt, traer á las islas maestros de todas las artes y oficios; y cuando se hallen en ellas, no puede dudarse podrán vivir cómoda y desahogadamente, sin gran trabajo, cultivando los terrenos que el Sr. de Bethencourt se propone repartirles. «En Francia, les decia dicho señor, hay muchos artesanos que no poseyendo un pie de tierra, viven con gran trabajo, y si quieren venir conmigo á las islas, les prometo haré por ellos cuanto bien pueda, con preferencia á otros que vengan, y mucho mas que á los naturales del pais convertidos al cristianismo.»

Despidieronse en esto todos los presentes del Sr. de Bethencourt á escepcion del Sr. Renault de Bethencourt su hermano, y el Sr. Roberto de Bracquemont, que se hallaban ya en el castillo de Grainuille cuando llegó. Poco despues se anunció en el pais la noticia de que el Sr. de Bethencourt, disponiendose á regresar á las islas de Canaria; se proponia llevar consigo maestros de todas artes y oficios, algunos matrimonios, y mugeres solteras, segun las pudiera encontrar que tuviesen buena voluntad de hacer aquel viage; y vieronse presentarse cada dia, ya diez, ya doce y hasta treinta personas, ofreciendose acompañarle sin escigir gajes algunos, antes hubo varios que ofrecieron llevar sus viveres. Mucha fué la gente honrada que de uno y otro modo, reunió el Sr. de Bethencourt; los hombres de armás llegaron al número de ciento sesenta, de los cuales veinte y tres llevaron sus mugeres. Entre esta gente de guerra vinieron Juan de Bouille, Juan de Plessis, Maciot de Bethencourt, y algunos de sus hermanos, todos hidalgos; los restantes eran artesanos y labradores. Habia once naturales de Grainuille, entre ellos uno llamado Juan Anice, y otro Pedro Girad; tres de Bouille de Hanouart, de Beuzeville, y de otros lugares de Caux; de

Bethencourt eran Juan le Verrier, y Pedro Loisel; y cuatro ó cinco de Picy y de los pueblos comarcanos; se hallaban entre esta gente, maestros de todos oficios. Habiendo reunido todas las personas que deseaba el Sr. de Bethencourt, empezó á hacer los aprestos necesarios para su regreso á Canarias. Compró una embarcacion al Sr. Roberto de Bracquemont, ademas de otra que tenia suya, y no omitió diligencia alguna para abrebriar su viage. Concluidos los aprestos, y despues de haber ordenado á todos los que debian acompañarle, estuviesen prontos para partir el dia 6 de Mayo (1405) siguiente, y señalado como punto de reunion el puerto de Harfleur, donde se hallaban surtas las dos embarcaciones, participó á todos sus amigos y vecinos que emprendería su viage dicho dia, y que el 1.º de Mayo, deseaba festejarlos y despedirse de ellos. Concurrieron este dia á su casa de Grainuille, muchos caballeros é hidalgos, señoras y señoritas, que seria muy largo nombrar; duró esta fiesta tres dias cumplidos, en los cuales fueron todos los concurrentes obsequiados y agasajados de mil modos; y al cuarto dia partió el Sr. de Bethencourt de Grainuille, para reunirse con sus compañeros en el puerto de Harfleur, el dia seis de Mayo, y el dia nueve se embarcaron, haciendose las naves á la vela con viento muy favorable.

Como el Sr. de Bethencourt llegó á Lanzarote, donde fué recibido con gran regocijo de los suyos y de los naturales del pais.

CAPÍTULO LXXXI.

El dia nueve de Mayo de 1405 partió el Sr. de Bethencourt, como dejamos dicho, y con próspero viage arribó á la isla de Lanzarote y á la de Fuerte-aventura; y al descender á tierra, tocabanse trompetas y clarines,

tambores, flautas, arpas, rabeles y bocinas, con tan melodioso estruendo que no hubiera podido oirse el estampido del trueno; quedando asombrados los naturales de Lanzarote y Fuerteventura de aquel ostentoso aparato, que el mismo Sr. de Bethencourt no esperaba, pues no sabia viniesen tantos instrumentos, porque habia en la expedicion muchos jóvenes de quienes aquel señor no se cuidaba y que siendo músicos traian sus instrumentos; á cuyos jóvenes habia admitido Maciot de Bethencourt, encargado por su tio de alistar algunos compañeros, por parecerle podian ser útiles con sus habilidades. Saltó en tierra la expedicion con banderas y estandartes desplegados, llevando todos sus armas, y vestidos con el vestuario que á todos habia dado el Sr. de Bethencourt; y los seis hidalgos que acompañaban á este señor, tenian sus ropas galoneadas de plata, que el mismo les habia costado, ademas de otros muchos, vestidos del mismo modo á su costa; nunca el Sr. de Bethencourt se habia visto acompañado de gente mas lucida. Se hallaba aun la nave á media legua distante de tierra, cuando los naturales de Lanzarote reconocieron venia en ella su Rey y señor. Veianse, desde el navio, acudir en tropel á la orilla hombres mugeres y niños á esperarle, gritando en su idioma. «Aqui viene nuestro Rey” y era tanta su alegria, que saltaban corrian y se abrazaban unos á otros; demostrando asi la satisfaccion que sentian; no siendo menor la que experimentaba la gente que el Sr. Bethencourt habia dejado en Lanzarote y Fuerteventura.

Como ya dejamos dicho, la música que tocaba en las naves, producía tales melodías que era cosa deliciosa el oirla, y los isleños se hallaban asombrados y maravillosamente complacidos. No hay que preguntar como fué agasajado el Sr. de Bethencourt al saltar en tierra. Los isleños se tendían en el suelo á sus plantas, queriendo demostrarle así que le reconocían como señor de sus vidas

y haciendas. Acogió estas demostraciones el Sr. Bethencourt, con grande afabilidad manifestando mucho cariño á todos los isleños, muy en particular al Rey convertido al cristianismo. Recibida la noticia en Fuerteventura, de que su Rey y Sr. habia llegado á la isla de Lanzarote, Juan le Courtois, lugar teniente de dicho señor, se embarcó en una chalupa con sus compañeros, de los cuales era uno Anibal y otro un tal le Boëssiere, y vinieron á Lanzarote á cumplimentar como era debido al referido Sr. de Bethencourt; quien preguntó á Juan le Courtois, en que estado se hallaban las cosas; á lo que este contestó: «Señor todo vá muy bien, y se espera que cada dia vaya mejor; podeis creer que todos vuestros súbditos seran muy buenos cristianos, y que se hallan tan contentos con vuestra venida, que no es posible estarlo mas; los dos reyes cristianos han querido venir conmigo á cumplimentaros, pero yo les he dicho que pronto pasareis á aquella isla, y que no regresaré á ella sino en vuestra compañía.» Asi se cumplirá, contestó Bethencourt; mañana iremos á Fuerteventura con el favor de Dios.”

El Sr. de Bethencourt, y la mayor parte de la gente que lo acompañaba, se alojaron en el castillo de Rubicon; é inútil es decir con que curiosidad contemplaba aquella gente, asi el pais como sus habitantes, admirando la originalidad de sus trages; pues como ya hemos dicho, únicamente lleban cubierta la espalda con pieles de cabra, y solo las mugeres visten unas hopalandas de curules llegan hasta los pies. Muy contentos se hallaban de ver este pais, y cuanto mas lo examinaban mas les agradaba; comian con mucho gusto los dátiles y otros frutos de las islas, hallandolos muy buenos, sin que nada les hiciese daño; asi estaban muy satisfechos, pareciendoles vivirian muy bien en el pais. Nada podemos decir mas que todos los recién llegados se mostraban muy contentos, y

lo estarán mucho mas cuando vean la isla de Erbania. Preguntó el Sr. de Bethencourt á Anibal como se hallaba y que le parecia de la gente que traia. „Señor, le contestó Anibal, pareceme que si desde luego hubieramos traído tan lucida gente, las cosas no hubiesen tenido tan larga duracion, y la conquista se hallára barto mas adelantada; es una brillante y honrada compañía la que conducis, y cuando los habitantes de las demas islas, que aun no son cristianos, vean su buena ordenanza, se admirarán.’” Esa es mi intencion dijo el Sr. de Bethencourt; pienso pasar á la Gran Canaria y darle un tiento.

Como el Sr. de Bethencourt fué bien recibido en la isla de Fuerteventura, como salió de ella para emprender la conquista de la gran Canaria, y como tocó en Africa y se apartaron sus naves.

CAPITULO LXXXII.

Salió el Sr. de Bethencourt de la isla de Lanzarote para pasar á la de Fuerteventura, llevando consigo toda la gente que habia conducido de Francia. Hubierase visto al tiempo de saltar en tierra, acudir á la orilla del mar multitud de isleños, al encuentro de su Rey y señor, y entre ellos los dos reyes convertidos al cristianismo. Por demas fuera preguntar si todos estaban contentos; no podria explicarse la alegria que demostraban á su manera. Llegó el Sr. de Bethencourt á Rico-roque, cuyo fuerte halló muy bien reabilitado; porque Juan le Courtois habia puesto en ello toda su actividad y esmero, despues de la partida de dicho señor. Los dos reyes Cristianos vinieron á cumplimentarle segunda vez á Rico-roque, y los recibio con el mayor agrado, háciendoles cenar aquella noche en su mesa; no los entendia y valiase para hablarles de un intérprete que llebaba en su compañía; durante la

cena tocaban las flautas, y con la música se hallaban los Reyes enagenados sin tomar bocado; no menos admirados al contemplar los vestidos cubiertos de oro y plata, de mas de cincuenta y cuatro personas que se hallaban presentes, y rivalizaban en la ostentacion de sus trages, especialmente algunos hijos de los vasallos de dicho Sr. de Grainuille y de Bethencourt; y oyóseles decir á los dos reyes, que si desde el principio se hubieran presentado los conquistadores con aquella magnificencia, muy luego hubieran quedado los isleños sometidos; y que, falta de voluntad del Rey seria, si no conquistaba otros muchos países. Los isleños llaman al Sr. de Bethencourt el Rey, y por tal lo tenian. En esto declaró el Sr. de Bethencourt á todos los presentes que su intencion era hacer una correria á la gran Canaria, para reconocer este país; y dijole Juan le Courtois. «Señor, eso será muy acertado; y me parece que no podrán resistir mucho, si con la gracia de Dios, podemos conocer las entradas del país, y la disposicion de su territorio.» «Tengo intencion, añadió Anibal que se hallaba presente, de comer allá mis sopas y ganar un buen botin; he estado en esa isla, y no me parece sea tan grande la empresa como se dice.» ¡Oh! dijo á esto el Sr. Bethencourt, si lo es y muy grande, me hallo enterado de que tiene la isla diez mil hidalgos, cuyo número es harto respetable, y no podemos igualarles en fuerza. Pero, á solo el fin de reconocer el país para lo que convenga en lo sucesivo, intentaremos hacer una entrada en él, aunque solo sea para conocer sus puertos, y entradas de la isla; y si Dios quiere no faltará algun buen príncipe, de cualquiera país que sea, que venga á conquistarlos; y quiera Dios asi permitirlo; y ahora tratemos de cuando podré hacer el reconocimiento, y quien deberá quedarse en esta isla, pues pienso me acompañe Juan le Courtois.» A lo que este contestó. «Muy bien señor, me hallo de ello muy contento.» «Aquí, continuó el Sr. de Bethen-

court, dejaré á Maciot de Bethencourt, á fin de que vaya conociendo el pais, pues mi intencion es que no regrese á Francia, porque deseo que mi linage y apellido de Bethencourt se conserve en el pais.» «Señor, le dijo, Juan le Courtois, si me lo permitis regresaré con vos á Francia; conozco que soy un mal esposo, pues hace cinco años que no he visto á mi muger.» Y á la verdad parecia no sentirlo mucho. Terminada la cena todos se retiraron á sus alojamientos; y al dia siguiente pasó Bethencourt á Baltarahyz, donde se bautizó un niño isleño, á la bien venida de dicho señor que fué su padrino, poniendole el nombre de Juan; en el mismo acto ofreció á la capilla, una imágen de nuestra señora, un hermoso misal, dos pequeñas campanas de cien libras de peso, y varias colgaduras y ornamentos, cuyos efectos todos habia conducido de Francia para aquella iglesia; la cual ordenó se denominase *capilla de nuestra señora de Bethencourt*, y de ella fué cura párroco el Sr. Juan le Verrier, permaneciendo en el pais el resto de su vida. Pasado algun tiempo, resolvió el Sr. Bethencourt efectuar su viage á la Gran Canaria; disponiendolo para el dia 6 de Octubre de 1405, en el cual pronta toda la gente recién venida, y algunos otros, salieron al mar en tres galeras de las cuales dos pertenecian al Sr. de Bethencourt, y la tercera habia sido enyada á este señor por el Rey de España. Los temporales obligaron á las naves á separarse, y las tres fueron á parar á la costa de los Sarracenos cerca del puerto de Bojador; en el cual saltó en tierra el Sr. de Bethencourt con su gente, permaneciendo en aquel pais unos ocho dias; durante este tiempo hicieron prisioneros algunos hombres y mugeres que trageron consigo, y cogieron mas de tres mil camellos; mas como no era posible embarcar tan gran número, mataron algunos y soltaron los otros. Con esto emprendieron de nuevo su viage á la Gran Canaria, como lo tenia dispuesto el Sr. de Bethencourt, pero con tan poca fortuna, que las tres naves tuvieron que dis-

persarce otra vez, arribando la una á Erbania y la otra á la Palma, donde permaneció haciendo la guerra á aquellos isleños, hasta que llegó la tercera embarcacion que montaba el Sr. de Bethencourt.

Como el Sr. de Bethencourt arribó á la Gran Canaria, donde su gente dió un combate, en el que por su demasiada confianza fueron batidos por los Isleños.

CAPÍTULO LXXXIII.

Asi que arribó el Sr. de Bethencourt á la gran Canaria, tuvo repetidas entrevistas con el Rey Artamy. Fundeada en dicha isla, una de las embarcaciones que estuvieron en la costa de Bojador, en la cual venian Juan le Courtois, Guillermo de Auberbosc, Anibal, Andrac y otros muchos compañeros; orgullosos todos, por el buen suceso que habia tenido su entrada y excursion en la tierra firme de los sarracenos, dijo un Normando llamado Guillermo de Auberbosc, que con veinte hombres atravesaría toda la isla de la gran Canaria; á pesar de todos los canarios, y de sus diez mil hombres de defensa que decíase tener; y, contra las órdenes dadas por el Sr. de Bethencourt, empezaron la escaramuza, saltando á tierra en dos chalupas, por una aldea llamada Arguyneguy, cuarenta y cinco hombres, entre los cuales se hallaban algunos de la gente de Gadifer. A la primera-vestida se retiraron los canarios en gran desórden, la tierra adentro; pero reaciendose de su espanto, cargaron sobre los cristianos con tal denuedo que los derrotaron completamente, ganandoles una chalupa, y matandoles veinte y dos hombres. Allí murieron Guillermo de Auberbosc, que habia sido el que empezó la escaramuza, Godofredo de Auzonville, Guillermo de Allemagne, Juan le Courtois, lugar teniente del Sr. de Bethencourt, Anibal bastardo de Ga-

difer, uno llamado Seguiral, Gerardo de Sombray, Juan Chevalier y muchos otros.

Como el Sr. de Bethencourt partió de la gran Canaria, para la conquista de la isla de la Palma y la del Hierro; de los combates que allí sostuvieron, y como dejó parte de su gente en la isla del Hierro para poblarla.

CAPÍTULO LXXXIV.

Despues de este suceso partió el Sr. de Bethencourt de la Gran Canaria con las dos embarcaciones allí reunidas, y la gente que habia escapado de tan funesta jornada, y haciendo rumbo á la Palma encontró en esta isla la otra nave, cuya gente habia bajado á tierra, y se hallaban haciendo dura guerra al país; saltó en tierra el Sr. de Bethencourt con su gente, y se internaron en la isla, sosteniendo muchos encuentros con sus naturales, que se defendian valientemente, en cuyos combates quedaron algunos muertos de una y otra parte, aunque mas de los isleños, pues escedieron de ciento, y de los nuestros solo murieron cinco. Despues de seis semanas de recorrer el país, se retiró el Sr. de Bethencourt con su gente á las embarcaciones que los aguardaban. Dos de ellas fueron á la isla del Hierro, donde permanecieron cerca de tres meses; al cabo de cuyo tiempo ocurrió al Sr. de Bethencourt enviar á aquellos isleños un intérprete llamado Augeron, natural de la Gomera, el cual le habia sido dado en Aragon, antes de venir á la conquista, por el Rey de España, llamado el Rey D. Enrique, y la Reyna llamada Catalina; este intérprete Augeron era hermano del Rey de la isla del Hierro, (1) y tanto influyó en su ánimo

(1) Observamos que debe haber en esta relacion algun error, porque no comprendemos como pudiera ser el intérprete Au.

que lo decidió á presentarse con cien isleños al Sr. de Bethencourt; quien retubo para sí treinta y uno de ellos incluso el Rey, y los demas fueron repartidos como botin, vendiendose algunos como esclavos. Y esto hizo y permitió el Sr. de Bethencourt por dos causas, por apaciguar las exigencias de sus compañeros, y para poder colocar algunas familias de las que habia conducido de Normandia, las cuales no podian establecerse todas en Lanzarote y Fuerteventura, sin gravar estas islas, por lo que dejó ciento y veinte en la del Hierro, escogiendolas entre las mas entendidas en la labranza, colocando las otras en Fuerteventura y Lanzarote; y á no ser por estos pobladores que el Sr. de Bethencourt dejó en el Hierro, esta isla hubiese quedado desierta, y sin criatura humana. En tiempos anteriores, fué repetidas veces saqueada esta isla, y despoblada de gran parte de sus habitantes, y sin embargo es una de las mas agradables.

Como el Sr. de Bethencourt regresó á Fuerteventura, donde hizo varios repartos de tierras á su gente, ordenando lo conducente á la buena administracion de justicia y policia del pais; y de los buenos consejos que dió á su sobrino, para gobernar.

CAPÍTULO LXXXV.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo conquistado la isla de la Palma (1) y la del Hierro, regresó á la de

geron natural de la Gomera y hermano del Rey del Hierro, cuando se sabe que los isleños no tenian comunicacion alguna de isla á isla. (N. del T.)

(1) Debese, sin duda, entender por esta conquista de la isla de la Palma, que el Sr. de Bethencourt dejaria en ella algunos pobladores. Lo cual se corrobora por lo que escribe el P. Sosa en su *tipografía de la isla de gran Canaria*, cuyas palabras

Fuerteventura con sus dos embarcaciones, y se alojó en la torre de Baltarahyz que Gaoifer habia empezado á edificar, mientras dicho Sr. se hallaba en España, y ordenó muchas cosas en el pais que fuera muy largo referir. Estableció como ya dejamos dicho, ciento veinte familias en la isla del Hierro, y las restantes en Fuerteventura y Lanzarote, asignando y repartiendo á cada una su parte y porcion de tierras, casas, menages y habitaciones, segun lo consideró justo y cada uno merecia; haciendolo de tal suerte que ninguno quedó descontento. Dispuso que aquellos que con el habian venido de su pais, quedaran esentos de todo tributo durante el espacio de nueve años, despues de los cuales deberian pagar lo que los demas pagasen, es decir el quinto dinero, la quinta cabeza de ganado, y la quinta fanega de trigo, y de todo el quinto por toda carga; y por lo que hace á la orchilla ordenó que nadie osara venderla sin el permiso del Rey y Señor del pais, por ser un producto que puede valer mucho al señor, y que lo dá la tierra sin cultivo. En cuanto á los curas de Erbania y de Lanzarote, sabido es que deben percibir el diezmo, mas como hay poca gente y el trabajo de los eclesiásticos no sea mucho, dispuso recibieran solo de treinta uno, interin no haya prelado, y «si Dios quiere, dijo el Sr. de Bethencourt, cuando yo salga de estas islas, iré á Roma á pedir que se les dé un prelado, el cual ordene y estienda en ellas la fé católica.» Dadas dichas disposiciones, el Sr. de Bethencourt confirió á su sobrino el cargo de lugar teniente y gobernador de todas las islas, que dicho Sr. ha conquistado, encargandole cuide mucho de que en ellas sea Dios reverenciado y ser-

copiamos, «porque aunque á la isla de la Palma la fueron á conquistar, fué porque los palmeros por algunas exorbitancias que con ellos usaban los cristianos que quedaron de guarnicion, se levantaron y los mataron á todos.»

vido, todo lo mejor que se pudiera, y que los naturales del pais, fuesen tratados con cariño. Mandole, asi mismo que en cada isla nombrase dos alcaldes, que estuviesen encargados de la administracion de justicia, bajo su autoridad y superior deliberacion; y que él la mandase hacer, segun lo entendiese y los casos la requieran; dispuso que los hidalgos que permanezcan en el pais sean de buenas costumbres, y que en los juicios que se ofrezcan se les llame á fin de que se fallen por deliberacion de muchos, y que estos sean los mas sabios y personas notables; y en tanto que Dios permite se halle el pais mas poblado, ordenó que asi se haga. Dispuso tambien que á lo menos dos veces al año, se le envíen noticias á Normandia, del estado de las islas; y que de las rentas que le tocaren de las islas de Lanzarote y Fuerteventura, se construyan dos iglesias tales como Juan el Albañil, su compadre las trace y edifique, porque le tiene ya dadas sus instrucciones sobre ello, y con este fin condujo los albañiles y carpinteros necesarios para la obra. En cuanto á vuestros gages, dijo el Sr. de Bethencourt á su sobrino, para vuestra manutencion, es mi voluntad que de cinco partes de las rentas que me correspondan en dichas islas, recibais una, durante vuestra vida, mientras seais mi lugar teniente en ellas; y las cuatro restantes se inviertan durante cinco años en la fábrica de las iglesias, y en los demas edificios que vos y el dicho Juan el Albañil ordeneis, ya sea en reparaciones, ó ya en nuevas construcciones; y os confiero pleno poder y autoridad, para que ordeneis y dispongais en todas las cosas segun veais sea provechoso y debido hacerlo, atendiendo antes á lo que fuere en mi honor que en mi provecho; y que guardéis en cuanto se pueda las costumbres de Francia y Normandia, por lo que toca á la administracion de justicia, y en las demas cosas que veais convenir. Por último os ruego y encargo, que concerveis la paz y uniou entre todos, que os ameís co-

mo hermanos; y especialmente entre vosotros los hidalgos, no tengais envidia los unos de los otros. A cada uno le he asignado su propiedad, y el pais es bastante estenso; ayudaos los unos á los otros; nada os tengo que añadir mas que repetiros principalmente tengais paz entre vosotros, y todo marchará bien."

Como el Sr. de Bethencourt continua ordenando todo lo conducente al buen Gobierno de las islas, antes de su partida para Francia.

CAPÍTULO LXXXVI.

Dicho Sr. tenia dos mulas que el Rey de España le habia regalado, en las cuales cabalgaba por las islas. Tres meses permaneció en el pais, despues que hubo vuelto de la gran Canaria; y en este tiempo recorrió estas islas, recibiendo y hablando á sus naturales muy cariñosamente; por medio de tres intérpretes que llevaba consigo, pues ya eran muchos los que entendian y hablaban el idioma del pais, particularmente entre los primeros europeos que vinieron á la conquista. Acompañaban al Sr. de Bethencourt en su correria, su sobrino Maciot, y otros hidalgos de los que habia dispuesto se quedáran en las islas, iba tambien Juan el Albañil, y otros varios de su oficio, y algunos carpinteros, y maestros de todos oficios, á quienes dicho Sr. enteraba sobre el terreno de cuales eran sus deseos y proyectos, oyendo sobre ellos su dictámen. Recorrió asi todo el pais, y dadas sus órdenes sobre lo que era su voluntad se ejecutase, hizo pregonar en la isla que emprenderia su viage dentro del término de un mes, que cumpliria el dia 15 de Diciembre; en cuyo término acudiesen ante el Rey y señor del pais, todos los que tuvieran algo que pedirle, que haria por ellos tanto que quedarian contentos. En esto vino dicho Sr. á Rubicon

en la isla de Lanzarote, donde permaneció hasta el día de su partida, que se verificó el ya citado 15 de Diciembre. Allí acudieron á despedirlo muchas gentes de todas clases asi de Lanzarote como de Fuerteventura; de la isla del Hierro no fué persona alguna, porque los que allí habian quedado eran en muy corto número; de la Gomera tampoco fué nadie; y en cuanto á la isla de Lobos, no habita en ella persona alguna, y solo se encuentran unos animales llamados lobos marinos, de los que se saca mucha utilidad, como ya dejamos dicho en otro lugar. Allí vino tambien el Rey que era sarraceno, de la isla de Lanzarote, quien pidió al Sr. de Bethencourt, su verdadero señor y Rey del pais, que tuviese á bien donarle el sitio donde habitaba, y cierta porcion de tierras para labrarlas y poder vivir con sus productos. El Sr. de Bethencourt le declaró que era su voluntad tuviese casa y menages, con preferencia á ningun otro isleño de aquella isla, y tambien tierras suficientes; pero que fortaleza no consentia que él la tuviese ni ningun otro del pais. Donóle en su virtud una casa que pidió, situada hácia el centro de la isla, y cerca de trescientos acres de tierra y bosque en los alrededores de dicha casa; debiendo pagar por ello el tributo que estaba mandado, es decir el quinto de todos los productos. Muy contento quedó de esta donacion el Rey isleño, pues no esperaba haber obtenido tanto; y á decir verdad los terrenos que se le concedieron eran de los mejores de la isla para la labranza, y conocia bien lo que pedia. Otros muchos vinieron á Rubicon, á pedir gracias, asi naturales de Normandia como isleños, y todos quedaron contentos. Los dos Reyes de la isla de Fuerteventura, que se habian hecho bautizar, vinieron tambien ante el Sr. de Bethencourt, quien les mandó asignar, segun lo pidieron, solar para casa y cuatrocientos acres de tierra y bosques á cada uno, de lo que quedaron muy contentos. Dispuso dicho señor,

que los hidalgos se alojasen en las fortalezas, haciendo por ellos tanto que todos se mostraron satisfechos. La demas gente de Normandia fué distribuida y alojada segun pareció mas conveniente, siendo justo que fuesen mejor atendidos que los naturales del pais. Otras muchas cosas ordenó el Sr. de Bethencourt que fuera largo referir, por lo que las omitimos, pasando á hablar de su regreso á Francia, y de como previno á todos los hidalgos que con él habian venido, y á los que ya estaban en las islas, que dos dias antes de su partida se hallasen en su casa, á donde tambien concurriesen todos los albañiles y carpinteros, y los tres Reyes isleños, pues en dicho dia declararia á todos su voluntad, y los encomendaria á Dios.

Como el Sr. de Bethencourt festeja á toda su gente, y á los Reyes isleños; y de lo que les dijo antes de su partida.

CAPÍTULO LXXXVII.

Dos dias antes de la partida del Sr. de Bethencourt, hallaronse reunidos en su habitacion del castillo de Rubicon todos los hidalgos convocados, los tres reyes isleños, Juan el Albañil, otros albañiles y carpinteros, llamados tambien, y muchas personas mas, asi del pais de Normandia, como naturales de las islas; todos comieron este dia en el castillo de Rubicon, y fueron obsequiados y agasajados. Y cuando el Sr. de Bethencourt se hubo levantado de la mesa, se sentó en una silla algo levantada, á fin de ser mejor oido, pues se hallaban presentes mas de doscientas personas, á quienes habló en estos términos: «Amigos míos, y mis hermanos cristianos: Dios nuestro criador ha estendido su santa gracia sobre nosotros y sobre este pais, hoy cristiano y reducido á la fé católica; quiera Dios conservarlo en ella, y darme poder y á vosotros todos, para de tal modo conducirnos, que sea para la exaltacion

y aumento de la cristiandad. Y para que sepais el motivo porque os he reunido á todos en mi presencia, os lo voy á manifestar. Os he reunido, pues, para que ohigais de mi propia boca lo que ordeno; y aquello que ordene quiero que asi sea ejecutado. Primeramente ordeno que Maciot de Bethencourt, mi pariente, sea mi lugar teniente y gobernador de todas las islas, en todos los negocios que ocurran, sea en guerra, justicia, en edificios, reparaciones, nuevas ordenanzas, disponiendo en todo segun vea que se puede y deba hacer, y de qualquier manera que él quiera hacerlo, ó mandarlo hacer, sin reserva alguna, guardando siempre, primero el honor y luego mi provecho y el del pais. Y á vosotros todos os ruego y encargo que le obedescáis como á mi propia persona, y que no os envidieis unos á otros. Tengo ordenado que el quinto dinero me pertenezca y sea en mi provecho, es decir la quinta cabra, el quinto reental, la quinta fanega de trigo, y el quinto de todas las cosas; y de este quinto mio se invertirán las dos partes, durante cinco años, en edificar dos hermosas iglesias, la una en la isla de Fuerteventura y la otra en la isla de Lanzarote, y la otra parte pertenecerá á dicho Maciot, mi primo; y pasados los cinco años, si Dios quiere, yo dispondré todo lo mejor que pueda. Y en cuanto á lo que dejo al dicho Maciot, quiero que disfrute el tercio de mis rentas en el pais, durante su vida; y al cabo de los cinco años quedará obligado á enviarme el esceso del tercio de dichas rentas á mi casa de Normandia; dandome todos los años noticias del estado del pais. Os ruego por último y os encargo que todos seais buenos cristianos que sirvais bien á Dios, le améis y temais; concurrid á la iglesia y guardad la ley de Dios lo mejor que sepais y podais, esperando que Dios os dé un pastor; es decir, un prelado que cuide del gobierno y direccion de vuestras almas; y si Dios quiere, yo haré de modo que lo tengais, pues cuando yo parta de aqui, con la gracia de Dios

iré á Roma á suplicar al papa os dé un prelado, como he dicho; y Dios quiera darme vida hasta conseguirlo. Y ahora si hay alguno de qualquiera clase ó condicion que sea, que tenga algo que decirme, que me lo diga que yo le oiré y atenderé, de muy buena voluntad." Nadie se presentó á pedir cosa alguna; pero todos decian á una voz, nada tenemos que observar á tan buenas razones, que nadie podria decir ni pensar mejor. Todos se mostraron contentos y muy satisfechos con que Maciot quedara gobernando el pais, lo que dispuso el Sr. de Bethencourt por ser de su linage y familia. Dicho Sr. nombró las personas que queria le acompañasen á Roma. El Sr. Juan le Verrier su capellan y cura de Rubicon quiso marchar con él, y aunque el Sr. de Bethencourt hubiese deseado que se quedara, le permitió acompañarle; llevó tambien á Juan de Bouille su escudero, y otros de su casa hasta seis mas; el uno era cocinero, el otro ayuda de cámara, otro palafrenero, y los tres restantes cada uno tenia su empleo. Llegado el dia 15 de Diciembre, el dicho Sr. se hizo á la mar, en una de susdos embarcaciones, dejando la otra en Rubicon, y recomendó á Maciot que pasada la pascua, despachase aquella nave lo mas pronto que pudiera, para el puerto de Harfleur en Normandia; cargandola de las producciones del pais y que en esto no hubiese falta.

Como el Sr. de Bethencourt parte de las islas y llega á España, de donde pasa á Roma.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Despues que el Sr. de Bethencourt se hubo despedido de toda su gente y del pais, y se dió á la vela, hubieráse visto á todo el pueblo romper en llantos y exclamaciones de dolor, que enternecian los corazones; siendo mayores los extremos que hacian los isleños, que

el sentimiento de los naturales de Normandia. Parecia que sus corazones presentian que no volverian á verle; y en efecto así fué, pues ya no volvió á las islas, aunque salió de ellas con el propósito de regresar tan pronto como pudiese. Hubo isleños que se arrojaron al mar y siguieron larga distancia la chalupa en que se embarcó el Sr. de Bethencourt; tanto sentian su separación que no puede ponderarse, exclamando de este modo: «Legítimo Señor nuestro. ¿porque nos dejais? ¡Ya no volveremos á veros! ¡Ah! que será de este pais faltandole un Señor tan sabio, tan prudente, y que ha puesto tantas almas en el camino de la salvacion eterna! Quisiéramos que no nos dejara; pero puesto que así lo hace, preciso es nos conformemos; pues es razon haga aquello que juzgue que mas conviene.» Si los habitantes de las islas se mostraban afligidos, no lo estaba menos el Sr. de Bethencourt por su partida; su corazon le anunciaba bien que no volveria mas, y se sentia tan oprimido, que no podia hablar, ni aun darles el último á Dios, ni proferir una sola palabra para despedirse de persona alguna, ni aun de sus amigos y próximos parientes; pues cuando queria pronunciar el á Dios su corazon se afligia de suerte que no podia decirlo. Al fin la nave se dió á la vela; quiera Dios por su gracia, guardarle de todo mal y peligro. El viento fué tau favorable que en siete dias llegaron á Sevilla, donde permaneció el Sr. de Bethencourt tres ó cuatro dias y fué muy bien recibido y obsequiado. Se informó de donde residia á la sazón el Rey de España, y habiendole dicho que en Valladolid, partió para esta ciudad, donde se presentó al Rey que lo recibió con mas agrado aun que las otras veces; por quanto el Rey habia oido hablar de su conquista, y de como habia hecho bautizar á los isleños, consiguiendolo todo con suavidad y buenos medios. Cuando el Sr. de Bethencourt se presentó al Rey de España ofreciendole sus humildes respe-

tos, el Rey le acogió con mucho agrado; y si en las ocasiones anteriores le demostró mucha estimacion, aun fué mayor en esta. Preguntóle el Rey como se habia verificado la conquista y de que modo y manera se lizo; y el Sr. de Bethencourt le refirió del mejor modo que pudo, como todo habia pasado, oyendole el Rey muy complacido. Quince días permaneció el Sr. de Bethencourt en la corte de España haciendole el Rey grandes regalos, suficientes para costear el viage que se proponia; dióle dos hermosos caballos y una mula muy buena, en la que hizo el viage á Roma. Cuando partió de la isla de Lanzarote, dejó una de las dos mulas que tenia á Maciot de Bethencourt. Despues que dicho Sr. hubo permanecido el tiempo necesario en la corte del Rey de España, y llegado el día de su partida, se presentó á recibir las órdenes del Rey, y le dijo: «Señor, si me lo permitis, tengo que hacer os una súplica.»—Decid, le contestó el Rey.—Señor, ya sabeis, por lo que os he referido, que las islas de Canaria conquistadas, contienen mas de cuarenta leguas francesas (1) en las que habita bastante gente; y es menester que sean exhortados é instruidos por una persona de alta dignidad y de virtud, que sea su pastor y prelado; quien me parece tendrá en el país con que vivir decorosamente; y con esto aquellos pueblos se adelantarán, y anmentarán si Dios quiere, siempre de mas á mejor. Así si teneis á bien pedir al Papa un prelado para las islas, bareis con eso para la perfeccion y salvacion de los que hoy las habitan, y de los que las habiten en adelante.—Muy bien decis, contestó el Rey al Sr. de Bethencourt, y no quedará sin cumplirse vuestro deseo por mí, ni por dejar de escribir, lo cual haré con muy buena voluntad; y tambien recomendaré á la persona que deseéis sea elegida, si así lo

(1) Esto debe entenderse de las cuatro que habia conquistado. (N. del E. F.)

quereis.—Señor, en cuanto á esto no me he fijado con preferencia en persona alguna; pero contemplo necesario que la persona que se nombre sea un buen sacerdote, y entienda el idioma del país conquistado; este idioma se asemeja mucho al de la isla de Canaria.—Yo os daré, le dijo el Rey, un hombre de bien que os acompañará á Roma, es muy buen clérigo y entiende y habla bien el idioma de Canaria. Escribiré al Papa vuestra conquista, y todo lo que de ella me habeis referido; y creo os recibirá honradamente, y no se negará á vuestra petición; porque juzgo que así deba hacerlo.—El Rey escribió, en efecto, sus cartas al Papa como lo había ofrecido, y las entregó á dicho Sr. y al clérigo que le ofreció le acompañaría, el cual se llamaba Alberto de las Casas. Así despachado el Sr. de Bethencourt, y pronto para su viaje á Roma, se despidió del Rey y emprendió el camino siempre por tierra, acompañado de diez hombres de su comitiva, habiendo dejado en libertad á los demás en Sevilla, antes de presentarse al Rey de España; y caminó de suerte que llegó á Roma, como se verá en el capítulo siguiente.

Como el Sr. de Bethencourt llega á Roma, y siendo bien recibido del Papa, obtiene todo lo que desea; á saber un Obispo para las islas.

CAPÍTULO LXXXIX.

El Sr. de Bethencourt llegó á Roma al principio del año 1406, donde permaneció tres semanas; durante este tiempo se presentó al Papa y le entregó las cartas que el Rey de España le enviaba; y cuando las hubo hecho leer dos veces, y bien enterado de lo que contenían, hizo llamar al Sr. de Bethencourt, quien besó el pie al Papa, y este le dijo: «Vos sois uno de mis hijos, y por tal os tengo; habeis acometido una grande empresa, y dado con ella

principio, si Dios lo permite, á mas grandes resultados. El Rey de España me escribe que habeis conquistado ciertas islas, cuyos habitantes hicisteis bautizar y hoy profesan la fè de Jesucristo; y por esta causa os acojo como mi hijo é hijo de la Iglesia, para que asi otros buenos hijos se estimulen y emprendan la conquista de mayores y mas estensos paises; porque segun tengo entendido la tierra firme no se halla muy separada de las islas, distando la Guinea y el pais de Berbería lo mas doce leguas. Me escribe tambien el Rey de España que habeis estado en dicho pais de la Guinea, internandoos en él mas de diez leguas, y que allí habeis muerto algunos sarracenos y apreado otros; veo que sois hombre de gran cuenta, y quiero que no se os deje en olvido, y que vuestro nombre sea escrito en el catálogo de los Reyes; y en cuanto á lo que me pedis de que establezca en aquellas islas un prelado y Obispo, vuestra peticion es justa y útil, y os la otorgo; y siendo la persona que deseais se nombre de suficiencia para el oficio, será nombrada." El Sr. de Bethencourt dióle humildemente las gracias, quedando muy gozoso de que sus pretensiones tuviesen tan feliz resultado. El Papa en seguida interrogó al Sr. de Bethencourt sobre varias cosas, y entre otras le preguntó como se habia sentido inspirado de ir á hacer aquellas conquistas tan lejos de Francia; á lo cual contestó el Sr. de Bethencourt de tal suerte que el Papa quedó muy complacido de oirle, y dispuso fuese alojado en su propio palacio, haciendole algunos regalos. Quince dias permaneció en Roma el Sr. de Bethencourt al cabo de los cuales dispuso su viage y se espidieron las bulas, segun las habia pedido, quedando nombrado Obispo de todas las islas de Canarias, el Sr. Alberto de las Casas. En esto se despidió el Sr. de Bethencourt del Papa, quien le dió su bendicion, diciendole no reusaria cosa alguna en que pudiera complacerlo, haciendolo de muy buena voluntad.

Como el Sr. de Bethencourt emprende el camino de Francia, y el Obispo Alberto regresa á España, de donde pasa á las islas.

CAPÍTULO XC.

Despues que el Sr. de Bethencourt se hubo despedido del Papa, se halló dudoso si iria á Francia, ó marcharia á España con el obispo; pero al fin resolvió regresar á su pais de Normandia cuyo camino emprendió, despidiendose en Roma del obispo, quien partió para España, conduciendo cartas del Sr. de Bethencourt para el Rey. Dicho Sr. escribió al mismo tiempo al maestre de la nave que lo habia conducido de Canarias á Sevilla, dandole órden para que lo mas pronto que pudiera hallar cargamento, condujera la nave al puerto de Harfleur; pero la nave ya se habia dado á la vela, y no se pudo saber lo que fué de ella, habiendo corrido voces de que habia naufragado cerca de la Rochela, viniendo cargada; lo cierto es que no ha parecido mas, y que se cree fué perdida en el mar. El obispo llevo á España y se presentó al Rey, entregandole las cartas que conducia del Sr. de Bethencourt, mostrandose el Rey muy contento de que este Sr. hubiera arreglado sus negocios como deseaba. Tambien por conducto del obispo, escribió el Sr. de Bethencourt á Maciot, quien se habia hecho armar caballero, despues de la partida de aquel Sr. de las islas. Suspendemos hablar del Sr. de Bethencourt, para dar noticia de dicho Maciot, y de como el obispo llegó á las islas de Canaria.

Como el Obispo Alberto llegó á las Canarias, donde es muy bien recibido por Maciot, y por todos los pueblos; y del buen gobierno en su encargo.

CAPÍTULO XCI.

El Sr. Alberto de las Casas, llegó á las islas de Canaria, desembarcando en la de Fuerteventura, en la que encontró al Sr. Maciot de Bethencourt, á quien entregó las cartas que le traía del Sr. de Bethencourt, que le produjeron mucha satisfaccion; demostrando todo el pais la mayor alegría por tener ya un Prelado y pastor. Y así que corrió la noticia de su llegada, acudió todo el pueblo á celebrarla, mostrandose muy contentos los naturales, de que el prelado hablase el idioma del pais. Ordenó el obispo en la iglesia, lo que le pareció convenia, conduciendose con tal acierto y con tal caridad, que se concilió el amor del pueblo, procurando al pais grandes bienes. Predicaba con mucha frecuencia, ya en una isla ya en otra, sin que se notase en su porte el mas pequeño orgullo; y en cada sermon hacia se rogara por el Sr. de Bethencourt, su rey y soberano señor, á quien debian la vida, es decir la vida eterna, y la salvacion de sus almas. Así, en el ofertorio de la misa se rogaba tambien por dicho señor, á quien debian el ser cristianos. El obispo se condujo tan bien, que no habia un solo quejoso de su gobierno.

De las buenas cualidades y virtudes de Maciot de Bethencourt y de los progresos de la fé en las islas Canarias.

CAPÍTULO XCII.

En cuanto al Sr. Maciot, escusado creemos decir cuanta es su bondad. No hay Rey ni Principe, grande ni pequeño, que no diga mucho bien de él, pues de to-

dos se hace amar, principalmente de los naturales del país, que hacen muchos progresos en la labranza, acostumbándose á sembrar y á edificar. Este es muy buen principio, y quiera Dios perseveren y adelanten en él, para provecho de sus almas y de sus cuerpos. El dicho Sr. Maciot procura mucho por el adelanto de las iglesias, de lo cual el obispo se halla muy contento; todos sin escepcion hacen cuanto bien pueden á la iglesia; los naturales del país acuden con la mejor voluntad y celo á conducir piedras y maderas para la fábrica, y á cuantos trabajos pueden hacer. Los que últimamente vinieron con el Sr. de Bethencourt, se hallan todos bien acomodados, y contentos, y por nada quisieran dejar el país, pues en él no pagan subsidios, ni otras cosas, y viven con gran paz y cariño entre sí. Dejaremos de hablar de esta materia, y hablaremos del Sr. de Bethencourt, á quien dejamos en el camino de Roma á su país de Normandia.

Como el Sr. de Bethencourt llega á Florencia, pasa de allí á Paris, y desde esta capital á su casa de Grainville; y por fin, de su enfermedad, última voluntad y muerte.

CAPÍTULO XCIII.

Cavalgó tanto el Sr. de Bethencourt que llegó por fin á Florencia, en donde halló algunos mercaderes, que habian oido hablar anteriormente de dicho Sr. y de sus hechos, quienes así que supieron su llegada, divulgaron la voz de que habia entrado en la ciudad un rey que se llamaba el *Rey de Canaria*, y que se habia alojado en la hosteria del Ciervo, en la calle mayor. Uno de dichos mercaderes que en tiempo anterior habia visto al Sr. de Bethencourt en Sevilla, y oido hablar de las islas de Canaria, y de que dicho Sr. las habia conquistado, informó de todo al Magistrado de la ciudad, que se hallava en la

casa captular; y en seguida mandó á preguntar si en efecto era el Sr. de Bethencourt el que habia llegado; y cuando se le informó que sí era, le envió un decoroso presente, en su nombre y en el de los señores de la ciudad, compuesto de vinos y viandas; fué encargado de ofrecerlo el referido mercader, quien hizo que el Sr. de Bethencourt se detuviera en Florencia unos dias, y lo festejó y obsequió como no puede decirse; pagando cuantos gastos hizo, por mas que lo reusaba dicho señor. Era este mercader muy rico, y habia comido en Sevilla en la mesa del Sr. de Bethencourt con quien tenia muy íntima amistad, y asi es que á las primeras palabras, lo reconoció dicho señor. Al cuarto dia de su llegada salió de Florencia el señor de Bethencourt, acompañandole el referido mercader hasta dos leguas de la ciudad. Continuando su camino llegó á Paris, en donde encontró muchos conocidos, y despues de ocho dias, que permaneció descansando en aquella ciudad, se trasladó á Bethencourt en donde halló á su esposa, y permaneció algun tiempo. Escusado es decir el buen recibimiento que se le hizo. Acudieron á felicitarle todos los señores é hidalgos, y los parientes de los que se habian quedado en Canarias; quien le preguntaba por el hermano, quien por el sobrino, el primo &c.; de todas partes acudió gente á darle la bienvenida. Despues de algun tiempo de permanencia en Bethencourt, se trasladó este Sr. á su casa de Grainuille alojandose en su castillo; donde fué igualmente bien recibido y festejado. Si mucha gente concurrió en su anterior regreso, mucha mas vino en esta ocasion á felicitarle, pues no se veia mas que ir y venir gente y presentes. Mucho tiempo permaneció el Sr. de Bethencourt en Grainuille, á donde hizo venir á su esposa; y al cabo de algunos dias, vino tambien el Sr. Reynaldo de Bethencourt, del palacio del Duque Juan de Borgoña, que fué muerto en Monterian Faut Youne, de cuyo Sr. era dicho Reynaldo mayordomo, á

la sazón; había pasado á ver á su esposa que se hallaba en Roubray la cual se llamaba la Sra. Maria de Briauté, y cuando supo que el Sr. su hermano había llegado, vino á verlo lo mas pronto que pudo, y ambos se abrazaron con mucho cariño, y así debía ser, pues eran únicos hermanos, hijos de Juan de Bethencourt y de la Sra. Maria de Bracquemont; y el señor de Bethencourt Rey de Canaria, no tenía hijo alguno, si bien su esposa era una jóven y hermosa dama; pero el Sr. de Bethencourt tenía bastante edad: dicha señora pertenecía á la familia de Fayel, de las inmediaciones de Troyes en Champaña. Continuó viviendo el Sr. de Bethencourt, conquistador de las islas Canarias, en su casa de Grainuille, por mucho tiempo, durante el cual recibió noticias de las islas, y se proponía volver á ellas, mas esto no llegó á verificarse. Supo que sus dos embarcaciones se habían perdido en el mar, (1406 ó 1407) y que le conducían mercaderías y algunas cosas particulares del país; y á no ser la desgracia del naufragio de estas embarcaciones, hubiese recibido noticias de Maciot de Bethencourt, mas pronto de lo que las tuvo.

Sucedió un día que el señor de Bethencourt cayó enfermo (1425) en su castillo de Grainuille, y conoció que se moría. En esto envió á llamar á muchos de sus amigos, y especialmente á su hermano, que era su inmediato heredero, y á quien se proponía confiarle muchas cosas. Madama Bethencourt hacia tiempo que había fallecido. Repetidas veces preguntó si había llegado su hermano, y cuando vió que no parecía, manifestó á los que se hallaban presentes, que lo que mas atormentaba su conciencia era la idea de las ofensas y disgustos que había ocasionado á su hermano, las cuales sabia bien que no había merecido. Estoy ya persuadido de que no lo volveré á ver; y así os ruego le digais que vaya á Paris á casa del llamado Jordan Guerard, y le pida un cofrecito con

papeles que yo le he entregado, y tiene escrito encima. *Estos son los papeles de Grainuille y de Bethencourt.* Despues de pronunciadas estas palabras tardó pocos momentos en dar el alma á Dios. Su hermano llegó en estos momentos, en que ya no podia hablar; no puede dudarse haya tenido tan buen fin como era buen cristiano; hizo testamento y recibió todos los sacramentos. El Sr. Juan le Verrier su capellan, que lo habia acompañado en sus viages de ida y vuelta á las islas Canarias, escribió su testamento, y se halló presente en su enfermedad y fallecimiento. Este señor murió en posesion y señor de Bethencourt, de Grainuille la Tainturiere, de Saint Sere sous le Neuf chatel, de Lincourt, de Ruille, du Grand Quesnay, y Hucquelleu, de dos feudos que se hallan en Gourel, en el pais de Caux, y Baron de san Martin le Gaillart en el condado d' Eu. Falleció pasando de esta á mejor vida, Dios le perdone sus pecados. Se halla enterrado en la Iglesia de Grainuille la Tainturiere, enfrente del altar mayor. Falleció el año mil cuatrocientos veinte y cinco.

FIN DE LA CONQUISTA DE CANARIAS.



INDICE

SUMARIO	pág. 1.
PROLOGO DEL AUTOR	pág. IX.
CAPÍTULO 1. Como el Sr. de Bethencourt salió de Grai- nuille y pasó á la Rochela, y de allí á Espa- ña, y lo que en este viage le sucedió.	1
CAPÍTULO 2. Como Bethencourt y su armada llegaron á Cádiz, y como fueron acusados por unos mercaderes de Sevilla.	3
CAPÍTULO 3. Como Bethencourt se defendió de la acu- sacion de los mercaderes genoveses placenti- nos é ingleses; y del motin de sus marineros.	4
CAPÍTULO 4. Como partieron de España y llegaron á la isla de Lanzarote.	5
CAPÍTULO 5. Como el Sr. de Bethencourt, por con- sejo de Gadifer de la Sale, partió de Lanza- rote, para pasar á la isla de Erbania llamada Fuerte-aventura	6
CAPÍTULO 6. Como los marineros de la nave de Gadif- er reusaron recibirlo en ella.	7
CAPÍTULO 7. Como el Sr. de Bethencourt partió para España dejando el gobierno de las islas á Gadifer.	Id.
CAPÍTULO 8. Como Bertin de Berneval dió principio á sus malos hechos contra Gadifer.	8
CAPÍTULO 9. Como Gadifer teniendo confianza en Ber- tin, lo envia á hablar con el patron de una nave.	9
CAPÍTULO 10. Como Bertin engaña á los de su faccion.	10
CAPÍTULO 11. Como Gadifer pasó á la isla de Lobos.	11
CAPÍTULO 12. Como el traidor Bertin fingiendo buen semblante, hace llamar al Rey de la isla de Lanzarote y á otros isleños para prenderlos.	12

CAPÍTULO 13. Como despues que Bertin hubo aprisionado al Rey y los isleños, los cendujo al navio Tajamar y los entregó á los ladrones.	13
CAPÍTULO 14. Como el Rey de Lanzarote escapó á los guardas que lo custodiaban.	Id.
CAPÍTULO 15. Como los compañeros de Gadifer detienen la chalupa que habia enviado por viveres.	14
CAPÍTULO 16. Como Bertin envió el bote del navio Tajamar, á buscar los viveres de Gadifer.	15
CAPÍTULO 17. Como Bertin entregó las mugeres que se hallaban en el castillo, á los españoles, que las violentaron.	16
CAPÍTULO 18. Como Bertin hizo cargar las dos lanchas de viveres y otras cosas.	17
CAPÍTULO 19. Como Francisco Calvo envió á buscar á Gadifer á la isla de Lobos.	Id.
CAPÍTULO 20. Como Gadifer vuelve á la isla de Lanzarote en la pequeña barquilla.	18
CAPÍTULO 21. Como los dos capellanes Fr. Pedro Bontier y el Sr. Juan le Verrier, pasaron al navio Tajamar.	19
CAPÍTULO 22. Como Bertin deja á sus compañeros en tierra, y se vá con su presa.	21
CAPÍTULO 23. Como los compañeros que Bertin dejó en tierra hallandose desamparados se embarcaron para la tierra de los sarracenos.	Id.
CAPÍTULO 24. Como habiendo llegado á España el Sr. de Bethencourt, se perdió la nave del Sr. Gadifer.	22
CAPÍTULO 25. Como la nave Tajamar llega al puerto de Cadiz con los prisioneros.	23
CAPÍTULO 26. Como el Sr. de Bethencourt prestó pleito homenaje al Rey de España.	24
CAPÍTULO 27. Como Enguerrand de la Boissiere, vendió la lancha de la nave perdida.	26

CAPÍTULO 28. Declaranse los nombres de los que hicieron traicion á Gadifer, á sus compañeros, y á los habitantes de Lanzarote.	28
CAPÍTULO 29. Como los insulares de Lanzarote se separaron de la gente del señor de Bethencourt despues de la traicion que les hizo Bertin.	29
CAPÍTULO 30. Como Asche, uno de los principales isleños de Lanzarote, se comprometió á entregar preso á su Rey	Id.
CAPÍTULO 31. Como Asche hizo traicion á su señor, con intencion de hacersela despues á Gadifer y sus compañeros.	30
CAPÍTULO 32. Como Asche trata con Gadifer hacerse Rey de Lanzarote.	31
CAPÍTULO 33. Como el Rey se escapa de la prision en que lo tenia Gadifer, y como hizo morir á Asche.	32
CAPÍTULO 34. De como Gadifer formó el proyecto de acabar con todos los isleños capaces de defender la isla.	33
CAPÍTULO 35. Como la barca del Sr. de Bethencourt llegó bien autorizada.	34
CAPÍTULO 36. Como Gadifer se embarcó en la nave, y partió de Lanzarote para visitar las demas islas.	36
CAPÍTULO 37. Como Gadifer deja la nave para internarse en la isla de Erbania.	37
CAPÍTULO 38. Como Gadifer y su gente se encuentran con sus enemigos.	38
CAPÍTULO 39. Como los isleños envistieron á los castellanos.	39
CAPÍTULO 40. Como Gadifer pasó á la grau Canaria, y habló con los naturales de aquella isla.	40
CAPÍTULO 41. Como la nave partió de la gran Canaria, y pasando por la inmediacion del	

Hierro, se dirigió á la isla de la Gomera.	41
CAPÍTULO 42. Como Gadifer y su gente parten de la Gomera y vuelven á la isla del Hierro en la que permanecieron veinte y dos dias.	42
CAPÍTULO 43. Como la nave pasa á la isla de la Palma, y regresa costeando las islas.	Id.
CAPÍTULO 44. Como fueron visitadas las demas islas por Gadifer, y de las cosas apreciables que hay en ellas.	43
CAPÍTULO 45. Como el Sr. de Bethencourt llegó al puerto de Rubicon, en la isla de Lanzarote, y como fué recibido.	44
CAPÍTULO 46. Como el Rey de Lanzarote pidió al Sr. de Bethencourt ser bautizado.	45
CAPÍTULO 47. Esta es la instruccion que el Sr. de Bethencourt dió á los cristianos canarios bautizados.	46
CAPÍTULO 48. Del arca de Noé, torre de Babel y confusion de las lenguas.	47
CAPÍTULO 49. Continúa la instruccion de la fè.	48
CAPÍTULO 50. Sigue el mismo asunto para instruccion de los canarios.	49
CAPÍTULO 51. Como debe creerse en los diez mandamientos de la ley de Dios.	50
CAPÍTULO 52. Como debe creerse en el Santísimo Sacramento del altar. De la pascua, confesion y otros puntos.	51
CAPÍTULO 53. Como el Sr. de Bethencourt visitó todas las islas; de su bondad y facilidad de conquistarlas con otros puises del Africa.	52
CAPÍTULO 54. Como el Sr. de Bethencourt procura informarse de los puertos y pesages del pais de los sarracenos.	55
CAPÍTULO 55. Como un religioso de la órden mendicante, discurre acerca de las cosas que ha	

	visto, y de las cuales hizo un libro.	id.
CAPITULO 56.	Del viage del Fraila mendicante á diversos paises de Africa.	56
CAPITULO 57.	Continuacion del viage del Frayle mendicante.	58
CAPITULO 58.	Continuacion del designio del Sr. Bethencourt de descubrir en Africa.	59
CAPITULO 59.	Como el Sr. de Bethencourt, Gadifer y sus compañeros tuvieron harto que sufrir por muchas maneras.	60
CAPITULO 60.	Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer tuvieron entre si algunas disensiones.	61
CAPITULO 61.	Como el Sr. de Bethencourt vá á la isla de Erbania, del acierto de este viage y del fruto que se obtuvo de él.	63
CAPITULO 62.	Como el Sr. de Bethencourt y el Sr. Gadifer tuvieron nuevas contestaciones entresi, y de su empresa á la gran Canaria.	64
CAPITULO 63.	Como continuando las diferencias entre Bethencourt y Gadifer, parten estos señores para España.	66
CAPITULO 64.	Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer llegan á España, y como el último no logrando sus pretensiones. se retiró á Francia, regresando á las islas el Sr. de Bethencourt.	67
CAPITULO 65.	De la isla del Hierro y de sus habitantes.	68
CAPITULO 66.	De la isla de la Palma que es la mas remota.	69
CAPITULO 67.	De la isla de de Gomera.	70
CAPITULO 68.	De la isla del Infierno ó Tenerife.	id.
CAPITULO 66.	De la gran Canaria y de sus habitantes.	71
CAPITULO 70.	De la isla de Fuerteventura ó Erbania y de sus reyes.	72
CAPITULO 71.	De las islas de Lanzarote y de Lobos.	75
CAPITULO 72.	Como el Sr. de Bethencourt pide licen-	

	cia al Rey de España y regresa á las islas.	76
CAPITULO 73.	Como el Sr. de Bethencourt llegó á la isla de Fuerteventura, su recibimiento y de lo que despues aconteció.	77
CAPITULO 74.	Como el dicho Sr. de Bethencourt, hizo reedificar el castillo de Rico-roque, y de sus combates con los isleños.	79
CAPITULO 75	Diversos encuentros y combates con los isleños.	81
CAPÍTULO 76.	Como el Sr. de Bethencourt envió á Juan le Courtois á Baltarhayz para hablar con Anibal.	82
CAPITULO 77.	Como los dos reyes sarracenos de la isla de Erbania, ofrecen rendirse y hacerse cristianos.	86
CAPITULO 78.	Como los dos reyes enviaron un isleño al Sr. de Bethencourt.	87
CAPITULO 79.	Como los dos reyes fueron bautizados con toda su gente, y como el Sr. de Bethencourt se despidió de ellos y de los suyos para hacer un viage á Francia, y de como dejó las cosas ordenadas antes de su partida,	88
CAPITULO 80.	Como el Sr. de Bethencourt partió de las islas, y arribó al puerto de Harfleur y de allí á su casa; y del buen recibimiento que se le hizo.	89
CAPITULO 81.	Como el Sr. de Bethencourt llegó á Lanzarote donde fué recibido con gran regocijo de los suyos y de los naturales del pais.	92
CAPÍTULO 82.	Como el señor de Bethencourt fué bien recibido en la isla de Fuerteventura, como salió de ella para emprender la conquista de la gran Canaria, y como tocó en Africa y se apartaron sus naves.	95
CAPÍTULO 83.	Como el Sr. de Bethencourt arribó á la	

	gran Canaria, donde su gente dió un combate, en el que por su demasiada confianza fueron batidos por los isleños.	98
CAPÍTULO 84.	Como el Sr. de Bethencourt partió de la gran Canaria, para la conquista de la isla de la Palma y la del Hierro; de los combates que allí sostuvieron, y como dejó parte de su gente en la isla del Hierro para poblarla.	99
CAPÍTULO 85.	Como el Sr. de Bethencourt regreso á Fuerteventura donde hizo varios repartos de tierras á su gente, ordenando lo conducente á la buena administracion de justicia y policia del país; y de los buenos consejos que dió á su sobrino, para gobernar.	100
CAPÍTULO 86.	Como el Sr. de Bethencourt continua ordenando todo lo conducente al buen gobierno de las islas, antes de su partida para Francia.	103
CAPÍTULO 87.	Como el Sr. de Bethencourt festeja á toda su gente, y á los Reyes isleños; y de lo que les dijo antes de su partida.	105
CAPÍTULO 88.	Como el Sr. de Bethencourt parte de las islas y llega á España, de donde pasa á Roma.	107
CAPÍTULO 89.	Como el Sr. de Bethencourt llega á Roma, y siendo bien recibido del Papa, obtiene todo lo que desea; á saber un Obispo para las islas.	110
CAPÍTULO 90.	Como el Sr. de Bethencourt emprende el camino de Francia, y el obispo Alberto regresa á España, de donde pasa á las islas.	112
CAPÍTULO 91.	Como el obispo Alberto llegó á las Canarias, donde es muy bien recibido por Maciot, y por todos los pueblos; y del buen gobierno en su encargo.	113

- CAPÍTULO 92. De las buenas cualidades y virtudes de Maciot de Bethencourt y de los progresos de la fé en las islas Canarias. id.**
- CAPÍTULO 93. Como el Sr. de Bethencourt llega á Florencia, pasa de allí á Paris, y desde esta capital á su casa de Grainuille; y por fin de su enfermedad última voluntad y muerte. 114**

FIN DEL INDICE.

CONTINUA

La lista de los señores suscritores à esta publicación.



EN ESTA CAPITAL.

D. José de Cubas, por otra.

LAGUNA.

D. Domingo Morales.

OROTAVA.

D. Carlos Dominguez.
« Tomas Ascanio.

TEGUESTE.

D. Antonio Ruiz Pacheco.

LA PALMA.

D. Nicolas Molina.

ISLA DE CUBA.

HABANA.

D. Jose Bethencourt.

- « Pedro Torres.
- « Pedro Hernandez y Peraza.
- « Vicente Ortiz.
- « Victor Ferrer y Ramirez.
- « Antonio Modesto del Valle.
- « Tomas del Rijo.
- « Mauricio Lopez y Bethencourt.
- « Luiz Percut.
- « Juan Martin y Bonilla.
- « Marcial Borges y Martin.
- « Juan Martin.

- « Marcos Gonzalez.
- « Bartolomé Martin.
- « Francisco Rodriguez.
- « Antonio Martinez.
- « Pascual Camejo.
- « Tomas de Leon.
- « Agustin Cañizares y Ramirez.
- « José Serra y Botet.
- « Agustin Oliver.
- « Jose Maria de la Cruz.
- « Eleuterio Corel.
- « Francisco Cañales.
- « Antonio Porto.
- « Antonio N. Porto.
- « Patricio de la Guardia y Villareal.
- « Patricio de la Guardia.
- « Tomas Perdomo.
- « José Antonio Gomez.
- « Ricardo Madan.
- « Eustaquio Oramas.
- « Pablo Perez,
- « Miguel Pantaleon.
- « Joaquin Alfonso.
- « Cristobal de Castro.



